ROSA BOLIART

MARÍA DEL BLAU

La guerra le robó los sueños y la posguerra la inocencia

MARÍA DEL BLAU

ROSA BOLIART

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2021 *Rosa Boliart*
Título: *María Del Blau*
Edición publicada en junio de 2021
Diseño de cubierta: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*

ROSA BOLIART

MARÍA DEL BLAU

La guerra le robó los sueños
y la posguerra la inocencia

Dedicado a todos aquellos que,
a pesar de haber vivir en tiempos difíciles, persiguieron sus sueños.

Prólogo

El pasado como referencia.

Para los que escribimos por placer, que una compañera de letras te ofrezca ser un pedacito en su espacio, supone un motivo de orgullo, pero, a la vez, también una responsabilidad. No es fácil, por tanto, ser objetivo y conviene no caer en el halago excesivo o quedarse corto por defecto. Así pues, queridos lectores de Rosa Boliart, como intruso en una historia que no me pertenece, esta opinión es solo la subjetividad de uno más, tan valiosa o tan insustancial como la vuestra.

Lo primero que sentí al adentrarme en la novela, fue que Blau no era un color al azar, sino la luminosidad de un cielo de esperanza tras el que se ocultaba la vida de luces y sombras de una de aquellas mujeres. Una de las valientes que, contra la voluntad de algunos, alumbraron el país de generosidad, silencio y trabajo, para que este renaciera de sus cenizas y diera a luz un futuro mejor. A través de Blau, la protagonista, Rosa Boliart nos hará vivir la ingenuidad de la niñez, las dudas de la adolescencia, el despertar a la madurez y el descubrimiento de una verdad que ciertos adultos aún se niegan a admitir. La autora nos adentra en unos años oscuros, vivos para los pocos que aún pueden contarlo y velados para las generaciones posteriores, que sería obligatorio conocer para no repetir idénticos errores. Si tiramos del pasado, comprobaremos que nuestra historia es un óleo pincelado de momentos en cuya paleta no siempre hemos mezclado los pigmentos adecuados, por ello es imprescindible cargarnos de raciocinio, invocar a la madurez y tirar del sentido común que nos permita saber de dónde venimos, superar las diferencias y firmar la paz de una vez por todas.

A lo largo de la novela, la autora nos narra, con un lenguaje sencillo, fresco y aséptico, una época cercana y cruda de nuestro pasado reciente. Unos hechos que, según la ideología de cada cual, es posible que se interpreten de manera diferente, pero que resultan irrefutables, pues han permanecido anclados en la memoria de tantas mujeres. Almas que tuvieron que enjuagar con sus lágrimas, acunar con su silencio y disfrazar con el dolor, heridas que solo el tiempo y el amor han logrado cicatrizar y que no están dispuestas a llevarse consigo a la tumba.

Por desgracia, la historia que la mayoría de los escribanos ha modelado con sus plumas (con más frecuencia de lo soportable), son relatos ficticios donde la verdad ideada sepultó a la realidad que no interesaba perpetuar.

En una sociedad donde la juventud vive al instante, el pasado no les interesa y el futuro no existe más allá de las pantallas, los adultos somos tan culpables como ellos de esa indolencia que les está alejando de la realidad. Por eso, es de agradecer que haya autoras como Rosa, empeñadas en dar voz a las Blaus que aún siguen ocultas en la memoria de nuestros mayores, para que así no olvidemos de dónde venimos y de paso nos ayude a saber hacia dónde ir. El siguiente desafío consistirá en que la gente (los gobernantes ya se encargarán de sembrar la cizaña), pero en especial a los escritores, sigamos rascando en el baúl de los recuerdos, para que todos aprendamos de la experiencia ajena y, guiados por la sabiduría de los años, sepamos enganchar a los jóvenes en la lectura de historias como esta. Si conseguimos que libros como este ocupen un lugar en la memoria de sus dispositivos digitales, les estaremos mostrando herramientas para que descubran parte de la verdad (la verdad absoluta solo existe en la cabeza de los mentirosos) y con ello podrán establecer sus propias hipótesis, respetar al que piensa diferente y comprender el comportamiento de los demás. Porque en esta vida nada se restringe al blanco y negro, sino que existen los matices. Lo que la autora nos cuenta a través de los ojos de Blau no es el cuento que algunos se empeñan en reescribir, sino el devenir de un país que va más allá de la costumbre de limitarlo a los manidos buenos y malos, patriotas y traidores o creyentes contra ateos. Solo el día que comprendamos que las personas están por encima de los símbolos estaremos capacitados para seguir avanzando. A través de la historia de María del Blau vemos que el Dios, Patria y Rey, no siempre se alineó con la vida, de la misma manera que otras ideologías no pueden negar que alimentaran la crueldad y la muerte.

Pero, como es posible, queridos lectores, que esta perorata os suene a vacía. Yo no me perdería la lectura de este libro porque aquí vais a encontrar un brindis a la amistad, al amor, la naturaleza y la vida; la crudeza del odio y la muerte, o dosis de fidelidad y compañerismo frente a la mentira y la tradición.

Moisés González Muñoz

1
La Huida

Blau estaba acostada cuando un fuerte estruendo la sobresaltó, el bloque de pisos se tambaleó entero y daba la sensación de que se iba a derrumbar. Se incorporó de pronto y se sentó en la cama mirando a todas partes. Hacía pocos minutos que se había acostado y no le había dado tiempo a conciliar el sueño. De repente, se abrió la puerta del dormitorio y apareció su madre chillando y con la cara desencajada.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Nos están bombardeando! Los aviones no paran de soltar bombas y esta vez están cayendo muy cerca… ¡Tenemos que salir de aquí!

Blau se calzó unas alpargatas, cogió del armario una gabardina y se la puso a toda prisa. Por la abertura de la gabardina asomaban las puntillas de su camisón blanco. Corrió hacia su madre, que la tomó de la mano para arrastrarla fuera de la vivienda. Bajaron de cuatro en cuatro los escalones del segundo piso hasta llegar al portal. Cada vez que el edificio temblaba se abrazaban. Al llegar a la calle se encontraron con gente que corría despavorida hacia el metro para protegerse de las bombas que asolaban la ciudad.

—¡No te sueltes de mi mano! —le ordenó Sofía a la vez que sujetaba a su hija con más fuerza.

Se oían las sirenas de alerta a los ciudadanos y el ruido de los motores de los aviones, seguidos de explosiones dispersas por toda Barcelona. Los edificios alcanzados levantaban nubes de polvo. En su huida se cruzaron con diferentes personas heridas y con niños que lloraban desconsolados y se aferraban a los brazos de algún familiar. El conocido trayecto de la calle Colomines hasta la boca del metro de la plaza Urquinaona se les hizo eterno. Hacía meses que Barcelona, desde que fuese nombrada capital de la República, era un objetivo claro de las fuerzas del levantamiento y había sufrido constantes ataques aéreos. Bajaron la escalera del metro con las manos entrelazadas y se las apretaban tan fuerte que incluso les dolían los dedos. Cuando llegaron al interior se sentaron en el suelo y se abrazaron. Blau temblaba y su madre le acariciaba los rizos de su melena castaña, despeinada y revuelta. Se hizo un silencio absoluto hasta que se oyó otro estruendo y los niños, atemorizados, rompieron a llorar. Las madres se esforzaban en tranquilizarlos acariciando sus cabezas y besando sus húmedas mejillas.

—Mamá, ¿Qué pasará? ¿Nos van a matar a todos? —preguntó Blau.

—De momento estamos vivas. Cuando acabe el bombardeo ya veremos qué hacemos —respondió la madre.

Al amanecer la gente salió a las calles. Estaban cansados y con gesto abatido. Llevaban demasiado tiempo respirando el aire de muerte de la guerra y la población estaba exhausta. Los constantes ataques sobre la Ciudad Condal hacían que todas las caras pareciesen sombrías.

Sofía y Blau bajaron en silencio, con un nudo en el estómago, por la calle Junqueras y siguieron por la Vía Layetana. Sus pasos eran lentos. Tenían miedo de llegar a su casa y, en el lugar del bloque de pisos donde vivían, encontrar un montón de cascotes.

Llegaron al portal del edificio y vieron a Marc con el pelo revuelto y profundas ojeras, propias de no haber dormido durante la noche. Su ropa estaba sucia de tanto que había revuelto en los escombros de casas derrumbadas, para intentar rescatar a los supervivientes.

Cuando las vio llegar, corrió hacia ellas y las abrazó con fuerza.

—Estaba muy preocupado por vosotras, esta vez me ha pillado muy lejos de vuestra casa y me ha costado mucho llegar hasta aquí —exclamó aliviado.

—Cuando suenan las sirenas ya sabes dónde encontrarnos. El miedo que tengo es que un día no nos dé tiempo a alcanzar la boca del metro —dijo Sofía con los ojos nublados.

—Recoged todo lo que podáis porque nos vamos dentro de media hora, también yo tengo miedo de que no lleguéis a tiempo al refugio y os pierda para siempre —le dijo Marc a Sofía con semblante intranquilo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Blau.

—Hemos tenido suerte, el camión que trae aprovisionamientos desde Artesa de Segre ha venido hoy y nos iremos con ellos. Nos recogerán cuando hayan terminado de descargar los víveres —explicó Marc.

Sofía, sin terminar de escuchar, tiró del brazo de Blau y empezó a subir las escaleras de dos en dos. Su hija la siguió. Llegaron a su habitación y sacó, con energía, unas maletas que tenía guardadas encima del armario.

—¡Coge esta maleta y llénala con tu ropa!

—Mamá, en estas maletas no nos cabe todo lo que tenemos en casa.

—Solo lo imprescindible, nada más.

Blau se llevó la maleta a su habitación sin rechistar. La abrió encima de la cama y empezó a llenarla a toda prisa. En el armario quedaron abandonadas las prendas que estaban estropeadas por el uso, más una gran parte del ajuar de la ropa de cama. La maleta acabó

tan llena que ya no cabía en ella ni un alfiler.

Se oyó una bocina que tocaba insistentemente y Marc apareció en el piso.

—¡Vamos, que ya están aquí!

Cogieron las maletas y cerraron la puerta.

Comenzaron a sonar las sirenas y, seguidamente, se volvió a imponer el ruido siniestro de los aviones que profanaban el cielo de Barcelona lanzando muerte.

Dentro de la camioneta, ya en marcha, los esperaban dos hombres cuarentones y con signos visibles de impaciencia. El conductor, junto a un ayudante de aspecto rudo, piel curtida y manos llenas de callosidades fruto de duro trabajo, voceó:

—¡Venga! ¡Rápido! ¡No podemos quedarnos ni un minuto más! ¡Estos cabrones nos van a hacer papilla!

Marc lanzó con fuerza las maletas a la parte trasera de la camioneta, que estaba cubierta por un toldo marrón y ayudó a las dos mujeres a subir. Un colchón de lana estirado ocupaba el final de la caja y se acomodaron allí. La camioneta empezó a rodar. Su suelo estaba sucio. Olía a trigo, patatas y también, a pesar de haber sido barrida, a excrementos de los animales que habían sido transportados en las jaulas de madera amontonadas en un lateral.

Marc estaba a punto de cumplir treinta y siete años. Químico de profesión pertenecía a la cuarta generación de químicos de los Puigcalaf. Dirigía la empresa familiar desde el fallecimiento de su padre, quien había muerto a causa de una enfermedad que, según el médico de la familia, fue debida a un extraño mal que lo había devorado hasta dejarlo en los huesos. La empresa era una fábrica de abonos que había sido requisada por el Gobierno de la Generalitat para poner en marcha la fabricación de explosivos en ella. Su madre, cuando supo que el negocio había entrado en el programa de la Comisión de Industrias de Guerra, le aconsejó:

—Hijo, no quiero que te impliques en cuestiones políticas. Nuestra familia siempre se ha mantenido al margen. No es bueno que tomes partido en asuntos que no te van a beneficiar. Piensa que puedes salir muy perjudicado y tú no eres un político. Los políticos son de otra pasta y tú no sirves para esas mañas.

Marc tenía sus propias ideas políticas, moldeadas sobre todo en su época de estudiante universitario. La madre ignoraba que estaba afiliado a Esquerra Republicana de Cataluña desde hacía unos años.

Llegaron al puerto del Bruch. Blau se había quedado adormilada con la cabeza en el regazo de su madre, y a su vez esta dormitaba apoyada en el hombro de Marc. La joven se despertó y comenzó a sentirse indispuesta a medida que la camioneta pasaba por un tramo de curvas muy cerradas. Empezaba a tener arcadas y se levantó a toda

prisa, sacó la cabeza por la abertura de la parte final del toldo y expulsó hasta la bilis. Ese trayecto les resultó, tanto a la madre como a la hija, una auténtica pesadilla. Al finalizar el descenso hicieron una parada, para descansar. Marc sacó de una cesta de mimbre pan y tocino salado. El chófer y el copiloto agradecieron la comida y poder estirar un poco las piernas, pero ellas no fueron capaces de comer nada. Sus caras marchitas estaban tan blancas como el papel de fumar con el que el chófer se liaba un cigarrillo.

El rostro de cansancio de Sofía, con expresión de pena e incipientes ojeras, le daba el aspecto de una persona mucho mayor de sus treinta y cinco años. Era una mujer atractiva, de ojos marrones y almendrados, rodeados de unas espesas y largas pestañas. Tenía el cabello castaño oscuro y ondulado, que llevaba peinado con la raya en medio y recogido con horquillas sobre la nuca. La nariz chata y los pómulos marcados imprimían carácter a su rostro y le daban un aire refinado.

El descanso fue corto porque urgía ponerse en marcha. Blau estaba deseando llegar a su destino. Tenía miedo de volverse a marear, aunque el mareo se le había pasado un poco al haberse bajado de la camioneta y haber respirado aire fresco. Pensó que ya no le quedaba nada por expulsar, ni siquiera bilis.

Marc asomó la cabeza por el toldo y les dijo:

—¡Acercaos! ¡Acercaos y mirad! —Señalando una población a lo lejos. —¡Es Artesa de Segre! ¡Casi hemos llegado!

2
La Llegada

El camión se detuvo delante de una casa esquinera de tres plantas. En un letrero de madera, atornillado encima del portón principal, que estaba cerrado, podía leerse *Almacén Font*. Se abrió una puerta lateral y salió de ella un hombre rechoncho de tez sonrosada y pelo castaño claro. Saludó con la mano y esbozó una mueca que acabó transformándose en sonrisa. Marc ayudó a Blau y a su madre a descender del camión. Los tres se acercaron al hombre de la puerta. El conductor y su ayudante descargaron las jaulas de madera, las maletas de las mujeres y un cofre en forma de baúl que dejaron en la entrada. Los trabajadores desaparecieron cargando con las jaulas hacia el interior del almacén. Marc y el hombre se dieron un fuerte apretón de manos y un abrazo, se notaba que eran viejos camaradas.

—¡Pasad! Adelante, estáis en vuestra casa —dijo el hombre dedicándoles una afable sonrisa.

Dieron paso a las mujeres y ellos entraron seguidamente. El hombre tenía el brazo encima de los hombros de Marc e iban hablando en voz baja, como si no quisieran que se les oyese, aunque ellas estaban tan cansadas que no prestaban la más mínima atención a su conversación. En el suelo del almacén había amontonadas patatas y cebollas, sacos de legumbres, tinajas con aceite y toneles de vino. Varias ristras de ajos colgaban de los clavos que sobresalían de una de las vigas de madera. En una esquina estaban tendidas pencas de tocino salado, que rezumaban aceite vertiéndolo en el suelo, y fuets agrupados que pendían de la misma alcayata.

Unas sillas de enea deshilachadas estaban arrimadas a una desgastada mesa. Blau se dejó caer en una de ellas y su madre en otra.

Oyeron chirriar la puerta que daba a las escaleras que llevaban al piso superior, donde vivía el dueño del establecimiento. La puerta se abrió y, al momento, salió por ella una chica unos cinco años mayor que Blau. Causaba extrañeza su vestimenta para ser una pueblerina: pantalones de pinzas, marrones, ajustados a la cintura y de pierna ancha; conjuntados con una chaqueta estilo militar que le quedaba grande. Destacaban sus almendrados ojos azules y una brillante media melena, castaña clara y lisa. La joven llevaba colgada una máquina de fotografiar en el hombro izquierdo y se acercó a ellas con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, soy Ana, la hija de Quim —dijo señalando con la mirada a su padre que andaba de confidencias con Marc.

Blau se incorporó y se saludaron con dos besos en las mejillas, aunque Ana se tuvo que encorvar un poco por la diferencia de estatura.

—¿Eres fotógrafa? —le preguntó Blau señalando la cámara.

—Sí, y revelo yo misma las fotografías. Cuando termine la guerra, estudiaré periodismo y seré corresponsal en el extranjero. Mañana voy a hacer un reportaje fotográfico al regimiento en el que está alistado mi novio, que es soldado, y lo titularé: *Un día en el frente republicano*.

Ana cogió a Blau de la mano y, dirigiendo una mirada de permiso a Sofía, preguntó:

—¿Le puedo enseñar mi laboratorio?

Sofía asintió con un movimiento de cabeza.

Las jóvenes subieron la escalera hasta llegar al desván, donde Ana tenía montado su pequeño estudio. Estaba oscuro, pero por toda la estancia podían verse colgadas fotografías de soldados, de campesinos arando, mujeres que estaban comprando en el mercado dominical, paisajes y animales. Mientras Blau las contemplaba con atención, Ana le preguntó:

—¿Te puedo hacer una foto?

—Mejor, no. Perdóname, el viaje ha sido duro y tengo muy mal aspecto —respondió Blau lo más educadamente que le fue posible.

Ana solo veía en ella a una chica de diecisiete años, delgada, con las caderas bien marcadas, enfundada en un vestido de color beige, hasta por debajo de la rodilla, estampado a flores pequeñas en tonos morados y verdes y de mangas farol. Además, sus pies calzaban zapatos ingleses de cordones y calcetines blancos. En fin, un todo que le daba un aspecto infantil. Le llamó también la atención su piel morena, mezclada en esos momentos con una pincelada amarillenta, a causa del cansancio. Destacaban en ella los ojos marrones que recordaban a la miel de encina y el pelo largo, castaño oscuro y rizado. Ana pensó que, incluso desmejorada y cansada por el largo viaje, esa joven saldría favorecida en las fotografías.

—Vamos a la cocina y te daré algo que seguro te animará —dijo Ana cogiéndola del brazo suavemente para que la acompañara hasta el mueble donde guardaban bebidas espirituosas. Cogió la botella de agua del Carmen y le obligó a tomase una cucharada, lo que casi le hizo volver a vomitar a causa de su horrible sabor.

—Por lo menos te ha devuelto el color a la cara —matizó Ana y se le escapó una sonrisa al ver las muecas de asco que Blau hacía.

—Está muy malo —se quejó Blau.

—Está fuerte, pero funciona. Enseguida te encontrarás mejor. Vamos a la habitación donde pueda hacerte las fotos —insistió Ana.

Blau resopló, pensando en lo pesada que se estaba poniendo la chica con el tema de hacerle fotos.

Entraron en una habitación donde los rayos de sol del atardecer de montaña se despedían de los ventanales. En el centro había una máquina de coser Alfa, un banco de madera repleto de costureros, agujas de tejer, ovillos de lana, varios ganchillos y bastidores ocupados por telas de sábana con iniciales a medio bordar.

—Es la habitación de costura de mi madre. La pobre sufre mucho porque no le gustan mis aficiones. Y a mí no me gustan las suyas. A ella le encantan las labores de costura, y yo las dejo todas a medias porque me aburren. Odia que prefiera la fotografía. Siempre está con la misma cantinela: que si una mujer ha de ser una buena ama de casa… No entiende que nunca seré como ella y siempre discutimos por eso.

—Pero, te deja tener novio.

—No creas. Me dejaría si el novio le gustase. El que tengo no es de su agrado porque su familia no tiene tierras. Su ilusión es que me case con algún heredero rico de la comarca. Pretende hacer conmigo lo mismo que sus padres hicieron con ella. Le presentaron a mi padre una semana antes de la boda y la casaron sin tener en cuenta su opinión.

A la madre de Ana le había salido bien el matrimonio de conveniencia que le pactaron sus padres, por ello pensaba que también sería lo mejor para su hija. Sus padres redactaron las capitulaciones y se pusieron de acuerdo con la familia del novio en cuanto a la dote. Cerraron el trato como si se tratase de una transacción más de ganado. De esas que las familias solían hacer habitualmente. Lo que ella no sabía era que su marido lo había preparado todo minuciosamente desde el día en el que la vio pasear del brazo de su madre por el mercado dominical de Artesa de Segre. El joven no lograba dormir bien pensando en ella y, con la complicidad de sus padres, consiguió celebrar el matrimonio.

—Yo no discuto con la mía, le he dicho que quiero ser enfermera y ella me apoya —dijo Blau.

—¿Te deja salir con chicos? —preguntó Ana.

—¡Qué va! Dice que soy muy joven para novios. Me gusta un chico de Barcelona que trabaja en el mercado de Santa Catalina, adonde íbamos a comprar. El chico le pidió permiso varias veces para llevarme al cine y al baile del casal del barrio, pero ella no me dejó. No he podido salir ni una sola vez con él.

—¿Y tu padre? ¿Qué opina?

—No opina, porque no tengo padre. Murió antes de que yo naciese.

—¿Y Marc? ¿Quién es?

—Es un primo de mi madre.

—Tienes suerte de que tu madre te apoye en los estudios, porque la mía no me apoya ni en eso. Ponte ahí al lado de la ventana. Con esta luz quedarás guapísima. Ya verás qué fotos tan bonitas te voy a hacer.

Blau se colocó en el punto donde Ana le señaló y esta disparó varias veces la cámara.

—Sonríe —le decía Ana entre foto y foto.

—Cuando las tenga reveladas, te las enseñaré y te regalaré la que más te guste.

Se oyó una voz que provenía del fondo de la escalera.

—¡Blau! ¡Blau, baja que nos tenemos que ir! —voceaba su madre.

—¿Dónde vais a vivir?

—Da igual donde vayamos a vivir, si estamos seguras. He pasado mucho miedo con las bombas que nos lanzaban desde los aviones —dijo Blau encogiendo los hombros. Estaba tan agotada que lo único que quería en ese momento era llegar a su destino y descansar.

Las jóvenes bajaron al almacén y salieron por la puerta donde estaban reunidos todos los demás, delante de un carro tirado por un par de mulas. En el carro estaban cargadas las maletas, el cofre y unos sacos con víveres. Cuando las vio llegar, la madre de Blau le dijo:

—Despídete que nos vamos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Blau.

—A un sitio muy bonito donde se vive tranquilo. Te gustará —contestó Marc.

Junto al cochero iba sentado un joven de una edad parecida a la de Blau que no paraba de asomar la cabeza, oculta por el cuerpo de su padre, para intentar ver a las personas que tendrían que transportar.

Blau se abrazó a Ana, le besó la mejilla, y antes de subir al carro le dijo:

—Esperaré impaciente esas fotografías.

—Iré a verte cuando las tenga, te lo prometo. —Ana se giró para mirar a su padre— ¿Me llevarás papá?

Él asintió guiñándole un ojo.

Subieron a la parte trasera del carro. El cochero dio la orden a los animales y estos se pusieron en marcha. Blau se despedía de Ana con un movimiento de mano, mientras el carro giraba por las calles de Artesa de Segre y la perdía de vista.

3
La Masía

El carro tomó la curva para dirigirse por un camino estrecho de tierra y piedras, por el cual pasaba tan justo que, si alguien alargaba un brazo, podría tocar las ramas de las encinas y almeces que había por ambos lados. El sol a punto de ponerse parecía despedirse pintando el cielo de tonos naranjas, violetas y rojizos. Dejaron atrás varias masías: una agrupación de tres, otra de cuatro y el resto dispersas y solitarias. A mitad del camino pasaron por una pequeña iglesia románica con un cementerio adosado a uno de sus lados. Una niña pequeña les hizo señas para que se detuviesen, porque una vaca se había quedado en medio del camino e impedía el paso. La vaca no se movía, se dedicaba a pastar tranquilamente los brotes tiernos de hierbas. El cochero detuvo bruscamente el carro. Oriol saludó a la niña que los miraba pasmada e intrigada, mientras la vaca, con total parsimonia, levantó la cabeza y emprendió de nuevo la marcha.

—¿Qué hace esa niña ahí, sola con las vacas? ¡Es muy pequeña! —exclamó Blau asombrada.

—¡Cuidarlas! —le contestó Oriol.

—Pero ¡es muy pequeña! —insistió ella.

—Aquí todos ayudan en casa desde pequeños, estas familias necesitan todos los brazos y manos disponibles para trabajar. Toda ayuda es poca —intervino Sofía.

—Y ahora todavía más, porque todos los hombres en edad de trabajar están en el frente —añadió Oriol, que no paraba de girar la cabeza para mirar a Blau. Al principio intentaba hacerlo con discreción, pero llegó un momento en que su cabeza estaba más tiempo girada que mirando hacia adelante. Cuando los ojos de ella coincidían con los de él este le sonreía, mientras ella apartaba rápidamente la mirada. La joven se sentía intimidada por el chico, y pensaba que era un descarado.

El cochero le dio una colleja a su hijo y le gritó molesto:

—¡Oriol, ya está bien! Te va a dar tortícolis. Luego te quejarás y dirás que no puedes cuidar de las ovejas porque te duele el cuello.

Oriol obedeció y no volvió a girar la cabeza durante el resto del trayecto. Se sintió avergonzado porque su padre le había regañado delante de una chica de ciudad y no quería que esta viese lo roja que se le había puesto la cara. Aunque Blau, desde atrás, veía

perfectamente las orejas, en forma de soplillo, del joven y cómo se le habían encendido de golpe.

Se desviaron del camino central hacia la derecha, para tomar otro sendero más estrecho que el anterior y por la poca frecuencia de uso estaba lleno de hierbas que el carro iba aplastando a su paso.

Pararon delante de *Casa Noguera*, una masía de dos plantas y ático. Había oscurecido. En la puerta les esperaban dos personas que sostenían una lámpara de carburo en cada mano. Los ocupantes bajaron del carro y Marc estrechó la mano del hombre y saludó a la joven que lo acompañaba, la cual debía tener unos años más que Blau.

Oriol saltó del carro para ayudar a su padre a descargar las maletas, y pasó tan cerca de Blau que esta tuvo que apartarse para que no la rozase. A ella le llamó la atención lo alto que era el joven y lo cortos que le quedaban los pantalones, pues les faltaba un buen trozo de tela para llegar a los tobillos. Marc ayudó a descargar el carro para que Oriol y su padre pudiesen marchar cuanto antes hacia su masía, que estaba unos kilómetros más abajo. Sofía, sonriendo, tomó a su hija de la mano y le dijo:

—Ven, te voy a presentar a Andreu y a su hija Irene.

Blau, aun sintiéndose muy cansada, los saludó cortésmente. Demasiadas novedades para un solo día. La situación le empezaba a sobrepasar y se estaba saturando. Andreu, de aspecto sobrio, la saludó con un ligero movimiento de cabeza. En cambio, Irene la miró sin prestarle la más mínima atención y después de darle una de las lámparas de carburo a Sofía, se fue directamente al interior de la casa.

—Mamá quiero ir al baño ¿Dónde está? —preguntó moviéndose inquieta.

—¿Al baño? —repitió Sofía.

—Sí.

—Vete por ahí detrás.

—¿Por ahí detrás? —A Blau se le abrieron los ojos como platos y se despejó del cansancio de golpe—. ¿Me estás diciendo que aquí no hay lavabo?

—No, no hay —ratificó Sofía con tranquilidad.

—Mamá, no puedo ir a hacer mis necesidades por ahí… está oscuro y me da miedo, además… me puede ver alguien —protestó, cruzando los brazos a la vez que movía el pie izquierdo con nerviosismo.

—No te verán. Por aquí no hay nadie. Venga, te acompaño, detrás de la casa hay un corral para las gallinas y seguro que es un buen sitio.

Sofía tiró del brazo de su hija y se la llevó hasta dejarla delante de la puerta del gallinero que estaba abierta.

—Y por la noche, cuando tienen necesidades ¿qué hace esta gente? —preguntó Blau al salir del corral.

—Tienen un orinal en la habitación. Hazte a la idea de que esto es una masía, estamos en pleno campo y rodeados de montañas.

Blau resopló varias veces en el corto trayecto del gallinero a la casa. Una vez dentro de la entrada principal, lo primero que vio fueron cuatro puertas. Dos de ellas eran las habitaciones que ocupaban los temporeros que contrataban en la época de la cosecha y que todavía conservaban sus camas, con los colchones de lana enrollados sobre ellas; la tercera habitación era la del pastor del rebaño de ovejas que en su día tuvo la finca y la cuarta era el almacén donde se guardaban los aperos para trabajar el campo. Unos escalones daban paso a la parte principal de la masía. Blau se paró en medio de la entrada, mirando todas las puertas. Su madre la cogió del brazo, tiró de ella hacia los escalones, y le dijo:

—Vamos, mañana ya habrá tiempo de recorrer la casa.

Subieron los escalones y Blau se encontró situada en una gran sala principal iluminada por una lámpara de aceite suspendida del techo encima de la mesa, en las paredes laterales se encontraban varias lámparas de carburo colgando de unos ganchos. La joven paró en seco y tiró de su madre.

—¡Tampoco hay luz!

—Tenemos lámparas ¿qué más quieres?

—Ya sabes a lo que me refiero… a luz como la del piso de Barcelona.

Sofía resopló, estaba tan cansada que solo le faltaba que su hija pillara una rabieta y se pusiera a llorar y a gritar que se quería ir y, antes de que eso ocurriera, decidió poner remedio.

—Estoy agotada. Ahora no es el momento de hablar. Mañana será otro día y veremos las cosas de otra manera. No seas insolente y compórtate. Por ahora, no tenemos otra alternativa mejor ¿entendido?

La expresión de Sofía se endureció. Frunció el ceño y apretó los labios, dirigió una mirada severa a su hija y la joven se encogió. Blau acababa de descubrir una faceta que desconocía de su madre.

La sala contenía dos puertas a la derecha que daban a dos dormitorios y unas escaleras a la izquierda, que imaginó llevaban al segundo piso y al desván.

Hasta Blau llegó el olor apetitoso de escudella recién hecha, que se extendía por la casa, despertando el rugido de sus tripas que reclamaban su ración. La sala principal incluía al final de la parte derecha una pequeña estancia y, al adentrarse en ella, descubrió el hogar. Unos troncos ardían debajo de un trípode que soportaba el peso de una olla de porcelana rebozada en tizne, llena de caldo hasta los topes. Dos bancos de madera, desgastados, se apoyaban en las paredes laterales. Imaginó a los antiguos habitantes de la masía, sentados en ellos alrededor del fuego, contándose historias. Al estar cerca de la

escudella el olor era más intenso y las tripas volvieron a rugirle, esta vez con más fuerza. La última puerta a la derecha llevaba a la cocina. Su madre se movía por allí como si hubiese vivido en ese lugar toda la vida.

—Blau, ven a ayudarnos ¡Venga! —la llamó Sofía.

La estancia era rectangular y amplia. Una encimera de piedra se extendía desde marco de la puerta hasta el final de la pared. En medio había una cocina económica, que se utilizaba pocas veces por falta de carbón. En esa casa se cocinaba directamente en la lumbre. Había también dos barreños de hierro, con agua, al final de la encimera. El resto del espacio se utilizaba para preparar los víveres que se cocinaban en el fuego a tierra. La parte inferior de la encimera estaba llena de ollas ennegrecidas y cazuelas de barro de diversas medidas, colocadas unas dentro de otras. Una colección de cucharas y paletas de madera de boj, bien alineadas, pendían de la pared colgadas en alcayatas. En un lateral había una pequeña ventana y, debajo de la misma, un mueble de madera donde se cortaba y guardaba el pan. En el otro lateral estaba situada una alacena llena de platos, cubiertos, cuencos, tazas y vasos de loza. En lugar de puerta había una cortina de tela, a cuadros rojos, que daba acceso a la despensa. Allí, Irene estaba trajinando en una tinaja de tamaño mediano que contenía butifarras en aceite. Las estanterías de madera estaban repletas de botes de conservas de tomate, verduras, mermeladas y un par de recipientes grandes de melocotones en almíbar. Irene se llevó en un plato un trozo de butifarra negra y otro de blanca para ponerlos dentro de la olla. Sofía puso en las manos de su hija unos platos hondos y unos cubiertos de alpaca.

—Anda, pon la mesa —le mandó.

—No hay mantel —dijo plantada delante de la mesa con los platos y cubiertos en las manos.

—No hay tiempo para manteles —concretó su madre soltando un soplido.

La mesa era recia, de roble y ocupaba media sala, llegando casi a la puerta de la cocina. Un banco de madera ocupaba todo el lateral derecho de la mesa y sillas de enea estaban puestas en el lateral izquierdo y los extremos de las cabeceras.

—Esa mesa debe tener más años que yo —dijo Blau a su madre al volver a la cocina a buscar el pan.

—Creo que es más antigua que la masía —confesó Sofía acercándole un pan redondo y el cuchillo para que lo llevase a la mesa.

Irene depositó la olla encima de un soporte redondo de madera de boj y comenzó a llenar los platos de escudella con el cucharón de cobre.

Andreu y Marc conversaban sentados en el banco, con un porrón lleno de vino enfrente y un fuet del que iban cortando trozos para acompañar la bebida. Hablaban y gesticulaban con cara de preocupación, el tema siempre era el mismo cuando dos o más hombres se reunían: la situación en el frente y la intranquilidad por cuál sería el vencedor.

Después de comer, Irene ayudó a las mujeres a recoger. La velada había terminado y padre e hija volvieron a su casa.

—¿Viven muy lejos? —preguntó Blau al verlos salir—. Es que van andando y está muy oscuro.

—No te preocupes, viven cerca, llevan lámparas de carburo y se conocen la zona con los ojos vendados. Ellos son los que cuidan de las tierras y de la masía —le contestó Marc, acariciándole la cabeza y revolviéndole los rizos.

4
El Susto

Blau y su madre durmieron en la habitación más grande, la que estaba situada justamente encima del fuego a tierra y por donde pasaba la chimenea de salida de humo. Era el cuarto más cálido y confortable, sobre todo, en aquellas noches de invierno en que la nieve y las heladas obligaban a dejar el fuego encendido continuamente.

Al levantarse, Sofía se apresuró a abrir las contraventanas del balcón para que entrase la luz. Blau dio un salto de la cama, abrió la puerta y, al salir al balcón, se quedó fascinada. Nunca había visto nada igual. Se oía atenuado el sonido del rio Boix, que pasaba justo por detrás de la masía. Todo cuanto su vista alcanzaba parecía pintado a brochazos de colores: las espigas del trigo verdes mezcladas con el rojo de las amapolas y los sembrados bordeados de flores silvestres, blancas, amarillas, moradas y naranjas. Las arboledas en verde oscuro de las montañas daban un toque sobrio al paisaje. De pronto, le llegó una ráfaga de aire cargado de olor a hierbas aromáticas. Aspiró profundamente, cerró los ojos y se dejó embriagar por el aroma del campo.

—Blau, ven y siéntate aquí —la llamó Sofía señalándole la silla de enea que había enfrente del tocador.

En un lateral de la habitación había un armario de cuatro cuerpos, de pared a pared, de madera de nogal y con tiradores de metal. En el rincón se hallaba un palanganero de madera labrada, con una toalla de lino pendiendo de un asa lateral. A ambos lados de la cama había dos mesitas de noche, a los pies un baúl y, enfrente, un tocador con un espejo bordeado por un marco de madera decorado con las mismas hojas labradas que adornaban el cabecero de la cama, los contornos de las puertas del armario y los cajones de las mesitas.

Sofía cogió un pequeño bote de cristal de encima del tocador, se echó en la mano unas gotas de aceite de oliva y untó el pelo de su hija para desenredarlo, recogiéndoselo en una trenza que le llegaba hasta media espalda. Mientras ella le hacía la trenza, la joven se entretenía ensayando muecas, como una payasa, delante del espejo.

—Ya estás lista. Con la trenza estarás más cómoda y no se te harán esos nudos tan rebeldes, así no tendrás que peinarte todos los días.

El pelo de la joven era recio y una trenza bien hecha le duraría toda la semana. A partir de ese día solo la desharía cuando le tocase

lavarse el pelo.

Sofía fue directamente a la cocina a preparar el desayuno. Blau andaba por la sala principal pensando, para entretenerse, en entrar a curiosear en la habitación que estaba cerca de los escalones. Estaba a punto de entrar cuando oyó chirriar la puerta de la entrada principal, retrocedió unos pasos para ver quién era, y apareció un joven uniformado y armado. Ella se quedó paralizada al ver que llevaba en las manos un fusil. No le gustó cómo la miraba. El soldado la apuntó con el arma. Una voz, que surgió de detrás de Blau, dijo:

—¿Qué busca por aquí, soldado?

La voz correspondía a Marc, que en ese momento salía de su habitación.

Sofía salió de la cocina, alertada al oír voces, y se quedó horrorizada al encontrarse con la estampa de un soldado que apuntaba a su hija con un arma.

—Hemos venido a buscar víveres y a inspeccionar la zona. Nos han dicho que hay muchos desertores por estas montañas —contestó el soldado con la prepotencia de quien se cree importante.

—Nosotros no tenemos nada que ofrecer y aquí no se esconde nadie —respondió Marc con aplomo.

—Eso lo dirán mis compañeros cuando terminen el registro —dijo el soldado sin bajar el arma.

—¿Quién está al mando de esta patrulla? —preguntó Marc.

—El sargento Miralles.

—Sí yo fuese de usted, no tomaría ninguna decisión hasta que llegue su sargento, quizá luego tenga que arrepentirse, soldado —advirtió Marc, desafiante.

El soldado vaciló. Al momento, bajó el fusil y se marchó, convencido de que era mejor consultar con su superior antes de meter la pata; si fuese preciso ya volverían. Y si el hombre se estaba echando un farol, ya tomaría medidas en el próximo encuentro.

Sofía se abalanzó sobre su hija y la abrazó. Marc le dio unas palmaditas en la espalda, como muestra de soporte.

—Nos hemos marchado de Barcelona buscando seguridad y lo que estamos encontrando no es mucho mejor —se quejó Sofía, compungida.

—No te preocupes, esto lo arreglaré y nadie vendrá a molestaros —aseguró Marc moviendo la cabeza de lado a lado con gesto de preocupación.

Pasadas unas horas, cuando la calma estaba volviendo a los habitantes de la casa, se oyeron ruidos en la era de la masía. Blau se asomó desde el balcón de su habitación y observó a unos soldados que estaban sentados en el poyete, a la sombra del nogal. Marc salió y saludó a un hombre que parecía estar al mando, al que entregó unos

documentos que este revisó con mucha atención. Al terminar, se despidió cuadrándose y realizando el saludo reglamentario dando por correcta la documentación.

Marc, de pie delante de la puerta mientras esperaba a que los soldados se marchasen, pensaba en las reuniones del partido en las cuales había coincidido con Miralles, quien ahora, al mando de una patrulla, simuló no reconocerlo, seguramente para demostrar su superioridad. Sin miramientos, lo había sometido a la misma rutina de inspección que habría realizado a cualquier otro ciudadano. Marc pensó en aquellos que, sin esfuerzo, consiguen más poder del que jamás habían soñado, y en cómo suelen ser los que destilan soberbia por todos los poros de su piel.

—¡En marcha, nos vamos! —voceó Miralles a los soldados.

El joven que había entrado anteriormente en la masía subió al caballo, se colocó a la altura del balcón donde estaba apoyada Blau y se despidió con un gesto, acercando sus dedos índice y corazón a la gorra. Blau entró en casa molesta, la actitud de ese soldado le había parecido engreída.

Al mediodía, llegaron Irene y Andreu. Aún muy exaltados y explicaron el panorama:

—Los soldados han registrado los campos, los huertos y las cuadras y se han llevado a todos los hombres. Los han reunido en la era de las masías de abajo y las mujeres han ido detrás de ellos, llorando y lamentándose en procesión. Al cabo de un rato, uno de los soldados, al ver a las mujeres pasarlo mal, preguntó al que daba las órdenes si podía dejar a los hombres regresar con sus familias, a lo que el otro contestó: «déjalas que lloren, a ver si revientan de tanto llorar y aprenden a dejar de ayudar a los desertores de los que estas montañas están plagadas» —contó Andreu.

—A mi padre también se lo llevaron y pasé unos momentos de mucha angustia —relató Irene, moviendo las manos y soltando algún que otro soplido.

—Nos han dicho que volverán cuando salga en firme la orden de ampliar la edad de reclutamiento. Los podrán reclutar desde los diecisiete hasta los cuarenta años. Después de un buen rato de apuntarnos con las armas y reírse de nosotros, llamándonos payeses inútiles e ignorantes, se han marchado. No son más que una pandilla de niñatos estúpidos que se han crecido porque les dejan empuñar un arma —dijo Andreu, que llevaba los pantalones tan remendados que ya no podía distinguirse la tela original.

—Por aquí también han pasado a visitarnos —añadió Sofía.

Marc no pudo evitar pensar en las noticias que recientemente habían llegado a sus oídos. Habladurías de atrocidades cometidas en poblaciones cercanas, como asaltos a conventos, quemas de iglesias e

imágenes religiosas. Su temor y desconfianza aumentaron al ver la actitud de los soldados que acababan de pasar por la masía. Esos comportamientos le confirmaban que los rumores eran ciertos. No dejaba de pensar en su madre, a quien por una vez tenía que darle la razón. Se tendría que haber mantenido al margen del conflicto político. La empresa, que había sido confiscada por la Generalitat, estaba en manos de la República y se dedicaba a la fabricación de explosivos con la colaboración de él mismo. En esos momentos estaba demasiado comprometido con la causa para poder retroceder. Marc era un hombre de palabra y ya había dado la suya. Estaba siendo fiel a su ideología y al grupo político por el que había apostado. Él creía firmemente en la República.

—Hay hombres que se presentan voluntarios a la lucha para dar rienda suelta a su maldad y a sus instintos más bajos, aprovechándose de saberse impunes, con la excusa de defender unos ideales que no sienten. Creo que hay soldados de esta calaña en todos los bandos —aseguró Marc.

—Por la poca compasión que han tenido, de esos debía haber entre los que nos visitaron hoy —añadió Andreu.

—Este año nos quedaremos sin matanza. Se han llevado el cerdo y no nos dará tiempo de criar otro —se lamentó Irene.

—Hemos tenido suerte de que solo se hayan llevado el cerdo, si se hubiesen llevado las mulas ya me explicarás con qué íbamos a arar la tierra —dijo Andreu, remangándose la camisa remendada.

—No se las han llevado porque no estaban a la vista y no han mirado en el monte. Menos mal que las teníamos disimuladas a pocos metros entre los árboles, pero me temo que la próxima vez nos quedaremos sin ellas —advirtió alterada Irene.

—Calma, nada de eso ocurrirá. Ya he hablado con ellos y nos dejarán tranquilos, no se llevarán nada más —Marc habló despacio y con seguridad para tranquilizarlos, aunque la procesión le andaba por dentro.

Andreu e Irene se despidieron para retomar las tareas, que los militares les habían obligado a dejar a medias.

Una vez recuperada la calma en la casa, Marc pensó que era el momento adecuado para compartir con las mujeres un misterio que guardaba la masía.

—Venid, quiero hablar con vosotras —dijo, haciéndoles señas con la mano para que entraran en la habitación donde él dormía, que estaba enfrente de la estancia con fuego a tierra. Era austera, compuesta de una cama de matrimonio realizada en forja, con la pintura de la cara de una mujer en medio de un círculo. No tenía ni mesita de noche, su lugar lo ocupaba una silla de enea. El armario, de obra de un cuerpo y dos puertas, ocupaba el frontal de la cama. Marc

lo abrió y corrió su ropa colgada hacia los laterales. Palpó con la mano y, de una ranura, entre el lateral y el fondo, extrajo un hierro largo y fino que introdujo por un pequeño orificio. Cuando lo giró a la izquierda se abrió una puerta, dando paso a un pequeño cuarto en el que había un armario y una mesa de escritorio de líneas rectas y madera desgastada. A los pies del escritorio estaba el cofre que él había traído desde Barcelona.

—En este cofre están las escrituras de esta casa, mi testamento y una carta para cada una de vosotras, que únicamente deberéis abrir en el caso de que me ocurra algo.

Sacó del cofre un reloj de sobremesa y lo puso sobre el escritorio. Era de oro. Las manos de cuatro sirenas sostenían el círculo que albergaba las manecillas y los números. Las colas de las sirenas eran las patas que permitían que el reloj se mantuviese en pie. Cada una de las sirenas estaba coronada por brillantes. Lo decoraban hojas de enredadera lacadas en diferentes tonos de verde, y una de cada tres aparecía con un lacado semi transparente. Incrustado en la parte trasera de la circunferencia del reloj se podía leer *Masriera*: la marca de alto prestigio de unos joyeros y orfebres de Barcelona.

—El reloj es parte de mis ahorros, lo podremos convertir en dinero si algún día lo necesitamos. Nos darían una buena suma por él porque es único. Sé de coleccionistas que se matarían por una pieza como esta.

Les enseñó también una bolsa confeccionada en terciopelo negro, pero no la abrió. La balanceó y esta emitió un sonido a metal rozándose.

—Mi padre me regaló una colección de monedas de plata y están dentro de esta bolsa —dijo introduciéndola de nuevo en el cofre.

Guardó un breve silencio y miró fijamente a las mujeres con semblante de preocupación.

—De esta habitación no debéis hablar con nadie. Ni siquiera Andreu, que es mi mano derecha, sabe que existe —les advirtió mirándolas a los ojos y sin sonreír.

—Ni yo sabía de su existencia —expresó Sofía, sorprendida.

—Hay algo más —dijo Marc, mirando debajo del escritorio en el que había una alfombra descolorida.

Marc apartó la mesa y levantó la alfombra. Esta ocultaba una trampilla de madera con dos argollas, tiró de ellas y levantó la trampilla. Comunicaba directamente con el gallinero. Una escalera de cuerda, enganchada a la madera por la parte exterior, facilitaba la entrada y salida de la casa.

—Si alguna vez necesitáis escapar, aquí tenéis una salida.

Sofía y Blau se quedaron boquiabiertas.

—También nos puede ser útil para socorrer a alguien —insinuó

Sofía.

—Mejor que el secreto se quede entre nosotros y que nadie la tenga que utilizar —recalcó Marc.

5
El Alambique

Al llegar el alba Marc se despidió de Sofía y partió, con la seguridad de dejar a dos de las personas más importantes en su vida a salvo tras haberlas alejado de los continuos asedios de la Ciudad Condal. Debía de seguir con sus obligaciones de supervisor de la fabricación de explosivos que, para la causa republicana, se llevaba a cabo en las instalaciones de su empresa.

Blau desayunaba y miraba por el rabillo del ojo a su madre. En pocas horas su aspecto había sufrido un brusco cambio. Le habían surgido unas incipientes ojeras teñidas de violeta, marcadas arrugas en la frente y la rodeaba un halo de tristeza. Marc se había despedido la noche anterior de ellas. Ella estaba segura de que ese era el motivo por el cual su madre no quiso sentarse ni para desayunar. Parecía que necesitaba mantenerse ocupada continuamente. Le pidió que le ayudara a sacar la ropa de la cama donde Marc había dormido para lavarla. Al tirar de las sábanas apareció una horquilla de las que usaba Sofía en sus recogidos. Sofía se apresuró a recogerla y guardársela en el bolsillo del delantal, después metió la ropa con su habitual brío en el barreño de metal sin darle mayor importancia, pero a Blau el hecho de que saliese una horquilla de su madre de entre las sábanas de Marc le resultó extraño. Con el barreño lleno de ropa y unas pastillas de jabón casero que les había regalado Irene, se dirigieron al río por un camino lleno de zarzales y matojos.

—¿Vamos a lavar la ropa en el río? —preguntó Blau.

—No hay otro sitio para hacerlo. Tenemos suerte de que el río esté cerca de casa. Hay mujeres que tienen que andar un buen trecho para poder lavar.

—¿Nos podremos bañar?

—Hay que ser muy valiente para darse un baño en estas fechas. El agua baja helada de las montañas. Dentro de unos meses, cuando el calor apriete, podrás bañarte todo lo que quieras.

—Mamá…

—Dime.

—Tú habías vivido antes en esta casa ¿verdad?

—Sí, de eso hace mucho tiempo.

Sofía miró a Blau y se dio cuenta de que a partir de ese momento las preguntas sobre su pasado serían el pan de cada día. Tendría que

encontrar la forma de contarle, sin que nadie saliese dañado, unos sucesos que no quería ni recordar.

Blau se dio cuenta, por los ojos vidriosos de su madre y la profundidad que tomaron las arrugas del entrecejo, que ese no era el momento de seguir con la conversación. Se produjo un silencio entre ellas, y la joven, para romper el hielo, comenzó a tararear una canción de Imperio Argentina:

"El día que nací yo
/ qué planeta reinaría /
Por donde quiera que voy /
qué mala estrella me guía".

A los pocos minutos paró de canturrear y se incorporó para masajearse las rodillas que le dolían de tenerlas hincadas en el suelo. Se miró las manos. De rosadas habían pasado a un rojo violáceo, propio de haber estado restregando y aclarando la ropa en aguas gélidas. Una cosa era ir todos los días a la fuente que estaba a pocos metros de casa a por unos cubos de agua y otra era bajar a lavar en el río, arrodillarse y restregar la ropa. Hacía la tarea con tal desgana que la corriente se le llevó un calcetín y, con la falda arremangada, tuvo que salir corriendo detrás de él mojándose casi hasta la cintura, helándose las piernas y los pies.

Sofía, al verla empapada y tiritando, la cogió de la mano y tiró de ella, obligándola a caminar rápido para que entrase en calor, y al llegar a casa le ordenó que se cambiase de ropa.

—Hija, hay que tener mucho cuidado, ya te advertí de lo frías que bajan estas aguas —le dijo Sofía con cariño.

Blau bajó la cabeza y no contestó.

Sofía se había empeñado en cambiar el aspecto de la masía y se dedicaba a plantar en la era esquejes de plantas ornamentales que le daba Irene. Limpió y arregló el huerto, que estaba situado en la parte trasera de la casa, cerca del gallinero, para tener suministro de verduras. A Blau no le entusiasmaban las nuevas tareas que conllevaba el hecho de vivir en la masía y, a la hora de ayudar, se hacía la remolona. Incluso le había propuesto a su madre que le enseñara a coser y a bordar, con tal de tener una excusa para no ir al huerto. Según Ana, a las madres les entusiasmaba que sus hijas cosieran y bordaran, pero Sofía parecía no pensar igual y no prestó atención a sus intentos de buscarse trabajos cómodos para librarse de los que no le gustaban.

Aquella tarde las visitó Irene con una cesta de mimbre llena de tomillo acabado de recoger, tan fresco que a su paso iba dejando el aroma de los tallos recién cortados.

—¿Qué haces con esas plantas? —le preguntó Blau.

—Aceites esenciales.

—¿Los haces tú?

—Sí.

—¿Cómo los haces?

—Si quieres puedes venir conmigo, hoy voy a preparar aceite esencial de tomillo y te enseñaré cómo se hace.

Blau miró a su madre con ojos de corderito manso.

—Puedes ir, pero a la hora de comer te quiero de vuelta.

A Sofía le venía bien librarse de las continuas quejas de su hija por unas horas. Desde que llegaron a la masía la joven se había vuelto impertinente.

La casa donde vivía Irene era pequeña y austera. Se entraba directamente al comedor, un rectángulo que hacía de cocina con lumbre y dos puertas laterales que daban a las dos únicas habitaciones. En la mesa del comedor había un alambique de cobre y unas estanterías en la pared repletas de botes pequeños de madera de boj. Irene dejó la cesta con el tomillo al lado del alambique y comenzó con el proceso de destilado de las hierbas para extraer el aceite esencial.

—¿Para qué sirve el aceite de tomillo? —preguntó Blau.

—El aceite de tomillo es cicatrizante y rejuvenecedor, por eso lo mezclo con el de pétalos de rosas y almendras dulces para hacer un elixir de belleza. Los jabones a los que añado aceite de tomillo y lavanda son los que más gustan. Según dicen las mujeres cuando se lavan con ellos les queda la piel fina. —Cogió una rama y la presionó con los dedos—. Tomado en infusión alivia los dolores de tripa. A veces, a las sopas de pan les añado unas ramas y también a los guisos, les da buen sabor.

—Vaya, lo utilizas para todo —dijo Blau asombrada—. ¿Quién te ha enseñado tantas cosas sobre el tomillo? —preguntó.

—Mi abuela, la madre de mi padre, y a ella se lo enseñó su madre. Es una tradición familiar.

—¿Entonces sois curanderos?

—No, solo conocemos las plantas que nacen en estas montañas y las utilizamos para nuestros remedios, pero cuando es necesario, también vamos al médico. —Cogió un bote pequeño de madera situado cerca del alambique—. En este bote guardo el aceite cuando está listo, y luego lo llevo al mercado que hay los domingos en Artesa, para venderlo. Los botes los hace mi padre en invierno, que es cuando tiene menos trabajo en el campo.

—¿Podré ir contigo algún domingo al mercado de Artesa? Te puedo ayudar a vender, si quieres. —A Blau se le dibujó una sonrisa de ilusión al pensar en hacer algo diferente a lo cotidiano.

—Si tu madre te deja, puedes venir.

Irene se encogió de hombros.

—Irene… —musitó Blau, entrecortada.

—Dime.

—No, nada.

—¿Qué quieres?

—¿Tú tienes novio?

—Sí, pero lo reclutaron y se lo llevaron al frente. Él no entiende de luchas, lo único que le interesa es trabajar la tierra. Nos íbamos a casar. —Irene se entristeció, respiró y siguió—: Mira, el aceite ya está listo, ayúdame a llenar los botes.

—Ayer vi a esa niña pequeña que cuida las vacas —dijo Blau.

—Debe de ser Lola, la pequeña de *Casa Moliné*. Es normal que la veas, esa es su ruta de pasto. Pasa a diario con las vacas por el otro lado del río.

—Es que la vi pasar muy rápido, sin ellas, y mirando a todos lados, con una cesta entre las manos que al volver ya no llevaba.

—Seguramente fue a llevarle la comida a su padre, que debía de estar trabajando por aquella zona en una de las parcelas.

Entró Andreu sonriendo, de la mano le colgaba, atada por las patas, la liebre que había cazado y la dejó encima de la mesa y dijo:

—Ya tenemos la comida de mañana.

Andreu era un hombre serio, de pocas palabras y aspecto fuerte. Su cara tostada albergaba ligeras arrugas en la frente y en el contorno de sus ojos pardos y almendrados. Destacaban en su negro y ondulado cabello unas incipientes canas. Se acercó a una estantería y cogió una caja de metal, donde guardaba papel de liar y picadillo del tabaco que él mismo cultivaba. Comenzó a liar un cigarrillo, con el arte de quien hace la misma operación varias veces al día y, sin decir nada, salió a la era a descansar un rato, mientras fumaba sentado en el poyete.

Blau miró la liebre con asco.

—¿Qué vas a hacer con el animal?

—Despellejarlo y cocinarlo —contestó Irene con toda naturalidad.

Blau no quería ver cómo Irene despellejaba la liebre, y con la excusa de no llegar tarde a comer se marchó rápidamente a su casa.

—¡Mamá!, ¡mamá! —gritó Blau al entrar en su casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía saliendo de la cocina alarmada por el tono de voz de su hija.

—¿Dónde está la madre de Irene?

—Dicen que falleció al darla a luz y que Andreu, a raíz de eso, se volvió ermitaño.

Blau se abalanzó sobre su madre y la rodeó con los brazos, apretándose a ella todo lo fuerte que pudo.

—¡Mamá, tengo tanto miedo de perderte y quedarme sola! —

exclamó entre sollozos sin soltarla.

—No digas tonterías, anda. Vamos a comer, la comida está lista.

Sofía entendía el miedo de su hija. Ella misma no podía evitar sentir lo mismo cuando pensaba en Marc. Se despertaba a medianoche con tal angustia que luego ya no podía conciliar el sueño; y todo porque el temor a perder a Marc dominaba su pensamiento.

6
La Pastora

Todos los días, alrededor de las doce del mediodía, la niña pequeña de *Casa Moliné* pasaba por el otro lado del río. Unos días llevaba las vacas a pastar y otros iba sin ellas, pero siempre llevaba, colgando del brazo, una cesta que abultaba más que ella. Blau, que la tenía controlada, esperaba impaciente a que llegase la hora para verla pasar. Un mediodía que estaba aburrida se le ocurrió espiarla y seguirla para saber adónde iba. Para que ella no la descubriese, se aseguró de tomar una distancia prudencial. Unos minutos más tarde la vio llegar hasta una zona frondosa del bosque, observó cómo ojeaba alrededor para, después, segura de que no era vista por nadie, dejar la cesta sobre una roca. Después, la niña se marchó rápidamente y pasó muy cerca de los arbustos donde Blau estaba escondida. Aguardó paciente para ver lo que ocurría con la cesta. Al cabo de unos minutos apareció un joven pálido, de ropas sucias y raídas, que recogió la cesta y desapareció enseguida. En el momento en que lo vio, entró en pánico y se quedó inmóvil hasta que lo perdió de vista. Se aseguró de que él se había marchado y de que no había nadie más por los alrededores y corrió lo más rápido que sus pies le permitieron, hasta que llegó a la puerta de la masía y se sentó en el poyete de la era a recobrar el aliento.

Por la tarde tuvieron visita. Del carro de Oriol saltó Ana con su cámara colgada del hombro y un sobre en la mano. Las orejas de Oriol cambiaban de color cada vez que sus ojos se topaban con los de Blau, y esta se había dado cuenta. Sabía que lo ponía nervioso. Al hablarle, no podía evitar sonreír viendo el efecto que causaba en el joven. Ana también se percató de la situación, cogió a Blau de los hombros y le dijo:

—Tienes enamorado a este chico. Se pone como un tomate cada vez que lo miras.

—No me gusta —informó Blau, haciéndose la interesante.

—Yo solo te digo lo que he visto —recalcó Ana.

—¿Qué llevas en ese sobre? —preguntó, señalando las manos de Ana y aprovechando para desviar la conversación.

—Son las fotos que te hice, has quedado preciosa —contestó Ana, moviendo el sobre.

—A él no se las enseñes —pidió Blau inmediatamente.

—Son para ti, te las regalo. Puedes enseñárselas a quien quieras —

dijo, entregándole las fotografías.

Blau no se pudo resistir, sacó del sobre las dos fotografías que había y se quedó con la boca abierta.

—¡Soy yo! —exclamó.

—Ya te he dicho que has quedado preciosa. Eres muy fotogénica —la alabó Ana.

Entonces y de improvisto tiró del brazo de Blau y la apartó del carro unos metros, donde pensó que no la podrían oír.

—Voy a participar en una misión secreta junto a mi novio. Será esta noche. El remordimiento que tengo es el de tener que engañar a mi padre. Le vamos a coger el coche y tengo que hacerme con las llaves sin que él se entere.

Blau abrió los ojos y arqueó una ceja mientras guardaba las fotografías dentro del sobre y dijo:

—¿No temes que tu padre te pille?

—Sí, me da miedo, pero es por una buena causa.

—Ten mucho cuidado. Por si te sirve de algo, yo de ti no lo haría —le aconsejó Blau, mirándola con preocupación.

—Todos los que vamos a participar tenemos claro que corremos peligro. No te puedo contar más. Si todo sale bien, te lo explicaré la próxima vez que nos veamos.

—¿Cuánto durará la misión?

—Solo esta noche.

—Mejor no me cuentes más, que luego no podré dormir, ya te he dicho lo que pienso —enfatizó Blau.

Oriol había terminado de descargar los sacos de provisiones entre los que había un paquete de azúcar y otro de café. Cogió una caja de cartón y la acercó a las jóvenes.

—Mirad qué pollitos tan bonitos —dijo Oriol.

En ese momento justo apareció Sofía, le arrancó de un tirón la caja de las manos y se la llevó.

—Vamos a tener nuestros propios huevos y pollos para Navidad —anunció Sofía, dejando la caja dentro de la entrada de la casa.

—Chicas, estoy muy contento —reveló Oriol entusiasmado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y eso? —preguntó Ana.

—El mes que viene es mi cumpleaños. Por fin podré enrolarme en el ejército.

—¡Tú no sabes lo que dices! ¿Es que te has dado un golpe en la cabeza y te has trastocado? —A Ana le aumentaba el enfado por momentos y se le hinchó la vena del cuello. —¡La guerra es una locura!

—Me da igual —dijo el joven rascándose la barbilla.

—A ti lo que te pasa es que no das para más, no tienes ni idea de

política ni de por qué estamos en guerra y pretendes alistarte —le reprendió Ana, subiendo el tono de voz.

—Claro que me voy a alistar, ya lo verás. Quiero vestir un traje militar y llevar un arma en el cinto. Mi sueño es hacer carrera en el ejército y pienso conseguirlo, pese a quien pese. No me gusta la tierra ni el ganado y estoy harto de cuidar ovejas.

—Todo lo que tienes de alto lo tienes de… —dijo Ana, sin acabar la frase.

—¡A ver si te vas a tener que volver andando! —la amenazó Oriol.

—¡Míralo, aún no sabe si lo admitirán y ya se le han subido los humos a la cabeza! Como se entere tu padre de que me acabas de amenazar, te vas a enterar. Además, sabes que para alistarte él te tiene que dar permiso y dudo que te lo dé —le decía Ana en jarras.

Oriol se calló. Si Ana no fuese hija de quien era, le habría dado dos bofetadas de buena gana. Lo había dejado en ridículo delante de su futura novia, la chica con la que soñaba compartir su vida. Pensaba escalar en el ejército para que ella se sintiera orgullosa de él.

Al otro lado del Montsec, en esos momentos, se empezaban a oír disparos de forma continua. Era un ruido de fondo estridente y en los primeros días les asustó tanto que no se atrevían a salir de casa. Tenían miedo de que los fuesen a bombardear como en Barcelona. Ese día se oían incesantemente los ruidos de los aviones que estaban reconociendo la zona. De sopetón, un fuerte estruendo les sorprendió. Sofía salió corriendo de casa y los hizo entrar. Se quedaron juntos, y mirándose unos a otros con expresión de miedo e incredulidad. Blau comenzó a temblar, aquello le recordó a Barcelona y la invadió una mezcla de miedo junto con la añoranza de los buenos momentos allí vividos.

Oyeron voces y se asomaron al balcón del segundo piso para ver qué ocurría. Eran los campesinos que se habían agrupado, y parecía que iban en procesión a un monte cercano. Salieron de la masía a la carrera y se fueron en dirección al grupo para averiguar adonde se dirigían. Irene, que estaba entre ellos, les voceó:

—¡Vamos!, ¡venid, se ha estrellado un avión!

—¿Qué ha pasado?, ¿se ha estrellado el avión o lo han derribado? —preguntó Ana.

—No lo sé —respondió Irene.

—Yo no quiero ir, que luego se complican las cosas y no quiero que me pillen en medio —dijo Ana.

—A mí me gustaría, pero la tengo que llevar a su casa sana y salva. Si no, se me caerá el pelo —se quejó Oriol, resignado.

—Nosotras no iremos —dijo Sofía, rotundamente por si a su hija se le pasaba por la cabeza preguntar si podía ir.

Unas horas después de marchar Oriol y Ana, se presentó Irene.

—¿Qué ha pasado?, ¿has visto algo? —preguntó Blau impaciente.

—Qué va, nos han dicho que nos fuésemos. Estaban los del ejército allí y no nos han dejado ni asomarnos.

—¿De qué bando era ese avión? —preguntó Sofía, inquieta.

—Unos hombres decían que era del bando nacional, aunque a mí me da igual. Lo único que quiero es que esto termine de una vez.

Cuando Irene ya marchaba, se giró y preguntó:

—¡Sofía! ¿Podrá Blau acompañarme el domingo al mercado de Artesa?

—Claro, y yo también iré con vosotras.

—Ya sabes que hay que madrugar, a las nueve tenemos que estar allí —precisó Irene.

—No te preocupes, seremos puntuales.

—Si llegáis tarde, me iré sin vosotras —amenazó riendo.

De pronto, Irene paró en seco, dio media vuelta y señaló a Blau, diciéndole:

—No te esperes gran cosa, ahora el mercado no vale nada. No hay producto ni gente ni humor —matizó, para que no se llevase una decepción y siguió el camino hacia su casa.

7
El Sacerdote

El paisaje en aquellas tierras cambiaba con las estaciones del año. En verano, el verde de los campos daba paso al dorado de las espigas de trigo y los vientos cálidos las balanceaban creando la impresión de que grupos de bailarines danzaban en las parcelas. Dentro de pocas semanas daría comienzo la siega. Los campesinos estaban ocupados con los preparativos. Cuando llegaba el momento de la cosecha, todas las manos eran necesarias y se ayudaban unos a otros. Como ese año les faltaban los brazos más jóvenes y fuertes, las mujeres tendrían que reemplazarlos. Las masías grandes, que cada año contrataban braceros, iban a recoger la mitad de la cosecha. No había suficientes hombres para trabajar. Ese era el tema de conversación en los corrillos que se formaban en el mercado dominical de Artesa de Segre.

Irene llevaba una cesta repleta de verduras del huerto, huevos y, en un costado, los botes de esencias metidos en un pequeño saco de arpillera. Esos productos los cambiaba por otras cosas que necesitaban. El mercado de los domingos era el acontecimiento semanal para todos los que vivían en la zona y poblaciones cercanas. Allí se compraban, vendían e intercambiaban todo tipo de artículos que tenían que ver con el campo: animales, semillas, tierras, herramientas y aperos de labranza. En el mercado también se ultimaban los tratos de matrimonio entre familias de diferentes masías con hijos en edad casadera, era el lugar perfecto para llevarlos y que se conocieran. Los padres paseaban a sus hijas solteras, ataviadas con sus mejores ropas, en busca de un buen partido; si lo conseguían lograban quitarse de encima una boca que alimentar.

Esa mañana Irene intercambió media docena de huevos por un poco de bacalao y arenques salados. En un puesto de alpargatas, cambió uno de sus botes especiales de esencia por unas alpargatas de vestir blancas con cuña; eran sus primeras cuñas, las tendría que esconder debajo del colchón porque si su padre las viera, él le reñiría. En esos momentos esas alpargatas eran un lujo innecesario. Irene poseía algo que muchas mujeres deseaban. Conseguía, a cambio de sus botes, buenos productos: café, azúcar, carne de ternera y ropa interior que de otra manera no podrían permitirse.

El aceite que conseguía de los pétalos de rosa era su producto de intercambio más preciado. La mayoría de las mujeres lo utilizaba para

perfumarse, ella solo disponía de una pequeña cantidad de botes, ya que la cosecha de pétalos era limitada. No podía intercambiar toda su producción de esencia de pétalos porque otro de sus productos de más éxito era el aceite reparador facial y, entre otros aceites esenciales, uno de sus ingredientes principales era el aceite de pétalos de rosa. Sus clientas deseaban poseer el elixir de belleza de Irene y no les importaba salir perdiendo en el trueque.

Sofía y Blau se fueron de visita a casa de Ana. Sofía aprovechó para recoger la correspondencia que, por medio del transporte de víveres, le hacía llegar Marc. Cuando Ana las vio, se llevó a Blau a toda prisa a su estudio, que estaba lleno de nuevas fotografías en blanco y negro con soldados posando con un cigarrillo en la boca y el fusil en la mano. Algunos posaban en grupo delante de un camión militar. Todos sonreían.

—Mira qué contentos estaban cuando les fui a hacer el reportaje. Para muchos de ellos, esa fue su última sonrisa —decía Ana con tristeza.

—¿Cuándo volverás a hacerles fotos a los soldados? —preguntó Blau.

—¡Nunca! Jamás volveré a tomar fotos de las patrullas de los soldados, este reportaje fue el primero que hice y también será el último.

Los ojos de Ana se nublaron y dejaron escapar lágrimas que ella limpió rápidamente con la mano. Blau la miró a los ojos y vio que había desaparecido de ellos todo asomo de alegría. Algún suceso que le había afectado los había vuelto tristes. Entendió, por la expresión de su cara, que su amiga estaba a punto de llorar y le pareció más apropiado no preguntar sobre el tema. Cuando ella estuviera preparada ya se lo contaría. Si había algo que había aprendido de su madre, era a no preguntar cuando la situación estaba tensa y a saber esperar a momentos más oportunos.

—¿Como fue tu misión del otro día? —le preguntó Blau.

—Al final no fui. Es que no sirvo para engañar a las personas que quiero. Se lo conté a mi padre y fue él quien se fue con mi novio y sus amigos. No quiere que corra riesgos, me quiere demasiado. Salió todo bien y dejaron, sano y salvo, al cura en Andorra.

—¿Al cura en Andorra? —preguntó extrañada.

—Sí, el asunto es que mi novio se enteró en una reunión, de que algunos militares habían decidido ir a buscar al padre Simón para matarlo. Imagínate, el sacerdote que conocemos de toda la vida, que nos ha bautizado a la mayoría de nosotros y que nos ha dado la primera comunión. Una buena persona que nunca ha hecho daño a nadie y siempre ha ayudado en lo que ha podido. Lo han puesto a salvo antes de que le hicieran daño. Si sus superiores se enterasen de

que mi novio y otros los han traicionado, correrían mucho peligro.

—Me cuesta creer que estos ideales sean los mismos que tanto defiende Marc. Creo que él no aprobaría estas conductas.

—No te puedes ni imaginar lo malas que se vuelven algunas personas cuando les das un arma y mando. Vi mucha crueldad la última vez que estuve con ellos para hacerles un nuevo reportaje fotográfico. Desde entonces, no duermo bien, tengo pesadillas y pienso que me estoy volviendo loca. A causa de aquello, no he vuelto a dormir de un tirón y eso me provoca fuertes dolores de cabeza. Me despierto angustiada a medianoche, las horas se me hacen eternas y amanece sin que haya podido pegar ojo. Sueño que vienen a mi casa y nos matan a todos. Me da miedo hasta contarlo.

—Ha tenido que ser muy grave lo que te ha pasado para que estés tan afectada. —La confesión de Ana le estaba dando la razón: era mejor esperar a que las personas cuenten las cosas por sí mismas en vez de insistir en preguntarles.

—¡Mucho! Ni te lo imaginas.

A Ana se le volvieron a escapar las lágrimas y esta vez dio rienda suelta a sus sentimientos abrazándose a Blau y llorando desconsoladamente.

—Es que fue muy duro. Mataron a un cura y luego quemaron la iglesia con él dentro. La guerra los ha vuelto locos. Hice todas las fotografías que pude, pero me cogieron la cámara, sacaron el carrete y lo quemaron. Luego me amenazaron, uno de ellos me dijo que, si lo contaba, irían a por mí y mi familia para hacernos lo mismo.

Blau sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo al escuchar el relato de su amiga, y le entró miedo ante el pensamiento de no estar segura en ninguna parte. Marc las había llevado a la masía para que estuvieran a salvo, pero dudaba de que así fuera. Estaba llegando a la convicción de que en una guerra nadie está fuera de peligro.

—¿Y qué opina de eso tu novio? —preguntó, horrorizada.

—Él no puede opinar ni hacer nada. Lo han mandado a la batalla del Ebro.

Blau se encogió de hombros. No sabía a qué se refería Ana. Nunca había oído hablar de esa tal batalla del Ebro. De pronto, se acordó del joven que recogía la cesta de comida que la niña le dejaba todos los días cerca de la masía.

—Ana, tengo miedo. No me siento segura ni en la masía. He visto a un chico por los alrededores y hay una niña que le lleva comida todos los días.

—¿Cuánto tiempo hace que lo has visto?

—Unas semanas.

—Puedes estar tranquila, son buena gente, no te harán nada. Son hijos de payeses que no quieren ir a la guerra, ni matar ni que los

maten a ellos. No le cuentes a nadie lo que has visto, y menos aún, que la niña le lleva comida. No confíes en nadie. Sobre todo, no lo digas. ¡Hazme caso, Blau! ¿Me has entendido? —dijo tomándola de los hombros.

—¿Se lo puedo decir a mi madre?

—Es tu madre, tú sabrás —contestó Ana, encogiéndose de hombros.

Blau se despidió de su amiga con un abrazo y bajó al almacén de Quim, donde la esperaba su madre para salir en busca de Irene. Esta acudió al punto de encuentro sofocada, con las mejillas sonrosadas y sonriente. Todas juntas se pusieron en marcha hacia La Valdriet.

—Mira lo que he cambiado —dijo Irene enseñando unas alpargatas blancas.

—Son muy bonitas y, con la cuña, te harán parecer más alta —destacó Blau, parpadeando con tanta rapidez que sus pestañas parecían abanicos.

—No te burles de mí —le advirtió Irene, sonriendo.

—¿Las has cambiado por algo? ¿Nunca haces compras? —preguntó Blau cuando paró de pestañear.

—No, mi padre no quiere que me paguen con dinero, solo me deja hacer cambios. Se le ha metido en la cabeza que después de esta guerra, ya nada será igual. Dice que cambiará el dinero y el que tenemos ahora puede que no sirva, que es mejor no arriesgarse. Cosas suyas, yo le hago caso y me evito problemas —explicó levantando las cejas.

Irene sacó un bote pequeño de los de madera de boj y se lo dio a Blau.

—Es un regalo para ti. Es esencia de pétalos de rosa. Cuando te guste un chico te lo pones y seguro que lo conquistas. Ten en cuenta que es difícil hacer esta esencia, solo para llenar este bote tan pequeño necesito una cesta entera de pétalos de rosa. Las mujeres van locas por conseguir uno de mis botecitos. Con ellos hago siempre buenos tratos.

—Eres muy lista, seguro que con uno de esos has conseguido las alpargatas —Irene afirmó con la cabeza y se le dibujó una amplia sonrisa de satisfacción.

—¿Usaste esta esencia para conquistar a tu novio?

—No me hizo falta, le gusté desde el primer día que me vio.

—¿Él también te gustó a ti?

—No lo sé. Ni siquiera sé si me gusta ahora, porque no le extraño.

A Sofía la conversación entre las dos chicas le trajo recuerdos de una juventud que pensaba le gustaría volver a vivir, pero lo cierto era que a esa juventud le salieron alas y había volado para no volver, dejándola con todos los errores que, por ignorancia, había cometido.

Irene se acercó al oído de Blau, bajó el tono de voz para que Sofía no la pudiese oír, y le susurró:

—He conocido a un chico y nos hemos hecho amigos.

—¿Te gusta?

—¡Sí! ¡Mucho! Es listo y guapo.

—Por eso has cambiado un bote de esencia por las alpargatas con cuña, ¿verdad?

—Sí, el próximo domingo he quedado con él. Me pondré esencia de rosa. Hablamos de plantas y del uso que les doy, le interesan sus propiedades. Me ha encargado varios botes de esencias. Y me ha pedido una cosa algo extraña.

—A ver si no va a ser de fiar.

—Que sí, tonta. Quiere que encuentre a alguien que le consiga una víbora. Me ha dicho que le pagará bien. Se lo diré a Oriol, seguro que él la consigue.

—Un poco raro sí que es tu amigo.

—Se llama Lluri. Es estudiante de farmacia y quiere hacer pruebas con el veneno del animal. Estoy dudando si conseguírselo, porque la quiere viva. Me da miedo de que no se maneje bien con el bicho y que este le muerda.

—Que nombre más raro tiene.

—Se llama Llorenç, pero es Lluri para los amigos.

—Ya veo que tienes confianza, ¿de qué le conoces?

—Viene mucho por el mercado de Artesa y alguien le habló de mis esencias.

—Lo raro es que no esté luchando en el frente.

—Tiene un problema. De pequeño tuvo una enfermedad, creo que la polio, y le han quedado secuelas, por eso cojea un poco. Es el hijo mayor de la familia de una masía de Tárrega, pero no le gustan los trabajos del campo y tampoco tiene fuerza para ellos, el hermano pequeño se ha hecho cargo de las tierras. A él le pagan los estudios para luego montarle una farmacia. Se irá a Francia para seguir estudiando. Dice que son malos tiempos para vivir en España y que todo está demasiado revuelto. Me ha prometido que volverá cuando el país esté más tranquilo.

—¡Te ha prometido que volverá! Eso me suena a algo más que amistad… ¿Qué vas a hacer con dos novios?

—Bueno, bueno —murmuró Irene—. Lluri es un amigo, no es mi novio. Con mi novio ya hablaré cuando vuelva de la guerra y le diré por qué he decidido no casarme con él. Prefiero quedarme sola a estar con alguien a quien quiero solo como a un hermano. Por el contrario, cada vez que me encuentro con Lluri me entra un cosquilleo en el estómago que me alborota entera. Con mi novio no me pasaba eso, ni siquiera la primera vez que me dio un beso.

8
Las Rosas

Blau apoyó en su cadera el barreño grande de metal, repleto de ropa sucia, para dirigirse a lavar al río. Al recipiente le daban varias utilidades: los sábados por la mañana se convertía en una improvisada bañera donde ellas se daban el baño semanal; cuando hacía frío, lo colocaban cerca de la lumbre y lo llenaban con agua lo suficientemente caliente como para sumergirse dentro y, después de un enjabonado rápido, utilizaban un cazo de cobre para aclararse.

Estaban a finales de Julio, el sol caía a plomo a esa hora próxima al mediodía y el calor apretaba con fuerza. Tras el esfuerzo al lavar la ropa en el río, Blau estaba acalorada y empapada en sudor. Al finalizar la tarea, examinó con atención los alrededores para asegurarse de que la zona estaba despejada de posibles mirones. Delante de ella, una charca de agua cristalina la esperaba. Se deshizo la trenza y se quitó el vestido de cuadros gris que utilizaba para las tareas domésticas. Su primer impulso fue, también, quitarse el viso y bañarse en calzones, pero no lo hizo por recato. Con el jabón de lavanda que le había regalado Irene entre las manos, se deslizó con cuidado para no resbalar con el musgo que cubría las piedras que bordeaban la charca. Poco a poco, se fue adentrando en el río. Una vez superada la sensación de frío del primer contacto, el baño le resultó agradable. Se enjabonó de los pies a la cabeza mientras que la corriente arrastraba la espuma, que se iba deshaciendo río abajo. Se sumergió por completo para aclararse el pelo y, al sacar la cabeza, oyó el ruido de unas piedras que rodaban por la ladera de la montaña hasta impactar en el agua. Salió del río lo más rápido que pudo, y en lo primero que pensó fue en el joven que estaba escondido por esos montes. Ella solamente lo había visto a él, pero podía haber más gente ocultándose en esas montañas. En un instante pasó de darse un placentero baño a imaginar que salía un grupo de hombres de detrás de los matorrales para atacarla. Echó a correr descalza, de lo asustada que estaba, sin notar los pinchazos ni los pequeños cortes de las piedras en sus pies. La ropa interior empapada y el viso, pegado al cuerpo y chorreando, le molestaban para avanzar. Con el susto, olvidó coger el barreño y hasta la propia ropa que había dejado apoyada en una piedra. Al poco de echar a correr, una voz, que le resultó familiar, procedente de lo alto de la ladera le decía:

—¡Blau, no corras que soy yo!

La joven paró en seco, se giró y vio que Oriol, con las orejas encendidas al rojo vivo, la miraba embelesado.

—Te parece divertido el susto que me has dado, casi se me sale el corazón por la boca. ¡Eres un bruto! —le reprendió enfadada.

—No te pongas así, estaba cuidando las ovejas y te he visto al asomarme. —Oriol no se atrevía a mirarla a la cara, pero se recreaba observando las formas del cuerpo de la joven, marcadas por el viso pegado a la piel, y su larga melena, que se extendía por la espalda hasta las nalgas. Al verla así, mojada, con los pies descalzos y el semblante airado, a Oriol le pareció estar contemplando a una diosa recién salida del agua.

—Haz el favor de no mirarme más. Date la vuelta hasta que me vista y voy a contarle a tu padre que me espías —lo amenazó.

—No es verdad, tengo las ovejas en el prado de encima del río, no te espiaba —se defendió.

—Tú dirás lo que quieras, pero me estabas espiando —recalcó mientras se ponía el vestido encima de la ropa interior mojada.

—Me alistaré en el ejército, lucharé y seré un héroe. Así, cuando vuelva estarás orgullosa de mí y serás mi novia —decía Oriol de espaldas a ella y sin atreverse a girar la cabeza. Al joven le resultaba fácil decirle lo que pensaba sin mirarla directamente a aquellos ojos color miel que lo intimidaban.

Blau se limitó a escuchar, y la respuesta a los comentarios de Oriol fue un largo silencio. Ella pensó que no sería nunca su novia porque no sentía una alegría especial cuando lo veía. Y entonces le vinieron a la cabeza las conversaciones que había escuchado desde pequeña, en las tardes de costura con su madre y las vecinas del barrio en el que vivían, donde había aprendido que el amor no se fuerza y llega sin esperarlo. Sofía trabajaba para los almacenes *Jorba* y cosía para ellos en su casa, por ese motivo tenía acceso, en primicia, a los patrones y telas de las novedades de cada temporada. Por las tardes, algunas vecinas y amigas se pasaban por su casa a tomar café y aprovechaban para curiosear y copiar patrones de faldas y vestidos. Durante esas tertulias, en las que Blau estaba presente, conversaban sobre recetas de cocina y labores domésticas. Ella se había dado cuenta de que cuando se retiraba a hacer los deberes a su habitación, la conversación subía de tono y se contaban todo tipo de confidencias acerca de novios, maridos y vecinos de reputación libertina. Una tarde escuchó a la vecina del cuarto contar que cada vez que se cruzaba con un tal Jordi le entraban unas fuertes cosquillas en el estómago y que el día en que él le devolvió la mirada y le sonrió pensó que se iba a desmayar allí mismo de la emoción. Blau tenía claro que quería un hombre que le hiciera sentir todas esas sensaciones y Oriol no le

provocaba ninguna de ellas.

Por aquellos días comenzaban a recogerse las verduras del huerto y los huevos de las gallinas ponedoras. La entrada de la masía estaba preciosa con su jardín de rosas, claveles y un árbol de lilas que adornaba un rincón. Blau tendió la ropa en los tendederos que Andreu había improvisado en un lateral de la era. Mientras tendía, observaba la casa rodeada de rosales floridos. Al terminar la tarea, tomó un cubo y las tijeras de podar y dejó desnudos de flores los rosales, llenando el cubo con aquellas rosas que luego llevó a toda prisa a Irene.

—Mira lo que te he traído —dijo nada más entrar por la puerta de casa de su amiga, mostrándole el cubo.

—¿De dónde has sacado todas estas rosas?

—De la masía.

—¿Son las rosas de tu madre?

—Sí. Ya saldrán otras, he dejado muchos capullos.

—¿Le has pedido permiso para cortarlas?

—No hace falta, son nuestras...

—Eso es lo que tú crees. —Irene se sacó el delantal, cogió el cubo con las rosas y agarró a Blau del brazo—. ¡Venga, vamos a ver a tu madre! No quiero hacer nada con estas rosas sin que ella lo sepa.

Blau resopló y pensó que Irene daba importancia a tonterías. Cuando llegaron a la masía y Sofía vio en el cubo las primeras rosas de su cuidado jardín, respiró hondo varias veces y se le endureció la mirada.

—¡Todas mis rosas! ¿Quién te ha dado permiso para que las cortes? —sermoneó a su hija, frunciendo el ceño con enojo.

Sofía no paraba de gruñir y Blau estaba compungida por haber disgustado a su madre. Pensaba que, desde que dejaron Barcelona, su madre se había vuelto muy susceptible y por cualquier causa sin importancia se enfadaba; los motivos que antes habrían sido insignificantes ahora habían pasado a ser importantes. Total, eran cuatro flores, no había más que cuatro y, en breve, saldrían otras nuevas.

—Podéis utilizarlas. Ya que están cortadas, por lo menos que Irene las aproveche —dijo Sofía señalando las rosas amontonadas en el cubo.

—Te regalaré un bote del aceite que extraiga de los pétalos de tus rosas.

—Bien —dijo Sofía dándole a entender con una sonrisa que la propuesta le había gustado.

—¿Se puede quedar Blau a comer en mi casa? —preguntó Irene con voz melosa.

—Si ella quiere, que vaya, hoy ya he visto que no necesita mi permiso para hacer lo que le dé la gana —dijo con ironía.

A los cinco minutos, de camino a casa de Irene, Blau ya había olvidado el enfado de su madre y cantaba feliz por poder irse a comer a casa de su amiga y pasar el día con ella. Cuando llegaron, Irene sonrío a Blau, señalándole una cesta de mimbre que había en un rincón y con una piedra encima de la tapa que la cerraba.

—¡Mira lo que tengo aquí!

Blau se dirigió a la cesta con la clara intención de abrirla.

—¡No! ¡No la toques! No se te ocurra abrirla. Está la bicha dentro y está viva.

—¿Qué bicha?

—La que me encargó Lluri.

—¿Quién la ha cazado?

—Mi padre.

—Qué valiente es tu padre.

—Sí que lo es, le caza ratones para alimentarla —Irene sonrió con orgullo.

—¡Qué asco me dan los bichos! Sobre todo, los ratones y las serpientes. A veces, por las noches, oigo ruidos en el tejado de la masía. Deben de ser los ratones que andan corriendo por él.

—Los ruidos los deben hacer los gatos que cazan a los ratones, para que no se cuelen en vuestra casa.

—¿Tú crees?

—No te preocupes, estoy convencida de que son los gatos —le dijo Irene para tranquilizarla y sonrió, mirando a la cesta donde estaba la serpiente—. Este domingo he quedado con Lluri para llevársela.

A Irene se le iluminó la cara.

—¿Te pondrás el aceite de rosas? —preguntó Blau, dejando aflorar una sonrisa divertida.

—Sí, claro.

Las dos chicas se echaron a reír.

Por la tarde, Irene le pidió que la ayudara a hacer ramilletes de una planta con flores amarillas y los colgaron en la despensa para que se secaran. Dejaron sin atar la mitad para seleccionar la flor y ponerla en la olla del alambique de cobre que estaba encima del trípode sobre las brasas. El serpentín era largo y desembocaba dentro del recipiente de condensado, apoyado en una piedra que Andreu había preparado para ese menester. Blau cogió una de las plantas y preguntó:

—¿Por qué cuelgas unas y destilas otras?

—Porque a veces es recomendable utilizarlas en aceite y otras tomarlas en infusiones.

—¿Qué planta es esta? ¿Para qué sirve?

—Es la hierba de San Juan. Es recomendable para la tristeza, la melancolía y las depresiones. Con tantos maridos e hijos como hay en el frente, esta planta ayuda a las mujeres que la toman a sobrellevar la

angustia de la incertidumbre.

9
Las ausencias

El domingo por la mañana, Sofía y Blau pasaron a recoger a Irene que, cargada con la cesta de la víbora bien cerrada para no provocar un incidente con el animal, las esperaba impaciente en la puerta de su casa. Esta vez llevaba un morral con los botes de esencia, huevos liados en papel de periódicos caducados y sus alpargatas nuevas para ponérselas a la entrada del pueblo; eran demasiado bonitas para llevarlas puestas a todo trote por los caminos de tierra y piedras, se le estropearían en cuatro caminatas. El ambiente estaba impregnado de un agradable aroma a rosas. Blau se acercó a Irene y aspiró aquel olor. Al coincidir sus miradas, ambas sonrieron llenas de complicidad. Irene desbordaba alegría y sonreía a medida que iba andando sumida en sus propios pensamientos y expectativas. Blau también llevaba una pequeña cesta que contenía media docena de huevos, protegidos con manojos de paja, para regalárselos a Ana. Sofía estaba especialmente contenta los domingos, cuando bajaban a Artesa de Segre, porque recogía la correspondencia y tenía al fin noticias de Marc.

Llegaron al pueblo y se separaron. Blau y su madre giraron en dirección a casa de Ana. Irene esta vez no fue en dirección al mercado que ese domingo estaba casi desierto. Se notaba que los habitantes de la zona estaban atareados con la cosecha. A causa de la ausencia de hombres jóvenes para recoger el trigo, en su lugar, los campos estaban repletos de mujeres, niños, hombres de mediana edad y ancianos que se afanaban en la siega. Irene giró en dirección al Puente de Alentorn, a la salida norte del pueblo donde había quedado con Lluri. Sofía se la quedó observando hasta que desapareció.

—¿Adónde va Irene? —preguntó a su hija—. El mercado no está por ahí —comentó extrañada.

—A entregar la víbora que lleva en la cesta —contestó Blau con naturalidad, quitando importancia al asunto.

—Que rara es esta chica, se parece a su abuela que siempre andaba con plantas, raíces y pócimas. Cualquier día se mete en un lío con sus trapicheos al juntarse con gente extraña…. Ya me contarás para qué quiere nadie una serpiente venenosa.

—Es para un estudiante de farmacia. Me ha dicho Irene que está investigando sobre nuevos medicamentos y necesita el veneno. Además, le paga muy bien —añadió Blau.

—Está diferente, se ha arreglado mucho, huele a rosas y lleva unas alpargatas nuevas —resaltó Sofía.

Blau se hizo la despistada. Percibió que, aunque pareciese que su madre no les prestaba atención, no se le escapaba nada. Siguieron en silencio hacia casa de Ana. Al llegar, encontraron a Quim en la puerta, quien, después de saludarlas, dijo:

—Sofía, esta semana no tienes correspondencia.

La cara de Sofía se trasformó como si la hubiese envuelto una neblina cargada de tristeza, se le borró la sonrisa y las arrugas de su frente se pronunciaron, marcando preocupación.

—¿Dónde está Ana? —preguntó Blau.

—Arriba, en su habitación, puedes subir a verla si quieres —contestó su padre resoplando varias veces—. No quiere salir de su habitación, a ver si contigo se anima un poco.

Cuando Blau entró en la habitación de Ana, se encontró a su amiga pálida, ojerosa y hundida. En dos semanas había pasado a una extrema delgadez. Blau se asustó. Ana se agarró a ella, la abrazó y rompió a llorar. No podía articular palabra, solo lloraba y lloraba. Blau esperó a ver si se calmaba para poder hablar. En el momento en que se tranquilizó fueron hasta la cama de Ana y se sentaron en el borde. Había muchas fotos esparcidas por encima de la colcha, todas ellas de un joven de la misma edad que Ana; unas veces vestido de militar, otras segando en el campo, otras batiendo el trigo con una trilladora e incluso otras trasportando los sacos de trigo, en camiseta blanca de tirantes mostrando sus bíceps. Ana cogió las fotos y las lanzó al aire.

—Mira qué guapo era… me lo han quitado, ya no podré estar con él jamás —exclamó, arrancando de nuevo a llorar desconsoladamente.

Blau entendió lo que había pasado y lloró con ella.

De regreso a La Valdriet las tres caminaban calladas y abatidas. Tres caras largas y tristes. Sofía no había tenido noticias de Marc y se temía lo peor. Si no le había mandado ni siquiera un recado, debía ser porque algo malo le había ocurrido. Maldecía aquella guerra por todo el daño que les estaba ocasionando. El padre de Ana le había explicado que no había buenos augurios para el bando de Marc y que, en el frente, la situación se estaba complicando porque estaban perdiendo posiciones. Ellos ya hacía días que no llevaban suministros a Barcelona, entre otras razones, porque no había nada que llevar. Los víveres se habían terminado.

Blau se acercó a Irene y se dio cuenta de que estaba haciendo pucheros, la chica más entera y fuerte que había conocido estaba a punto de llorar. Entrelazó su brazo con el de ella y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Que se marcha. Lluri se va esta semana. Las cosas se han puesto

feas y dice que, mientras dure el conflicto, no quiere estar más en el país. Se va a Francia a terminar los estudios.

—¿Pero volverá?

—Eso ha dicho. —Metió la mano en el bolsillo de la falda, sacó un papel doblado y se lo enseñó a Blau—. Esta es su dirección, me ha pedido que nos escribamos. Le interesa mucho la información que yo le paso sobre las plantas de esta zona.

—Qué bien, así os seguiréis conociendo por carta.

Irene se detuvo en seco, miró fijamente a su amiga y, con los ojos llenos de rabia y un temblor nervioso en el labio superior, le confesó:

—De bien nada. No podremos seguir conociéndonos por carta. Yo no sé leer ni escribir.

Blau permaneció un buen rato callada y pensativa. No sabía qué decirle a Irene y no se atrevía a preguntarle a su madre qué era lo que le pasaba porque, conociéndola, sabía de sobras que no se lo contaría, e intuía que la causa de su tristeza era que no había recibido noticias de Marc. Blau cada día tenía más dudas sobre las historias que le había contado su madre y descubría más cabos sueltos. Esperaría el momento oportuno para soltar las preguntas que se almacenaban en su cabeza. Pensó por unos momentos en Ana y en que esta necesitaba ayuda. Confiaba en que Irene tuviese algún remedio para sanar su corazón herido.

—Irene, si quieres, puedo enseñarte a leer y escribir —le propuso.

—¿Harías eso por mí? —preguntó ella con luz en los ojos.

—Pues claro —confirmó Blau, sonriendo con ternura.

—Lo difícil será encontrar tiempo, ya ha comenzado la siega y este año, con el problema de que no hay braceros, tengo que ayudar —puntualizó Irene.

—No es problema, encontraremos el momento adecuado y cuando tú me digas, yo estaré disponible y te enseñaré. Así podrás leer y contestar, las cartas de tu amigo —la animó, estrechando su brazo con fuerza para que sintiera en firme el soporte que le estaba ofreciendo —. Aunque tengo que pedirte un favor.

—Pídeme lo que quieras. Eres la mejor amiga que he tenido —contestó Irene dispuesta a ayudar. Si ya lo hacía por norma con las personas que no conocía y se lo pedían, con más razón intentaba dar soporte a aquellos que consideraba parte de ella.

—Me gustaría que me dieras algo para mi amiga Ana. No levanta cabeza, está destrozada, no come y no quiere salir de su habitación. La guerra le ha arrebatado a su novio.

—El problema de tu amiga es complicado. Necesitaría verla y hablar con ella para saber con exactitud qué remedio darle.

Entonces Blau tuvo una idea, se giró hacia su madre, que andaba metida en sus tribulaciones, y le preguntó:

—Mamá, ¿se podría venir unos días Ana a nuestra casa?

—Claro que sí —contestó Sofía.

—Le diremos a Oriol que la vaya a recoger y la traiga —propuso Blau.

—Oriol ya no recoge a nadie porque se marchó al frente. Se ha alistado voluntario —contó Irene.

—¡Si es muy joven! —dijo Sofía.

—Cumplió los dieciocho años la semana pasada. He oído por el mercado que los están alistando de menor edad —informó Irene.

—¡Es una vergüenza! —añadió Sofía, indignada, sin parar de mover la cabeza a los lados.

Irene alargó la mano hacia Sofía tendiéndole un bote de esencia de rosas.

—Es la esencia de las rosas que tú tanto has cuidado. Ponte unas gotas de vez en cuando, te sentará bien —le recomendó.

—Gracias, Irene —repuso ella, guardando el bote en un bolsito pequeño de tela que llevaba cruzado.

Sofía quería reservar el aceite esencial para compartir la fragancia con Marc y se entristeció aún más, porque tenía dudas de si algún día podría darle uso a la esencia de pétalos de las rosas de su jardín.

10
La Siega

Hacía semanas que Sofía no recibía correspondencia de Marc y aquella larga espera la estaba consumiendo. Realizaba las labores cotidianas por inercia, sin ningún entusiasmo. Su cuerpo empezaba a bailar dentro de los vestidos. Los huesos de las clavículas cada día se marcaban un poco más. Los únicos brazos masculinos de la finca para segar y recoger el trigo eran los de Andreu. Sofía, confiaba en que el cansancio le ayudara a poder dormir por las noches, y por esa razón decidió trabajar de bracera en la recolecta del cereal. Se colocó un sombrero de paja de ala grande, unos pantalones de Marc, que se ató a la cintura con una cuerda de atar sacos, y una camisa blanca de manga larga, y se dirigió hacia el campo donde estaban Andreu e Irene trabajando.

Irene solo había recibido una carta de Lluri. Blau se la leyó y escribió la contestación que Irene le dictó. Cada tarde, cuando Irene terminaba de atar las espigas y transportarlas hasta la era para almacenarlas y después pasarlas por la trilladora, dedicaba tiempo junto a Blau a aprender a leer y a escribir, hasta que caía agotada y se dormía encima de la mesa. Andreu e Irene se mudaron a la casa grande, para aprovechar mejor el tiempo, y se instalaron en la habitación de la entrada. Entretanto, Blau había tenido que ir asumiendo nuevas responsabilidades: se encargaba de limpiar, cocinar y atender a los animales, pues entonces ya tenían gallinas, pollos y conejos. Además, cada mañana preparaba el desayuno habitual: tortilla a la francesa y pan con tomate. Siempre a la misma hora, se acercaba a la parcela para llevarles el desayuno a los demás en una cesta de mimbre, junto con un botijo de agua fresca con el que reemplazaba el que ellos se habían llevado a primera hora de la mañana.

Las jornadas duraban de sol a sol y se hacían interminables. Se notaba que el cansancio estaba haciendo mella en todos ellos porque nadie se quedaba a la sobremesa a charlar y, después de cenar, procuraban retirarse inmediatamente a descansar.

Una noche, al terminar de cenar, Sofía se sentó junto a su hija para darle las instrucciones de lo que debía preparar al día siguiente para comer.

—Mañana matas un conejo y lo cocinas. Necesitamos un buen

guiso de carne para mantenernos fuertes.

Acompañó a su hija a la despensa, sacó de una tinaja de barro setas que tenía conservadas en salmuera y las puso en agua para desalarlas.

—Escurre estas setas y añádelas al conejo, pero sofriéndolas primero.

Blau había visto muchas veces cómo su madre e Irene mataban un conejo, lo despellejaban y lo troceaban, pero pensaba que no estaba aún preparada para esa labor. Esa noche no pudo concentrarse en los ejercicios escolares de Irene. No fue capaz de conciliar el sueño y se despertó varias veces aterrada por la responsabilidad de tener que quitarle la vida al conejo.

A la mañana siguiente, Blau, echándole coraje, sacó de la jaula uno de los conejos, lo cogió por las patas y se lo llevó a la cocina. Hizo varios intentos de darle un golpe seco en la cabeza con una mano de mortero, pero los golpes eran tan flojos que al conejo le hacían cosquillas. Luego, intentó degollarlo con un afilado cuchillo que tenía su madre para esos menesteres, pero tampoco pudo. Se le partía el corazón. El conejo aprovechó las dudas de la chica y se le escabulló de las manos, echando a correr hacia las escaleras que daban a la puerta de la calle. Ella echó a correr tras él, pero una vez el conejo hubo salido a la era, desapareció enseguida. La joven salió disparada hacia la parcela donde estaba trabajando su madre y, con lágrimas en los ojos, confesó:

—No he podido matar al conejo. He cogido uno y se me ha escapado. Me ha dado mucha pena —sollozaba—. Si queréis comer conejo, lo matáis alguno de vosotros. No pienso matar a ningún animal, antes me muero de hambre.

—¡De hambre nos vamos a morir todos si continúas con tus remilgos! —exclamó Sofía, contrariada, pero compadeciéndose enseguida de la joven, que continuaba gimiendo con la cabeza gacha.

—Anda Irene, ve con ella y le ayudas, que, si no, hoy no comemos —le indicó Sofía levantando las cejas y encogiendo los hombros.

Irene fue directa a por otro conejo y lo dejó listo de un golpe en la cabeza, mientras Blau recogía tomates del huerto para preparar una ensalada y aprovechar para quitarse de en medio.

—Ya está listo. Lo primero que tienes que hacer es freírlo bien, que la otra vez que lo preparaste parecía carne hervida —recalcó Irene.

—Anda vete ya y no seas pesada. Todo eso me lo ha dicho mil veces mi madre. Esta vez me saldrá bien —dijo Blau, simulando una seguridad que no sentía.

Cuando llegó la hora de la comida, se comieron el conejo sin decir nada. Realmente le faltaban unos minutos de cocción, pero estaba mejor que la vez anterior, a pesar de que Blau había olvidado sofreír las setas y estas estaban insípidas. Y, aun así, se las comieron. Andreu

e Irene se dedicaban miradas cómplices en las que se podía interpretar que pensaban que la joven era una pésima cocinera.

Blau estaba terminando de recoger la cocina cuando oyó el ruido de una carreta que paraba en la era y salió disparada hacia la puerta para ver quién llegaba. Eran Ana y su padre. Encontró a su amiga escuálida, el contorno de sus ojos se había hundido y tomado un color violáceo, la abundante mata de su pelo había menguado y el brillante color castaño claro de la melena se había tornado opaco. Su padre la ayudó a bajar del carro y sacó una maleta que, a continuación, dejó en la entrada. Las jóvenes se abrazaron, a Blau le daba miedo apretarla por si se rompía el saco de huesos que sostenía entre los brazos.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó el padre de Ana.

—En el campo, ayudando a Andreu.

Quim se dio media vuelta y salió, campo a través, en la dirección que Blau le había indicado. A Sofía, cuando lo vio acercarse, le empezaron a temblar las piernas, no estaba segura de que estas la sostuvieran y miró alrededor por si había algo donde apoyarse. Andreu levantó la cabeza y observó que Sofía palidecía de golpe y le daban temblores. Hacía días que ella se preparaba mentalmente para recibir las peores noticias sobre la mala fortuna que podía haber corrido Marc. Al ver a Quim, sin esperarlo, se dejó vencer por los fantasmas de su mente, que despertaban para anunciar malos presagios, pero a medida que el hombre se fue acercando y no encontró signos de preocupación en su expresión, se tranquilizó.

—Le he dado vueltas a lo que me propusiste y he venido para dejaros a Ana. Se quedará con vosotros un tiempo, a ver si se recupera. Esta hija mía desde que perdió el novio no levanta cabeza —informó Quim mostrando signos de turbación.

—¿Hay correspondencia? —preguntó apresurada Sofía con la voz entrecortada.

Quim movió la cabeza dando una negativa, y Sofía cerró los párpados e inspiró profundamente como si le faltase el aire.

—¿Tenéis algún lugar donde esconder el grano? —preguntó Quim —. Os lo pregunto porque están a punto de venir a requisar la cosecha. Yo, de vosotros, iría escondiendo algunos sacos de trigo a diario. No esperéis a la trilla para juntar el trigo, dejad listo el que recogéis cada día. Si queréis, me quedo y os ayudo a dejar ya preparado todo lo que habéis recogido hasta este momento.

—¿Quieres guardárnoslo? —preguntó Sofía.

—No puedo, seré el primero al que registrarán y se llevarán todo lo que encuentren.

Trabajaron todos en equipo hasta tarde. Sofía tenía que pensar dónde esconder los sacos. La habitación secreta sería el mejor lugar para guardar el trigo, pero no podía hablarle a nadie de su existencia.

La orden de Marc, de no mencionarla, había sido clara y rotunda.

Quim se quedó hasta el anochecer. Tuvieron una tarde tan ajetreada que hasta Ana se olvidó, por unas horas, de sus penas intentando ayudar a la familia de su amiga. Entre Blau y Ana, para la cena habían preparado *escalivada*, tortillas de calabacín con cebolla y rebanadas de pan tostado con tomate y aceite.

Quim se disponía a marcharse cuando Sofía lo siguió.

—¿Te podrías llevar los sacos de trigo y mandar molerlos? He pensado en dividirlo en cuatro partes: una para el molino, otra para Andreu, otra para ti y otra para mí. El de Andreu y el mío en sacos de diez quilos; si son pequeños, los podré esconder sin dificultad —propuso a Quim, pidiéndole aquellos sacos porque pensó que los podría manejar con la ayuda de su hija y esconderlos en la habitación oculta.

Sofía había escuchado habladurías de gentes de la zona sobre la naturaleza interesada de Quim. Por eso, le ofreció una parte del grano y con esa oferta se aseguraba de que él se encargase de resolver el asunto del molido del trigo y el reparto de la harina.

Quim se llevó todos los sacos que le cupieron en el carro y, al pasar por la masía de *Casa Moliné*, los descargó. En *Casa Moliné* tenían un molino muy pequeño y un horno de pan. Josep, el dueño, aceptó con una inclinación de cabeza porque era parco en palabras. Lo molería de madrugada, clandestinamente y sin llamar la atención, para que no lo requisasen.

Después de cenar, Ana se sumó a la tarea de ayudar a Irene en sus deberes de escritura y lectura. A Blau le fue bien que la sustituyera en la labor de profesora, pues así pudo acabar antes sus tareas de recoger la cocina y la habitación del fuego a tierra. Por fin podré irme a dormir a la misma hora que los demás, pensó.

Irene, antes de irse a dormir, se acercó a Blau.

—Mañana a primera hora iré a mí casa a por unos preparados para Ana.

—Gracias, confío en que tú puedas ayudarla —le confesó.

—Esa es mi intención, aunque el solo hecho de estar entre nosotras ya hará que mejore. La buena compañía, y estar entretenida, mejoran las enfermedades de origen melancólico.

Las dos jóvenes sellaron su confabulación cogiéndose fuerte de las manos.

A Ana la instalaron junto a Blau en la misma habitación, la que ocupaba con su madre. Sofía trasladó sus pertenencias a la habitación que había ocupado Marc durante su estancia en la masía.

Blau pasó mala noche con Ana al lado, esta no paró de moverse y de hablar en voz alta. A medianoche se despertó y rompió a llorar, hasta que volvió a dormirse recostada sobre el hombro de su amiga.

La almohada de Ana por la mañana amaneció repleta de cabellos, se le caían a puñados y los rodales en su cabeza aumentaban de tamaño. Blau estaba deseando que Irene fuese a su casa a buscar los remedios que había preparado para la enferma, con el fin de que esta comenzase pronto el tratamiento. Estaba convencida de que Irene tenía la cura para Ana.

En los días de mercado había paseado junto a Irene por Artesa de Segre, y había visto que mucha gente se le acercaba para agradecerle lo bien que les habían sentado los remedios que ella les había dado. Recordó el día en que estaba en su casa y apareció un hombre diciendo que estaba deslomado y ella cogió de un rincón del comedor una caña partida por la mitad. Más tarde, Irene le explicó que la caña era especial y que debía contar con nueve nudos para que sirviera y estar partida en dos a lo largo. Le puso al enfermo el extremo de cada mitad de caña apoyado en los extremos de sus caderas, colocándose ella el otro extremo de cada mitad en los extremos de sus propias caderas. Blau vio a Irene murmurar un rezo en voz baja, muy deprisa. Entonces las mitades de la caña comenzaron a vibrar, se movieron, como por arte de magia, y se cruzaron completamente por el centro.

Desde ese día en que Blau vio a Irene con las cañas, comenzó a pensar en lo sucedido a diario, y una tarde se dirigió a su casa decidida a saber más. Se inventó que sentía un fuerte dolor de espalda y que creía estar deslomada. Las cañas en manos de Blau empezaron a separarse y esta, del susto, las soltó de golpe y se marchó a su casa sin despedirse. Tardó unos días en digerir el suceso y, aunque no lo entendió, terminó por aceptarlo.

Con el tiempo Blau fue asumiendo que tenía la suerte de tener una amiga diferente y muy especial. Irene le contó que su padre también sabía hacerlo, pero que dejó de practicarlo y no quería ni oír hablar del tema desde que falleció su madre. Se lo había tomado como una suerte de castigo divino por practicar artes de curandero. A ella se lo enseñó de pequeña su abuela paterna durante el tiempo que vivieron con ella, mientras su padre trabajaba en el campo de bracero, hasta que Marc le ofreció quedarse en la propiedad como masovero y ocupar la casa pequeña del final de la finca de *Casa Noguera*.

11
Casa Noguera

Apodaban a la masía *Casa Noguera* por el hecho de tener un nogal centenario en la entrada de la finca. Contaba con varias parcelas sembradas de trigo, bancales de almendros y en la parte de atrás un amplio huerto lleno de árboles frutales. El nacimiento de una fuente dentro de ella y que el río, de esa zona, pasase a poca distancia de la casa, daba valor añadido a la finca. En sus días de esplendor albergó un asno, un par de mulas para arar la tierra, dos caballos de tiro, un rebaño de ovejas y dos cerdos para la matanza, además de conejos y gallinas. Era propiedad de la familia Dolç que solo habían tenido una hija, Montserrat Dolç Farré.

El padre de Montserrat, cuando su mujer dio a luz a su primogénito, se llevó una desilusión al comprobar que era una niña. La frustración del hombre aumentó a medida que pasaban los años y su mujer no se quedaba de nuevo en cinta, perdiendo la posibilidad de tener un varón como heredero de las tierras. En una masía con tierras y ganado, lo que interesaba era disponer de brazos fuertes, no de mujeres. Esa situación para el hombre era una desgracia. Montserrat, por el peso que recaía sobre ella al ser la única heredera, se sentía con el deber y la obligación de realizar las tareas del campo para compensar a su padre. Dejó de ir a la escuela con el fin de cuidar las ovejas y sabía lo justo para defenderse un poco: leer, escribir y las cuatro reglas matemáticas. Un viudo, quince años mayor que ella, comenzó a rondar a su padre, insinuándole que tenía intenciones casaderas de segundas con su hija. El viudo aportaba tres hijos, todos varones de su anterior matrimonio, y necesitaba una mujer en casa que cuidara de ellos. Le prometió al señor Dolç que él y sus hijos trabajarían sin descanso y con ahínco las tierras de *Casa Noguera*, pero a la madre de Montserrat no le gustaba el viudo y pensaba que no era el hombre adecuado para su hija.

El día de San Bartomeu toda la familia asistía a la Feria de Artesa de Segre. La madre de Montserrat aprovechaba esos eventos para encontrarse con sus hermanas y, en especial, con la menor que acudía a la feria cada año a comprar patatas de montaña. Su hermana vivía en Barcelona y poseía un bar en las Ramblas, famoso por los pinchos y bocadillos de tortilla de patatas con cebolla. Cuando se vieron, su hermana se quejó porque se le casaba una de las camareras. No había

encontrado a ninguna joven de su gusto entre las muchas que se habían presentado a la oferta de trabajo que anunció en la Vanguardia y necesitaba cubrir el puesto con urgencia. A la madre de Montserrat se le encendió una chispa de esperanza para acabar con sus preocupaciones. Mandaría a su hija a Barcelona, con la excusa de que era algo temporal, para ayudar a su hermana mientras esta encontraba una trabajadora de su agrado. Si salía tal y como ella creía, el viudo buscaría a otra candidata y se librarían de él. El hombre estaba desesperado por encontrar con quien casarse, ya que necesitaba urgentemente una criada en casa.

Así fue como Montserrat Dolç llegó a Barcelona con unas alpargatas, un vestido azul para ir los domingos a misa, otro gris para los días de diario y un delantal para trabajar en el bar de su tía.

La joven se adaptó enseguida al ritmo de los desayunos. Para ella, después de haber trabajado en el campo de bracera, ese trabajo le resultaba mucho más sencillo que barrer la era de su casa.

El Señor Marc Puigcalaf pasaba por el local a desayunar el jueves de todas las semanas. Era el día en que despachaba asuntos en el bufete de su abogado que se encontraba a dos porterías de distancia del bar.

Ese día, el Señor Puigcalaf pidió lo de siempre, agua de Vichy, pincho de tortilla y un cortado. Le sirvió la tía de Montserrat, a la que le gustaba atender personalmente a sus clientes más distinguidos. Al salir del despacho de su abogado regresó al bar a tomar otro cortado. Era la primera vez que el hombre pisaba dos veces seguidas el bar en un mismo día. La siguiente semana, también fue la primera que se pasó a desayunar varios días sucesivos. Dos ojos verdes, que le recordaban al brillo de una esmeralda y una sonrisa clara eran los motivos. Él no era especialmente guapo, ni alto, ni fornido, lo que si estaba era dotado de una atractiva sonrisa, simpatía e inteligencia para agasajar con los detalles que le podían gustar a una mujer, llegar a su corazón y conquistarla. Le resultó sencillo conquistar a la candidata, porque Montserrat Dolç estaba acostumbrada a los hombres rudos de su entorno. El único que la había rondado había sido el viudo mucho mayor que ella con el que casi la casan; con el cual únicamente había intercambiado un par de saludos porque cortejaba directamente a su padre.

Para el Señor Puigcalaf el auténtico hueso duro de roer fue convencer a la tía de que la relación iba en serio. Una vez que la tía de Montserrat entendió que la propuesta era en firme, corrió a comprarle a su sobrina zapatos y ropa adecuada para salir a pasear, sin desentonar, con tan respetable pretendiente.

El día en que Montserrat llegó al bar saltando de alegría y mostrando la enorme esmeralda, rodeada de brillantes, engarzada en

un anillo, su tía suspiró satisfecha. Ella pensaba que la joven era solo un capricho para el industrial y que, cuando este se cansase, dejaría de pasear con ella. La mujer estaba escarmentada de otras experiencias similares en las que alguno de sus notables clientes se había encaprichado de una de sus camareras, y al cabo de unos meses la camarera perdía el honor junto al galán y ella al cliente.

En los paseos que la pareja daba por Barcelona, a la vista de todos, el Señor Puigcalaf descubrió a una mujer discreta y de buen humor, ávida por aprender todo lo que él estuviese dispuesto a enseñarle.

Muy pronto llegó a la masía de *Casa Noguera* una carta con el membrete oficial de la familia Puigcalaf en la que anunciaban el deseo de emparentar las dos familias.

Montserrat Dolç y el señor Puigcalaf contrajeron matrimonio en la iglesia de Santa Ana en Barcelona. Con el disgusto de la madre del novio a causa de no haber podido disuadir a su hijo de casarse con una payesa de masía, que se había visto obligada a aceptar como nuera a regañadientes. En lo que sí estuvo de acuerdo la madre del señor Puigcalaf fue en realizar una boda sencilla e invitar exclusivamente a los familiares más allegados. La tía de Montserrat asumió el gasto de un refrigerio en su local, que puso en exclusiva a disposición de la familia para el evento.

Montserrat aprendió, desplegando toda la astucia de la que disponía, a mantenerse al margen y no intervenir ni opinar en asuntos familiares o relacionados con la empresa delante de sus suegros, este comportamiento influyó para ganarse la confianza de ellos. Poco a poco, se acostumbraron a lo servicial y cariñosa que se mostraba con toda la familia y esa actitud propició un cambio en ellos, integrándola pronto en el clan familiar. Lo que ellos no podían llegar a imaginar era que la mayoría de las decisiones que su hijo tomaba, no las consultaba con la almohada, sino con su compañera de alcoba, que empezaba a influir y manejar los asuntos familiares a través de su marido. Montserrat para su marido pasó a ser su consejera más influyente, de forma que el Señor Puigcalaf no tomaba decisiones importantes sin antes valorar la opinión de su mujer.

Con el tiempo su influencia creció tanto que, cuando su hijo alcanzó la edad de formar una familia, Montserrat Dolç movió todos los hilos necesarios para dirigir la vida de él sin que este se diese cuenta y no percibiese que le estaba organizando su futuro. Lo tenía todo planeado. Marc emparentaría con unos industriales del textil de Terrassa que tenían una hija unos años más joven que él. Organizó varios encuentros entre Clara y Marc, todos ellos bien calculados, hasta que terminaron en boda. Una boda que se celebró por todo lo alto en La Fonda España situada en las Ramblas de Barcelona. Marc, aconsejado y manipulado por su madre, se dejó arrastrar. El resultado

fue estar obligado a compartir sus días con una mujer a la que apenas conocía y por la que no sentía ningún otro afecto que pena por su débil salud. Los varios abortos que tuvo Clara y la noticia de no poder tener hijos, junto a los silencios de su marido, la sumieron en una profunda tristeza crónica. Llegado el invierno, el frío resultó muy duro para Clara y sufrió una serie de resfriados, mal curados, que le propiciaron una grave neumonía que, en el mes de febrero, acabaría llevándosela para siempre.

Al fallecer el señor Puigcalaf, padre, Montserrat quiso seguir manejando los asuntos de la familia y la empresa junto a su hijo, pero su hijo trazó otros planes y la relegó a decisiones que la limitaron a las cuatro paredes de su casa y al servicio que la acompañaba. De esta forma blindó su vida privada y siguió su propio criterio a la hora de llevar la empresa familiar sin la opinión de su madre.

Desde el día de su boda en el que Marc se dio cuenta del engaño al que había sido sometido por parte de su madre, puso distancia entre ellos. Temía que ella volviese a manipular su vida con las argucias y sutilezas empleadas en el pasado; siempre había hecho valer su criterio sobre los miembros de la familia, sin tener en cuenta sus opiniones y deseos. Todos los viernes, Marc mantenía la costumbre de ir a visitar y a comer con su madre. Ella insistía en hablar sobre la incautación de la empresa por parte del Gobierno de la Generalitat para fabricar explosivos. Él siempre desviaba la conversación hacia otros temas banales para no tener que contarle detalles sobre la revuelta situación política, aunque, por muy bien que Marc maniobrara, su madre terminaba dándole consejos como si estuviese mejor informada que él.

Al fallecer los padres de Montserrat, estos dejaron como único heredero de la propiedad de *Casa Noguera* a su nieto. El padre de Montserrat tomó esa decisión al percibir el desinterés por parte de su hija por las tierras. Marc las conservaba y le gustaba ocuparse de su gestión porque él vivió gran parte de los veranos de su niñez y adolescencia en esos parajes y pensaba que poseer tierras era importante para un hombre. Las palabras que su abuelo materno compartió con él se le quedaron grabadas en la memoria cuando este le dijo: «Un hombre que posee un trozo de tierra siempre podrá dar de comer a su familia en tiempos difíciles».

12
La Esencia

Irene se levantó al alba y salió con la fresca matutina en dirección a su casa, antes de que los habitantes de la masía despertasen. Fue a buscar los botes de esencias y una bolsa con plantas, flores y raíces secas para infusionar que había dejado preparados para Ana. Eran tres botes en los que había mezclado, con cuidado, aceites esenciales de estragón, amapola, hipérico, salvia, manzanilla, pétalos de rosa, violeta y jazmín. Cada bote era diferente porque las proporciones de las esencias eran desiguales, la única coincidencia era la de las siete gotas de aceite esencial de pétalos de rosa, violetas y jazmín que eran las mismas para todos.

Irene regresó a tiempo para tomar el primer café del día, con los demás, antes de salir a trabajar al campo. Sentada junto a Blau y Ana, sacó los botes y comenzó a dar instrucciones para su uso.

—Fijaos bien en las marcas que les he hecho a los botes, el que tiene una sola muesca es el primero que Ana tiene que usar. Cuando se lo termine, tiene que utilizar el que tiene dos y el último es el de las tres muescas.

Irene les iba mostrando los botes de uno en uno y los volvía a juntar, poniéndolos de pie sobre la mesa.

—No los tumbéis porque se pueden derramar y contienen las dosis completas. Tampoco hay que saltarse el orden, porque las cantidades de gotas de esencia son diferentes, hay que tener cuidado de no confundirse de bote.

Después sacó la bolsa de arpillera y, abriéndola, les mostró la mezcla de flores, hojas y raíces secas.

—En esta bolsa están las plantas que he preparado para hacer infusiones. Hay que ponerlas en agua hirviendo y dejarlas reposar seis minutos. Se las tiene que tomar tres veces al día después de cada comida.

—¿Podemos infusionarlas todas por la mañana para no tener que hacerlo tres veces al día? —preguntó Blau.

—De eso nada, hacen más efecto si se preparan al momento.

—¿Y si no me gustan? —preguntó Ana.

—Te las tienes que tomar, te gusten o no —impuso Blau.

—Las hierbas las puedes endulzar con miel, las esencias te las tienes que untar cada día, por la mañana y antes de acostarte: en las

muñecas, detrás de las rodillas, en las axilas, detrás de las orejas y en el canalillo —explicó Irene señalando los puntos que debían ser ungidos con los aceites.

Durante las siguientes semanas entrar en el interior de la masía era como entrar en un jardín en primavera. La casa olía a hierbas, flores y raíces por todos los rincones. Ni el olor a leña quemada ni los olores de comida mermaban los de las esencias.

Ana comenzó a mostrar pequeños signos de mejoría. Dejó de perder el pelo y recuperó un poco de peso. Lo que no recuperó fue el optimismo y el buen humor que la caracterizaba. Había sustituido su característica y amplia sonrisa por una minúscula mueca que dibujaban sus labios y con la que obsequiaba a sus amigas en raras ocasiones. El azul brillante de sus ojos había pasado a un azul nublado y se ausentaba, quedándose inmóvil mirando al infinito, durante largos espacios de tiempo. Eso preocupó a Blau, pero Irene le dijo que ella no podía hacer nada más y que debían de confiar en que el tiempo y el olvido ayudasen a sanar el dolor alojado en el alma de Ana.

Con el final del verano todo volvió a la aparente normalidad de antes de la siega. Irene y su padre regresaron a su casa con el fin de prepararse para afrontar el invierno, que en esos parajes era duro.

Una mañana llegaron Josep, de *Casa Moliné*, y Andreu con la mula cargada de sacos repletos de harina. Sofía les indicó que los descargasen en la sala principal. Por la noche despertó con mucho sigilo a su hija para que Ana no se enterase y, entre las dos, trasladaron los sacos a la habitación secreta. Los amontonaron apoyados en una de las paredes para que ocupasen poco espacio. Tendrían suficiente harina, asegurada, para hacer pan durante todo el año. Estaban a punto de terminar cuando oyeron una voz.

—¡Blau! ¡Blau! ¿Dónde estás? —gritaba Ana con voz temerosa, bajando por la escalera.

Dentro de la habitación madre e hija se quedaron inmóviles, mirándose y en silencio.

—¡Corre! Sal e invéntate una explicación convincente de por qué te has levantado, y os marcháis a dormir. Yo terminaré de organizar los sacos. Anda ve antes de que aparezca por la puerta —le indicó Sofia, susurrando.

Ana deambulaba por la sala con una vela en la mano, estaba asustada y casi a punto de llorar. Cuando vio la figura de Blau suspiró hondo.

—Pensé que me habías dejado sola —se quejó temerosa.

—No seas tonta, ¿por qué razón iba a dejarte sola? Únicamente he bajado a que mi madre me preparase una manzanilla, me dolía el estómago, creo que la cena me ha sentado mal. —Se tocó la barriga con las dos manos—. Vámonos a dormir —le dijo cogiéndola fuerte de

la mano para darle seguridad y regresaron a su habitación.

Con la llegada de los primeros fríos los días empezaron a acortarse y por las noches comenzaba a refrescar. El otoño trajo consigo el cambio de color en los campos, para dar paso a los ocres y marrones. Las primeras lluvias y el viento del Montsec alfombraron los caminos y senderos de hojas naranjas, amarillas y rojizas que abandonaron las ramas de los árboles, dejándolos desnudos.

Las tres habitantes de la masía tomaron la costumbre de sentarse a media tarde alrededor de la mesa, para tomarse las infusiones. Sofía y Blau tomaban una taza de té de roca que ellas mismas habían recogido en las fisuras de las rocas de un peñasco cercano; mientras que Ana se tomaba una taza de las hierbas infusionadas que le había recomendado Irene. Una tarde, unos pasos acelerados que subían por los escalones de la entrada a toda velocidad, interrumpieron la conversación banal de las mujeres, que permanecieron expectantes a ver quién les visitaba. Irene irrumpió excitada explicando:

—¡Al final vamos a tener baile de Fiesta Mayor mañana por la tarde! vendrá el de *Casa Botas* que toca el acordeón. Vamos a hacer cocas en el horno de *Casa Moliné* y también tendremos moscatel.

—¿De dónde habéis sacado el moscatel? —preguntó Sofía.

—No lo sé, han encontrado como por arte de magia un pequeño tonel, alguien debía tenerlo guardado en algún lugar —contestó Irene, encogiendo los hombros y sonriendo.

—No entiendo que puedan tener ganas de fiesta cuando al otro lado del Montsec no paran de oírse los disparos —criticó Sofía contrariada.

—Les han arrancado a sus hijos de sus casas para llevárselos a luchar por un conflicto que no entienden, les han confiscado los animales de tiro, carros y rebaños. Estas personas trabajan duro durante todos los días del año y se merecen distraerse una vez al año, Sofía. Es una forma de celebrar de algún modo el final de la cosecha.

Al día siguiente por la tarde, las tres mujeres se acercaron a las casas de La Valdriet para ver qué habían organizado. La era estaba llena de niños jugando y revoloteando alrededor de una mesa engalanada con un mantel de algodón ribeteado a ganchillo y bordados de flores en los laterales; habían puesto encima dos porrones llenos de moscatel y cuatro cocas recién horneadas. Poco a poco, fueron llegando los hombres que, por su edad, no eran aptos para el frente, mujeres y parejas de abuelos. Faltaban los hombres jóvenes que, sin tener ideales partidistas, estaban defendiendo el bando que les hubiese tocado. Los allí presentes se arremolinaron alrededor de la mesa, donde algunas mujeres cortaban las cocas en porciones y las repartían. Los porrones pasaban de mano en mano y no tocaban la mesa. Los niños daban tragos cortos al porrón de moscatel, esa noche

se irían contentos a la cama. La coca desapareció como por arte de magia y los porrones regresaron a la mesa vacíos.

Un octogenario de aspecto afable, con un acordeón colgado del hombro se acomodó en una silla en el centro de la era. Las notas musicales irrumpieron en forma de pasodobles, rancheras y vals, silenciando los corrillos de la gente. Algunas mujeres habían sacado las sillas de sus casas y se sentaron al lado del músico formando un semicírculo. Andreu estaba en una esquina con un grupo de hombres de su misma edad que fumaban y charlaban sin quitarle el ojo a los niños y a las mujeres más jóvenes que bailaban. Sofía se sentó en una de las sillas del semicírculo con las otras mujeres. Blau y Ana bailaban y daban vueltas junto a otras chicas y los niños. Por una tarde todos se olvidaron de sus tribulaciones al ritmo del acordeón.

En medio del baile Blau se detuvo un momento a tomar aire. El sol estaba llegando a su puesta y el cielo se teñía poco a poco de colores violetas, rosas y rojizos. Desvió la mirada hacia una arboleda próxima al ver que las ramas de los arbustos, sin que soplase aire, se movían. Vio las figuras de tres hombres que asomaban la cabeza, de vez en cuando por entre los matorrales. Volvió la mirada a la era y todo seguía igual: El octogenario tocando el acordeón, las mujeres y los hombres charlando en corrillos separados. Los niños y las chicas comenzaban a estar exhaustos de bailar y corretear. Entonces se dio cuenta de que todos eran cómplices de esconder a sus hijos, primos, tíos y vecinos. Todos ellos formaban un grupo homogéneo de personas, la mayoría de las cuales no habían acudido más de tres inviernos a la escuela, pero conocían bien sus tierras, los animales y, sobre todo, eran fieles a sus familias. Lo único que querían era vivir en paz y seguir levantándose cada día para ocuparse de su mayor preocupación: trabajar de sol a sol para alimentar a la familia y mirar al cielo tratando de averiguar si el tiempo iba a ser favorable o no para sus cultivos.

Terminó la música y, con ella, la fiesta. Tras despedirse, las tres mujeres tomaron el sendero que les conducía a la masía. Tres sombras desfilaban por encima de ellas y Blau las vio claramente moverse. Eran ellos, los jóvenes que tenían escondidos y que cuidaban entre todos. Ellos eran el secreto del pueblo entero.

—¿Habéis visto a los chicos que van delante nuestro? —preguntó Blau de forma intencionada para provocar una conversación y evidenciar que sabía de su existencia.

—¿Qué chicos? —contestó Sofía.

—Esos que van ahora en dirección a su escondite por la orilla del río, los que están ocultos en el bosque que hay por encima de nuestra masía —concretó—. Mamá, ¿desde cuándo lo sabes? —preguntó, empleando un tono de voz que sonaba a reproche.

Ana se adelantó unos pasos, alejándose de ellas, para que madre e hija pudieran aclarar sus diferencias. Aquel conflicto no le pertenecía y no pensaba intervenir, consciente de que en los problemas familiares de los demás lo más sensato era mantenerse al margen.

—No he querido contártelo para no preocuparte —se excusó su madre.

—He pasado miedo y estuve muy preocupada hasta averiguar que eran inofensivos. Me hubieses ahorrado el susto, ¿vas a contarme ahora quiénes son?

—Son chicos que no quieren perder sus vidas en una guerra que ellos no han provocado. La mayoría son analfabetos, de lo único que entienden es de trabajar las tierras del campo. Son hijos, primos y parientes de las familias que viven en esta zona. Entre ellos está el novio de Irene.

Blau se entristeció y pensó que Irene, su amiga, también le había fallado ocultándole el verdadero paradero de su novio.

13
El Ingrediente Secreto

Las lluvias embarraron los caminos y se hacía difícil transitar por ellos. En el ambiente se notaba el olor a tierra mojada, hojas húmedas, hierba empapada de relente y leña quemada.

El padre de Oriol era de los pocos habitantes de La Valdriet que en época de lluvias se desplazaba de vez en cuando a Artesa de Segre. Esos días, en la masía, estaban esperando su visita para que les confirmase que día subiría el padre de Ana a recogerla. La invitada tenía la maleta preparada a falta de algunas prendas que estaban pendientes de lavar.

Esa mañana no llovía, aunque el cielo, teñido de nubes negras, amenazaba con romper a hacerlo en cualquier momento. Las jóvenes llenaron el barreño con sus ropas. No les quedaba más remedio que acercarse al río a lavar. La ropa sucia se les había amontonado con los días de intensa lluvia y Ana necesitaba terminar de preparar su maleta. Lavaban en cuclillas para no tocar el musgo húmedo que se extendía por encima de las rocas donde solían apoyar las rodillas. Ana retorcía y escurría las prendas lavadas para luego colocarlas en el barreño. Blau aceleraba el proceso de lavado porque el agua estaba fría y quería terminar pronto. Restregaba un poco, enjuagaba y listo. De sopetón, oyeron truenos y ellas se miraron sorprendidas.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! O nos mojaremos —advirtió Blau sin dejar de mirar al cielo.

Apenas les dio tiempo a ponerse en pie, las nubes fueron más rápidas y descargaron con fuerza toda el agua que acumulaban. Cargaron con el barreño, sujetando cada una el asa por el extremo. El agua de lluvia iba rellenando los huecos que la ropa dejaba libre hasta rebosar. El peso del barreño les impidió avanzar rápido. Llegaron a casa empapadas. Sofía les mandó, a toda prisa, ponerse al lado de la lumbre y quitarse la ropa; les trajo toallas y ropa seca.

Ese mediodía Ana se tuvo que meter en la cama tiritando de fiebre. Sofía estaba preocupada por el estado de la joven, sin pensárselo, se puso un tabardo viejo de Marc por la cabeza y se dirigió veloz a casa de Irene. Al llegar, empujó la puerta, alterada, y entró con ímpetu.

—¡Irene! ¡Irene! —voceó.

—¿Qué pasa? —preguntó Irene que estaba sentada a la mesa clasificando plantas secas. Levantando la cabeza para mirar a una

Sofía embarrada hasta las rodillas.

—Ana se ha mojado esta mañana en el río y está en cama con fiebre alta. Estoy muy asustada. Su padre nos la ha confiado para que se recupere de la pena y si le pasa algo, me muero.

—No te preocupes, vete para tu casa y le pones paños de agua muy fría con vinagre en la cabeza, voy a preparar unos remedios y me acerco enseguida. Toma estas hojas de salvia, infusiónalas y que beba cuando la infusión esté tibia —indicó Irene acercándole un saquito de algodón.

Al cabo de dos horas llegó Irene a la masía y rápidamente subió a la habitación a ver a Ana. La tocó para comprobar si seguía con fiebre. Cogió un paño de algodón, lo roció con el contenido de una botella de cristal verde que olía a raíces y plantas maceradas en alcohol y lo utilizó para darle friegas por todo el cuerpo. Luego le extendió un paño de algodón blanco en el pecho, le colocó encima una cataplasma de hierbas que envolvió con las partes sobrantes del paño y la dejó descansar.

Irene volvió al día siguiente, a comprobar como seguía la enferma. Sofía le informó que se acababa de dormir hacía poco, tras tomarse la infusión de salvia. La pobre había pasado mala noche a causa de una tos seca, tiriteras y sudores ocasionados por las subidas y bajadas de fiebre. Habían tenido que cambiarle hasta en dos ocasiones el camisón y las sábanas porque los había empapado de sudor.

Irene dejó cerca del fuego una olla de barro que contenía caldo con trozos de una carne blanca, verduras y algunas hierbas.

—¿De qué está hecho este caldo? —preguntó Blau intrigada de que Irene hubiese preparado un caldo específico para el resfriado, porque cuando lo puso a calentar en la lumbre les insistió en que únicamente lo podía tomar Ana.

—Nada del otro mundo: un poco de pollo, llantén, orégano, ajo y tomillo. Verás lo bien que le sienta, cuando se despierte se lo damos —contestó sin darle importancia.

—Huele raro —murmuró Blau, arrugando la nariz.

—Es por las hierbas aromáticas. No te preocupes, se lo tomará, porque tiene muy buen sabor. Me lo hacía mi abuela siempre que me resfriaba.

—¿Pollo? ¿Has matado un pollo de los cuatro que tienes, para hacerle un caldo a Ana? —preguntó incrédula.

—No sé a qué viene tanto interrogatorio, ya me conoces; sabes que las vecinas me deben favores y me los pagan con lo que tienen a mano.

—Sí, eso es verdad —admitió.

Irene no le contó a Blau cuáles eran los ingredientes exactos del caldo, ese era un secreto que su abuela compartió con ella. Días atrás

había descubierto la guarida de una serpiente blanca y cuando Sofía le contó lo mal que se encontraba Ana, ella tenía el remedio. Ya lo había hecho otras veces, así que la capturó sin el menor problema. La engañó poniendo un ratón en la entrada del escondrijo y esperó a que saliera. Sabía que no era un animal peligroso y en el momento que asomó la cabeza le dio con un palo y la metió en el saco. Al llegar a casa la despellejó y la cortó a trozos. Luego hizo un caldo con una parte y guardó el resto para cenar con su padre esa noche acompañándola de *sanfaina*[1]. Le dijo a su amiga que era pollo porque el gusto recordaba al sabor del animal. Su abuela le había explicado que esa serpiente tenía propiedades curativas y ella la empleaba en personas melancólicas y bajas de defensas que tenían tendencia a enfermar con el cambio de estación.

Esa noche, sentados alrededor del hogar, Irene le contaba a su padre lo ocurrido en la casa grande, que era como llamaban entre ellos a la masía, y de cómo se vio obligada a engañar a Blau diciéndole que el caldo era de pollo. De un tiempo a esta parte la joven quería enterarse de todo y no dejaba de preguntar. Andreu sonrió orgulloso de su hija, pensando que era lista como su abuela.

—Seguramente a Sofía no la has engañado, conoce todos estos remedios.

—No lo sé, ella no dijo nada. Ya sabes que últimamente está ausente.

A Irene le daba lástima ver a Sofía deprimida, pero aún más lástima le daba su padre al haberse dado cuenta de la manera en que la miraba, le sonreía y lo mucho que le brillaban los ojos cada vez que la tenía cerca. Sentía lástima porque Sofía ni se enteraba, ella vivía y respiraba por y para Marc. Irene se dio cuenta de que su padre sentía algo por Sofía cuando estuvieron trabajando, codo con codo, en la siega, vio lo mucho que la cuidaba y protegía; incluso hubo un momento en que al sentirse relegada a un segundo plano sintió celos.

A la enferma le encantó la sopa y la tomó durante dos días. Cuando Irene volvió a visitarla la encontró levantada; ya no tenía fiebre y sus mejillas habían recuperado parte de su tono rosado.

—Hace dos días que no llueve. Si Ana se encuentra mejor, podremos ir a recoger setas —propuso Irene—. Este año el bosque está plagado de ellas.

—Mi padre va todos los años, pero yo nunca le he acompañado —explicó Ana.

—¡Qué bien! Yo nunca he ido, tengo ganas de ir —confesó Blau con mucha ilusión.

—¡Sofía! —gritó Irene.

—Dime —contestó la interpelada, desde el rincón más profundo de la despensa.

Irene se acercó y vio cómo Sofía sacaba las tinajas de barro que antes habían estado llenas de setas y las amontonaba detrás de la cortina.

—¿Podrán las chicas acompañarme mañana a buscar setas? —Sofía se incorporó y se quedó pensando.

—Blau puede ir, pero Ana ¡no! —puntualizó y siguió con las tinajas sin dar más explicaciones.

—Blau, mañana a las nueve espérame en la puerta que nos iremos a buscar setas.

—¿Y yo? —preguntó Ana.

—Convence a Sofía, si quieres venir.

—No me dejará. Tiene miedo de que me vuelva a poner enferma.

La joven estaba en lo cierto. Para Sofía, Ana era una gran responsabilidad, estaba contenta y aliviada de que hubiese sanado. Llevaba demasiado tiempo con ellas y era el momento que regresara a su casa. Estaba deseando que su padre viniese a recogerla. Tener a Ana en casa les había ido bien, sobre todo porque, con ella, Blau estaba más entretenida y, por otra parte, Sofía temía quedarse sola con su hija y que esta empezase a hacer preguntas que todavía no estaba preparada para contestar.

Irene estaba ya saliendo de la masía cuando recordó algo y volvió sobre sus pasos hasta la entrada.

—¡Blau! —gritó.

—¡Dime! —contestó esta, bajando por la escalera para ver que quería.

—¡Me ha vuelto a escribir!

—¿Quién? ¿Lluri?

—¡Sí!

—¡Vaya, esto parece que va en serio!

—De momento solo somos amigos.

—¿Y qué harás con tu novio si te pide ser algo más que amigos?

—Tendré que hablar con él.

Blau se acercó más a Irene para que no la oyesen desde el interior de la casa.

—Tu novio es uno de esos chicos que está escondido en el monte ¿verdad?

A Irene la pregunta la pilló por sorpresa.

—Sí, es uno de los desertores, está escondido en una gruta de la montaña. Él no quiere ir a luchar contra otros chicos a los que no conoce y que no le han hecho nada. No entiende porque tiene que hacerlo. No es buen momento para que le diga que no quiero casarme con él, tengo que esperar a que termine la guerra. Todos lo están pasando muy mal —se sinceró, por fin, con su amiga y se quitó un peso de encima.

Poco a poco, Irene estaba empezando a ver en Blau a esa hermana pequeña que hubiese querido tener.

Blau se acercó a Irene y se abrazaron con cariño.

14
Las Setas

La niebla había llegado silenciosa como cada año, adueñándose del paisaje hasta envolverlo, dejando apenas entrar algún rayo al mediodia. Irene no contaba con que su presencia se adelantara tanto. Aunque se sabía el camino a la masía con los ojos cerrados y la niebla no le suponía un impedimento para ir a buscar a su amiga. Cuando ya estaba dispuesta a salir, su padre la tomó del brazo.

—Espera, que te acompaño. Sofía me pidió que me pasase para arreglar la alambrada del gallinero. Hace días le desaparecieron los huevos y una gallina.

—¿Quién crees que está detrás de eso?

—¡No lo sé!, últimamente he visto gente extraña merodeando por las cercanías, deben de ser las personas que huyen de las ciudades con lo puesto y que están desesperadas por encontrar algo para echarse a la boca. Podría ser cualquiera que haya visto las gallinas. No es difícil romper la alambrada y coger lo que hay dentro.

A medida que se acercaban a la masía, distinguieron junto a la puerta dos figuras borrosas que se movían inquietas.

—¡Holaaa! —gritó Irene a medida que se acercaban para no asustar a las jóvenes.

—Estamos muertas de frío —contestó Blau.

—No será para tanto, sois unas quejicas —se burló Irene.

—No encontraremos ni una seta porque no las veremos —auguró Blau.

—Tienes razón, tendremos que esperar. Entremos en casa hasta que la niebla se levante —sugirió Irene.

Al entrar de nuevo en casa, Sofía que estaba barriendo el comedor, con la escoba de palma, se apoyó en el mango de caña y se las quedó mirando.

—¿Ya habéis vuelto? —preguntó con sorna.

—Si no vemos, no podremos encontrar setas, además, nos da miedo andar por esos montes a ciegas, nos podríamos hacer daño —contestó su hija.

Andreu que las acompañaba saludó a Sofía y sin esperar respuesta, se dirigió a la habitación de las herramientas de la entrada y, con varias en un capazo, salió en dirección al gallinero para arreglarlo.

Las jóvenes se sentaron al lado de la lumbre a esperar que la niebla

levantase. Irene no tenía problemas en encontrar setas, aunque fuese de noche, para ella el mal tiempo no era impedimento a la hora de salir al bosque. Se había criado en él y lo conocía igual que el comedor de su casa, pero quería enseñar a Blau a reconocer y diferenciar las setas comestibles de las tóxicas. Alrededor de las once de la mañana la niebla se disipó, dándoles tregua para emprender el camino.

Se adentraron en un bosque cercano a la masía que estaba repleto de encinas, robles, pinos, algún almez y un sotobosque de enebros, bojes y lentiscos. Provistas de cestas de mimbre en una de sus manos y en la otra de un palo largo de almez para escarbar entre la hojarasca. Blau y Ana vestían sendos pantalones viejos de pana de Marc, que les venían muy grandes, sujetos a la cintura con un cinturón de cuerda y remetidos dentro de los gruesos calcetines de lana hechos a mano. Calzaban botas viejas, llenas de pequeñas grietas en las costuras y abrochadas con trozos de cordel. Irene llevaba sus faldones grises habituales, calcetines gruesos de lana hasta las rodillas y en los pies unas alpargatas viejas. Caminaba de tal modo, por encima de la hojarasca, que apenas se mojaba los pies a pesar de que el suelo estaba mojado.

—Tened mucho cuidado. Si resbaláis, podéis caer rodando montaña abajo y romperos la crisma —les advirtió Irene.

—Mis botas están muy gastadas y me cuesta andar con ellas por este terreno —se quejó Blau.

—A mí también, por eso voy detrás de ti e intento pisar sobre tus pasos —afirmó Ana que iba justo detrás de Irene, intentando seguir sus huellas.

Irene les hizo un gesto indicándoles que se detuviesen y retiró con el palo unas cuantas hojas de encina y pinaza dejando al descubierto los sombreros de unas setas.

—¿Quién las quiere coger? —preguntó animándolas.

Tanto Blau como Ana estaban ilusionadas y las dos se agacharon a recogerlas. Enseguida se dieron cuenta de que cuando la hojarasca o el musgo presentaban protuberancias, en la mayoría de los casos aparecían setas debajo. Se dispersaron las tres y siempre que Blau o Ana encontraban alguna seta lo anunciaban a los cuatro vientos, tan entusiasmadas como si hubiesen encontrado un gran tesoro. Irene las supervisaba y les daba explicaciones para que aprendieran a diferenciar las comestibles de las tóxicas. Les mostró la oronja borde y les contó historias, para que no la recogiesen, de familias con todos sus miembros envenenados por consumirla.

—Mira qué bonitas —dijo Ana agachándose para recoger un tipo de setas.

—¿A ver? ¿Qué has encontrado? —Preguntó Blau cogiendo la seta

que Ana sostenía entre los dedos.

Irene se acercó en cuatro pasos y arrugó la frente. Eran unas setas de sombrero rojo, salpicado de unas pequeñas esporas blancas, que resaltaban entre el musgo verde y las hojas marrones.

—Son muy bonitas, pero no son comestibles. Provocan diarreas y dolor de estómago. Hay gente que después de comerlas desvaría, así que ni las toquéis.

—¿Nos pueden matar si las comemos? —preguntó Ana.

—No son tan dañinas como las otras que os he enseñado antes, pero si las come una persona delicada de salud igual se muere. Es mejor no recogerlas y dejarlas en el bosque, de adorno, que es donde mejor están.

—¿Y lo de desvariar por qué lo has dicho? —preguntó Blau.

—Conozco un hombre que las comió y dijo que había visto fantasmas.

Ana lanzó al suelo con todas sus fuerzas la seta que tenía entre las manos, estrellándola contra la hojarasca, lo cual hizo que se rompiera y se esparciesen por el suelo los trozos blancos y rojos.

—¡Lo que me faltaba que se me apareciese mi novio! —murmuró.

—Si no las comes no se te aparecerá nadie —le concretó Irene.

—¿Cuándo lleguemos a casa podremos comernos unas cuantas a la brasa? —preguntó Ana.

—Siempre que vamos a recoger setas con mi padre, al llegar a casa pone unas cuantas a la brasa para comerlas de inmediato. Él también se come las que tienen gusanos, le da igual, dice que así tienen más alimento —explicó Irene sonriendo.

—¡Qué asco! —dijo Blau, arrugando la nariz.

—Da igual comer carne de pollo que de gusanos frescos, todo queda en carne —dijo Ana, haciendo con la boca una mueca delatora de la repulsión que le daban los gusanos.

—No te preocupes Ana, si sale alguna seta agusanada te la guardaré para ti y te la pondré en la parrilla —anunció Blau, escapándosele una risa divertida.

Llegando a la masía se encontraron con Sofia que venía del huerto con una cesta de mimbre estrecha y alta en una mano, y otra cesta de boca ancha colgada del brazo llena de verduras.

—¿Mamá qué llevas?

—Caracoles y verduras, he ido al huerto y lo he dejado limpio de caracoles, en unos días los haremos a la brasa.

—Lo que tengo ganas de comer es sopa de la que me hizo Irene, no había probado una sopa de pollo tan rica como esa —dijo Ana, lamiéndose los labios.

Irene y Sofía se miraron y se les escapó una sonrisa cómplice, Blau que conocía a su madre y empezaba a conocer a Irene se percató de

que el tema de la sopa encerraba algún secreto más allá de alguna planta o raíz de la cosecha de Irene. Otro tema más que apuntaba en su lista de preguntas sin respuesta.

Andreu había terminado de arreglar el gallinero y se disponía a devolver las herramientas a su lugar. Al ver venir a las buscadoras de setas esperó para ver el botín que traían.

—¡Anda! ¡Habéis llenado las cestas! comeremos setas recién cogidas —dijo mirando a las jóvenes con cara de sorpresa y estas se echaron a reír muy contentas.

—Si os quedáis a comerlas con nosotros haremos también *trinxat* [2] —propuso Sofía intercambiando miradas simultáneamente con Irene y Andreu.

15
El Pan

Avanzaban todos juntos y animados en dirección a casa. Las recolectoras de setas iban contando sus andanzas por el bosque, cuando oyeron una tímida voz que les hizo parar y girarse de golpe.

—¡Hola! —saludó un hombre que portaba un fardo entre las manos. Venía acompañado por una mujer que sostenía en brazos a un niño de pocos meses y llevaba a otros dos agarrados a sus faldas.

—¡Hola! —contestó Sofía.

—¿Qué desean? —preguntó Andreu con autoridad.

—Buscamos trabajo a cambio de comida —respondió el hombre balbuceando.

Andreu dio un paso hacia ellos dispuesto a espantarlos cuando Sofía le cogió del brazo y le presionó con los dedos para detenerlo. Ella conocía a Andreu y sabía que podía resultar tosco y brusco, no quería que los niños se asustasen más de lo que estaban. Aquella familia daba la imagen de no haber comido caliente en días. El hombre vestía una americana de pana desgastada que le quedaba corta de mangas, repleta de aperturas y parches. La mujer llevaba puesta una toquilla, gris y envejecida de tantos lavados.

Todas las pertenencias de la familia se reducían a un hatillo de cuadros marrones que debido al estado de incertidumbre en el que se encontraban; oscilaba entre las manos inquietas del hombre. Uno de los niños pequeños miró a Sofía y le dedicó una tímida sonrisa. Si se hubiesen acercado un poco más a esa familia, habrían podido escuchar el fuerte rugido de las tripas de todos ellos reclamando alimento.

—Esperad —dijo Sofía a la familia.

Entonces ella les hizo una señal con la cabeza a las jóvenes y a Andreu para que se acercasen.

—¿Qué os parece si les damos de comer? —preguntó recorriendo con la mirada, a cada uno de los allí presentes.

—Tú, eres la que manda aquí. Los demás haremos lo que digas —contestó Andreu.

—Sí, mamá, les podemos dar de comer, los niños me dan pena.

—Me da pena toda la familia, han dejado su casa y se han quedado sin nada. No sabrán ni donde van ni a quién acudir —añadió Ana.

—La madre de Oriol me dijo el otro día que los familiares que se marcharon, a trabajar a Lérida y a Barcelona, están volviendo a las

masías a refugiarse —contó Irene.

—¿Cómo podrán dar de comer a tantas bocas, con lo pobres que son? —preguntó Ana.

—Entre ellos se ayudan, intercambian patatas por judías secas, huevos por harina y los hay que cambian peonadas por comida.

—Voy a decirles que entren y compartiremos la comida con ellos —concretó Sofía.

Sofía salió a la puerta y observó que la familia se había quedado inmóvil, en la misma posición en la que los habían dejado, con la esperanza de que los habitantes de la casa se compadeciesen de ellos y les proporcionasen unos trozos de pan.

—Si queréis podéis pasar, compartiremos con vosotros lo que tenemos para comer —les anunció Sofía.

El hombre se deshacía en reverencias hacia ella y entraron apiñados. Las mujeres se pusieron a preparar la comida. Sofía dirigía igual que un maestro de orquesta y en poco tiempo había en la mesa pan con tomate, tortillas de patatas, setas a la brasa y unas improvisadas sopas de ajo con un huevo incluido para los pequeños, aunque estos una vez sentados a la mesa demostraron comer como dos adultos. Sofía ordenó a Blau que pusiera un caldero de agua al fuego y que cuando hirviera lo llenase de patatas.

—¿De dónde sois? —le preguntó Andreu al hombre.

—De Lérida —contestó—. La ciudad está dividida por el río, a un lado están los republicanos y al otro los nacionales, aunque los nacionales están avanzando posiciones. Nosotros estamos vivos de milagro, bombardearon nuestro barrio y todo quedó reducido a escombros, allí no quedan ni ratas para comer. Hemos venido hasta esta zona acompañando a unos vecinos que son de una de las masías que hay más abajo, pero son muchos en su casa y no cabe nadie más. Tenemos que seguir adelante solos. Estamos buscando algún pajar donde refugiarnos o alguna masía donde puedan necesitar trabajadores.

—Irene, tráeme papel y lápiz —le pidió Andreu.

Irene obediente le entregó a su padre lo que le solicitó y este empezó a trazar líneas que fueron formando senderos, el curso de un río, poblaciones, montañas y refugios. Andreu le mostró al hombre el mapa que había dibujado de la región.

—Aquí hay una cabaña de pastores. —Le indicó Andreu al hombre moviendo el dedo sobre el papel—. En este lugar os podréis refugiar por un tiempo. Tiene hogar, es pequeño, pero se calienta fácilmente. No creo que haya nadie porque está muy escondida y somos muy pocos los que sabemos de su existencia. La encontraréis a un día de camino desde aquí, tenéis que llegar a un pueblo que se llama Santa María de Meià y de allí dirigiros a Vilanova de Meià. Los senderos

señalados son para que no tengáis que entrar en las poblaciones. Hay mala gente merodeando por los caminos principales. No os acerquéis a las masías porque los payeses, que están cansados de sufrir robos y abusos, pueden confundiros con malhechores y pensar que les vais a robar. Podréis subsistir un tiempo con la caza y lo que encontréis por el bosque, que en esta época está lleno de setas y bellotas. El único inconveniente es que el río lo tenéis lejos —le explicó detalladamente.

El hombre, con ademanes de agradecimiento continuos, se guardó el plano en el bolsillo de la chaqueta y volvió a darle las gracias a Andreu, estrechándole la mano.

—Hoy podréis dormir aquí, pero mañana temprano os tendréis que marchar. Esta casa no es mía y si regresa el dueño, se puede enfadar y echarnos a nosotros —se excusó Sofía que se había acercado y detenido para escuchar la conversación.

Sofía estaba segura de que a Marc no le importaba que diese cobijo y ayuda a los necesitados. El problema era que allí no cabían todos los que huían de las ciudades. Ella, como mujer previsora que era, siempre tenía algo de comida de más por si pasaba gente necesitada para poder darles pan y patatas hervidas con lo que pudiesen comer algunos días.

Acomodaron a los invitados en una de las habitaciones de la entrada, donde durmieron apelotonados. Sofía regaló a la mujer una toquilla suya de lana gruesa, en mejores condiciones que la que llevaba y unos calcetines con solo un remiendo en el alojamiento del dedo gordo del pie. Les preparó otro hatillo con ropa vieja, remendada y muy usada de los abuelos de Marc que encontró en el desván. Esos trapos les ayudarían a pasar el invierno.

Sofía no imaginaba que Andreu se había despedido guardándose la llave de repuesto de la masía en el bolsillo de la chaqueta, pensando en regresar a medianoche sin que nadie lo advirtiese para refugiarse en la habitación contigua a la que dormían los invitados. Estuvo allí casi toda la noche, en guardia, hasta la salida del primer rayo de sol que anunciaba el inicio de un nuevo día.

Desde primera hora de la mañana las mujeres estaban atareadas con el motivo de tener a la familia refugiada. Blau y Ana enseguida simpatizaron con los niños, que estaban felices de haber dormido en un colchón y bajo un techo. Jugaban con ellas al corro de la patata y al escondite provocando griterío y revuelo por toda la casa.

Después de desayunar Sofía les entregó dos sacos, uno lleno de patatas hervidas y otro con tres panes. Era lo máximo que les podía dar. No le quedaban casi gallinas y las necesitaba para los huevos. Disponía de dos pollos que alimentaba y guardaba celosamente para la comida del día de Navidad, por si volvía Marc para celebrar las fiestas.

La familia, agradecida, tomó la dirección que les indicaba el mapa que Andreu les había dibujado el día anterior. Giraban la cabeza de vez en cuando para despedirse con la mano hasta que se perdieron, entre los árboles y la niebla, en la profundidad del bosque.

—Mamá, les has dado todo el pan que teníamos.

—Sí, nos toca amasar de nuevo y acercarnos a *Casa Moliné* a que nos horneen unos cuantos panes —le explicó a su hija cogiéndola por los hombros y achuchándola—. Esta vez haremos el doble de pan.

Las mujeres pasaron toda la tarde amasando y preparando el pan que dejaron fermentar durante toda la noche en unas paneras de mimbre. Usaban harina de trigo sin refinar, el color de la masa había cogido un tono marrón oscuro a causa del salvado que daría lugar al pan negro.

A primera hora de la mañana salieron cargadas con cestas de masa envuelta en trapos de algodón y se dirigieron a *Casa Moliné*. La abuela Rosita y su nuera Rosa las acompañaron hasta el horno, encantadas de tener visita y poder charlar con las vecinas, puesto que, sin estar lejos, eran contadas las oportunidades que tenían de confraternizar con los habitantes de la masía grande. Rosa cargó el horno de leña y abrió la puerta de hierro, negra como el carbón, y se encontró dentro una plancha de hojalata con figuras de barro que la mujer rescató con sumo cuidado, ayudada por unas tenazas que dejó apoyadas en un banco de piedra para que nadie se quemase. Eran los muñecos que fabricaban sus hijas menores para jugar.

Al instante, asomó a alcahuetear la pequeña Lola, para ella era una fiesta tener visitas de los vecinos. A la niña le despertaban interés las vecinas por el simple hecho de proceder de la gran ciudad, incluso la pronunciación de su catalán le sonaba diferente y se embobaba al escucharlas hablar. Las hermanas mayores de Lola: María, Sofía y Leonor se fueron incorporando al grupo con la excusa de ayudar y así aprovechar para intercambiarse recetas y chismes que circulaban por las masías de los pueblos cercanos.

El padre, cansado de esperar a sus hijas mayores, que las necesitaba para que le ayudasen en el campo, volvió a su casa y cuando las vio de cháchara con las vecinas únicamente necesitó una mirada para que las chicas desfilaran una a una en dirección a las diferentes tareas que tenían asignadas. Eran mujeres de piel blanca, pero curtida de trabajar hombro con hombro y de sol a sol, junto a su padre. La mala fortuna hizo que ese hombre no viese cumplido el sueño de tener un hijo varón.

—Mamá, ahora tardaremos bastante en volver a hacer pan porque tenemos un saco lleno —decía Blau mientras aguantaba el peso por un lateral junto a Ana que tiraba del otro lado de un saco confeccionado en yute y manchado de harina por ambos costados.

—Has hecho más pan de la cuenta por si aparece gente necesitada ¿a qué sí? —preguntó Ana.

—Bueno, si sobra tendremos para hacer sopas de ajo para cenar —contestó Sofía.

—¡No, más sopas de ajo no, las odio! No las puedo ni ver —protestó su hija, poniendo cara de repugnancia.

—No pongas esa cara, cuando no tengas nada más que comer verás cómo te saben a gloria —recalcó Sofía.

—Prefiero la escudella aguada que comemos a diario —masculló Blau en actitud de reproche.

—Eres afortunada de tener todos los días algo que comer y de no estar en la situación de la familia de ayer —la reprendió Sofía.

16
Los Forasteros

Blau y Ana se estaban desperezando para saltar de la cama y comenzar a vestirse cuando Sofía entró en su habitación con la escopeta de caza en las manos, la apoyó en la pared y abrió la puerta del balcón para asomarse.

—¿Qué queréis? —gritó desde la altura.

—Queremos algo de comida —contestó un vozarrón.

Las chicas corrieron a fisgonear escudadas en Sofía, que las empujó con los codos para que retrocedieran, mantuvieran la distancia y quedasen fuera del campo visual de los forasteros. Eran dos hombres que rondaban los cuarenta años, llevaban barba de varios días y ropas sucias y carcomidas. Uno de ellos tenía la cara picada por la viruela; el otro era calvo y entrado en carnes. Sofía los oyó golpear y empujar la puerta de la entrada de mala manera dejando al descubierto sus intenciones. A raíz de la visita de la familia, había tomado la costumbre de cerrar a conciencia la puerta principal para no llevarse un disgusto. Después de dar vueltas a la cerradura, trabó la puerta con un grueso tablero de punta a punta de la pared que sujetó con unas abrazaderas de hierro. Para entrar en la masía se necesitaba algo más que unos simples empujones y porrazos.

—Les daré pan, pero dejen de aporrear la puerta —ordenó Sofía.

Se fue a la cocina, metió dos panes en un saco y volvió a la habitación para tirárselo a los hombres desde el balcón. El saco aterrizó en los brazos del gordo. Con el saco en la mano hicieron amago de marcharse. Ella los observaba atentamente desde el balcón sin bajar la guardia. Después de un breve momento regresaron para volver a empujar y golpear de nuevo la puerta, esta vez con más saña.

—¡Abrid, abrid, o derribaremos la puerta! —amenazaron, sin saber que para derribar la puerta principal de la masía se necesitaba una cuadrilla de hombres de su misma complexión, bien provistos de herramientas para romperla o de animales de tiro para arrastrarla.

La paciencia de Sofía comenzaba a flojear. Cogió la escopeta se la apoyó en el hombro, presionó el gatillo y disparó al aire. La advertencia casi la tira al suelo. Los hombres cesaron en seco de golpear la puerta. Ella temblaba entera y apoyó la escopeta en el suelo, utilizándola de muleta, para no caerse. Hacía muchos años que no manipulaba un arma. Había aprendido a manejarla de pequeña,

cuando acompañaba a su padre a cazar, pero su puntería no era de fiar, las presas se le escapaban continuamente y rara vez lograba alcanzar una. Intentó aparentar seguridad y se recompuso, manteniéndose erguida y encañonando desde el balcón a los hombres.

—¡Como no os marchéis dispararé a dar y aviso que tengo buena puntería! —amenazó de firme, aunque le temblaban manos y piernas.

Los hombres se retiraron a una distancia prudencial, donde no les pudiese alcanzar ningún proyectil, para decidir si se marchaban o seguían intentando entrar a desvalijar la casa. No habían contado con que los habitantes de la masía estuviesen armados. Todos los residentes de esa zona eran cazadores y tenían armas escondidas para poder seguir llevando a sus casas alguna presa cuando no tenían nada más que comer.

Enseguida aparecieron por el camino, corriendo agitados en dirección a la masía, Andreu e Irene. Detrás de ellos, también a paso rápido, fueron llegando gran parte de los habitantes del valle. Los dos forasteros cuando los vieron echaron a correr a toda velocidad con el saco del pan a cuestas. Andreu junto con cuatro hombres más los persiguieron, alcanzándolos a los pocos minutos y rodeándolos.

—No pretendíamos nada malo, solo queríamos comida —dijo el hombre rechoncho soltando el saco de pan y levantando las manos.

—¡Si os vuelvo a ver merodear por estas tierras, os mataré! —amenazó Andreu, con las quijadas apretadas y apuntándoles con la escopeta.

—Ya nos íbamos, solo queríamos un poco más de pan para poder comer —se excusó el hombre picado de viruela.

—¡Fuera de mi vista! —ordenó Andreu moviendo la escopeta en dirección al camino, sin dejar de apuntarles.

Andreu sabía de sobra que mentían; eran dos alimañas creadas por las miserias de la guerra, pero les estaba dando la oportunidad de marcharse sin salir dañados. Su mirada profunda les avisaba de que, si volvían, su vida corría peligro porque no dudaría en disparar. El de la cara picada cogió muy despacio el saco con los panes y emprendieron el camino con marcha ligera perdiéndose en las profundidades del bosque. Andreu estaba seguro de que no volverían, por lo menos esos no.

Sofía, Blau y Ana habían bajado a la era y estaban dando las gracias a la gente que se había acercado a ayudarlas y darles soporte.

—Estos ya no molestarán —anunció Andreu, que acababa de incorporarse al grupo.

—Los he visto desde el bancal donde estaba arando y, desde el primer momento, me han dado muy mala impresión, por eso he corrido a avisar a los demás vecinos —dijo uno de los hombres que había acompañado a Andreu.

Ana estaba sorprendida por lo rápido que los vecinos de las masías colindantes habían abandonado sus labores y se habían unido para defender a un vecino de la zona en apuros.

—Me han dado mucho miedo esos hombres —decía Ana a unos y a otros. No les contaba que estaba deseando que su padre llegase a buscarla el sábado, porque los últimos acontecimientos hacían que no se sintiese segura en la masía. Lo que no sospechaba era que las cosas en Artesa de Segre estaban aún peor. Por la masía pasaban menos personas mendigando y robando que por los pueblos.

Lola, la niña pequeña de *Casa Moliné*, se acercó a Blau y le regaló una muñeca que llevaba entre las manos; estaba hecha de barro, paja por pelo y un trozo de tela de saco por vestido. Ella le agradeció el regalo. Le sonrió y le acarició su rubio cabello con cariño.

Los aldeanos, despidiéndose uno a uno, se fueron para retomar las tareas en sus tierras y sus humildes casas.

Se acercaba el medio día y era la hora en que la niebla desaparecía por unos momentos para volver inmediatamente y cubrir el valle.

—Estoy preocupado por vosotras —dijo Andreu, frunciendo el ceño.

—No te preocupes, estos son hechos aislados, ¿quién va a venir hasta aquí si no hay nada que hacer? —dijo Sofía intentando restar importancia al incidente.

—Sofía, no te confíes, en las ciudades la gente lo está pasando realmente mal y no tienen nada, ni un mendrugo, para echarse a la boca, van a cualquier sitio donde creen que pueden conseguir comida. Hablamos de supervivencia —argumentó Andreu.

—Podríamos quedarnos con vosotras hasta que la guerra termine —propuso Irene.

Esa proposición era idea de Andreu, que había influido sobre Irene a base de charlas sobre lo muy desprotegidas que estaban las mujeres, solas, en la masía y expuestas a que cualquier día les ocurriera alguna desgracia; el objetivo de esas charlas era que ella soltara la sugerencia como propia.

—Gracias cariño, vivimos muy cerca y no creo que sea necesario —dijo Sofía sonriendo amablemente, pero despacio y en tono contundente para dejar muy clara su posición, no quería compañía.

Sofia confiaba en que un incidente similar no volviese a ocurrir. Lo último que le faltaba era vivir en la incertidumbre de pensar en que todas las personas que se acercasen por la masía querían saquearla. Ella tenía suficiente con vivir angustiada por la falta de noticias de Marc. Se aferraba a la ilusión de que, algún día, Marc volvería para quedarse con ellas. Los ojos de Sofia estaban cada vez más cercados por incipientes arrugas que, ayudadas por una expresión de continua tristeza, ganaban terreno alrededor de su mirada.

—Tengo escudella en el fuego y hay de sobras para todos ¿queréis quedaros a comer? —propuso Sofía a Andreu e Irene.

—¡Quedaros! —dijo exaltada Blau que se sentía segura al tenerlos cerca. Ella, al contrario que Sofía, hubiese preferido que se quedasen a vivir en la masía igual que hicieran en verano.

17
La Muñeca

Al entrar en casa, Blau le enseñó a su madre la muñeca de barro que le había regalado la niña pequeña de *Casa Moliné*.

—Mira, estas niñas se hacen las muñecas de barro para poder jugar —dijo Blau mostrando la muñeca.

—¿Sabes por qué se las hacen de barro? —preguntó Sofía.

Ana se había unido a la conversación al acercarse a curiosear la muñeca y ambas negaron con la cabeza.

—No se las hacen de ropa porque los campesinos dan mucha importancia a un trozo de tela, que necesitan para remendar las prendas que se ponen a diario. Es más importante, para ellos, poder poner parches que confeccionar una muñeca para las niñas.

—Me la ha regalado con mucha ilusión —dijo Blau, mientras contemplaba la muñeca.

—Es la única posesión que puede permitirse regalarte, y eso porque la ha hecho ella misma —matizó Sofía.

Por la tarde las tres mujeres se sentaron en el banco al lado de la lumbre. Blau seguía dándole vueltas, entre las manos, a la muñeca. Sofía necesitaba estar a todas horas entretenida física y mentalmente. Se refugiaba en el trabajo para no pensar en los motivos por los que Marc no daba señales de vida. En sus pensamientos se imaginaba a Marc siempre en malas circunstancias, daba por hecho que si él estuviese bien le habría escrito.

—¡Tengo una idea! —dijo Sofía y se puso en pie en dirección a la escalera que daba al segundo piso. Las chicas la siguieron entre miradas cómplices y curiosas. Al llegar al segundo piso enfilaron por una escalera de madera con una inclinación casi recta, tanto que una persona con una pequeña falta de movilidad no hubiese sido capaz de subir por ella. Sofía levantó la trampilla y entró en el desván, las dos jóvenes la siguieron fascinadas y en completo silencio. Era la primera vez que subían a lo más alto de la casa. El lugar estaba lleno de trastos viejos, la mayoría rotos e inservibles. Sofía se dirigió a una esquina donde había un baúl en mal estado y cubierto de polvo: le pasó la mano por encima y después se sacudió el polvo restregando ambas manos en la parte delantera del delantal que llevaba puesto, seguidamente lo abrió. Blau y Ana se abalanzaron sobre él para ver su contenido. Casi tiran a Sofía de un empujón en su ímpetu por

fisgonear.

—Tranquilas, chicas, aquí dentro no hay nada interesante a no ser que os guste la costura —les aclaró Sofía.

Ellas retrocedieron un paso para dejar que Sofía encontrase aquello que había subido a buscar. Finalmente, sacó del baúl unas agujas saqueras, colchoneras y esparteras de varios tamaños. Después de examinarlas minuciosamente se quedó con las saqueras más pequeñas, devolviendo el resto a su lugar. Les pasó a las chicas las agujas y varios trozos de telas para que lo aguantaran y siguió rebuscando hasta encontrar botones e hilos de varios colores que andaban por allí sueltos, desordenados y enredados entre ellos. También cogió unas madejas de lana.

—Estos son los restos del costurero de la abuela de Marc —explicó Sofía, a la vez que cerraba de nuevo el baúl.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto? —preguntó Ana dispuesta a poner una excusa para no participar en nada que tuviese que ver con hilos, agujas y esos menesteres. Había decidido, hacía tiempo, que no eran de su agrado. Si su madre no había conseguido introducirla en ese mundo, no lo conseguiría nadie más

—Vamos a hacer una muñeca de tela para Lola, la pequeña de *Casa Moliné* —expuso Sofía, contenta.

Blau comenzó a dar palmas y saltitos de alegría, la idea le hizo ilusión y a Ana no le quedó más remedio que sumarse al entusiasmo de madre e hija.

—¡Para de dar saltos Blau! Cómo sigas saltando de esta manera se caerá el techo y apareceremos encima de vuestra cama, ¡venga, vámonos! ¡tenemos trabajo! —las animó Sofía.

Sofía dibujó los patrones con un minúsculo trozo de jabón sobre el lado liso de la tela de pana marrón que había pertenecido a la pernera de un pantalón de alguno de los ascendientes de Marc. No le tembló el pulso y el dibujo quedó perfecto. Lo tenía muy ensayado, desde que había aprendido corte y confección no había parado de trabajar en ello. Recortó las telas y embastaron todas las piezas a puntadas largas. Blau se encargó del cuerpo, que era la parte más fácil de coser, y Ana pegó los botones de los ojos y la nariz; la boca la bordó en punto de cadeneta que era la única puntada que su madre había logrado que aprendiera.

Rellenaron el cuerpo de lana y Sofía unió todas las partes. Utilizaron unos restos de lana negra y marrón que entrelazaron, para ponerle pelo. La peinaron con dos colas y un lazo rosa en cada una de ellas a conjunto con el delantal de la muñeca de sonrisa permanente.

—¡Ha quedado muy bonita! —repetía Blau una y otra vez con la muñeca en la mano.

—Podríamos acercarnos a llevársela —propuso Ana.

—Sois muy impacientes. Ahora está oscuro y con esta niebla no avanzaréis ni cuatro pasos, mejor vais mañana cuando la niebla levante —aconsejó Sofía, ocultándoles que tenía miedo de que tropezasen con algún individuo merodeando por allí con malas intenciones.

—¡Ha quedado tan bonita!, estoy deseando llevársela —repitió Blau.

—Lo que podríamos hacer es decirle que la han dejado los Reyes Magos en nuestra casa para ella. Las navidades están cerca y le hará más ilusión —exclamó Sofía.

—Igual el día de reyes no le hace la misma gracia porque tiene otros regalos —dijo Ana.

—Pero ¿qué te crees tú? ¿Crees que a estos niños los Reyes les traen regalos? —preguntó Sofía.

Ana y Blau se miraban y levantaban los hombros sin saber qué contestar.

—A estos niños, aunque estemos en guerra, los Reyes les traen lo mismo que todos los años anteriores y próximos. Tal vez este año no les toque la naranja porque, para ellos, es un artículo de lujo, pero les traerán como es de costumbre cada año un puñado de higos secos, nueces y unos caramelos que les hará su madre por la noche con miel y piñones. Por eso pienso que la muñeca le hará ilusión el día de Reyes —aclaró Sofía con el semblante serio.

—Entonces se la llevaremos el día de reyes —dijo su hija resignada.

—Será lo mejor —afirmó Sofía, cogiendo del brazo a las chicas y atrayéndolas hacia ella para arroparlas.

Sobre la una de la madrugada unos ruidos despertaron a Blau. Tuvo la impresión de que alguien merodeaba cerca del balcón. Se sentó en la cama, agudizó el oído y volvió a escuchar los mismos ruidos. Quiso pensar que era una rata o algún animal que había trepado hasta allí. Observó a Ana que, bien tapada con las cuatro mantas que habían puesto en la cama para estar calientes, dormía plácidamente. Le entró tiritera, en parte por tener medio cuerpo desabrigado y en parte por la incertidumbre de no saber la causa de los ruidos que provenían del balcón. Volvió a escuchar un golpe, esta vez más fuerte y más cerca. Encendió una vela con sigilo, se echó la toquilla de lana gorda por encima de los hombros y salió disparada escalera abajo hasta entrar en el dormitorio de su madre.

—¡Mamá!, ¡mamá coge la escopeta, rápido! —gritó alarmada.

Sofía se despertó sobresaltada, se incorporó de un salto de la cama y se acercó a la esquina de la habitación para coger la escopeta.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —preguntó, alterada.

—Hay alguien en el balcón de mi habitación —contestó su hija, temblándole el labio superior por la combinación del miedo, frio y

nervios.

—¿Y Ana?

—Está dormida, no se ha enterado de nada.

Sofía con la escopeta en la mano subió la escalera hacia la habitación de las chicas a toda velocidad. Ana despertó en el momento en que Sofía entró y abrió de golpe la puerta del balcón. El aire gélido irrumpió en la estancia con fuerza. Ana se arropó entre las mantas y se dio media vuelta. Blau se asomó a un cielo sereno y estrellado detrás de su madre, ajustándose la toquilla alrededor del cuello para protegerse del aire frío. La luna presidia el cielo en un incipiente cuarto creciente y la noche era cerrada y oscura. Sofía no vio nada sospechoso, pero sus pies, descalzos y fríos, tropezaron con unas cuantas piedras en el suelo que el día anterior no estaban. Al verlas dedujo que alguien las había arrojado con la intención de averiguar si la masía estaba habitada. Pensó que, a partir del día siguiente, pondría una luz de carburo para iluminar el balcón durante la noche; y se metió en la cama con las niñas dejando la escopeta cerca por si había que utilizarla. El instinto maternal la mantuvo en vela, y las jóvenes se apretujaron contra ella y se sumieron en un profundo sueño sintiéndose protegidas.

18
La Sorpresa

Sofía se deslizó, sigilosa, hasta lograr sacar los pies fuera de la cama y, con la escopeta en la mano, salió de la habitación de puntillas para que las chicas no despertasen. El suelo estaba helado, era un indicador de que el fuego había consumido toda la leña; seguramente quedarían unas pocas ascuas a punto de apagarse.

Bajó a su habitación y se vistió con una falda de pana verde, un jersey marrón de lana con cuello alto tejido por ella misma, calcetines gruesos, alpargatas y una chaqueta gris de paño grueso, pensando que sería suficiente abrigo para ir hasta la entrada y coger unos troncos para avivar el fuego. La leña amontonada por Andreu en la entrada, a excepción de dos pequeños troncos, ya se había esfumado. No habían sido precavidas, y ahora tendrían que desplazarse hasta el leñero grande que estaba al lado del gallinero. Como quedaba poca leña, para no encontrarse en la situación de tener que salir a primera hora del día con la niebla, la pasada tarde había mandado a las jóvenes a traer troncos, pero se despistaron.

Esparció las pocas ascuas que quedaban con la tenaza, para hacer un lecho a unas finas ramas que prendieron rápidamente y dispuso los dos troncos encima, asegurándose que ardieran. Sabía que no eran suficientes para preparar el desayuno y no le quedó más remedio que salir a por una remesa de leña.

Abrió el portón sin soltar la escopeta, aunque le dificultaba maniobrar. Miró en todas direcciones sin ver a nadie, la visibilidad era mala por la niebla. Corrió a toda prisa hasta llegar a la leñera, sin perder de vista los rincones donde creía, se podría esconder alguna persona.

Sentía la nariz entumecida y el aliento helado. Estaban a finales de noviembre y las hojas caídas de los árboles se habían cubierto de una capa cristalina de escarcha, volviéndolas resbaladizas. Pensaba mandar a las jóvenes a por más leña, en cuanto despertasen y aclarase el día, para tener reserva durante unas semanas a cubierto.

Cargó los troncos en el brazo izquierdo, con la intención de llevar los máximos posibles y salir corriendo. Tenía la extraña sensación de ser observada y sintió un escalofrío, a su mente acudió el pensamiento de llamar a Andreu para que hiciera una batida por la zona por si encontraba algún rastro de extraños por los alrededores. Estaba a

punto de enderezarse cuando sintió la presión de una mano encima del hombro que hizo que entrase en pánico y le cayesen todos los troncos que había cargado sobre los pies haciéndola gritar de miedo y dolor. Una mano le cubrió la boca, apretándosela con fuerza.

—No chilles, por favor —le suplicó una voz familiar al oído, aflojando la mano para que pudiese darse la vuelta. Tenía enfrente a un hombre escuálido, vestido con abrigo de paño, botas militares y gorro de lana calado hasta las orejas, con barba de varios días y ojeras profundas, fue al mirar sus ojos cuando Sofía lo reconoció. Eran inconfundibles para ella, se había perdido en ellos infinidad de veces. Ante su mirada de asombro, él fue aflojando la mano y ella se emocionó.

—Marc… ¡Bendito sea Dios! —Exclamó comenzando a llorar. Marc la abrazó con todas sus fuerzas. Las pocas que le quedaban.

—Sofía, no llores. Ya estoy aquí contigo. Ahora escúchame atentamente —le pidió, cogiéndole la cara con ambas manos y acercándole la suya hasta casi rozarse con la frente—. No quiero que nadie, absolutamente nadie, se entere de que estoy aquí ¿quién hay en la masía?

—Solo las chicas.

—¿Qué chicas?

—Blau y Ana.

—Ahora sube a casa y me tiras la escalera, la que da al gallinero, la de la habitación secreta. Me quedaré allí y por la noche ya hablaremos.

Sofía corrió de regreso con las manos vacías y entró en su habitación, apuntalando la silla en la puerta por si las jóvenes despertaban e intentaban entrar. Abrió las puertas del armario e hizo meticulosamente lo que Marc le había ordenado. Descolgó la escalera de cuerda por la trampilla que daba al gallinero. Él subió a duras penas por ella. Estaba demasiado exhausto y débil, le fallaban las piernas.

Sofía se asomó al salón y comprobó que las jóvenes todavía no habían bajado. Procurando no hacer ruido, calentó el último tazón de leche que les quedaba y se la llevó junto con unas rebanadas de pan, además de unas mantas para improvisar una cama donde pudiese descansar. Se agarró a él y lo abrazó de nuevo, lo besó por toda la cara repetidas veces, mientras Marc hacía esfuerzos por quitársela de encima. Finalmente, la cogió por los hombros y la separó de sí con suavidad. Estaba demasiado cansado para dejarse querer.

—Ahora sal, cierra la puerta y acuérdate que yo no estoy aquí. Sobre todo, haz vida normal, que nadie te note diferente. Anda, vete. Necesito descansar un poco, ya hablaremos por la noche —dijo empujándola con suavidad para que se marchara, pero Sofía se giró

antes de salir y lo besó de nuevo en la mejilla.

A Marc le olía el aliento a rancio de haber malvivido durante días y de haber quemado las reservas de grasa de su cuerpo, tenía una tos extraña que, a pesar de intentar disimular, se presentaba a cada momento. Ella no dijo nada al respecto, pero no le pasó desapercibida.

Sofía se sentó en la cama para tratar de digerir todo lo que había vivido en unos minutos. Estaba serena y sonreía, lo más importante para ella era que Marc había regresado, que estaba en casa y a salvo. Escuchó voces en la sala, eran las jóvenes que se habían levantado y estaban buscando algo para prepararse el desayuno. Ella se arregló el pelo mirándose en el pequeño espejo que colgaba de la pared y salió a la sala.

—¿Qué tal habéis dormido?

—Yo un poco inquieta, pero al final me quedé dormida como un tronco —contestó Blau.

—Yo me desperté y me volví a dormir enseguida. ¿Qué os pasaba? —preguntó Ana pasando la mirada de la madre a la hija.

—Nada, Blau escuchó ruidos y pensamos que había alguien merodeando por la masía. He salido esta mañana a dar una vuelta y está todo bien —las tranquilizó Sofía.

—Mamá, no queda leche —se quejó Blau con la lechera de cerámica en la mano y la nariz hundida en ella.

—Bueno, si no hay leche tomaremos café solo. Después de desayunar, señoritas, tengo trabajo para vosotras dos —les anunció Sofía.

—¿Qué es lo que nos tienes preparado? —preguntó Blau, resoplando.

—Primero tenéis que llenar el capazo grande de leña y traerla a la entrada, después os vais a por leche a , que ya habrán ordeñado las vacas. Esta mañana estaréis ocupadas —anticipó Sofía, colocándose las manos en jarras con aire de mandona.

Las jóvenes se asomaron a la puerta para comprobar si la niebla se había levantado, pero estaba a ras del suelo y la escarcha seguía intacta por encima de las hojas caídas, piedras y plantas. Decidieron esperar a mediodía para salir a por leña, cuando la niebla permitiese que ese rayo de sol insistente la traspasase por un corto espacio de tiempo. En el fondo la razón más poderosa que les impedía salir del cobijo era el frío que las acobardaba. Se refugiaron en su habitación con la excusa de arreglarla y limpiarla.

—¿Cuándo pensáis ir a por la leña? —les preguntó Sofía irrumpiendo en su habitación, al darse cuenta de que había pasado un tiempo prudencial para que la habitación estuviese limpia y recogida de sobras—. Se nos va a apagar el fuego, se nos enfriará la casa y no podremos hacer la comida, ¡vamos, señoritas!

—Hace frío y todavía está oscuro —replicó Blau, apoyada por Ana que estaba detrás de ella, asintiendo y frotándose los brazos del frio.

—Venga, vamos, lo haremos entre las tres.

Sofía intuyó que aparte de frío también tenían miedo y se sentirían protegidas al acompañarlas. Entraron en la habitación de los aperos para los trabajos en el campo y cogieron dos cestos de esparto, uno para las chicas y otro para ella.

—Lo llenáis y luego cogéis una por cada asa para que os sea más fácil.

Sofía sonreía detrás de ellas al verlas andar cada una sujetando un asa del capazo lleno de troncos a rebosar. Tenían que pararse cada cuatro pasos para recoger los troncos de leña que se caían del capazo. No pararon de resoplar y quejarse durante todo el trayecto.

—A este paso llegaréis a casa a la hora de cenar —las importunaba Sofía en tono bromista.

—Es que se nos está clavando el asa del capazo en las manos y me están saliendo ampollas —se quejó Ana.

—¡Venga, venga! Sois muy lentas y todavía tenéis que descargarla e ir a por la leche —las azuzaba Sofía para que se dieran prisa.

Después dio a las chicas media docena de huevos y un trozo de tocino para que lo cambiasen por la lechera llena, eso era demasiado a cambio de un litro y medio de leche. Los de *Casa Moliné* siempre se portaban bien con ella y nunca le quisieron cobrar cuando iba a hornear el pan en su horno.

Nada más salir por la puerta las jóvenes, Sofía aprovechó e hizo una tortilla a la francesa. En una esquina del fuego apoyó, sobre las ascuas, un cazo con caldo de escudella del día anterior para que se calentase; supuso que a Marc lo reanimaría. Estaba segura de que su caldo resucitaba al más desfallecido.

Abrió la puerta del interior del armario que había dejado la noche anterior entornada para acceder más rápido a la habitación secreta. Marc estaba tumbado en el suelo entre las mantas y tiritaba de fiebre. Salió disparada a por una palangana de agua fría y unas toallas que le colocó en la frente y el pecho para ayudar a bajarle la fiebre. Puso agua a hervir e infusionó una mezcla de plantas, entre ellas había flores de borraja, que Irene le había dado cuando Ana estuvo enferma por si le subía la temperatura corporal. Incorporó a Marc y se lo hizo beber.

Bajó a la habitación de la entrada y tiró al suelo uno de los colchones pequeños que estaba enrollado encima de la cama, lo arrastró hasta los cuatro peldaños y empujando con todas sus fuerzas lo subió hasta la sala, donde necesitó unos minutos para reposar y tomar aliento; desde allí lo introdujo, rodando, en su habitación para hacerlo pasar por el hueco del armario hasta el rincón donde se

encontraba Marc. Una vez dentro desenrolló el cochón y lo dejó en el suelo cerca de Marc, este lo agradeció intentando esbozar una sonrisa cuando ella le ayudó a pasarse de las mantas al colchón de lana.

19
Sopas de Ajo

Blau y Ana habían adquirido la costumbre de hacerse las remolonas al salir de su habitación y alargar el tiempo de desayuno. Pretendían con esa maniobra librarse de las tareas que Sofía les asignaba a diario en el exterior de la masía. El frío y la niebla persistente las desanimaba. Al terminar de desayunar, sin dejar que se volvieran a refugiar en su habitación, Sofía las envió a por agua a la fuente con dos botijos y un cántaro.

—Menos mal que no nos ha mandado a lavar al río, porque con el frío que hace nos podemos quedar heladas —protestó Ana.

—No hables muy alto que nos puede oír y si se acuerda nos manda en cualquier momento —insinuó Blau.

Al regresar de la fuente se cruzaron con Sofía que, con el barreño lleno de ropa sucia, se dirigía al río; las jóvenes respiraron aliviadas cuando la vieron. Esa labor no les gustaba y con la llegada del riguroso frío temían tocar el agua helada y que les saliesen sabañones en las manos.

Sofía improvisó en el comedor un tendedero con dos sillas y los mangos de caña de las dos escobas de palmito, en ellos colgó la ropa ya que tenderla en el exterior hubiese sido en vano porque no se hubiese secado. Casi todo era ropa interior y algún jersey. En invierno en esos parajes los habitantes estiraban la ropa al máximo antes de lavarla, incluso el baño semanal en el barreño se alargaba pasando en ocasiones a meses. Se limitaban a lavarse diariamente con un poco de agua en la palangana y solo con la llegada de la primavera se podían ver las sábanas secar en los arbustos.

Oyeron el ruido de una carreta en la era, el relinchar de unos caballos y la voz de un cochero que les mandaba detenerse. Las tardes de invierno eran monótonas y aburridas a causa de lo pronto que oscurecía. El mal tiempo invitaba a quedarse en casa al lado de la lumbre. En las horas tranquilas, Sofía aprovechaba para zurcir la ropa y tejer bufandas. Blau estudiaba de un libro, *La Enfermera Moderna*, del Dr. Baltasar Pijoan, que le había regalado Marc las pasadas navidades. Ana había empezado a escribir un diario que guardaba celosamente, debajo del colchón en su lado de la cama, para que nadie lo leyese. El oír ruidos cercanos era señal de que alguien las visitaba y por unos momentos las sacaría de la rutina habitual en la que el

cambio de estación las había sumergido. La gran alegría de Ana fue salir a la puerta y encontrarse a su padre que estaba bajando del pescante de la carreta, a toda prisa, para abrazar a su hija.

—¡Papá!, ¡papá! —chillaba Ana, a la vez que corría al encuentro de sus brazos.

Ana estrechó a su padre y de la alegría le saltaron las lágrimas, él le acariciaba el cabello mientras ella hundía la cabeza en su mullido pecho.

Andreu que lo acompañaba, bajó de un salto de la parte trasera de la carreta.

—Sofía, te traigo las tinajas con los litros de aceite que te corresponden de las aceitunas que recogí —dijo, señalando la parte de atrás de la carreta y seguidamente se acercó a las tinajas para comenzar a descargarlas.

—¡Qué pena, Andreu, este año no tendremos matanza para Navidad y ya se me terminó la conserva de tocino y butifarras! —se lamentó Sofía.

—Tranquila, tengo la solución —añadió, sin dar más explicaciones. Andreu por tenerla contenta era capaz de hacer cualquier cosa y ella sabía que él siempre cumplía su palabra.

—¿Papá, has venido a buscarme? —preguntó Ana.

—No, no puedes venir a casa todavía.

—Pero... ¿Por qué no? —refunfuñó Ana.

—Porque no quiero que estés en Artesa. Debes quedarte aquí unas semanas más.

—No entiendo porque no puedo volver contigo —insistió la joven.

—Lo entenderás cuando todo haya pasado, por ahora te quedarás en la masía que es donde estás más segura —dijo Quim con contundencia.

Ana se resignó cruzando los brazos sobre el pecho y apretando la boca. Quim dio la conversación por cerrada y sorteó a su hija para dirigirse a la parte trasera de la carreta y asegurarse de que estaba toda la mercancía descargada al completo.

—¿Queréis tomar un café o un té de roca? —preguntó a voces Sofía desde la puerta.

Los hombres no contestaron, pero se encaminaron hacia la casa sin interrumpir la conversación en la que andaban enfrascados. Sofía se dio cuenta de que se había olvidado de la ropa colgada en medio del comedor. Le entró vergüenza al pensar que los hombres pudieran ver su ropa interior. A grandes zancadas y con energía recogió la ropa húmeda y la tiró amontonándola encima de la cama de su habitación que era la más cercana. Con las mejillas sonrojadas se fue directa a preparar el puchero de café, como llamaban a la achicoria que era lo que en realidad tomaban. El padre de Ana abrió un paquete que había

dejado encima de la mesa envuelto en papel de periódico.

—¡Es turrón! —dijo Blau con los ojos muy abiertos y poniendo las manos sobre uno de los trozos que Quim había partido propinando un golpe en medio de la tableta.

—Sí, es de Agramunt. El otro día les llevé unos sacos de almendras a unos que están haciendo turrón en su casa y me dieron un trozo, también me dieron chocolate a la piedra —explicó enseñando una tableta de chocolate negro, gorda y deforme.

Ana también se lanzó a por su trozo de turrón y otro de chocolate, sosteniendo una porción en cada mano.

—Sois unas golosas, tomad un trozo de pan para acompañar el chocolate —las increpó Sofía, ofreciéndoles unas grandes rebanadas de pan para que no se comiesen el chocolate o el turrón solos. No quería que quedasen como unas glotonas mal educadas.

Disimuladamente Sofía envolvió su trozo de chocolate y de turrón en una servilleta de tela y lo escondió en la cocina para guardárselo a Marc. Tanto las jóvenes como los hombres no paraban de engullir trozo tras trozo, sin prestarle atención alguna al pan.

—Esto sí que os lo coméis rápido chicas, lo mismito que las sopas —refunfuñó Sofía.

—Es que te ha dado por hacernos sopa de ajo cada noche, no me gustan nada, prefiero quedarme sin cenar —protestó Blau.

—Están malísimas, aunque el día que les pone un huevo se pueden comer —añadió Ana.

—Tenéis mucha suerte de poder cenar todas las noches, aunque sean sopas de ajo, hay muchas personas que no tienen nada para comer en todo el día. Esta maldita guerra les ha dejado sin un mendrugo que llevarse a la boca —comentó Andreu serio y apenado.

—Sobre todo en las ciudades. Se dice que han desaparecido todos los gatos y que la gente hace cola en el Borne para recoger los desperdicios de las verduras y hacer con ellos el caldo —añadió Quim.

Sofía se alegró cuando las jóvenes, después de la marcha de los hombres, dijeron que no querían cenar, retirándose a dormir pronto. Pensó que quizá fuese por el temor a que les hiciera las sopas de ajo de todas las noches, que tanto le gustaban a ella y que ellas tanto aborrecían. Vaciló sobre si prepararle un plato a Marc, ya no recordaba si le seguían gustando, pero sí que, siendo pequeño, cuando las preparaban en la masía se las comía sin rechistar, en especial las sopas de pan escaldadas con un huevo.

Apoyó el cuenco caliente, al que le faltaban cuatro dedos para rebosar, suavemente encima de su cama para atrancar la puerta de entrada a la habitación con la silla. No quería sorpresas. Abrió la puerta del armario, retiró la ropa y empujó la otra puerta para entrar con el candelabro, que dejó encima de la mesa para volver a por el

cuenco de comida. Cuando volvió a entrar, vio que Marc no estaba, se encontró la trampilla abierta y la escalera desplegada. A los pocos minutos él regresó a la habitación atraído por la luz de la vela.

—He salido a estirar las piernas, se me estaban quedando entumecidas —se excusó—. ¡Vaya me has hecho sopas escaldadas con huevo! Me gustan mucho—. Marc miraba el plato con deseo. Tomó asiento y comenzó a comer con avidez. Hacía tiempo que no comía decentemente. El descanso le había sentado bien y su piel estaba abandonando la palidez para volver al tono rosado.

—Intenta no salir con este frío hasta que te recuperes del todo, puedes tener una recaída, todavía tienes esa tos seca que no me gusta nada —le reprendió Sofía, adoptando la misma postura que acostumbraba a tener al reñir a las jóvenes, como si estuviese tratando con un niño más.

—Has tenido visita esta tarde, ¿verdad? Porque he escuchado voces de hombres.

—Andreu me ha traído las tinajas de aceite que nos corresponde y Quim le ha acompañado, nos dejará a Ana unas semanas más. Estaba preocupado, ha dicho que me avisará para venir a recogerla y que será después de Navidad, me ha parecido extraño que no se la lleve ni para las fiestas.

—Aquí está más protegida. No creo que por estos parajes desfilen las tropas vencedoras, los pueblos grandes son su objetivo para hacer ostentación del poder que van consiguiendo. Desde que se ha perdido la Batalla del Ebro estamos de retirada. Mis superiores, del partido, me aconsejaron que huyera a Francia, pues creen que Barcelona caerá pronto, estamos perdiendo la guerra. Estoy marcado porque he contribuido con la fabricación y distribución de munición. Le doy vueltas valorando que alternativas tengo; no soy un hombre de combate, no tengo delitos de sangre y si me quedo aquí escondido, cuando termine la guerra quizá pueda salir y retomar mi vida —explicó mirando a Sofía fijamente. No quería que ella notase, ni en su mirada ni en sus palabras, atisbo alguno de preocupación. Lo que él tenía era una gran incertidumbre, aunque en ese momento se sentía a salvo en casa.

Sofía se sacó del bolsillo del delantal la servilleta de tela, la desplegó y dejó a la vista el trozo de turrón y el de chocolate.

—¡Mira, lo que te he guardado! —le dijo ilusionada.

Marc miró fijamente el contenido de la servilleta y se le iluminaron los ojos.

—Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me comí un trozo de turrón o de chocolate.

Marc se levantó dejando la servilleta con su contenido sobre la mesa y se acercó a Sofía para abrazarla y, sin que ella lo notase, dejar

caer alguna lágrima cara a la pared.

—Marc, ¿dónde está tu madre? —preguntó Sofía alarmada, como si de repente alguna cadena de pensamientos la hubiesen llevado hasta ella.

—Mi madre sabe cuidarse, ella es más lista que nosotros. Hace meses que se fue a Francia con una prima suya —contestó Marc esbozando una sonrisa.

Sofía recordó su infancia cuando vivía con su familia en la casa que ahora ocupaban Andreu e Irene. Montserrat, la madre de Marc, llegaba los veranos cargada de chocolates y caramelos para los niños. La llegada de los señoritos de la ciudad era todo un acontecimiento, esperado cada año con impaciencia.

Después de haber atrancado la puerta de su habitación, esa noche Sofía durmió compartiendo el pequeño colchón con Marc, necesitaba estar cerca de él, sentir que respiraba y que la tos le mejoraba, dejándole descansar.

20
El Médico

Faltaban unas semanas para Navidad y las jóvenes andaban atareadas. Los días anteriores habían salido por las cercanías de la casa a recoger musgo, cortezas de árbol, piñas, ramas de boj y muérdago para decorar la casa. Sofía les había dado un ovillo de cuerda para que montasen ramilletes de muérdago. Armaron un centro de mesa con una gran corteza de árbol y la decoraron con todo lo que habían recogido por el bosque.

—El muérdago hay que ponerlo detrás de la puerta, para que nos de buena suerte. Lo tenemos que dejar colgado desde Navidad hasta San Juan y entonces lo quemamos en la hoguera y le pedimos un deseo —explicaba Blau, a la vez que caminaba hacia la puerta de la entrada con un abultado ramo en las manos. Lo colgó de una alcayata que sobresalía de detrás de la puerta y que se usaba para dejar la llave cuando esta estaba abierta.

—¿Quién te ha dicho todo eso sobre el muérdago? —preguntó Ana, que la seguía de cerca.

—Irene. Ella sabe mucho sobre tradiciones mágicas, se las enseñó su abuela —puntualizó Blau—. Ya está colgado, nos traerá buena suerte —dijo sacudiéndose de las manos los restos verdes de tallos y pequeñas hojas que se le habían quedado enganchados.

Al darse la vuelta para volver al comedor oyeron aporrear la puerta, ese día todavía no habían salido a la calle. Los golpes eran fuertes y hacían temblar el ramillete de muérdago recién colgado, si seguían dando golpes lo tirarían al suelo. Las jóvenes se miraron asustadas y subieron a toda velocidad la escalera hacia la sala para encontrarse de frente con Sofía que bajaba acelerando el paso en dirección a los golpes, al verla, dieron media vuelta y la siguieron.

—¿Quién será? —preguntó Blau, atemorizada por los golpes que cada vez eran más firmes y constantes.

—¡Callad! —Mandó Sofía colocando su dedo índice en los labios mientras con la otra mano les indicaba que se marchasen.

Las jóvenes subieron la escalera sin entrar dentro del comedor, de tal forma que pudieran ver quien había al otro lado de la puerta cuando Sofía abriese. Blau le hizo un gesto a Ana y le señaló que la siguiera. En silencio volvieron a la entrada y se colaron en la habitación de los aperos y herramientas para, al poco, salir armadas.

Blau con una azada y Ana con una horca de cuatro dientes de hierro oxidado y mango de madera. Juntas se atrincheraron a unos pasos de distancia de Sofía para defenderla si hacía falta. Esta las miró de reojo, antes de preguntar alzando la voz:

—¿Quién sois?, ¿qué queréis?

—Venimos de parte de Andreu, abran la puerta, por favor —imploró una voz de hombre.

Sofía abrió y las jóvenes se pusieron una a cada lado del portón empuñando las herramientas por si hacía falta utilizarlas.

Entraron tres jóvenes que rondaban entre los veinte y los veintidós años, vestidos con el traje, desgastado y sucio, del ejército republicano. Dos de ellos aguantaban a un tercero que no se mantenía en pie. La apariencia de los tres era famélica, los ojos se les veían enormes de lo pegada que tenían la piel a los huesos de la cara.

—Andreu nos ha dicho que vengamos y le esperemos aquí, mientras él va a buscar a un amigo suyo que es médico. Nuestro compañero está herido y no podemos continuar el viaje —explicó el de la derecha.

Sofía les hizo pasar y les acomodó en la habitación de la entrada, donde habían dormido Andreu e Irene durante la cosecha. Tumbaron al herido en la cama y los otros dos se sentaron en un colchón de lana que había enrollado y apoyado horizontalmente contra una de las paredes.

—Hemos estado luchando en la Batalla del Ebro —comenzó a hablar uno de ellos con la voz entrecortada y mirando hacia el suelo como si sintiera vergüenza—. Hemos perdido —susurró—. Ha sido una escabechina, el ejército de los nacionales mandaba a los moros de avanzadilla y remataban a los heridos degollándolos —sollozó y tomó aire para continuar—. Escapamos ilesos y nos dirigíamos a Francia, pero nos acercamos a una masía por la zona de Tárrega a pedir comida y nos dispararon. No esperábamos un recibimiento tan malo y nuestro compañero tuvo la mala suerte de que uno de los disparos le alcanzó en el hombro —explicó, desviando la mirada hacia el joven que estaba tumbado en la cama tiritando de fiebre.

—¿De qué conocéis a Andreu? —preguntó Sofía.

—No lo conocíamos hasta ahora, pero yo conozco al señor Marc Puigcalaf que me dijo que si tenía algún problema fuese al almacén del señor Quim Font, en Artesa de Segre y preguntase por Andreu, que en caso de emergencia los dos me ayudarían al ir de su parte —explicó el joven.

A Ana se le encogió el estómago cuando escuchó el nombre de su padre, aunque no tenía motivos para sentirse mal. El simple hecho de pensar que su padre se pusiese en peligro le provocaba un miedo irracional que era el miedo a perderlo.

—¿Y de que conoces al señor Marc Puigcalaf? —siguió interrogando Sofía.

—Trabajé en su empresa de capataz. Cuando curen a nuestro compañero seguiremos nuestro camino, no queremos molestarles —aclaró el joven inclinando la vista hacia el suelo.

—Si sois amigos de Marc sois bienvenidos en esta casa y os ayudaremos en lo que podamos —los tranquilizó Sofía.

Los soldados respiraron aliviados, el que no había hablado en ningún momento, empezó a llorar en silenció. Las jóvenes guardaron las herramientas y siguieron a Sofía hasta la cocina, cabizbajas. Sofía puso a calentar leche y llenó dos tazones de barro, cortó dos rebanadas de pan y las dispuso encima del plato.

—Tomad, llevadles esto a los chicos —ordenó Sofía.

—¿Solo para dos? —preguntó Ana.

—El herido no debe comer hasta que lo haya visto el médico —contestó Blau—. Lo pone en *El manual de la enfermera moderna*, del Dr. Baltasar Pijoan —aclaró.

Media hora después, se presentó Andreu con un joven unos años mayor que los soldados. El joven entró a toda prisa y, sin apenas saludar, apoyó encima de la cama, al lado del herido, el maletín negro que llevaba con el instrumental médico y comenzó a reconocer la herida.

—Esto pinta mal —dijo mirando a todos los que lo observaban—. Bueno necesito tranquilidad para trabajar, os agradecería que salierais todos fuera y que únicamente se quede una persona para ayudarme.

—Yo. Me quedaré yo, para ayudar —dijo Blau a toda prisa para que nadie le quitase la oportunidad de poder ejercer de enfermera, aunque fuese por unos instantes.

—Yo había pensado en ir a buscar a Irene, puede ser de ayuda —propuso Andreu.

—No, ya me encargo yo —insistió Blau.

Salieron todos, Sofía invitó a los otros dos soldados a pasar a la sala y sentarse junto al fuego para que terminaran de desayunar calientes, cerca de las brasas.

—Andreu, ¿quién es ese chico? —preguntó Sofía.

—¿El médico?

—Claro, el médico. Los demás ya sé quiénes son, me lo han contado ellos mismos —repitió Sofía, ladeando la cabeza.

—Todavía no es médico, es estudiante de medicina, pero es el único del que me fío para confiarle un tema tan delicado. Nos podrían denunciar a cualquiera de los dos bandos, a unos por esconder a desertores y a otros por esconder a republicanos.

—Eso lo tengo claro. Pero ¿quién es el chico? me suena y no sé de qué —insistió Sofía.

—Claro, seguro que lo has visto algún verano cuando era pequeño, es el hijo mayor de los de *Casa Carret*.

—¿*Pauet*? ¿El qué mandaron a vivir a Francia con la hermana de su madre?

—Sí, el mismo, pero no le llames *Pauet* qué no le gusta —Andreu dio un trago a la achicoria que Sofía le había vertido en una taza de porcelana desconchada. —Con la de hermanos que son y las dificultades que han pasado en esa familia para poder comer, el chico ha tenido suerte de que la tía, al no poder tener hijos, lo haya adoptado. Le está pagando los estudios de medicina en la Universidad de Lion.

—Tiene que valer para estar estudiando medicina —dijo Sofía.

—Es un chico muy aplicado, sus padres están muy orgullosos de él —explicó Andreu.

Ana que estaba sentada junto a ellos prestaba atención a todo lo que hablaban y no se perdía detalle. Le hubiese gustado preguntar mil cosas sobre el desconocido médico, pero una mezcla de vergüenza y timidez se lo impedía.

Blau, siguiendo órdenes del futuro médico, se presentaba en el comedor de vez en cuando para pedir ayuda a Sofía: improvisaron vendas con unas sábanas limpias y pusieron agua a calentar para lavar al herido y limpiar la herida. Blau obedeció en todo lo que el joven estudiante le mandó. En el momento de extraer la bala del hombro del joven pensó que ella misma acabaría desmayándose, pero había resistido y se había desenvuelto como una verdadera y futura enfermera. Al cabo de un rato salieron los dos de la habitación charlando animadamente. Pau iba secándose las manos con un trozo de sábana.

—Bueno, parece que de esta saldrá —anunció al grupo con cara de satisfacción por un trabajo bien ejecutado.

—¿Cuándo estará bien para reanudar la marcha? —preguntó el trabajador de Marc.

—Como mínimo tiene para una semana sin que salgan complicaciones —puntualizó Pau—. Estaré pendiente de su evolución y me iré pasando cuando pueda a visitarle.

—No sé cómo vamos a pagarles el favor tan grande que nos están haciendo —dijo el joven desplegando las manos y mirándose las palmas vacías.

—Está pagado por adelantado —contestó el médico mirando a Andreu que asentía con la cabeza—. No te preocupes, lo primordial es que tu compañero se recupere —aclaró Pau.

—Siéntate y descansa —le dijo Sofía a Pau, acercándole una silla al lado de la de Andreu—. Voy a prepararte un café.

—Ya se lo preparo yo —dijo veloz, Ana.

Sofía y Blau se miraron de reojo, era la primera vez que Ana ponía interés y predisposición para servir a alguien sin que se lo pidieran, sin arrugar la nariz y con una sonrisa.

—Ana, espera que te voy a dar una cosa.

Sofía siguió a Ana a la cocina y trasteó por la despensa hasta encontrar una lata roja, con un dibujo descolorido de una mujer tomando café, donde guardaba unos restos de café en grano.

—La ocasión lo merece, le haremos un buen café al doctor —dijo abriendo la lata y aspirando el aroma a café.

21
Hojas de Col

Al llegar la noche, Sofía se deslizó silenciosa hasta la habitación secreta donde se escondía Marc. Nada más poner los pies en el lugar él la abordó, inquieto.

—¿Qué ha sido todo ese jaleo que habéis tenido hoy? He oído aporreos, idas y venidas de caballos y voces de gente extraña. Me he puesto nervioso, solo cuando he oído la voz de Andreu me he tranquilizado.

—Hemos alojado a unos chicos en la habitación de la entrada. Uno de ellos está herido y Andreu ha ido a buscar a Pau, el chico de *Casa Carret*, que está estudiando medicina. Los chicos han venido de tu parte, uno de ellos dice que trabajaba para ti en tu empresa como capataz.

—¿Se llama Ramón?

—Sí, Ramón Feixes.

—Sí, es él. Es cierto que viene de mi parte. Es buena persona y de buena familia.

—No te preocupes, los hemos tratado bien. Mañana buscaré ropa vieja de la que tienes en el desván y se la daré.

—¿Está grave el herido? —preguntó Marc con voz de preocupación.

—Le hirieron en el hombro con una escopeta de caza al acercarse a una masía a pedir comida. La gente no quiere extraños merodeando por sus casas. Pau le ha extraído la bala y dice que en unos días estará bien para emprender el camino. Se dirigen a Francia —explicó Sofía.

—Estoy pensando que nosotros también deberíamos marcharnos —se sinceró Marc.

—Haremos lo que tú decidas. Tengo la maleta preparada y podemos irnos ahora mismo —sugirió Sofía.

—Déjame pensar con tranquilidad y en unos días volvemos a hablar del tema —dijo Marc, cogiendo a Sofía por la cintura para aproximarla y abrazarla a la vez que le acariciaba el pelo con la otra mano. Ella se apoyó en su pecho y se apretó contra él.

A la llegada del alba, Sofía apartó el brazo de Marc, que la rodeaba, para retirarse sigilosamente. Lo arropó con amor, como si de un niño se tratase, y salió de la estancia para meterse en su fría cama y apurar una hora más de sueño antes de levantarse a avivar el fuego.

Pasado un tiempo, unos ligeros golpes en la puerta la despertaron. Blau asomó la cabeza.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

—Sí, solo que estoy cansada y me quedé dormida —contestó Sofía, a la vez que se bajaba de la cama para vestirse a toda prisa.

Cuando fue a avivar el fuego se lo encontró hecho y el comedor caldeado, los jóvenes a los que habían acogido se habían encargado de ello.

—Queremos ayudar en lo posible —dijo Ramón, con la escoba en la mano y barriendo alrededor del hogar, que se había ensuciado con cortezas de troncos, astillas de madera y hojas varias.

—Muchas gracias —contestó Blau sin dejar hablar a su madre—, ya tenemos a quien mandar a por agua y tirar la comida a las gallinas, así hoy nosotras no saldremos porque hace mucho frío —dijo sin importarle que Ramón la escuchara.

Sofía le dirigió una mirada de aquellas, intensa y amenazadora, que auguraba una regañina cuando ellas se quedasen a solas. Había cometido una falta de respeto y se había crecido hablando como si fuese la dueña de la casa. Por eso la joven, decidió refugiarse en su habitación por el resto de la mañana hasta que a su madre se le hubiese olvidado el incidente.

Pau entró en el comedor y se cruzó con Blau cuando se disponía a desaparecer escalera arriba.

—He visitado al enfermo y parece que evoluciona bien —le informó el estudiante de médico.

—Me alegro, luego bajaré, que ahora tengo unas cosas urgentes que hacer —contestó Blau, dejando al médico con la palabra en la boca y dirigiéndose a la escalera para ir a refugiarse en su habitación.

—¡Ana!, ¡Ana! La que me va a caer —exclamó Blau, entrando en la habitación.

—¿Qué has hecho? —preguntó Ana, entre curiosa y divertida, al verla entrar alborotada.

—Nada, que he contestado en lugar de mi madre y me ha echado esa mirada asesina suya que tan poco me gusta… ¡La que me va a caer! —repitió preocupada.

—No te preocupes, en un rato se le habrá olvidado.

—Quizá sí, aunque he decidido quedarme aquí el resto de la mañana, y eso que ya ha llegado Pau.

Cuando Ana escuchó el nombre de Pau se sonrojó. Blau estaba tan preocupada temiendo la reprimenda de su madre que no se dio cuenta. Minutos después, Ana anunció solícita.

—Voy a bajar para ayudar a tu madre, no sea que crea que nos escondemos para no trabajar.

—Gracias Ana, mejor vas tú y si mi madre pregunta por mí, le dices

que estoy limpiando por aquí arriba.

Blau se dispuso a hacer la cama y, para hacer tiempo, se entretuvo en sacar y sacudir las sábanas y mantas por el balcón. Cuando estaba remetiendo la sábana bajera para que no se soltase fácilmente con los movimientos nocturnos, se topó con un objeto. Alargó la mano y sacó de su escondite el diario secreto de Ana. Lo sostuvo entre sus manos pensando que no debería fisgonear y volvió a guardarlo donde estaba, aunque no podía evitar tocarlo cada vez que remetía la sábana encimera o las mantas. En un golpe de curiosidad lo volvió a coger, una hoja seca marcaba la página donde había escrito por última vez. «Después de todo, solo voy a leer un poquito», se dijo mientras pasaba rápidamente las hojas entre sus dedos. Arrepentida, lo volvió a cerrar. «Si me pilla, se enfadará», pensó. Pero, al final, la curiosidad la llevó a dejar de lado sus principios y, sin control alguno, se encontró leyendo la última página en la que estaba escrito:

La Valdriet, 14 de diciembre de 1938

Hoy he tenido unas sensaciones inesperadas que me han sorprendido. Al fallecer mi novio pensé que parte de mí también había muerto con él. Durante todo este periodo de luto interno estaba convencida de que mi corazón, que había quedado roto en pedazos, no se volvería a recomponer. Pero hoy he conocido a Pau, un chico tranquilo, sereno e inteligente. Mi pulso se acelera cuando lo tengo cerca, y, aunque quisiera controlar estas emociones que brotan desde el lugar más profundo de mí ser, no lo puedo evitar.

Creo que él solo tiene ojos para Blau, es tan guapa, simpática e inteligente, que puedo entender que cualquier hombre se sienta atraído por una mujer tan especial. Cuando los veo tan unidos, conversando sobre los intereses que tienen en común, siento celos de su complicidad y, por primera vez en mi vida, me he planteado que quisiera estar en el lugar de otra persona, solo para estar cerca de él. No puedo disimular la torpeza que me invade cada vez que me mira o me habla. Si se fijase en mí, yo me daría una segunda oportunidad para ser feliz junto a él.

En ese momento, acababa de descubrir los sentimientos más profundos de su amiga, y reconoció la fragancia que envolvía la habitación: era la esencia de rosas que Irene le había regalado. Ana había decidido utilizarla y la había cogido sin pedirle permiso. Terminó de recoger la habitación y siguió el rastro del olor a rosas por el pasillo, escalera abajo hasta el comedor. Se detuvo a la altura del hogar y observó a su amiga. Algo en ella había cambiado, estaba distinta, se movía acompasada, sus mejillas estaban sonrosadas y la

cola de su cabello se balanceaba despacio y con gracia a cada asentimiento que ofrecía a Pau con un gesto de cabeza. Estaban sentados en el banco que había junto a la lumbre, uno al lado del otro. Los ojos de Ana, antes opacos y grises, habían recuperado el azul intenso de otros tiempos. Parecía una flor en primavera. Los oyó hablar y reír. Ante esa estampa, Blau sonrió y optó por dar media vuelta en dirección a la cocina.

—Mamá, ¿me perdonas? —preguntó abrazando a su madre—. No volverá a ocurrir —prometió a la vez que la besaba en la mejilla.

—Está bien, pero espero que lo cumplas —matizó su madre sonriendo y abrazándola con fuerza.

Una voz las interrumpió.

—¡Hola a todos! —se anunció Irene—. He venido con mi padre, por si puedo ayudar.

—Seguro que nos vendrá bien tu ayuda —confirmó Sofía.

—¿Tienes una col?

—Aquí no, pero en el huerto puedes encontrar las que quieras —contestó Sofía.

A los pocos minutos volvía Irene con unas cuantas hojas de col, las machacó en el mortero junto a unas hierbas secas trituradas y volcó la pasta en un cuenco de barro.

—Que mala pinta tiene esta pasta que has hecho. No sé si es peor la pinta o el olor, ¡huele fatal! —Blau se tapó la nariz y realizó la misma mueca que cuando le ponían un plato de sopas de ajo delante.

—Es verdad que huele un poco raro, pero es infalible. En dos días le habrá cicatrizado la herida. Lo podrás comprobar tú misma. Vamos a ver al herido —dijo Irene entrando en la habitación donde estaba el enfermo.

Irene untó la herida del joven con la pasta y le arregló el vendaje, este ponía cara de disconforme, pero no se atrevió a rechistar.

—Hay que dejarlo todo el día y toda la noche, no se te ocurra quitártelo —lo amenazó Irene con el dedo índice en alto—. Verás como cicatriza rápido.

Pau desde la puerta las miraba sorprendido.

—¿Qué le habéis puesto?, sois unas brujas —afirmó escéptico.

—Únicamente le he puesto un poco de col machacada, o le cura o no le hace nada. —se defendió Irene.

—Si es así, comprobaremos el efecto de la col sobre la herida —dijo Pau resignado.

Al salir de la habitación, Blau tiró del lateral de la falda marrón de Irene y se le acercó al oído.

—¿Solo col?

Irene, en un gesto, se apartó de Blau y esbozó una sonrisa cómplice.

—¿Por qué huele toda la casa a esencia de pétalos de rosa? —

preguntó Irene extrañada.

—Calla, habla más bajo que te van a oír.

Se quedaron una frente a la otra, paradas en la escalera, antes de entrar al comedor.

—Es Ana. Me ha cogido mi bote de esencia.

—¡Ana! —exclamó Irene, incrédula.

—Sí, haz como que no te das cuenta.

—¿Quién es él?

—Cuando la veas, sigue su mirada y te enterarás.

—¿No te ha molestado que te cogiera tu bote de esencia?

—No me ha pedido permiso. Le debe de haber costado un gran esfuerzo cogerlo. Cuando tenga ocasión me lo contará, estoy segura de ello. No me podría enfadar con ella, aunque quisiera. La quiero demasiado.

22
El Jabalí

Esa mañana los troncos que alimentaban el fuego estaban casi consumidos, pero se notaba que habían sido añadidos de madrugada. A Sofía le extrañó y también el hecho de no escuchar ningún ruido de los que solían hacer los hombres por la mañana. Se apresuró en preparar el desayuno para Marc antes de que apareciesen los huéspedes o las jóvenes. En esos días se lo dejaba dentro del armario y él lo cogía desde el otro lado. Toda precaución era poca. Esa mañana le dejó una tortilla a la francesa y una taza humeante de achicoria. Marc, desde la llegada de los soldados, contaba con una pequeña despensa en la habitación, por si a ella, en algún momento, le resultaba imposible dejarle comida. La reserva incluía: dos botijos con agua, pan, aceite, mermelada de melocotón y frutos secos.

La primera en dar señales fue Ana, cada día estaba más guapa. Sofía se la quedó mirando, pensando en lo bien que se había recuperado. Se sentía feliz al verla animada y sonriente. Sofía estaba tan atareada que se le había pasado por alto el motivo de la inesperada recuperación de la joven.

Enseguida llegó Pau, que entró a saludar antes de pasar visita a su paciente. Ana se dio prisa en servirle una taza de achicoria. Cualquier excusa era buena para estar cerca de él y poder así intercambiar algunas sonrisas y palabras con el hombre que se estaba adueñando de su corazón.

—¿Dónde está Blau? Voy a quitarle la venda al herido y me dijo que quería estar.

—Voy a buscarla —se ofreció Ana.

Al momento bajaron las dos amigas.

—Vamos, tú le quitarás la venda y comprobaremos que tal ha evolucionado esa herida con el emplaste milagroso que le habéis puesto —dijo Pau empleando un tono de sorna.

Ana se dispuso a irse hacia la cocina para dejar que ellos fuesen a atender al enfermo.

—Ana, acompáñanos —le pidió Blau.

Dentro de la habitación, Blau cogió la jarra blanca adornada con dibujos de flores azules y vertió el agua, recién traída de la fuente, en la palangana que estaba encima de un mueble de madera. Se lavó, en el agua de la palangana, las manos con jabón de tomillo y se las secó

con la toalla de hilo que estaba colgada en la pared. Cortó el vendaje del joven y pudo apreciar la herida cicatrizada y seca. Pau se acercó y la inspeccionó.

—Parece que la col de tu amiga ha funcionado, ha cicatrizado antes de lo que pensaba y también ha influido lo bien que habéis cuidado al enfermo entre todos. Ya está listo para emprender el viaje. Mi trabajo aquí ha terminado —anunció.

Blau sonrió y se dio por satisfecha con las palabras del estudiante, en las que aceptaba por buena la cataplasma de Irene.

Pau se alegraba de que el paciente estuviese recuperado, pero también le daba pena que el joven hubiese mejorado tan pronto. No tenía que haber ido a ver al enfermo todos los días, sabía que estaba controlado, pero aprovechaba para conversar y disfrutar de la compañía de Ana. Cada vez que la miraba directamente a los ojos y ella se sonrojaba se sentía halagado. En unos días regresaría a Lyon, las obligaciones allí le requerían y terminar los estudios de medicina estaba por encima de todo.

Pau entró en el comedor y comunicó a Sofía que el soldado estaba curado y ya podía emprender el viaje. Luego se dirigió hacia Ana que, con semblante triste, recogía la mesa. Él se detuvo a su lado, estaba tan cerca de ella que se puso nerviosa y casi se le caen las tazas de café que llevaba en las manos.

—¿Puedes salir a dar un paseo? —le preguntó. Ana se sonrojó y asintió con la cabeza, apresurándose a dejar lo que llevaba entre las manos en la cocina. La joven subió un momento a su habitación a por el abrigo y la bufanda y volvió rápidamente para encaminarse hacia la puerta.

Hacía una mañana gélida, debido a la nieve que se podía ver en los picos de las montañas que los rodeaban. Caminaron el uno al lado del otro sin hablar ni rozarse, tomando el sendero que llevaba al río. Ana no notaba el frío. Si, por casualidad, se hubiera dejado el abrigo en casa, le hubiese dado igual porque se estaba abrasando al lado de Pau. Se arrepentía de haberse dejado la cámara de fotografiar en su casa y no poder inmortalizar la sonrisa de Pau, esa que tan nerviosa la ponía y tanto la atraía. Le observaba de reojo: el pelo ondulado, negro y brillante. Le hubiese gustado capturar la esencia de ese hombre, su figura espigada y el porte de caballero; captar con el objetivo la delicadeza de sus ojos pardos, esos que le decían que se habían visto antes y que eran almas gemelas, destinadas a reencontrarse y a estar juntas.

Llegaron al río sin mediar palabra. Pau estaba dándole vueltas a las razones que le iba a dar para convencerla de que lo esperase. Con las mujeres era muy tímido. Tantas horas de estudio le habían quitado oportunidades de relacionarse con ellas. Le costaba mostrar sus

sentimientos y, en esa ocasión, no sabía cómo hacerlo. Se armó de valor y, mirando fijamente al río, sin volver la cabeza hacia Ana, dijo con la voz entrecortada:

—Me marcho a Lyon, únicamente he venido para atender a mi padre, que ha estado grave.

—¿Que le ha pasado a tu padre? —preguntó Ana temblorosa, sin atreverse a mirar tampoco a su acompañante.

—Un asno que tiene, tan tozudo como él, le dio una coz. Menos mal que ya tiene siete hijos, porque le ha dejado inservible.

—¡Pobre! —logró articular ella a duras penas, pues sufría tanta tensión que no fue capaz de decir nada más.

—Ya está superado. Estaba a punto de marcharme cuando Andreu me pidió que ayudara a ese pobre soldado y no pude negarme. No sabes lo mucho que me alegro de haberme quedado unos días más. Pero ahora tengo que aplicarme para terminar los meses que me faltan de carrera. Si puedes esperarme, volveré para quedarme contigo o llevarte adonde me destinen como médico. Estoy seguro de que podré hacerte feliz.

Ana no se esperaba esas palabras. Si no había oído mal, era una declaración, un poco torpe, pidiéndole relaciones y rogando que le esperase. Solo acertó a decir:

—Te esperaré. —Enrojeciendo igual que una antorcha encendida.

Pau respiró relajado después de haber dicho lo que los nervios le permitieron que no lo que le hubiese gustado decir. Le cogió ambas manos y se atrevió a mirarla de frente, luego acercó sus labios a las manos de Ana y las besó. Durante todo el camino volvieron cogidos de la mano. Ana regresó tan agitada que lo único que deseaba era quedarse a solas con su amiga para contarle lo ocurrido.

—¿Qué te pasa que andas tan pegada a mi todo el rato? ¿no ves que tropiezo contigo? —preguntó Blau, notando rara a su amiga.

—Tengo algo que contarte —contestó Ana, ocultando la sonrisa con la mano.

Con una mirada tuvieron bastante, Blau la cogió de la mano para arrastrarla escalera arriba hasta llegar a la habitación, empujándola hacia dentro y cerrando la puerta apoyándose contra ella para que nadie entrase.

—Le gusto, ¿sabes? ¡Le gusto! —susurró Ana, mientras se le encendían de nuevo los mofletes, al tiempo que no paraba de moverse.

—¡Estate quieta y explícate!

—Pau me ha pedido que le espere a que termine de estudiar y me ha besado las manos, aunque si me hubiese besado en los labios le hubiera dejado.

—Me alegro mucho por los dos.

—He hecho una cosa muy mala y lo peor es que no me arrepiento

de ello —confesó Ana.

—¿Qué es eso tan malo que has hecho? —Blau intentaba estar seria, pero la comisura de los labios le traicionaba al esbozar una sonrisa. Sabía sobradamente lo que le iba a contar.

—Te cogí sin pedirte permiso el aceite de rosas y lo utilicé.

—Ya lo sé, pero no importa, confiaba en que me lo contarías. Yo también he hecho algo malo y espero que me perdones porque lo mío es más grave. El otro al hacer la cama encontré tu diario y leí la última página. Lo siento —declaró Blau, agachando la cabeza mostrando arrepentimiento.

—Ahora ya nada importa, lo único importante es que el aceite de rosas funciona —dijo Ana con la alegría del enamorado que ve el mundo en tonos pastel.

—No sabemos si funciona con los demás, pero desde luego contigo ha funcionado.

Oyeron alboroto en la era y se asomaron al balcón, eran Andreu y los dos soldados que descargaban de la mula un jabalí y dos liebres. Ellas se apresuraron a bajar. Sofía, desde el umbral de la puerta, los miraba perpleja sonriendo y con las manos en la cabeza.

—Este invierno no tendremos cerdo, tendremos a su primo, el jabalí —pregonó Andreu.

—Con este jabalí tenemos para muchas comidas —dijo Sofía.

—En la zona de alta montaña hacen embutidos de jabalí, podemos probar, así nos durará un poco más —propuso Andreu.

—¿Tú sabes hacerlo? —le preguntó Sofía.

—Claro que sé, lo aprendí de mi madre. Esta tarde nos ponemos y lo dejamos preparado.

—Me llevo las liebres, las voy a cocinar escabechadas para que nos aguanten, de los retales, para despedir a los chicos, prepararé un arroz con caracoles igual que se hace en mi tierra. El chico está curado y hay que celebrarlo.

Pau asintió con la cabeza, preparado para marcharse, cuando Sofía le dijo:

—Hoy te quedas a comer, no hay excusa.

Pau, por prudencia, solo tomaba una taza de café, pero hoy se quedaría encantado a comer y así podría disfrutar un poco más de Ana.

Sofía les hizo un gesto a las jóvenes que fue suficiente para que ellas lo interpretasen y la siguiesen, el código de señales mediante miradas y gestos era un lenguaje que funcionaba perfectamente entre ellas.

—Hoy aprenderéis a cocinar un arroz igualito al que hacía mi madre. Estoy convencida de que no habéis probado nada igual.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Ana dirigiéndose a Sofía.

—En Santomera, un pueblecito de Murcia.

Ana no se quedó conforme y siguió preguntando:

—¿Por qué vivís tan lejos de vuestra familia?

—Por el trabajo, allí no hay trabajo para las mujeres.

Sofía, que se vio venir un aluvión de preguntas que no quería contestar ni dar explicaciones a las jóvenes, dijo:

—Venga, vamos con el arroz, ya hablaremos otro día.

—Cuando no le interesa contestar lo deja para otro día, siempre hace lo mismo —susurró Blau en el oído de Ana, aprovechando que Sofia estaba agachada eligiendo una cazuela de barro para hacer el arroz.

Andreu entró en la cocina, se apoyó en el marco de la puerta y con una sonrisa de oreja a oreja dijo:

—He visto a la familia que enviamos a la cabaña de cazadores. Se han hecho amigos de un pastor de la zona que les está ayudando. La mujer amamanta al niño del pastor, por lo visto la mujer de este no tiene bastante leche y el niño lloraba de hambre día y noche. El hombre también ayuda con las tareas del campo y con el rebaño.

—Me alegro muchísimo —dijo Sofía, sonriendo por la buena noticia.

A media tarde Pau anunció que se marchaba. Salió erguido de la masía, con su maletín en la mano y la satisfacción de haberlo estrenado por fin, rumbo a las cuadras donde había dejado el caballo. Unos pasos rápidos corrían tras él. No se giró, adivinando quién era. Sonrió y esperó a sentir el aliento de Ana en la nuca para girarse de golpe y dejar caer el preciado maletín al suelo para atraparla, rodearla con los brazos y atreverse a besarla intensamente.

Ana entró en la sala sonriente, con la huella impresa en sus labios, enrojecidos, de haber sido besada con la torpeza y la fuerza de aquel que besa a una mujer por primera vez.

23
La Partida

Los días de niebla y heladas nocturnas pasaron el relevo a la nieve, que cuajó en las copas de los árboles y en los bordes de los caminos. Si continuaba cayendo a ese ritmo, pronto lo cubriría todo. El frío era tan intenso que el único espacio confortable de la masía era alrededor de la lumbre. Transitar por esos caminos se había convertido en una tarea casi imposible. Únicamente los lugareños oriundos del valle, habituados al azote del mal tiempo y la poca visibilidad en invierno, eran capaces de moverse por esos parajes.

Las navidades en la masía habían sido tranquilas. Los días señalados, de celebración, como el de Navidad y el de San Esteban, Irene y Andreu se desplazaron a la masía para comer todos juntos.

Sofía se mostraba atenta con Andreu en las comidas, procurando servirle el primero y poniéndole mayor cantidad que al resto. En agradecimiento a la continua provisión de alimentos que este les procuraba. No se explicaba cómo conseguía estar siempre pendiente de sus necesidades. Sus cuidados iban más allá de las obligaciones que asumía un masovero.

Sofía puso todo el esmero en poner una buena mesa con los manteles bordados a flores por la abuela de Marc. Limpió con bicarbonato la cubertería de alpaca para sacarle brillo y seleccionó los platos menos dañados. La ausencia de Marc en la mesa le producía una pena que le impedía disfrutar de la celebración al completo, pero él le dejó claro que mantenerse oculto era lo mejor por la seguridad de todos. No faltó la escudella, junto al jabalí estofado, la liebre escabechada y un pollo guisado con setas. Hicieron una fuente de crema catalana endulzada con el último resto de azúcar que les quedaba. Abrió una botella de coñac, que encontró escondida en el desván, de la que incluso las jóvenes consumieron unas gotas en el café. Esos días decidió utilizar el café que les había dejado el padre de Ana y reservaba para ocasiones especiales.

A Sofía le extrañaba que Andreu no se hubiese vuelto a casar, lo consideraba buena persona y trabajador. El ser poco hablador le daba un halo misterioso y a pesar de estar curtido por las pesadas tareas del campo, nadie hubiera dicho que estaba a punto de cumplir cuarenta años, y las incipientes canas en su cabello castaño oscuro le otorgaban personalidad.

Ana estaba preocupada porque no había vuelto a recibir noticias de su padre. En el fondo, le entristecía haber pasado el día de Navidad separada, por primera vez, de su familia.

Una tarde en la que las tres mujeres permanecían sentadas alrededor de la lumbre, oyeron unos pasos que subían por los peldaños de la escalera. Sofía, que había dejado la puerta entornada al venir del huerto, enseguida se levantó para acudir a la entrada.

—¡Hola, Sofía! ¿Cómo estáis? —pronunció una voz grave.

—Hola, Lluís ¿Qué te trae por aquí, con este mal tiempo? —preguntó Sofía.

Lluís, el padre de Oriol, era un hombre fornido y de altura superior a la media. Era el heredero de *Casa Tallat*, una de las masías de La Valdriet. Se encargaba, además de cultivar sus tierras y cuidar el ganado, de transportar mercancías y pasajeros con su carro por las poblaciones que se encontraban en el entorno de Artesa de Segre. Era el contacto más directo que tenían los habitantes de la zona con los pueblos cercanos en los meses del crudo invierno.

—Me manda Quim —anunció.

—¿Mi padre está bien? —preguntó Ana con voz vacilante, avanzando hacía Lluís.

—Ayer entraron las tropas de los Nacionales en Artesa de Segre. Quim me ha enviado para comunicaros que Ana se quedará más tiempo entre vosotros. Hay mucha confusión e inestabilidad. Las previsiones son que en breve caiga Barcelona y todo termine —explicó Lluís.

—No te quedes ahí parado —dijo Sofía, con voz firme— pasa y siéntate junto al fuego para entrar en calor. Te prepararé una taza de café y nos cuentas con calma las noticias.

—Yo solo soy el portador de lo que me dicen y Quim no me ha contado nada más.

Avanzó hacia uno de los bancos, se quitó la pelliza de piel de cordero para sentarse y tomó la taza de achicoria que Sofía le había preparado. Al hombre no le gustaba quedarse en las casas de los vecinos más tiempo del necesario y con la excusa de que ya había oscurecido, se marchó.

Lluís era más querido por lo que callaba que por lo que contaba y no hablaría más de lo necesario, nunca lo hacía.

—Si mi padre ha decidido que me quede más tiempo con vosotras, es porque debe tener una buena razón —dijo Ana, consolándose con sus propias palabras.

—¿Es que no te tratamos bien y te quieres ir? —preguntó Blau.

—No seas tonta. Estoy bien con vosotras, pero me preocupan mis padres y les echo de menos. Con mi madre tengo una relación

complicada porque somos muy diferentes y nos cuesta ponernos de acuerdo, pero es mi madre y si no lo hace mejor, es porque no sabe. Tengo muchas ganas de sentarme a hablar con ella y pedirle perdón por haber sido una hija egoísta y quiero darle muchos besos y abrazos.

Blau se acercó a Ana y le dio un abrazo.

Las jóvenes se retiraron pronto a su habitación y Sofía aprovechó para ir antes a ver a Marc. Esperó pacientemente a qué él regresase de su paseo. Cada día al anochecer salía a estirar las piernas. Ella estaba intranquila a causa de las noticias que Lluís les había contado.

—Tienes mala cara —le dijo Marc al regresar a su pequeña habitación.

—Ayer entraron las tropas nacionalistas en Artesa, se comenta que en breve tomarán Barcelona. Este conflicto está llegando a su fin. Tenemos que pensar en lo que nos afecta a nosotros para tomar alguna decisión.

—Hace días que le doy vueltas. He pensado en huir a Francia, allí está mi madre y su prima. Una vez establecido mandaré a alguien a por vosotras.

—¿No podemos marcharnos todos juntos? —preguntó Sofía a la que se le iba desencajando la cara a medida que las palpitaciones de su corazón entraban en arritmia.

—No. No podemos irnos todos juntos porque no quiero poneros en peligro a ninguna de las dos. A vosotras no os busca nadie y yo estoy en todas las listas de busca y captura. Me será más fácil cruzar las montañas solo.

—No sé si voy a ser capaz de seguir aguantando el distanciamiento. Casi me mató la falta de tus noticias.

—No podré enviarte noticias hasta que mande a alguien a buscarte. Tienes que ser fuerte ¿me oyes? Lo tienes que ser por Blau. Ella todavía es una niña y te necesita.

Sofía estaba blanca como el papel de fumar, se armó de coraje y con dolor preguntó:

—¿Cuándo tienes pensado marcharte? Te conozco y sé que en el momento que tomas una decisión ya no hay marcha atrás.

—Mañana por la noche, sobre esta hora, me iré. Tengo que moverme por la noche y descansar por el día. Me llevaré una mula. Está decidido.

—Mañana iré por ella, Andreu las tiene escondidas en el bosque.

—¿Que le dirás?

—No lo sé. Me las tendré que ingeniar.

Sofía se quitó el vestido y medio desnuda se cubrió con las mantas mientras esperaba a que Marc la acompañara. Se entregó por completo. Era la noche de la despedida. Besó con delicadeza y pasión el cuerpo del hombre que había marcado su vida desde la niñez. Se

evadió y se concentró en cada roce y cada caricia con el miedo, oculto en un rincón de su corazón, de que fuese la última vez que se amasen.

De madrugada, Sofía andaba por la cocina haciendo acopio de todo tipo de productos no perecederos que hubiese en la despensa. Los llevó a la cuadra y los dejó enterrados entre la paja junto con un saco que contenía mudas limpias y mantas para Marc.

Las jóvenes bajaron casi a la hora de comer, el frio las encogía y les quitaba las ganas de levantarse de la cama. Ella no les regañó, pensó que era mejor no tenerlas por medio teniendo tanto trabajo que hacer.

Avanzada la tarde, una vez hubo oscurecido, las jóvenes se retiraron a su habitación. Entonces aprovechó para ir en busca de la mula. Esperaba tener suerte y podérsela llevar sin que Andreu se enterase. Él estaba tan acostumbrado a los ruidos de la zona que percibía cualquier movimiento ajeno. Sin embargo, en un momento lo tuvo detrás, apuntándole con la escopeta y dándole el alto.

—Por Dios, Andreu, que soy yo, menudo susto me has dado —musitó con la mano en el corazón, sintiendo bajo su mano las arritmias causadas por el susto.

—Me tenías que haber avisado, sabes que estoy pendiente de todos los movimientos extraños —le recriminó.

—Siento haberte alterado.

—No entiendo qué haces por aquí a estas horas y sin avisar. A ti te pasa algo ¿verdad?, ¿tiene que ver con las chicas?, ¿te están amenazando? —la interrogó malpensando.

—No, no es nada de eso —dijo ella agachando la cabeza.

Se mantuvo por unos instantes en silencio mirando al suelo, aún no sabía qué decirle y en ese momento carecía del valor suficiente para mentirle.

—Necesito una de las mulas y que confíes en mí. Por la seguridad de todos no puedo contarte el motivo por el que la necesito —justificó su negativa a compartir el secreto.

Andreu desató la mula del árbol, le acarició el lomo en un acto de despedida y le acercó las riendas a Sofía para que se la llevara. Él en apariencia tomó el camino de vuelta a su casa, pero era un hombre desconfiado y a medio camino se detuvo. Ella no se fiaba y miraba continuamente hacia los alrededores para asegurarse de que no la seguía. Él la siguió camuflado entre los arbustos, los matorrales y la oscuridad nocturna que jugaba a su favor. La escopeta bien prieta en su mano y el recambio de la munición esperando en el bolsillo del pantalón por si eran varios los disparos a tirar.

Se estiró detrás de un arbusto de boj próximo a las cuadras de la masía y, después de unas horas, observó a Marc partir. Lo reconoció de inmediato, se quedó tranquilo y dio media vuelta. Lo que no vio fue como a Sofía se le partía el corazón en la despedida. Si lo hubiese

visto, ella le hubiese partido el suyo al no poder consolarla.

24
El Día de Reyes

El jueves, 5 de enero de 1939, las fuerzas nacionales ocuparon Artesa de Segre.

El día de reyes amaneció frío y despejado. Las jóvenes se levantaron a toda prisa y bajaron corriendo la escalera. Fueron directas a mirar debajo del ventanal, donde la noche anterior habían dejado sus alpargatas, por si encontraban alguna sorpresa. Cerca de las alpargatas les esperaban dos pequeñas cestas de mimbre llenas de higos secos, pasas, nueces y un paquete envuelto en tela. Se apresuraron a desenvolverlos, eran unas medias de seda para cada una, para Blau las primeras.

—Tratarlas con cuidado que son muy delicadas y se rompen con solo mirarlas —les advirtió Sofía, que acababa de salir de la cocina y las contemplaba sonriendo, contagiada de la felicidad de la juventud. Sofía guardaba esas medias con la ilusión de que, con ellas puestas, caminaría algún día por las calles de París, pero en el último momento decidió que fueran el regalo de reyes de las jóvenes.

Cerca del mediodía, Blau y Ana pidieron permiso a Sofía para llevarle su regalo a la niña de *Casa Moliné*. Sofía les dio permiso y les entregó una cesta igual a la que recibieron ellas y les encargó:

—Pasad por casa de Irene y dadle su regalo.

Al llegar a la puerta entornada de casa de Irene, las jóvenes golpearon un par de veces con los nudillos y la empujaron para entrar. Irene estaba sentada delante de la mesa, entre láminas de cartón y restos de plantas. Sorprendida levantó la cabeza.

—¡Anda! ¿Os habéis perdido? —preguntó, sonriendo.

—De eso nada —contestó Ana.

—Mira que te traemos —dijo Blau, entregándole la cesta—. Te lo envía mi madre.

Irene desató la tela que envolvía el regalo.

—¡Me encanta! —Exclamó acercándose el viso a la cara para acariciársela con la sedosa prenda—. Es precioso, luego me acercaré a darle las gracias.

—También hemos venido para que nos acompañes a *Casa Moliné*. Hace días le hicimos una muñeca a Lola, la hija pequeña, y se la queremos llevar de regalo de reyes —explicó Ana.

—El mes pasado la niña me regaló una de esas de barro, que se

hace ella misma, y mi madre pensó en que le podíamos hacer una de tela —dijo Blau, enseñándole la muñeca que llevaba en las manos.

Irene la cogió y le dio una vuelta para mirarla.

—Es muy bonita, le gustará —comentó.

—Es que mi madre cose muy bien, nosotras también hemos ayudado —dijo Blau y sonrió de satisfacción.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ana, señalando todo lo que había encima de la mesa.

—Os quería dar una sorpresa, pero ya que habéis venido sin avisar y me habéis pillado, os la enseñaré.

Irene cogió las cuartillas de cartón que estaban cosidas cuidadosamente entre sí por el filo izquierdo, lo había unido utilizando una aguja saquera y cuerda de zurcir los sacos, formando un libro gordo y artesanal. En la portada ponía en letra mayúscula y de palo: *Esencias de plantas y flores*. La parte rugosa del cartón la utilizó para sujetar con hilo una muestra de la planta. En la parte lisa del cartón estaba escrito el nombre, con el que Irene nombraba a cada planta, sus propiedades y usos medicinales según sus observaciones en las personas que las habían utilizado.

—¡Has hecho un libro! Es una idea muy buena —exclamó Blau, sorprendida.

—¿De dónde has sacado los materiales? —preguntó Ana.

—Mi padre me los ha conseguido y se pasó toda una mañana seleccionando cartones y cortándolos al mismo tamaño —explicó Irene con orgullo.

—Es que tu padre vale mucho —aportó Blau con cariño.

—Mi padre me ha ayudado a hacerlo, pero la idea no ha sido nuestra; he seguido el consejo de un amigo —explicó poniéndose colorada y las otras dos se echaron a reír.

—Por lo que cuentas, todavía os escribís —dijo Blau.

—Sí, ya se ha convertido en una costumbre semanal —reveló Irene con el libro entre las manos.

—Creo que este chico tiene verdadero interés por ti. Si solo fuese por tus hierbas, no recibirías carta de él con tanta frecuencia —puntualizó Ana.

—Es todo muy complicado, igual no lo vuelvo a ver nunca más, el tiempo lo dirá —se lamentó Irene encogiéndose de hombros.

—Ya verás como vuelve, no creo que encuentre otra mujer tan lista como tú —la animó Blau.

Irene no quería seguir hablando de Lluri, prefería no pensar en él y mantener su mente ocupada en elaborar su libro. No quería hacerse ilusiones sobre ser correspondida por el joven. Pensaba que él únicamente estaba interesado en los conocimientos que ella poseía sobre las plantas, y no tenía otro tipo de interés. Cuando recibía carta

de él se la guardaba y tardaba varios días en abrirla por miedo a que fuese una despedida. Su temor era que conociese a otra mujer y se olvidase de ella.

—El libro existe gracias a unas buenas amigas que me enseñaron a leer y a escribir. —Sintió que entre ellas tres se había forjado una gran amistad y, de la emoción, los ojos se le nublaron. Desde que Lluri se había ido estaba sensible y llorar le alivió parte de su carga emocional.

—¡Qué tonta eres! ¿Por qué lloras? —preguntó Blau.

—Siento que he encontrado a dos hermanas —contestó.

Blau y Ana la abrazaron.

Las tres tomaron el sendero que llevaba a *Casa Moliné*. Blau no terminaba de acostumbrarse a los desfiladeros y precipicios que rodeaban el valle, en ocasiones se convertían en los protagonistas de un sueño que se repetía una semana tras otra: corría jadeando y alguien la perseguía hasta llegar al pie de uno de los precipicios y, en ese momento, se despertaba sin saber de quién o de qué huía. Se lo contó a Irene, pero esta no le dio importancia y atribuyó el sueño al hecho de dejar atrás la vida de niña, ya que empezaba a tener más responsabilidades dentro de la familia como persona adulta y se negaba a aceptar el cambio. Le había dicho que en el momento en que madurase esos sueños desaparecerían.

—Irene, ¿ya no vas los domingos al mercado de Artesa? —preguntó Blau.

—No, mi padre no me deja.

—¿Por qué?

—Han ocurrido cosas que han perjudicado a varias mujeres —dijo Irene con cierta reticencia.

—¿A qué cosas te refieres? —preguntó Ana intrigada.

—Hay mucho revuelo y soldados por todas partes. Hay madres que incluso han tenido que esconder a sus hijas entre colchones y donde han podido para que no las vean —explicó Irene, apenada.

—Ahora entiendo porque mi padre está retrasando el venir a buscarme, me está protegiendo —dijo Ana asustada.

—Claro, teme por ti y sabe que aquí estás más segura —matizó Irene.

—Dios mío, espero que no lleguen hasta aquí —dijo Blau con la voz entrecortada.

—No creo que vengan, por aquí no se les ha perdido nada —aseguró Irene.

En las poblaciones rurales desfilaban los vencedores y dentro de sus filas había depredadores de mujeres amparados bajo un ejército vencedor. Las consecuencias de aquellas afrentas fueron nacimientos de niños, unos blancos y otros oscuros, debido al origen magrebí de

algunos de los autores de aquellas barbaries. En una posguerra de hambre y carencias de todo tipo las madres no se podían permitir tener a hijas solteras deshonradas en casa y con una boca más para alimentar. A los nueve meses, en la comarca nacieron niños a los cuales sus madres no llegaron a ver sus caras ni el color de su piel. Esos niños fueron víctimas del desespero de unas abuelas que los hicieron desaparecer entre los montes y las porqueras. Las abuelas, a pesar del sufrimiento, tomaron decisiones drásticas que se convertirían en sus pesadillas durante el resto de sus vidas. Ni las idas y venidas a misa ni los rezos les calmaron su conciencia. Algunas, al tener a sus nietos entre los brazos, no fueron capaces de deshacerse de ellos y se los quedaron, a pesar de saber que no lograrían casar nunca a sus madres, al estar marcadas por hijos sin padre.

Las chicas se pararon delante de la puerta de *Casa Moliné*; estaba entornada, igual que siempre. No tenían miedo de que les robasen, entre otras cosas, porque no tenían nada.

—¡Hola!, ¡hola! ¿Hay alguien? —gritó Irene a la vez que empujaba la puerta y se adentraba en la casa, seguida de sus amigas.

Rosa, la madre de Lola, que estaba pelando patatas, se secó las manos en un trapo y les dedicó una franca sonrisa.

—Hemos venido a traerle un regalo a Lola —dijo Blau, enseñando la muñeca.

—Sentaros —las invitó la mujer, señalando un banco de madera rústica sin pulir que estaba enfrente del hogar.

—Voy a avisarla —continuó la madre.

Regresó la mujer con la niña, que miraba extrañada a las vecinas.

—Es para ti, te la hemos hecho nosotras —le dijo Blau levantándose y ofreciéndole la muñeca.

La niña cogió la muñeca con cuidado, como si se le pudiese romper si la apretaba, le tocó los lazos rosas de las trenzas, levantó la cabeza y les regaló una tímida sonrisa.

—Muchas gracias —dijo, sin parar de acariciar la muñeca.

La madre de Lola les preguntó:

—¿Queréis quedaros a comer? —Las tres negaron a la vez, eran conscientes de que seguramente tenían las raciones de comida justas para ellos y, en el caso de quedarse ellas a comer, alguien de la familia sacrificaría su parte en favor de la visita.

Por el camino de regreso a la masía se cruzaron con María, la hermana mayor de Lola, que las saludó con la mano, mirándolas intrigada por ver que la dirección de la que volvían no podía ser otra que la de su casa. No les preguntó, pero aceleró el paso para saber de boca de su madre el motivo de la visita de las vecinas.

—¿Os habéis fijado en las manos de la hermana de Lola? —preguntó Blau.

—Esta es una de las masías en la que todo son chicas, una desgracia para una casa de payés. La hija mayor, la heredera, tiene que esforzarse en hacer los trabajos duros como un hombre, no le queda más remedio —informó Irene.

—Yo no quiero ser heredera —dijo Ana.

—Pues lo eres —le contestó Irene—. Lo mejor que le puede pasar a una heredera es encontrar un buen hombre que se haga cargo de los trabajos de la tierra para que ella pueda ocuparse de la casa, el huerto y los animales. No te preocupes, tú padre no tiene tierras, pero sí un buen negocio que atender.

—Yo quiero ser periodista y voy a trabajar en lo que yo quiera y si mi marido me quiere, respetará mi opinión y me apoyará —anunció Ana.

—Espero que tengas suerte con el médico y sea comprensivo —dijo Irene.

—¿Que le has contado? —preguntó Ana, abriendo los ojos y mirando fijamente a Blau.

—No hizo falta hablar, lo vio ella misma, ¿no te acuerdas de que ella también estaba?

Ana entristeció y agachó la cabeza. El recuerdo de su primer novio le vino a la memoria por un instante.

—Creía que el amor para mí había terminado y el destino no ha querido que sea así —guardó silencio—. Cuento los días para volver a verlo.

—Yo pensaba que me iba a casar, cuando terminase la guerra, con el novio que tenía desde niña y ahora me preocupa como le voy a explicar a Francisco que ya no le quiero y que lo único que siento por él es amistad. Cuando conocí a Lluri me di cuenta de la diferencia entre cariño y pasión —trasmitió con fuerza Irene.

—¿Cuál es esa diferencia? —preguntó Blau.

—El cariño, para mí, es sentir afecto hacia una persona y estar cómoda junto a ella. Se que lo que me pasa con Lluri es pasión porque estoy fuera de control, me muero por verle y si me estuviese permitido rozarle creo que… me daría algo —confesó Irene exaltada, abrazándose a sí misma, simulando que lo tenía entre sus brazos.

—¿Entonces sois novios? —preguntó Ana.

—No. Solo somos amigos y nos escribimos. No me ha insinuado nada y en sus cartas nunca pone nada sobre sus sentimientos. Soy yo la que está enamorada de él.

—No te preocupes, lo hará, estoy segura —afirmó Blau.

—Es un chico correcto y educado. Nuestra relación es únicamente de amistad.

La intuición por la que en muchas ocasiones ella se dejaba guiar y que nunca le había fallado, le hacía dudar, cada vez que leía las cartas

de Lluri, de si entre esas líneas habría un mensaje oculto que diese señales de un interés personal más allá de una simple amistad. El que él todavía no le hubiese hablado de sus sentimientos, le hacía pensar, esperanzada, que era por su falta de autoestima causada por su defecto físico. Irene quería hacerle llegar un mensaje en el que él se enterase de la poca importancia que para ella tenía el envoltorio, pero no encontraba el modo. Estaba enamorada de su mente y de la pasión que ponía en todos los proyectos en los que se embarcaba. Le gustaba de él hasta ese ligero gesto que hacía al caminar y delataba la tara de su pierna.

25
La Peritonitis

El 1 de abril de 1939 se puso fin a casi tres años de Guerra Civil Española con la victoria del bando nacional estando el general Francisco Franco a la cabeza.

Para los habitantes de La Valdriet la vida continuaría como antes del comienzo del conflicto. Trabajando de sol a sol para poder alimentar a sus familias con lo que producían sus huertos, campos y animales, de la única manera que sabían. Siguiendo las enseñanzas que se habían ido transmitiendo de padres a hijos; las del esfuerzo continuo como base para poder sobrevivir.

En la masía todo había vuelto a la tranquilidad. El padre de Ana había ido a recogerla a finales de enero.

A Blau le costaba adaptarse a los cambios de humor de su madre que no entendía. Pasadas las Navidades, Sofía, había vuelto a adelgazar y su aspecto era otra vez el de un alma en pena, ojerosa y con expresión melancólica. Blau andaba ensimismada en esos pensamientos delante del fuego, con el atizador en la mano, esparciendo las brasas para poder colocar el trípode encima y calentar los restos del guiso de jabalí que habían conservado cubiertos de aceite en una tinaja. Al sentir la voz de su madre, se vio obligada a regresar a la realidad.

—Hija, mira que tengo para ti. —Blau se giró y vio a su madre que sostenía entre sus manos un traje chaqueta color berenjena—. Era mío, creo que te irá bien ¿te lo quieres probar? Este domingo iremos a Artesa con Irene y, si te gusta, te lo podrás poner.

La joven se limpió las manos en el delantal de cuadros que llevaba puesto, se acercó a su madre y palpó la tela de lana fría. Siempre le había gustado ese conjunto en particular.

—Si no recuerdo mal, lo llevabas con un sombrero a juego.

—¡Es verdad! Creo que también lo he traído. Lo buscaré ¿Te gusta? —preguntó Sofía acercándole el traje a su hija.

—¡Claro que me gusta! —Cogió el traje y se alejó del cuarto del hogar para dejarlo apoyado sobre una de las sillas del comedor mientras se quitaba la ropa para probárselo.

La falda y la americana le quedaban como un guante. De la falda, recta a media pierna, se abría un pliegue a la altura de la rodilla por

delante y otro por detrás al andar. Este último dejaba ver una hilera de botones nacarados y de color rosa, igual que los de la chaqueta.

—Te has hecho mayor hija —no paraba de decir Sofía mientras la miraba y le estiraba la chaqueta para asegurarse de que el entalle era perfecto.

—Tú a mi edad ya me tenías.

—Yo corrí demasiado. Y tú te estás haciendo mayor muy rápido. Creo que también he traído, sí la memoria no me falla, una blusa blanca que te irá muy bien con este traje. Voy a ver si encuentro el sombrero y la blusa. El traje te queda perfecto, no hay que hacerle ningún arreglo. —Sofía se encaminó a la que era su habitación. Desde que Ana se había marchado las dos siguieron cada una en habitaciones distintas. No volvieron a dormir juntas. Ni siquiera lo hablaron. Blau se quedó esperando a que su madre volviera a dormir con ella, pero al ver que no lo hacía respetó su decisión. El motivo de Sofía para no compartir habitación no era otro que evitar sufrimientos mayores. Así podía llorar todo lo que quería sin que su hija se enterase. No había vuelto a recibir noticias de Marc y no tenía a quien preguntarle porque nadie excepto ella sabía que había estado las pasadas Navidades en la masía. Blau echaba de menos en ocasiones las constantes quejas y preguntas de Ana y en otras el calor de su madre.

—Mamá —la llamó su hija, abriendo la puerta de la habitación de Sofía. Estaba mirando dentro de una de las maletas que guardaba debajo de la cama y que contenían varios de sus mejores trajes. Esas maletas estaban listas para partir en el momento en que recibiera las instrucciones de Marc.

—Dime.

—¿Te parece bien que vaya esta tarde a visitar a Irene? Hace varios días que no sé nada de ella y aprovecharé para decirle que el domingo nos espere para acompañarla al mercado de Artesa.

Era una primavera insólita, los campos sin trabajar estaban cubiertos de malas hierbas. Las espigas del trigo que nacieron en las parcelas pequeñas, después de haber sido aradas y sembradas, crecían débiles y pequeñas. Se auguraba un año de malas cosechas. Incluso los rosales que adornaban la entrada de la masía dieron rosas de pétalos pequeños.

A Blau se le hacía extraño no escuchar los ruidos provenientes de las trincheras construidas en el Montsec por el ejército republicano. Las últimas semanas de conflicto en aquella zona fueron duras. En ocasiones, al cerrar los ojos, seguía retumbando en su mente el zumbido del ir y venir de los proyectiles que se disparaban unos a otros y que no cesaron, ni de día ni de noche, hasta que los republicanos retrocedieron y fueron vencidos. Lo que se oía ese día de camino a casa de su amiga era el murmullo del agua del río al

discurrir veloz, montaña abajo, y el trinar de los pájaros que, con la calma, volvían a llenar de notas el lugar.

Unos metros antes de llegar a casa de Irene oyó voces. Se asustó y se escondió detrás de una encina. Distinguió la voz de Irene, exaltada y enfadada. No lograba escuchar más allá de unas palabras inconexas. Se quedó inmóvil sin decidirse a continuar o dar media vuelta hacia la masía y dejar la visita para otro día. La voz de Irene sonaba más alta y alterada, la escuchó claramente gritar:

—¡Vete!, ¡vete de mi casa! No vuelvas nunca más a pedirme una salvajada como esa. No quiero participar ni saber nada de semejante barbaridad. Todos os habéis vuelto locos. Le dices de mi parte a quien te haya enviado que en mi casa únicamente recibimos a buenas personas, no queremos saber nada de las que vienen con malas intenciones.

La mujer pasó como un rayo, cabizbaja, cerca de Blau. La reconoció de inmediato. La había visto en alguna ocasión en el mercado de Artesa de Segre. Por el saludo afectuoso que se procesaban cuando se encontraban por alguna calle del pueblo habría jurado que Irene y ella eran amigas o, por lo menos, que se llevaban bien. Siempre la acompañaban varios niños que revoloteaban alrededor de sus faldas. Le extrañó verla sin la presencia de alguno de ellos. Era joven, de piel morena, de cabello negro, que se recogía en un moño, y andaba con garbo. La escuchó sollozar al pasar cerca. En todo el tiempo que hacía que conocía a Irene no recordaba haberla visto tan enfadada. Pensaba en que ella también lloraría si le hubiesen hablado con tanta dureza como Irene le había hablado a esa mujer. Esa escena le confirmó lo que intuía desde siempre sobre Irene; que estaba dotada de un fuerte carácter. Era la primera vez que la veía actuar de una forma tan dura contra otra persona. Mientras dudaba de si quedarse o marcharse, una voz a su espalda la hizo temblar del susto, al cogerla desprevenida.

—¿Qué haces aquí escondida? —le preguntó Irene.

—Estaba pensando si debería marcharme a mi casa después de lo que he escuchado.

—Si estás aquí, es porque necesitas algo, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Irene, desafiante.

—Solo he venido a decirte que el domingo mi madre y yo bajaremos a Artesa contigo. Creo que he elegido un mal momento para visitarte. Será mejor que me marche.

—No te vayas, anda, quédate un rato conmigo.

—¡De verdad! ¿No te molesto?

—Tú nunca me molestas. Es que el hambre y la miseria hacen que las buenas personas pierdan la cabeza.

—Nunca te había visto tan enfadada.

—Entiendo que la mujer tiene seis hijos y otra boca para alimentar

se les hace muy duro. La madre de su marido le ha calentado la cabeza con que tiene que deshacerse del bebé que está esperando. Ha venido desesperada a pedirme algún remedio abortivo, pero yo esos remedios no los tengo y, si los tuviese, tampoco se los daría.

Irene conocía varios remedios abortivos, pero prefería que la conociesen por salvar vidas o ayudar a las mujeres a engendrarlas en lugar de que acudiesen a ella para quitarlas.

—¿Y el marido no dice nada?

—Los hombres se hacen los desentendidos, dicen que son cosas de mujeres y en este caso la suegra es la ama y señora de la masía. Al casarte con el hijo mayor de una masía también te casas con los padres y te vas a vivir con ellos. Si tienes suerte, te puede tocar una buena suegra que te facilita la vida, pero si te toca una mujer de carácter fuerte y acostumbrada a mandar, pasas a ser su criada. Por desgracia este es el caso de Luisa —explicó Irene.

Al cabo de quince días de esta conversación se enterraba en el cementerio de Artesa de Segre a Luisa Roca Brescó, víctima de la bajeza humana y de una hambrienta posguerra. La madre de su marido, no contenta con la respuesta de Irene, buscó a un curandero en la población de Manresa que se dedicaba a esas malas praxis. Luisa nunca volvió a su casa, murió en el camino de regreso, desangrada, dejando a seis hijos pequeños y a un viudo que pronto la reemplazó. Irene le retiró la palabra a la suegra de la difunta. En La Valdriet no se supo la verdadera causa del fallecimiento, los vecinos de las masías creyeron que había sido por una peritonitis.

26
El Sargento

Sobre la silla de la habitación de Blau, planchado y cepillado con esmero, aguardaba el traje color berenjena, con sombrero a juego incluido, que la joven se pondría ese domingo para bajar a Artesa de Segre. Estaba deseando presentarse bien arreglada ante su amiga Ana, a la que no había vuelto a ver desde que se marchó de la masía. Como siempre que salía, para no estropear el calzado en la caminata se pondría unas botas viejas y desgastadas para cambiarlas a la entrada del pueblo por los zapatos tipo inglés, dejando las botas escondidas detrás de unos zarzales para recogerlas a la vuelta.

Cuando llegó el día señalado, Irene silbó al verla aparecer, y ella dio una vuelta sobre sí misma para lucirse.

—Pareces una chica rica de ciudad.

—¡Y tú qué sabrás si nunca has estado en una! —ironizó Blau, riéndose.

—Lo sé por las chicas que venían de vacaciones a Artesa a pasar los veranos y las Navidades.

—Este traje era de mi madre, pero me lo ha regalado —dijo girando la cabeza hacia Sofía e intercambiando con ella miradas de complicidad.

—Son vestidos y trajes de la época en la que trabajaba cosiendo, pero me dejé la mayoría en Barcelona. Buscaré uno para ti y te lo regalaré —le prometió Sofía a Irene.

Al nombrarla recordó lo feliz que había sido en esa etapa, junto a las vecinas que venían a tomar café por la tarde, compartiendo charlas íntimas que siempre terminaban en risas y, sobre todo, las visitas de Marc, al que ella esperaba, impaciente, los miércoles por la noche. Le gustaba el trabajo que hacía y sintió que le habían robado parte de su vida.

—Gracias, Sofía. Si lo cosiste tú, será muy bonito —agradeció Irene.

La joven comenzó de inmediato a soñar con ponerse el traje prometido por Sofía cuando Lluri volviera y se reencontraran. Le diría que estrenaba el traje para la ocasión porque estaba muy contenta de que hubiese vuelto; a ver si, con esa táctica, se daba por aludido y se decidía a pedirle relaciones.

Finalmente, se pusieron en marcha. Cada una iba sumida en sus

propias cavilaciones y se les hizo corto el camino. Al entrar en el pueblo, Blau caminaba tiesa como un palo por las empedradas aceras de Artesa de Segre. Las personas con las que se cruzaba la miraban con curiosidad. Le caía la cascada de pelo castaño oscuro, brillante y rizado por la espalda, cubierto en su extremo superior por el sombrero de fieltro color berenjena decorado con tres botones rosas nacarados en el lateral. Su cuerpo joven y de formas bien proporcionadas lucía perfecto enfundado en el traje.

—Te miran todos —le susurró Irene al oído.

—Ya me he dado cuenta, me estoy muriendo de vergüenza.

—Déjalos que miren. Estás guapísima —afirmó Irene, orgullosa de su amiga.

Llegaron al centro del pueblo, el lugar en el que Blau y Sofía solían separarse de Irene, pero ese día Irene continuó en la misma dirección que ellas.

—¿No te quedas por el centro? —preguntó Sofía.

—No. Voy al almacén de Quim. Tengo que hacer unas cosas allí.

Al llegar al almacén no pudieron entrar porque había un grupo de hombres uniformados impidiendo el paso. Las mujeres se detuvieron con prudencia a esperar que las dejasen pasar.

—¡Blau!, ¡Irene!, ¡Blau! —las llamaba uno de los soldados.

—¡Es Oriol! —exclamó Blau, sorprendida. Desde que se había alistado voluntario al ejército nacional no se habían vuelto a ver.

Los tres soldados que acompañaban a Oriol se volvieron a mirarlas y, al igual que su compañero, las saludaron sonrientes. El físico de Oriol había cambiado, tenía las espaldas más anchas y estaba mucho más musculado, aunque las orejas se le volvieron a encender ante la presencia de Blau. Él se adelantó para acercarse a ellas y en ese preciso momento salió del almacén un hombre que, con una sola mirada, causó tal efecto en los soldados que hizo que estos se cuadraran y borraran de golpe la sonrisa provocada por la visión de las jóvenes. Ante ellas quedó bien claro que ese hombre era quien estaba al mando de la patrulla. El superior siguió la dirección hacia la que se habían desviado las miradas de sus hombres y vio a Blau que aún mantenía su sonrisa. Sus ojos recorrieron el cuerpo de la joven de la cabeza a los pies, deteniéndose en sus labios y en sus ojos. Oriol se estremeció al observar la sonrisa que le dedicó su superior a la joven que le había robado el corazón, desde el primer día que la vio. Sabía que, en ese mismo momento, Blau se había convertido en presa y conocía bien al cazador.

La joven se sintió intimidada ante el escrutinio de aquellos ojos rasgados y negros igual que la noche cerrada y, aunque desvió la mirada del alcance de la suya, no pudo evitar fijarse en el cabello negro del hombre, la nariz recta y los labios gruesos. Resultaba

atractivo hasta sin afeitar, con su incipiente barba. Les hizo una señal con la mano a los hombres para que se apartasen y dejasen pasar a las mujeres al interior del almacén, volviéndose de espaldas a ellas para girarse justo cuando entraban y sonreír abiertamente a Blau.

Sofía empujó a su hija para que entrase rápido y lanzó una mirada dura y desafiante al sargento, como advertencia ante su descaro. Una vez dentro del local se enfadó aún más al ver la sonrisa de boba que se le había quedado a su hija. Ese hombre la había deslumbrado y a ella no le gustaba nada. Le dio la impresión de que debía ser unos diez años mayor que Blau. Se acordó de su madre cuando solía decir que las penas nunca vienen solas. No necesitaban compañía y menos de ese tipo.

En el almacén de Quim no paraba el movimiento de personas que se afanaban de un lado a otro. Lo que no había cambiado eran las sillas de enea deshilachadas, enfrente de la raída mesa y los sacos, barricas y tinajas igual de decrépitas que siempre. La gente que entraba pasaba de largo del almacén principal, y se colaba por una pequeña puerta lateral que conectaba con la parte trasera, que era donde Quim estaba haciendo su fortuna. Había estanterías de madera repletas de café, azúcar, tabaco, chocolates, telas, salazones y todo lo que los habitantes de la zona pudiesen necesitar.

Al verlas llegar, Quim se acercó con una amplia sonrisa.

—¡Qué bien que hayáis venido! Justo esta mañana pensaba en vosotras, hace días que quería hablar contigo —le comunicó a Sofía—. Si quieres puedes subir a casa a ver a Ana, siempre está preguntando por ti —añadió Quim, dirigiéndose a Blau.

Sofía notó algo extraño en el hombre. Se fijó en el sudor de su frente, parecía incómodo y, al dirigirse a ella, esquivaba ligeramente la mirada hacia la izquierda a la vez que se restregaba las manos una contra otra.

—He traído los jabones —interrumpió Irene, al ver que no le hacían caso.

—Disculpa —dijo Quim a Sofía—. Le doy lo suyo a Irene y ahora vuelvo.

Los escasos minutos que Quim e Irene estuvieron en la trastienda se le hicieron eternos a Sofía. Le dio por pensar que el extraño comportamiento del hombre se debía a que tenía noticias de Marc y su nerviosismo no presagiaba nada bueno.

Entretanto, Blau subió al piso superior a visitar a Ana y se la encontró en la habitación de la costura, junto a su madre bordando unas sábanas sin poner mucho esmero.

Ana se levantó muy contenta al ver entrar a Blau y dejó la costura a un lado inmediatamente. Ya no vestía los pantalones que tanto le gustaban, llevaba puesta una falda de vuelo azul marino, camisa

blanca y rebeca azul cielo. Le dio alegría ver a su amiga y sonriente la abrazó con ímpetu.

—¡Qué guapa estás! Déjame que te vea bien —le decía, apartándose para mirarla.

Blau se acercó a la madre de Ana que también se había levantado esperando a ser saludada y le dio la mano. La postura rígida que mantenía la mujer no daba la suficiente confianza como para tratarla con familiaridad.

—¿Queréis que os prepare un café? —preguntó la madre en un intento de aparentar amabilidad.

—Gracias mamá, pero no hace falta, voy a enseñarle mis nuevas fotografías.

La joven cogió a su amiga del brazo y la condujo a su habitación, dejando a su madre con las ganas de alcahuetear en la conversación de ellas.

—Estoy muy feliz de que hayas venido y me hayas rescatado del aburrimiento de bordar, cada día me gustan menos las labores de costura.

Blau todavía conservaba las mejillas rojas y el pulso acelerado del encuentro con el sargento.

—He visto a Oriol que salía de vuestro almacén —contó.

Al hacerlo esperaba que le diera algún tipo de información sobre los militares y, en concreto, sobre el hombre que tanto la había impresionado en la calle.

—Está muy cambiado ¿verdad? El traje militar le favorece mucho y parece que ha madurado —dijo Ana, interpretando que Blau tenía interés en el joven.

—Mis sentimientos hacia él no han cambiado, por muy uniformado que vaya —aclaró Blau— ¿Lo han destinado por aquí? —preguntó.

—He oído que ha logrado que lo incluyan en una patrulla de operaciones especiales, pero no sé nada más.

De sopetón se oyó gritar a Sofía con fuerza y rabia.

—¡Blau! ¡Blau! ¡Baja inmediatamente! ¡Tenemos que irnos!

27
El Disgusto

Blau seguía a su madre, que caminaba nerviosa y acelerada, con las mandíbulas contraídas y el ceño fruncido. Sus profundas ojeras ensombrecían su rostro. Al llegar al recodo del camino en el que Blau había escondido las botas se detuvieron. La joven se sentó sobre una piedra para cambiarse los zapatos; mientras lo hacía no dejaba de mirar de reojo a su madre. La mujer no paraba de andar para arriba y para abajo y murmurar con los puños apretados como si rezase el rosario, aunque lo que en verdad hacía era maldecir. Era la primera vez que escuchaba de la boca de su madre semejantes palabras.

—¡Es un cabrón!, ¡pedazo de desgraciado!, ¡malnacido!, ¡un aprovechado es lo que es!, ¡tirano!, ¡maldito usurero! —exclamaba con rabia y golpeándose con el puño la palma de la mano izquierda. En ese momento llegó Irene y se quedó boquiabierta viendo a Sofía tan enajenada.

—¿Qué le pasa? —preguntó, preocupada.

—No lo sé. Yo estaba con Ana cuando me llamó a gritos. Hemos marchado del almacén de Quim a toda prisa, sin despedirnos.

—¡Vámonos! —dijo de pronto Sofía, mientras arrancaba de nuevo a andar a toda prisa camino a La Valdriet.

Irene se preguntaba de dónde sacaba las fuerzas Sofía; estaba en los huesos y casi no comía. Con el fin de no exacerbar su enfado, las chicas caminaron en silencio sin hacer preguntas. Al llegar a casa de Irene se encontraron con Andreu, que fumaba sentado en el poyete al lado de la puerta, con aspecto pensativo.

—¡Andreu! —clamó Sofía manteniendo la respiración ajetreada.

Andreu se levantó asustado al percibir el estado nervioso de Sofía, esta se le abrazó y estalló en un llanto que llevaba horas reprimido y le ahogaba el pecho de tal manera que no la dejaba hablar.

Andreu la acunó estrechándola contra su pecho, abrazándola con delicadeza y aspirando de cerca el olor de la piel de la mujer que le robaba horas de sueño, experimentando por primera vez el calor de su cuerpo pegado al suyo. Sufría al verla desesperada, ahogándose de esa forma. Poco a poco, Sofía encontró consuelo entre los brazos fuertes de Andreu y se sintió protegida. Ese hombre rudo de campo, de pocas palabras, pero de hechos firmes, era una de las pocas personas a la que ella confiaría su propia vida. Él la tomó en sus brazos como si

fuese una novia recién desposada y cruzó el umbral de la puerta para dejarla con mucho cuidado encima de la cama de Irene. Después se sentó en una silla a los pies de la cama, esperando en silencio a que ella se encontrase mejor.

Entretanto, Irene había puesto agua a calentar para preparar una infusión. Mientras hervía el agua, abrió uno de los botes de boj que contenía una mezcla de aceites para momentos en los que a la ansiedad se unía el agotamiento emocional. Entró en su habitación y le puso gotas de la esencia a Sofía en las sienes, las muñecas, el esternón, los tobillos y debajo de la nariz. Después le dio a beber unos sorbos del brebaje que había preparado. Sofía se colocó en posición fetal y, tras gemir profundamente varias veces, se quedó dormida.

—Tengo comida preparada; nos la repartiremos entre los cuatro —propuso Irene.

—No creo que mi madre consiga comer, agotada como está.

—Entonces comeremos tú y yo, porque pienso que mi padre no se moverá de su lado hasta que se despierte.

—La verdad es que no tengo hambre. Nunca había visto a mi madre en esta situación. Estoy muy preocupada —afirmó—. ¿Crees que es grave lo que le pasa?

—No. Lo que le pasa es que se ha disgustado por algo y esto sumado a todos los problemas que hace meses que lleva acarreando la ha derrumbado, pero se pondrá bien, no te preocupes.

Irene había insistido en que, por lo menos, ellas tenían que comer un poco. Estaban sentadas a la mesa delante de un aromatizante plato de escudella con más col, nabos, patata, judías secas y zanahoria que carne. El olor de las verduras, los trozos de butifarra y tocino, se extendía por toda la casa.

—Sé que mi madre guarda secretos. En algún momento me tendrá que contar todo lo que se calla —comentó Blau, acercándose una cucharada de escudella, con desgana, a la boca.

—Ella te ve como a una niña a la que hay que proteger, no se da cuenta de que has crecido y puedes entender las situaciones.

—Tú sabes algo ¿verdad?

—Los secretos a los que te refieres son de vuestra familia, los tenéis que resolver entre vosotras. Bastante tengo con buscar la manera de resolver mis propios problemas —sentenció Irene, y siguió comiendo con el entrecejo fruncido.

—Los problemas qué tienes son hablar con tu novio para romper la relación ¿verdad?

—Me siento fatal. La relación está muerta por mi parte, pero no es el momento de dar malas noticias. Los chicos siguen escondidos. Bastantes desgracias hay para que encima le diga que quiero romper nuestro compromiso. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. La

semana pasada recibí carta de Lluri en la que me avisaba de que alargará el regreso unos meses, ha encontrado un trabajo en unos laboratorios farmacéuticos y quiere aprovechar la oportunidad.

—Lo importante es que sigáis conociéndoos, aunque sea por carta.

—Eso pienso, pero me gustaría poder salir a pasear con él de la mano y decirle lo que siento.

—Lo que sientes se lo puedes decir por carta.

—Me da miedo que al hablarle de mis sentimientos me rechace y deje de escribirme.

—No hace falta que se lo digas claramente. Escríbele frases que le hagan pensar que te gusta y le vas dando pistas.

—No creo que sepa hacerlo, ¿podrías ayudarme?

—Tampoco sé qué palabras usar en este caso. Podrías dejar caer un par de gotas de esencia de pétalos de rosa en el papel de la carta y despedirte de forma cariñosa.

—Buena idea. Me gusta eso de las gotas de esencia de rosas y la despedida cariñosa, pero me parece muy atrevido. No sé si seré capaz de expresarme bien.

—La idea no es mía. Escuché como se lo contaba una de las vecinas de Barcelona a mi madre. Se carteaba con un chico del pueblo, perfumaba la carta y le mandaba abrazos y besos para despedirse. A los pocos meses recibió su visita.

A media tarde salieron de la habitación Andreu y Sofía. Se sentaron alrededor de la mesa los cuatro y Sofía, ya más calmada, comenzó a contar:

—Fuimos a ver a Quim, como solemos hacer los domingos al ir al mercado de Artesa. Cuando nos recibió lo noté muy raro, nervioso, y pensé que tendría noticias de Marc para mí. Cuando nos quedamos solos me explicó que las autoridades militares han hecho una lista de rojos. Entonces va y me suelta, como el que no quiere la cosa, que va a reclamar la propiedad de *Casa Noguera*, porque Marc figura entre los nombres de los huidos y reclamados por el régimen, y que si lo capturan le harán un consejo de guerra. Tuvo la cara dura de decirme que reclamaba las propiedades porque era necesario trabajar toda la tierra por falta de alimento en las ciudades, pero que nos hará el favor de dejarnos vivir en la masía a Blau y a mí para que no nos quedemos en la calle. ¡El favor! Cómo si no tuviese bastante con forrarse con el estraperlo, aún se quiere apropiar de las tierras de los demás. No me imaginaba que fuese tan miserable y ambicioso. Pensaba que era amigo nuestro.

—El dinero no tiene amigos y hay personajes que cambian de chaqueta muy rápido. Es un bastardo, una rata aprovechada. Lo mataré —afirmó Andreu muy serio y airado.

—Esta no es tu guerra, Andreu. Y no hay que ensuciarse las manos

con una alimaña de esa clase porque hay muchos de su condición y si no es él, como me ha dejado muy claro, otros la reclamarán —dijo Sofía, colocando, conciliadora, la mano encima de la de Andreu.

—¡Qué decepción más grande! —musitó Irene.

—Pensaba que eran nuestros amigos —añadió Blau, apenada.

—Él se excusa en que si no lo hace él lo harán otros y entonces nos veremos en la calle.

—Está claro que las tierras de *Casa Noguera* valen ahora más que nunca porque el gobierno ha comunicado que se pueden ampliar los bancales cogiendo tierras del bosque común. Quieren promover la siembra de patatas para abastecer a las ciudades que es donde la gente pasa más hambre, y ya sabéis que los bancales de la masía están rodeados de bosque que se puede desbrozar y convertir en grandes extensiones de tierra —explicó Andreu.

—Y Ana, ¿sabrá las intenciones de su padre? Podríamos hablar con ella para que lo convenza —dijo Blau.

—Ana es muy joven y no sabe ni entiende de los trapicheos de su padre, no te preocupes, hija, ya encontraremos la solución. Espero que Marc regrese pronto y lo aclare todo con Quim.

—Mejor que Marc no vuelva porque si lo hace se tendrá que enfrentar a un consejo de guerra y saldría perjudicado —dijo Andreu.

Sofía no perdía la esperanza de recibir, en cualquier momento, indicaciones de Marc; coger la maleta y reunirse con él en Francia. Llevaba meses esperando unas noticias que no llegaban y esa era gran parte de su desesperación.

28
La Cordura

Sofía se afanaba en limpiar el huerto de malas hierbas. Las lechugas, pimientos, calabacines y espinacas comenzaban a tener un tamaño considerable para poder recolectarlos. Estaba tan absorta en su labor que no vio llegar a Irene por detrás.

—¿Está Blau en casa? —preguntó, sacándola de su tarea y ocasionándole un respingo por la sorpresa.

—Me has asustado.

—Disculpa, no era mi intención.

—Está por allí abajo, liada con los albaricoques y las ciruelas, quiere que hagamos mermelada. Si quieres hacerla tú también dile a Blau que te dé una cesta y te llevas la fruta para tu casa, está el árbol muy cargado, nosotras no vamos a poder consumirla toda.

Irene tomó el estrecho e inclinado camino por el que a duras penas le cabían los pies juntos.

—¡Hola! ¡Hola! —llamó, mientras se acercaba con cuidado para no dar con sus huesos en el suelo.

—¿Por qué bajas por ahí? —preguntó Blau—. Por detrás hay mejor camino.

—Es por no dar la vuelta.

—Se me olvidaba que eres medio cabra…

—No te burles de mí. He venido a traerte un recado de Ana.

—¿Has ido a verla?

—Claro. Ayer fue domingo y estuve en el almacén de su padre.

—¡Eres una traidora! No tendrías que poner los pies en el almacén de ese, sabiendo lo mal que se ha portado con nosotras.

—Lo siento. Ya me gustaría prescindir de él, pero es el único sitio donde puedo conseguir un poco de azúcar y café. A mi padre le gusta el café y ponerse unas gotas de coñac, pero él no sabe que he ido, no se lo digas, por favor, ni a tu madre tampoco.

—Irene, por más que te excuses, no me vas a convencer. Eso es traición y me molesta. Punto. Y ahora suelta lo que has venido a decirme de parte de Ana.

—Me ha dicho que el domingo que viene te espera en el recodo del camino de bajada a Artesa a las nueve de la mañana, delante de la encina grande. Dice que quiere hablar contigo urgentemente.

—No tengo ganas de verla, estoy molesta con ella. Todos sois

iguales.

—Blau, Ana y tú sois muy buenas amigas y el hecho de que vuestros padres tengan problemas no os tendría que afectar. Quim no es mi amigo ni mucho menos, eso que te quede claro; solo intercambio jabones por productos. Pienso que, al menos, deberías escuchar lo que Ana tiene que decirte; después de todo, ella no es culpable de los actos de su padre.

—No me nombres más a ese impresentable que se me revuelve el estómago. De aquí al domingo lo pensaré. Si decido ir, estaré en la puerta de tu casa a las ocho en punto —dijo Blau, zanjando el tema, y siguió recogiendo fruta mientras su amiga se despedía.

El siguiente domingo por la mañana al salir Irene de casa se encontró a Blau sentada en el poyete de la era con un fardo al lado.

—Toma, me lo ha dado mi madre para ti —exclamó, acercándole el fardo—, me ha dicho que me devuelvas el pañuelo.

Irene lo abrió y dijo ilusionada.

—Espérame que me lo pruebo ahora mismo.

—De eso nada. Cuando volvamos te lo pones tantas veces como quieras, pero ahora no tenemos tiempo.

—Te estás volviendo muy antipática ¿sabes?

—Estoy haciendo un gran esfuerzo por guardar tu secreto, sabiendo que nos estás traicionando al seguir haciendo tratos con ese.

—El tiempo se encargará de poner a cada uno en su lugar y tú no te librarás por prejuzgar tanto —añadió Irene, ofendida.

—Vámonos, y no me hables. Si prejuzgara tanto no estaría aquí dándole a Ana una oportunidad de explicarse —replicó Blau.

Ana había llegado puntual al pie de la encina y estaba apoyada en el tronco. Al verlas llegar las saludó con la mano con gesto tímido y una sonrisa de oreja a oreja. Cuando se acercaron rodeó a Blau con sus brazos, aunque esta se mantuvo rígida.

—Siento mucho que mi padre os esté haciendo tanto daño. Nosotras somos amigas y quiero que lo sigamos siendo, y para darte una muestra de ello voy a contarte algo sobre los planes de mi padre. Después de esto, espero que confíes en mí igual que yo he confiado en ti muchas veces.

—Mi madre lo está pasando muy mal. Ella también confiaba en tu padre.

—Lo sé, y lo siento mucho, porque vosotras me cuidasteis y me ayudasteis cuando os necesitaba. Pero ahora os voy a devolver el favor —dijo tomando aire profundamente—. Escuché a mi padre hablar con un funcionario del registro de la propiedad de Balaguer y por lo visto hay anomalías en la escritura de la finca de *Casa Noguera*. Creo que la clave para que no os quiten la propiedad está en las escrituras. Es lo que pude escuchar porque me vieron y cambiaron de conversación.

Blau abrazó a Ana con fuerza. Le había dado un soplo de esperanza.

—¡Gracias! ¡gracias, amiga mía! —exclamó Blau, cambiando al instante su actitud.

Si hubiese sido por ella se hubiese marchado en ese momento a la masía a contárselo a su madre y a revisar juntas las escrituras, pero no podía irse y dejar a Irene; habían venido juntas y volverían juntas. Las tres siguieron en dirección a casa de Ana, donde Irene iba a intercambiar mercancías.

—Yo te esperaré aquí —dijo Blau, cuando faltaban dos cruces de calle para llegar a casa de Ana —No pienso aparecer por el almacén, solo con pensar en ver a ese me entran nauseas.

—¡Blau, por favor, que es su padre! Ten un poco de respeto —la regañó Irene.

—Da igual, Irene. Sé que está enfadada con él y lo entiendo —la disculpó Ana.

Blau se quedó en la esquina esperando con el entrecejo fruncido y la típica cara de vinagre que da el mal genio. Con esa pose, pensó Irene, ningún posible moscón se atrevería a acercársele y entablar conversación con ella.

Al poco rato de quedarse sola, Blau oyó el sonido de unos caballos al trote que subían por la calle. Se detuvo delante de ella un corcel blanco. La mirada del jinete chocó deliberadamente con la suya, haciendo que se quedase inmóvil e impactada. Reconoció los ojos negros y profundos que la recorrían lentamente sin sentir ningún pudor. A los pocos minutos, se presentaron un grupo de jinetes que montaban caballos similares de color marrón y entre ellos estaba Oriol, que la saludó sin sonreír y con el cejo fruncido. El hombre que la intimidaba, antes de iniciar de nuevo su recorrido, le sonrió amablemente dejando asomar su casi perfecta dentadura que destacaba en su piel color tierra. A ella le palpitó el corazón con tanta fuerza que creyó que le subiría por la garganta y la abandonaría para perseguir al jinete. Sintió calor y las mejillas le empezaron a arder. Había perdido el control de su cuerpo hasta tal punto que siguió temblando incluso cuando el militar desapareció.

Mientras esperaba a Irene, que tardo más de lo esperado, le dio tiempo a calmarse.

—¿A qué crees que huele un hombre con la piel color arena tostada? —preguntó Blau a Irene de camino a casa.

—Como voy a saber yo a qué huele un hombre así si no he estado con ninguno. Estás muy rara. Cuando veas uno con la piel tostada te acercas y lo hueles —le dijo burlona.

—No podía olerlo, estaba montado en un caballo precioso y se detuvo para mirarme.

—¿Lo conozco? —preguntó interesada.

—No lo sé. Es uno de los que va con Oriol.

—He oído hablar de ellos. Hace semanas que andan por el Montsec. Están alojados en una masía cerca de Vilanova de Meià. Si me quieres hacer caso olvídalo. Un militar no te conviene y no le cuentes nada a tu madre, solo le falta otra preocupación más —añadió Irene, tajante.

—Solo me ha mirado. No me ha dicho nada.

—No hace falta hablar si se ha parado a mirarte, es porque le interesas y le has entrado por los ojos. Yo de ti andaría con cuidado.

Nada más entrar en casa Irene soltó todo lo que llevaba encima de la mesa para irse directa a desenvolver el fardo que le había mandado Sofía. Irene casi se desmaya al sacar una falda plisada verde botella y una americana a conjunto.

—Me lo voy a probar —dijo emocionada, con el traje en las manos.

—Te queda muy bonito. Estás preciosa. Con ese traje enamorarás a Lluri —la alabó su amiga, cuando la vio salir de la habitación con el traje puesto.

—Si me ve con él puesto, porque a este paso no sé si nos volveremos a ver.

—¿Te sigue escribiendo?

—Puntual. Todas las semanas.

—Cualquier día te da una sorpresa.

—Mejor que avise para darme tiempo a arreglarme.

—¿Le pusiste unas gotas de esencia de rosa en la carta?

—Claro, lo hago en todas las que le mando.

—¿Te despides con palabras cariñosas?

—No, todavía no he encontrado las palabras adecuadas, pero estoy en ello.

Blau estaba dándole vueltas y no encontraba la manera de pedirle un botecito de esencia de pétalos de rosa. Andaba doblando el pañuelo del fardo con el que había traído el traje cuando, sin pensarlo más, preguntó a Irene:

—¿Me regalarías un bote de esencia de rosa? Ya sabes que el mío lo gastó Ana.

—Por lo visto, el militar te ha deslumbrado —dijo esta, acercándole uno de los tres botes que le quedaban—. Utilízalo con mesura, esta primavera estamos teniendo pocas rosas y no tendré más esencia hasta la próxima recolecta de pétalos.

—¿Tú perdiste la cordura con Lluri?

—Sí y todavía no la he recuperado —añadió Irene, con sorna—. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque las amigas de mi madre de Barcelona decían que cuando te enamoras pierdes la cordura.

—No les faltaba razón a esas mujeres.

Con el botecito bien guardado en el bolsillo de la falda, Blau se despidió y salió a toda prisa hacia su casa.

—¡Mamá, mamá! —gritó por toda la casa, al llegar, sin recibir contestación alguna.

Alterada, salió camino del huerto y encontró allí a Sofía, preparando la tierra con la azada en la mano para los nuevos planteles de verduras.

—Tenemos que hablar, ven vamos para casa —dijo, haciéndole señales con las dos manos a la vez que gritaba —: ¡Venga, vamos!

De camino a la masía, Blau fue explicándole a su madre lo que Ana le había contado. Ese día, al entrar, cerraron la puerta con llave y balda. Era la hora de comer, y la comida estaba preparada, pero esa necesidad podía esperar. Las dos fueron directas a la habitación de Sofía.

29
La Llave

Abrieron las puertas del armario para acceder a la habitación contigua. Desde que Marc se había marchado, nadie había vuelto a entrar en esa estancia. Quisieron pasar las dos a la vez y, debido a ello, casi se quedan atascadas en la segunda puerta de acceso. Sofía recriminó a su hija con la mirada para que la dejase pasar y esta retrocedió, cediéndole el paso. Se abalanzaron sobre el cofre, pero estaba cerrado con llave. La madre se dirigió a la mesa y abrió el cajón para buscarla, pero allí no había ninguna llave.

—¿Qué pasa?, ¿no la encuentras?, ¡vamos a tener que romperlo! —exclamó apresurada su hija.

—Espera, déjame pensar… ¡No seas tan impulsiva que me estás poniendo nerviosa! ¿No te das cuenta de que el cofre es de hierro forjado y sin la llave no lo podremos abrir?

—No entiendo porque Marc escondió tanto la llave.

—Porque es un hombre previsor.

Marc le había explicado algo sobre la llave del cofre, pero no lograba recordarlo, habían pasado demasiados días desde aquella conversación. A Blau, la pausa le dio tiempo a observar algunos cambios en la habitación. No recordaba haber visto antes un colchón en el suelo cubierto por unas mantas dobladas. Eran indicaciones de que había estado habitada.

Sofía abrió la trampilla que daba al exterior para que entrara la luz y la palpó por si encontraba algún bulto sospechoso. No había nada. Asomó la cabeza para mirar al gallinero y entonces recordó. Desenrolló la escalera de cuerda y se descolgó por ella.

Las gallinas se alborotaron igual que hacían siempre que alguien invadía su espacio. Sofia se encaramó a unas balas de paja hasta alcanzar un cajón de madera sujeto a una traviesa y apoyado en la pared. El cajón relleno de paja lo habían colocado en ese lugar para que las gallinas pusieran los huevos allí, pero a ellas no les gustaba y habían hecho sus propios ponedores por los rincones del gallinero. Ella revolvió la paja hasta que sus dedos toparon con el tacto frío de la llave. Mientras trepaba por la escalera recordó aquella noche en la que estuvo esperando a que Marc subiera de dar su paseo nocturno y este le explicó que había escondido allí la llave porque no quería que la joven entrase a fisgonear, no fuese a abrir libremente el cofre y

encontrase documentación que todavía no estaba preparada para leer.

Sofía regresó moviendo la mano que sujetaba la llave entre los dedos.

—¿Dónde estaba?

—Dónde Marc me había dicho que la guardaría; de los nervios no lograba acordarme.

—¿Has tenido a alguien escondido aquí dentro? —le preguntó su hija, girando la cabeza y señalando, a través de la mirada, las mantas y el colchón. Su madre tendría que darle una explicación, porque no tenía forma de negar lo evidente.

—Marc estuvo aquí las pasadas Navidades y me hizo prometer que no se lo diría a nadie —confesó Sofía.

Blau le hubiese hecho muchas preguntas, pero comprendió que ese no era el momento más adecuado y se limitó a afirmar con la cabeza.

Sofía abrió el cofre. Lo primero que sacó fue el reloj de sobremesa. Blau recorrió con sus dedos las colas de las sirenas. Tras depositar el reloj sobre la mesa vio asomar unos sobres por el cofre que Sofía se dio prisa en girar, de forma que solo pudo ver que en el remitente ponía Marc Puigcalaf Dolç. Retiró una bolsa de terciopelo negro, abultada y cerrada con unos cordones del mismo color, que, al dejarla caer en el suelo, sonó a metal chocando en su interior. En ese momento, Sofía sacó un fajo de documentos y se puso a revisarlos y a descartar unos y otros, empapelando con ellos el suelo al dejarlos caer desordenados.

Al final del cofre ya solo quedaban atados, con un cordón de seda rojo, varios papeles que parecían archivados por orden de antigüedad, siendo los más viejos los de hojas más amarillentas y en peor estado. Sofía los fue leyendo de uno en uno. Allí estaba la historia y la constancia del primer dueño hasta el último de la masía. Entre sus manos tenía el legado del árbol genealógico de la rama materna de la familia de Marc. En las últimas hojas, y de un blanco reluciente, encontró la última escritura realizada por un notario de Barcelona. Dejaba muy claro quién era el nuevo propietario: María del Blau Pardo Vidal, propietaria, y Sofía Vidal Pardo, usufructuaria hasta el fin de sus días. Sofía apretó los papeles contra su pecho, levantó la cabeza y dijo:

—Estamos salvadas. Marc siempre ha sido previsor y ordenado con sus papeles.

—¿Qué hay dentro de esa bolsa? —preguntó Blau, señalando la bolsa de terciopelo negro.

—Deben de ser las monedas de plata que le regaló su padre a Marc.

Mas tarde, Sofía introdujo las escrituras en unas fundas que confeccionó con unos trozos de algodón de una sábana rota que tenía para remendar. Esa noche Blau volvió a dormir con su madre en la

habitación de abajo, con las escrituras guardadas debajo del colchón como si fuese a entrar alguien a robárselas. Sofía recordó la visita al notario y la firma de documentos. Marc no le explicó que era lo que firmaba y ella tampoco preguntó, pues pensó que serían asuntos del piso en el que vivían, propiedad de Marc, del cual no pagaban alquiler ni suministros. Él se encargaba de todo. Del Mercado de Santa Catalina le enviaba cada semana un mozo cargado con víveres para el sustento. Gracias a eso, ella también le podía enviar todos los meses dinero a sus padres.

A la mañana siguiente, Sofía madrugó y cuando se levantó su hija se encontró el desayuno dispuesto en la mesa: pan con tomate y una tortilla a la francesa.

—Cuando termines de desayunar te cambias esa ropa. Hoy tenemos que estar elegantes. Te pones el traje color berenjena, hay que ir guapas —recomendó Sofía, animada, caminando hacia su habitación con la intención de arreglarse.

Llegaron a Artesa de Segre a primera hora. Se dirigieron a la oficina que se había habilitado en los bajos del ayuntamiento por orden de El Ejército del Norte, Comandancia de Artesa de Segre, Servicio de Etapas, creado para controlar a la ciudadanía. Aguardaron, simulando tranquilidad, su turno. Les recibió un funcionario de semblante pétreo al que ellas sonrieron, tratando de mostrar amabilidad.

—Venimos a dar fe mediante estos documentos —Sofia mostró las escrituras— de que somos las propietarias de la finca aquí nombrada y conocida por todos como *Casa Noguera*. —El funcionario, las miró y cogió los papeles.

—Necesito sus partidas de nacimiento y toda la documentación personal de la que dispongan.

Sofía le entregó las partidas de nacimiento y los justificantes de cobro con su nombre de los almacenes para los que había cosido en Barcelona.

—Estos documentos no nos hacen falta —dijo el funcionario devolviéndole los justificantes de cobro—. Necesitamos rellenar unos datos sobre los habitantes de esta propiedad antes de ponerles al tanto de las medidas adoptadas por el gobierno para que sepan en qué les afecta.

El hombre las comenzó a interrogar.

—¿Qué orientación política profesan ustedes?

—Ninguna, no profesamos ninguna —contestó, titubeante, Sofía.

Blau observaba la situación.

—Hay una denuncia sobre el antiguo propietario de esta finca por colaboración y afiliación a Esquerra Republicana —afirmó, mirándolas con frialdad y aversión.

—Nosotras estamos contentas de que la guerra haya terminado y que ustedes sean los vencedores, pero no entendemos de política, no nos interesa ¿verdad, mamá? —preguntó, acercándose a su madre con una sonrisa, obligándola a asentir.

El funcionario suavizó un poco su actitud y prosiguió con el tema:

—Si están en posesión de armas en su casa tienen que entregarlas a las autoridades —advirtió, mirándolas fijamente para cerciorarse de que asentían—. Está prohibido recoger y tocar toda munición bélica, deben avisar a las autoridades de su presencia. También está prohibido practicar la caza. Para finalizar, tienen la obligación de comunicar a las autoridades toda sospecha de la existencia de vecinos considerados del bando contrario, o sea, rojos, hablando claro.

Ellas asintieron a todas las advertencias y, finalmente, salieron de la oficina temblando.

—Por un momento pensé que nos iban a detener —dijo Sofía—, menos mal que has reaccionado rápido porque me había quedado en blanco. Has estado muy acertada. A ese tipo de gente hay que decirle lo que quiere escuchar. El que se va a enterar va a ser Quim ahora mismo —afirmó Sofía, tomando a su hija por el brazo y apretándoselo con fuerza, mientras se dirigían hacia su almacén.

Entraron cogidas del brazo en casa de Quim y esperaron en una esquina hasta que las personas a las que estaba atendiendo se marcharon. Al quedarse a solas, el hombre se acercó y las saludó igual de amable que siempre, sonriendo y hasta fingiendo alegrarse de verlas.

—A estas alturas ya debes de saber que no te puedes apropiar de la masía porque no pertenece a ningún rojo y es propiedad de dos mujeres indefensas —dijo Sofía, con acritud—. Qué tenga usted un buen día.

—Me interpretaste mal, Sofía, únicamente pretendía protegeros — se disculpó el hombre, en un intento de arreglar lo irreparable.

—Te interpretamos muy bien, dejaste muy claro que nos querías proteger apropiándote de nuestra casa —zanjó Sofia, cogiéndose nuevamente del brazo de su hija para abandonar el almacén de la misma manera que entró, con la cabeza bien erguida.

A medida que se alejaban, Blau sentía crecer una pena dentro de su alma. Los roces entre Quim y su madre dificultarían, sin duda, la continuidad de su amistad con Ana.

30
El Obús

Sofía y Blau entraron agitadas, como dos remolinos, y sin llamar en casa de Andreu, cuya puerta estaba entreabierta. Irene se sorprendió al verlas tan acicaladas y observar el gesto de satisfacción reflejado en el rostro de Sofía, no estaba acostumbrada a verla tan radiante.

—No toquéis nada de lo que hay sobre la mesa —advirtió, y enseguida se interpuso entre la mesa y ellas para que no se acercaran.

—Que sepas, Irene, que nos hemos desviado de nuestro camino para compartir buenas noticias con vosotros, aunque tú nos recibas así —le recriminó Sofía.

—No lo toméis a mal es que estoy moliendo raíz de matalobos y no me gustaría que se derramase mi trabajo —se excusó Irene, sin moverse de su posición.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Sofía, sin prestar demasiada atención a su respuesta.

—En el cobertizo, haciendo de las suyas. Ya le he dicho que no me parece bien que manipule la munición que encuentra por el bosque. Les ha dado a todos los hombres del valle por recoger los restos de los proyectiles y ponerse en peligro por un puñado de dinero. Ha habido ya varios accidentes. Sin ir más lejos, en Vilanova de Meià, la semana pasada enterraron a un vecino al que le explotó una bomba que estaba intentando desmontar y un chico ha quedado mutilado de las manos de por vida. Mi padre es un cabezón —dijo, resoplando—. Sofía, habla tú con él y convéncele de que deje de recoger esa chatarra. Estoy segura de que a ti sí te escuchará.

—Voy a intentarlo, a ver si consigo que entre en razón. Además, hoy mismo nos han dicho los militares que está prohibido tocarla y que si la encontramos les avisemos.

—Nadie les avisará. Los hombres vacían la pólvora de los proyectiles y la utilizan para encender el fuego y después venden el hierro a la chatarra.

—Intentaré convencerlo, pero no te prometo nada, ya sabes que es muy testarudo.

Apenas salió su madre por la puerta, Blau se acercó, misteriosa, a Irene y en voz baja le dijo:

—Hoy he descubierto que mis apellidos son los mismos que los de mi madre, pero cambiados.

—¿Cómo lo has sabido?

—He leído la partida de mi nacimiento cuando mi madre se la ha enseñado al funcionario —dijo, cogiendo uno de los botes que Irene tenía encima de la mesa para mirar su contenido.

—Deja el bote en su sitio, ya te he dicho antes de que no toques nada —la regañó—. Anda, lávate las manos —pidió enseñándole una palangana y entregándole una pastilla de jabón.

—Irene, algún día te vas a envenenar tú solita —auguró Blau, mientras se frotaba bien las manos.

—Lo utilizo para mezclar solo una pizca con el aceite de romero. Es infalible para aliviar los dolores de las articulaciones. Las personas que trabajan duro de sol a sol se hacen unas friegas por la noche cuando regresan a sus casas baldadas y se levantan al día siguiente como nuevas —cogió los tres botes de boj repletos de polvo de raíz de matalobos y los tapó apretando el tapón de corcho con fuerza. Los guardó en la estantería más alta—. Siempre trituro únicamente lo que necesito, pero Lluri me ha pedido que le prepare unos botes para un ungüento en el que está trabajando.

—Entonces eso quiere decir que ha decidido regresar.

—En la última carta me decía que tiene pensado venir de visita en unos meses. No creo que sea antes del verano.

—Eso es que el aceite de pétalos de rosa que le pones en las cartas empieza a hacer su efecto.

—Y alguna palabra cariñosa que he escrito en ellas —confesó Irene ruborizándose.

Sofía encontró a Andreu en el cobertizo, rodeado de proyectiles despojados de la pólvora que amontonaba en una lata. En ese momento estaba manejando la cabeza de un obús.

—Andreu, como te pillen con todo este arsenal te van a llevar preso. ¿No te has enterado de que está prohibido recoger munición del monte?

—Eso dicen —contestó tranquilo y divertido al advertir la preocupación en Sofía.

—A mí no me hace gracia. Te puede explotar cualquier bomba de estas y hacerte mucho daño, además, si te descubren, no te librarás de la cárcel. No nos podemos permitir el lujo de quedarnos sin ti. Haz el favor de no ponerte en riesgo —le recriminó ella con cara de enfado.

—Vamos a reemplazar las campanas de la iglesia que se llevaron por las cabezas del obús, así cuando haya misa en San Bartolomé nos enteraremos todos.

—¿No hay campanas en la iglesia? —preguntó Sofía extrañada, como nunca iba a misa no se había enterado.

—Ni en esta ni en otras tantas de pueblos cercanos. Se las llevaron los republicanos para fundirlas y hacer munición.

—Hazme caso, y no recojas más bombas que acabarás dándonos un disgusto —advirtió Sofía.

—¿De dónde vienes? —preguntó Andreu, al mirarla y reparar de pronto en lo elegante y arreglada que estaba, enfundada en un vestido azul marino de falda ajustada a la cintura por un ancho cinturón y hecha a base de tablas anchas que llegaban justo un palmo por encima de los tobillos. La parte superior del vestido era camisero y se le ajustaba como una segunda piel, remarcando los senos. Calzaba las alpargatas viejas, pero estaba seguro de que debía llevar otro calzado en mejores condiciones y se lo había cambiado para caminar por los angostos senderos. Apesadumbrada como solía verla siempre le despertaba ternura y afecto, pero verla con la sonrisa dibujada en la boca y brillo en los ojos le provocaba una intensa pasión. Para él, Sofía era una mujer bonita hasta cuando llevaba la cara tiznada de avivar el fuego y el delantal manchado de ceniza. Apoyada de brazos cruzados en el tronco que sostenía el techado de caña del cobertizo le resultaba la más bella imagen que el día le podía regalar, muy por encima del paisaje de las montañas a las que tanto amaba. Si no fuese por el gran respeto que le procesaba, de buena gana la hubiese tomado por la cintura para estrecharla entre sus brazos y besarla de la misma manera que lo hacía en sus sueños, tierna y apasionadamente.

—Vámonos para casa, que allí están las chicas, y os quiero dar las buenas noticias a todos —pidió Sofía.

Irene ya había preparado el café de puchero y estaba en la mesa junto a unos trozos del bizcocho que había horneado el día anterior en el horno de los vecinos de *Casa Moliné*. Fueron tomando asiento mientras Irene servía el café en unas tazas de barro. Sofía extrajo de la funda las escrituras para enseñárselas a Andreu e Irene.

—Tenéis delante a las nuevas dueñas de *Casa Noguera* —afirmó, aireando los papeles con la mano—. Aquí están las escrituras que lo confirman. Podemos dormir tranquilas, nadie nos va a echar de nuestra casa.

—El funcionario nos ha hecho pasar un mal trago ¿a qué si mamá? Nos interrogó sobre nuestras preferencias políticas.

—¿Y qué le habéis dicho? —preguntó Andreu, frunciendo el ceño.

—Ha sido Blau quien ha contestado, porque yo me he quedado bloqueada. Le dijo que estábamos contentas de que la guerra hubiese terminado y ellos fuesen los vencedores y que a nosotras la política no nos interesaba nada.

—Es que no podía decirle otra cosa, si quería que no nos detuviesen. Cuando la he visto dudar he saltado rápido.

—Menos mal que has tenido reflejos, hija. Con tantos nervios que he pasado creo que he perdido facultades.

—No digas eso mamá, no me gusta oírte decir esas cosas. También

nos han preguntado si teníamos armas en casa.

—¡Les habréis dicho que no! —exclamó Andreu, preocupado.

—Claro, no somos tontas. También nos dijo que está prohibido cazar. Así que vete con cuidado —avisó Blau.

—Eso de que no vamos a cazar no se lo cree nadie. Si no podemos salir con la escopeta, colocaremos lazos y trampas —añadió Andreu, enfadado.

—He oído que también han prohibido hablar en catalán —informó Irene.

—Ellos que digan lo que quieran, nosotros hablaremos como nos dé la gana porque hay mucha gente en este valle que ni siquiera sabe hablar el castellano —apuntó Andreu.

—También nos han alentado a denunciar a los vecinos que sean rojos —informó Sofía.

—Son unos mal nacidos, pretendiendo que denunciemos a nuestros vecinos. En esta zona lo tendrán crudo, porque esta gente de lo que entiende es de personas, no de bandos. En muchas poblaciones la mayoría de las denuncias son falsas, perjudicando a inocentes —comentó Andreu.

—Por más vueltas que le doy no entiendo el comportamiento de Quim, pensé que era parte de la familia, no le creía tan ruin —dijo Sofía, respirando hondo.

—No te equivoques, Quim es un negociante, se pondrá del bando que más le llene el bolsillo y será amigo de quien le haga prosperar el negocio —aclaró Andreu.

—Nos ha ayudado en varias ocasiones y pensé que era afín a las ideologías de Marc —dijo Sofía, arrugando la frente.

—Él solo es fiel a su bolsillo y su ideología es el dinero, lo demás no le importa. Compraba cada año la cosecha de *Casa Noguera* a la mitad de su valor, por eso era tan amigo de Marc, amigo de interés —Andreu no se contuvo de decir todo aquello que pensaba y sabía sobre Quim desde hacía tiempo.

—A mí también me cuesta aceptar que Quim, el padre de mi amiga, que tanto parecía apoyarnos, llegase al punto de querer quedarse con nuestras tierras —dijo Blau con tristeza.

—Lo de quedarse con las tierras debió justificarse en que si no lo hacía él lo haría otro. Se ha cambiado de chaqueta igual que han hecho muchos otros para mantener su negocio y la posición social —manifestó Andreu.

Camino a la masía Blau preguntó:

—Mamá, ¿Andreu sabe leer y escribir?

—No lo sé. Le he visto dibujar piezas para reparar el arado. Dibujos de caminos y senderos de la comarca que se conoce como la palma de su mano. Escribir o leer no sé si sabe. No te creas que por no haber ido

a la escuela es menos inteligente. Él conoce los ciclos de la agricultura, sabe cuándo sembrar y si la cosecha va a ser buena, mala, abundante o escasa. Conoce las rutinas de los animales y entiende del tiempo. Es trabajador y responsable. Es bastante más listo que muchos hombres instruidos. Si hubiese tenido la oportunidad de asistir a la escuela habría sido un alumno aventajado, estoy segura de ello.

31
Ismail

Blau insistía a su madre para que deshiciera la maleta que guardaba celosamente, con sus mejores ropas, debajo de la cama. Sofía insistía en mantenerla bien ordenada y a punto por si Marc mandaba llamarla. Esa maleta preparada era la ilusión de volver a estar juntos. Colgar los vestidos y trajes en el armario equivalía a tener que aceptar una cruda realidad: la de tener que vivir separados o, lo que era peor, vivir sin él.

—Mamá, no entiendo porque no quieres mirar si en la maleta hay algún vestido bonito para ponerme el domingo.

—De los tuyos, te puedes poner el que quieras.

—Me los han visto muchas veces.

—Deja de protestar, la mayoría de las chicas llevan el mismo vestido porque no tienen otro y tú tienes la suerte de tener dos vestidos y un traje.

—¿Me dejarás tu falda negra, la de capa? Me la pondré con la chaqueta color berenjena y la blusa blanca, déjamela por favor, por favor —repetía, besando la mejilla de su madre.

—¡Quita de encima, pesada! —la riñó Sofía, separando a Blau con los brazos—. Está bien, ponte lo que quieras de la ropa que esté fuera de la maleta, pero si hurgas en ella me enfadaré.

—De acuerdo —aceptó esta, mientras se dirigía a inspeccionar el armario donde su madre guardaba su ropa de vestir.

Blau, cuando llegó el domingo, salió de casa en busca de Irene, oliendo a esencia de rosas, vestida con la falda negra de su madre, de la que acababa de adueñarse. Al llegar a la altura de Artesa de Segre se pararon a seguir el ritual de todos los domingos de cambiarse los zapatos y guardar los viejos detrás de unos zarzales. Se había convertido en costumbre que Ana acudiese a recibirlas, en el puente que cruzaba el río Segre. Las tres se adentraban en el pueblo paseando y cruzándose con los habitantes de la comarca, los cuales siempre encontraban una excusa para acudir al mercado, aunque solo fuese por unas horas. Un galope a sus espaldas las silenció y las apartó del trayecto, obligándolas a colocarse en fila india y arrimarse al borde del camino. Pasaron de largo seis jinetes, el que encabezaba el grupo iba montado en un caballo blanco. Blau permaneció con la cabeza gacha hasta que los trotes pasaron de largo; el simple hecho de saber

de su presencia ya le producía un cosquilleo que recorría su cuerpo. Al llegar al final del camino y doblar la esquina para adentrarse en el pueblo un hombre vestido de militar se les acercó.

—Disculpen, señoritas. Espero no haberlas molestado con el paso de los caballos —dijo el hombre y dirigiéndose, con autoridad, a los soldados que le acompañaban les ordenó—: Seguid hasta la comandancia y esperadme allí.

El militar sacó pecho, mostrando los galones de sargento primero. Se enderezó la gorra en un gesto de alarde y avanzó con firmeza unos pasos, mostrando sus botas altas de piel, hasta llegar delante de Blau a la que sonrió abiertamente. En el momento en el que los ojos de ambos se cruzaron, la joven se sonrojó víctima de la profunda y negra mirada del hombre, mientras él sonreía triunfante. Oriol intentó despedirse de ellas, sin mucho éxito, desde el final del trayecto. Uno de los jinetes permaneció a la espera del sargento, acariciando su caballo sin desmontar. Las chicas lo observaban intrigadas. El hombre era negro y usaba, en vez de gorra, un turbante que le cubría la cabeza y llevaba una bolsa, de flecos de colores, cruzada. El verde de su chaqueta era igual al color de los trajes de los demás soldados, pero sus pantalones eran bombachos y de color marfil.

—No nos ha molestado en absoluto, estamos acostumbradas al paso de animales y carretas por esta zona, por eso nos hemos apartado. Gracias por su interés. —Salió al paso Ana, al darse cuenta de la tensión del ambiente.

El militar sonrió. Se cuadró delante de ellas y se presentó:

—Soy Ismail. Estamos aquí para servir y proteger a la población, si alguna vez requieren de nuestros servicios será un placer poder ayudarlas— sentenció, mirando fijamente a Blau y girándose hacia su caballo al que montó con destreza, para tomar al galope el camino izquierdo de la bifurcación.

Las jóvenes enmudecieron hasta perder de vista al caballo con el erguido jinete seguido del acompañante de la guardia mora.

—¿Habéis visto al hombre del turbante? —enfatizó Blau—. Da bastante miedo.

—A mí me da más miedo su superior —dijo Irene, levantando levemente la parte izquierda del labio.

—No pongas esa cara de asco, hija —le recriminó Blau—. Es bien guapo.

—No me digas que ese olor a rosas es en honor a ese —puntualizó Irene, acentuando el gesto despreciativo.

—Los tengo vistos, van mucho por el almacén de mi padre y el negro nunca se ha metido con nadie. Mi padre dice que es discreto, no habla y parece el perro faldero del sargento, siempre va pegado a él —explicó Ana.

—El que no me gusta es el otro, el sargento —ratificó Irene, airada—. Ella pensó que ese hombre no era el que querría para su amiga y la cara de pánfila que se le había puesto no le gustaba nada. Conocía a Blau y lo cabezona que era. Sabía que si se le metía en la cabeza conocer a ese militar lo haría y no escucharía a nadie. A Irene no le gustaba nada Ismail, porque en una ocasión al salir del almacén de Quim él entraba y estuvo jugando con ella, no se retiró para dejarla pasar y se interpuso en su paso de tal forma que los soldados que le acompañaban se estuvieron riendo de ella, hasta que Irene se enfadó y dio marcha atrás para que él entrase y así poder salir libremente.

—Es muy guapo —expresó Blau con los ojos brillantes— ¿Habéis visto que bien monta a caballo?

—Monta como los demás, lo que pasa es que a ti te hace gracia que se pare a mirarte —respondió Irene.

—Parece buena persona —medió Ana, buscando afirmación en Irene.

—No sé si es buena persona, pero hay algo en él que no me gusta nada —insistió Irene, sin relajar la mueca de desagrado que se había perfilado en sus labios.

—Ana tiene razón, el chico parece buena persona —dijo Blau.

—No digas chico, que es un hombre y bastante mayor que tú —interrumpió Irene, que seguía molesta y sin disimular el desagrado que le provocaba el sargento.

—Bueno, en cualquier caso, ese hombre —dijo, mirando a Irene— no me ha dicho nada que indique que le gusto ni me ha pedido nada, para que te quedes tranquila.

—Hay miradas que hablan más que las palabras y él con la mirada se ha confesado a voces —matizó Ana.

—Yo solo digo lo que pienso —informó Irene, incómoda solo de imaginarse que Blau pudiese pensar en relacionarse con el militar. Sabía que tratar temas del corazón era complicado porque el amor no atendía a razones.

—Vosotras dos tenéis novio y yo nunca he tenido ni un amigo —protestó Blau.

—¡Menudo novio tengo! novio por carta. Esperar a Pau me está resultando duro, tengo muchas ganas de que vuelva —se lamentó Ana.

—En mi caso ni siquiera es mi novio —dijo Irene—. Me escribe como un amigo.

—Pero cuando vuelva lo tendrás, estoy segura —vaticinó Blau.

—Vámonos ya, que si me retraso el padre de Ana me dejará sin arenques —pidió Irene, acelerando el paso.

—Sí, vámonos, que la misa de las nueve ya hace rato que terminó y mi madre me reñirá por entretenerme al salir. Siempre la misma cantinela: «que una chica con novio no tiene que andar sola por la

calle». Menos mal que no le gusta madrugar y los domingos me puedo escapar con la excusa de ir a misa de nueve. Si fuese por ella, no saldría ni a la puerta de casa.

—El día menos pensado se encontrará con el cura, le preguntará y se enfadará contigo por engañarla y con razón —advirtió Irene.

—Creo que no se atreverá a preguntarle para que el padre Simón no piense que desconfía de mí. Para mi madre aparentar está por encima de todo —confesó Ana.

—Se lo puede comentar cualquier vecino como aquel que no quiere la cosa. Ya sabes que la gente es muy alcahueta y mete las narices en todo lo que no les importa —opinó Irene.

—Si eso sucede no se lo negaré, siempre puedo decirle que os encontré por casualidad —zanjó Ana, sonriendo satisfecha con la respuesta que se le acababa de ocurrir.

32
La Invitación

Irene comenzaba a impacientarse. Tenía una lista de víveres por conseguir, varias clientas por atender y no quería llegar tarde a sus citas. Pasaban cuarenta minutos de las nueve, la hora a la que quedaban los domingos con Ana y esta no había dado señales de vida.

—Es muy raro que no haya llegado. Ella siempre nos espera puntual —dijo Blau, extrañada e inquieta.

—No puedo esperar más. Como voy al almacén de su padre le preguntaré por ella y me enteraré de si le ha pasado algo.

—Te acompaño.

—¿Vas a entrar en el almacén de Quim?

—Si hace falta, sí. Ana es mi amiga. Se ha portado siempre bien conmigo y quiero saber qué le ha pasado para que no haya acudido.

Al poco, entraron decididas en el almacén de Quim. Este cuando advirtió que Irene estaba acompañada de Blau se acercó a ellas.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo—, cuéntame ¿cómo van las cosas en vuestra masía? —preguntó el hombre, poniendo su estudiada sonrisa de persona afable.

—Todo bien, gracias. ¿Dónde está Ana? —preguntó Blau, áspera y cortante, preguntándose cómo hacía Quim para mantener siempre impresa esa sonrisa que antes le parecía amigable y ahora percibía falsa e hipócrita.

—Ana está bien, pero su madre ha pasado muy mala noche y se encuentra indispuesta. Desde hace unos meses, le dan unas fuertes migrañas. La pasada noche tuvo una crisis. Sufre mucho, pobrecita —contó, poniendo cara de preocupación y ladeando la cabeza para, acto seguido, volver a su semblante habitual y sonreír.

Irene que había escuchado la conversación, se acercó y dijo:

—Tengo un remedio para las migrañas. He compuesto un aceite esencial a base de siete flores que le iría muy bien para sus crisis.

—¿Llevas algún bote encima? —preguntó Quim, acercándose a Irene con ansia.

—No estoy segura. Voy a mirar… —dijo revolviendo en su cesta.

—Sería nuestra salvación si lo tuvieses. No me gusta ver a mi mujer pasarlo tan mal —recalcó el hombre, con los ojos puestos en la mano de Irene que se movía dentro de la cesta y no sacaba nada.

Blau escuchaba en silencio. Se le revolvía el estómago a cada

palabra que pronunciaba Quim. Pensaba en que era un rastrero, no podía ver sufrir a su mujer, pero el sufrimiento de los demás no era sufrimiento, ese no le importaba, no era el de su familia. El hombre estaba entretenido, con los ojos fijos en la cesta de Irene, y eso le evitó fijarse en la cara de la joven y leer en su expresión de animadversión lo mucho que lo detestaba. Había pasado en poco tiempo de adorarlo a despreciarlo.

—Lo siento mucho, no me queda ningún bote de esa esencia —anunció Irene, poniendo cara de pena.

—Podrías ir a por él y traérmelo —suplicó el hombre, poniendo ojos de cordero manso.

—Imposible para esta mañana, y por la tarde ya sabe cómo es mi padre, no me dejará bajar —explicó Irene encogiendo los hombros y manteniendo la cara de circunstancias.

—Esta tarde enviaré a uno de mis empleados a tu casa a por el bote de esencia —dijo Quim, resignado. Él confiaba en Irene porque le había demostrado que cuando daba su palabra la respetaba. En una ocasión intentó regatear con ella, pero lo único que consiguió fue que se diera media vuelta con sus jabones y esencias y se marchara, no sin antes decirle:

—Soy justa y no me gusta engañar, pero tampoco que intenten engañarme. Si usted necesita alguno de mis productos ya sabe dónde encontrarme.

—¿Quieres subir a ver a Ana? —preguntó Quim a Blau.

—No gracias, otro día, hoy prefiero no molestar —contestó ella y mirando a Irene dijo—: esperaré fuera a que termines de comprar.

Blau tomó dirección a la salida, pensando que ya había tenido suficiente ración de Quim por ese día. Al salir, se retiró unos metros de la puerta del almacén para no molestar a las personas que entraban y salían. Estaba sumida en sus pensamientos cuando vio al sargento avanzar de frente en dirección al almacén. Al verla se desvió de la puerta de entrada, a pasos firmes y medidos, hasta llegar junto a ella. Cuando estuvo a su altura, su intensa mirada de cazador inspeccionando a la presa, la intimidó. Le cogió, sin pedirle permiso, uno de los rizos de su melena que descendía rebelde por los hombros y se lo enroscó en los dedos, recreándose con el tacto sedoso de su cabello. Ella intentaba sonreír, pero la inseguridad que sentía solo dejó salir una risa nerviosa que no reconoció como propia. Se mantenía rígida para disimular la alteración interior que estaba sintiendo. Lo tenía tan cerca que le llegaba el olor a mezcla de tabaco y cuero que desprendía. Él inclinó la cabeza y hundió la nariz entre su cuello y el cabello para inspirar el olor de su piel. Ella se retiró bruscamente, sintiendo una repentina vergüenza de que alguien pudiese verlos tan juntos y contárselo a su madre.

—Hueles a flores —le dijo.

—A pétalos de rosa —contestó ella, intentando aparentar calma.

—Me gustaría poder quedarme a charlar contigo, pero tengo que cumplir con mis obligaciones militares. ¿Podríamos quedar mañana a las cinco de la tarde en los lavaderos?

—No, en los lavaderos no —fue lo único que le vino a la mente y, al ver como él fruncía el ceño y movía la cabeza en señal de decepción, añadió—: hay muchas mujeres lavando y luego cuentan lo que ven y lo que imaginan.

Lo que le preocupaba era que en el pueblo casi todas las mujeres conocían a Irene y las tenían por muy buenas amigas. Estaba segura de que si la veían en compañía del sargento le irían con el chisme y quería mantener en secreto el encuentro.

—Podemos quedar a la orilla del río, así no tengo que entrar en el pueblo —propuso ella.

—¿Te gusta montar a caballo?

—No he montado nunca.

—Mejor, así mañana montarás por primera vez conmigo. Te esperaré en la segunda curva por debajo de la iglesia de Sant Bartolomé y así no tendrás que andar sola hasta Artesa.

—¿Es que sabes dónde vivo?

—Lo sé casi todo de vosotros. Es mi obligación —apuntó y con un saludo militar se dio media vuelta y desapareció a paso ligero, adentrándose en el almacén.

A Blau le temblaban las piernas. No se podía creer que aquel apuesto militar le hubiese pedido una cita. La esencia de pétalos de rosa había vuelto a funcionar. Se sintió observada y, de reojo, echó un vistazo a su alrededor. En un portalón, tres puertas más abajo de donde ella estaba, se dejaba ver el turbante del magrebí que acompañaba a Ismail. Le recorrió un escalofrió cuando se cruzó con la oscura e intensa mirada de aquel hombre que le imponía un miedo irracional.

Irene, en cuánto salió del almacén, la miró, ladeó la cabeza y apretó los labios.

—¿Me he perdido algo?

—¡No!

Irene cerró los párpados esperando a que su amiga hablase, pero, al contrario de lo que pensaba, guardó silencio y entendió que si el militar había hablado con ella no se lo quería contar.

—Menuda jugada le acabo de gastar a Quim. Va a tener que mandar a su empleado esta tarde a por la cura para su mujer —dijo, sustrayendo del capazo un bote de esencia que enseñó divertida.

—Eres mala. Vas a tener a la pobre mujer sufriendo de dolor de cabeza hasta la tarde.

—No te creas, lo pensaba mientras hacía ver que buscaba el bote.

—Juraría que lo tenías en la mano desde el principio.

—Claro, a mí no se me pierden las cosas. Creo que a la madre de Ana le dan migrañas cada vez que quiere llamar la atención y salirse con la suya, hoy no quería que su hija se encontrase con nosotras, no le gustamos.

—¿Tú crees? —preguntó Blau, extrañada.

—En este pueblo se conocen todos y se sabe todo de todos. Creo que alguien le ha ido con el cuento de que, los domingos por la mañana, se encuentra con nosotras. Le he sacado un paquete de café y una tableta de chocolate a su padre a cambio de la esencia, que, seguramente, a su mujer no le hace ninguna falta. —Comenzó a reír contenta de su hazaña.

—No se te escapa nada —le dijo Blau mirándola con los ojos brillantes de admiración.

—Y tú. ¿Seguro que no tienes nada que contarme? —preguntó Irene, sin poder contenerse.

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó Blau, haciéndose la tonta.

—Porque estás roja como un tomate maduro y porque he visto que el militar ese entraba en el almacén y mi instinto me dice que habéis coincidido.

—Sí, lo he visto entrar en el almacén y me ha saludado.

—¿Y ya está? No me creo que solo te haya saludado y no te haya dicho nada más.

—Que no, que no me ha dicho nada. Tendría prisa. Si hubiese hablado con él te lo contaría —mintió a su amiga, porque no quería que la sermoneara, pensaba que con su madre ya tenía suficiente.

—Si por un saludo te pones así de roja, el día en que te invite a dar un paseo te mueres —Irene apretó los dientes—. Me gustaría pedirte disculpas por si a veces actúo como si fueses mi hermana pequeña y me sale el instinto protector. Nosotras somos amigas y nuestra amistad se basa en el respeto. Si alguna vez necesitas de mis consejos o mi ayuda, ahí estaré para darte todo mi apoyo.

Blau se estaba arrepintiendo de no haber confiado en Irene y no haberle contado que tenía una cita con Ismail. Esta vez ya estaba hecho y se lo ocultaría, pero la próxima confiaría en ella.

—Disculpas aceptadas —respondió porque sabía que se refería a los reproches que le hiciera el otro día sobre Ismail— ¿Has dejado ya a tu antiguo novio? —continuó.

—Qué va, todavía están escondidos. Van saliendo de uno en uno, se los llevan a la cárcel y luego los mandan a hacer el servicio militar. Estoy deseando que se presente a las autoridades militares y termine esta pesadilla, porque ellos lo están pasando mal. Llevan demasiado tiempo escondidos.

33
Hijo de Militar

Blau estaba delante del tocador, repasando su vestimenta ante el espejo. No quería despertar sospechas en su madre acicalándose demasiado. La falda, gris marengo de tablas, era lo suficientemente larga como para permitirle montar a caballo. Se había puesto una blusa lila de raso, pero decidió cambiarla en el último momento por un discreto jersey de perlé gris claro. Volvió a mirarse y aprovechó para aplanar con las manos los pliegues de la falda. Se vio perfecta para la cita. Cogió el bote de madera de boj y lo destapó para ponerse unas gotas de aceite de pétalos de rosa detrás de las orejas y en la cara interna de las muñecas. Se recogió los rizos en una cola baja con el lazo de terciopelo negro que solía ponerse los domingos, en Barcelona, cuando salía a pasear con sus amigas. Le había explicado a Sofía que, a causa de las jaquecas que sufrió la madre de Ana, no se habían podido ver el día anterior, pero habían quedado para pasear esa tarde por la orilla del río. No le quedó más remedio que mentir, porque si decía la verdad su madre no la dejaría ni salir de casa.

Con todo, a Sofía no le convenció la explicación que le dio su hija. La dejó ir por ser la primera vez que le pedía reunirse con su amiga fuera de las mañanas de los domingos, pero si le volvía a pedir otra salida similar hablaría con Ana para asegurarse de que realmente habían quedado. Quiso darle un voto de confianza porque, hasta ahora, la joven nunca le había mentido, aunque sabía por experiencia propia que siempre hay una primera vez para todo.

Esa tarde soplaba una brisa suave. Las orillas del camino estaban repletas de margaritas silvestres, jara, tomillo y malvas. El campo y las hojas de los árboles eran de un verde intenso y, en los campos de trigo, las amapolas eran casi tan numerosas como las espigas que ese año auguraban una cosecha escasa.

Se acercaba al recodo donde habían quedado y, al ver a Ismail debajo de un roble acariciando el lomo blanco de su caballo, las burbujas que habían nacido en su pecho durante el trayecto comenzaron a exaltarse. A medida que se acercaba, le aparecían sentimientos de culpa. Sus propios juicios no la dejaban sentirse libre para disfrutar del momento, era consciente de que estaba traicionando la confianza de su madre y no actuaba bien al aventurarse en ir al encuentro con un hombre al que tan solo conocía de haber coincidido

con él en tres ocasiones.

—Estás muy guapa —dijo Ismail, acercándose al verla llegar, mirándola de arriba abajo, asintiendo con la cabeza. Ella enrojeció y él sonrió, disfrutando del rubor que causaba en la joven.

—Nos vamos —le dijo, asiéndola con fuerza para ayudarla a montar en el caballo.

Él montó detrás y, al coger las riendas, la encajó entre sus brazos y su cuerpo. Dio la vuelta al caballo y lo encaró dirección a Artesa de Segre. Sujetó las riendas con una mano, deslizó el brazo libre por debajo de sus pechos para sujetarla, aprovechando para rozarlos con el trote. Esa postura la incomodó durante todo el trayecto. Le hubiese gustado poder deshacerse del brazo que le oprimía el tórax y la conciencia, pero le entró miedo de ocasionar una caída si se movía bruscamente, hacerse daño y ser descubierta por su madre. Contuvo la respiración a intervalos durante todo el trayecto para que sus senos no se movieran. Estaba deseando llegar al destino para bajarse de los lomos del animal y respirar. Él parecía disfrutar de la situación y, de vez en cuando, adelantaba la cara para que sus mejillas se rozasen y aprovechaba para susurrarle al oído:

—Qué bien hueles.

Llegaron a una zona de chopos a la orilla del río, donde Ismail se detuvo, bajó de un salto del caballo para ayudarla a desmontar y, en esa treta, la estrechó contra su pecho, deslizándola hacia el suelo a la vez que la restregaba por su cuerpo. Blau, al tocar con las puntillas de los pies el suelo, se retiró de su alcance. Demasiados roces para una primera cita. No sabía si lo que estaba pasando era normal o ese hombre era incorrecto. Al tenerlo cerca notaba que se arremolinaba por dentro y la sensación le gustaba, pero necesitaba saber si lo que estaba ocurriendo era lo correcto entre un hombre y una mujer cuando estaban a solas o se estaba dejando llevar por la pasión actuando como una mujer fácil. Ismail le cubrió los hombros con el brazo y se encaminaron hacia una explanada pegada al río cubierta de hierba. Al llegar, él se quitó la chaqueta y la extendió a modo de manta para poder sentarse. Una vez acomodados, se acercó a la joven, soltándole el pelo y apartándoselo a un lado para rozarle el cuello con sus labios carnosos provocando que ella se estremeciese. Estaban tan juntos que el olor a rosa se mezcló con el del tabaco y cuero del traje militar.

—¿Has nacido en esta zona? —preguntó él de pronto, sacando del bolsillo de la camisa un paquete de papel de fumar y una lata con picadillo, despegándose de ella para liar el cigarrillo pausadamente hasta prenderlo con el encendedor de mecha que tuvo que accionar varias veces.

—En mi partida de nacimiento pone que he nacido en Murcia. Me

trajo mi madre muy pequeña a Cataluña y no conozco Murcia. Mi madre y yo vivíamos en Barcelona hasta que por culpa de la guerra nos tuvimos que venir aquí.

Mientras Blau hablaba él asentía con la cabeza y daba caladas al cigarrillo exhalando el humo lentamente.

—Y tú, ¿de dónde eres? —preguntó ella, intrigada.

—Nací en Melilla —contestó, dando una fuerte calada al cigarrillo y aplastándolo contra la hierba.

En ese momento miró a Blau y le puso el brazo por los hombros para atraerla y estrecharla, dejando la mano muerta justo por encima de su pecho, para así poder rozárselo con un suave movimiento, muy estudiado, para que pareciese sin intención. Entonces ella deslizó sus caderas hacia adelante para tomar distancia.

—Debe de ser bonita la ciudad de Melilla, tiene bonito hasta el nombre —comentó mientras se separaba un poco más de él.

—El paisaje es diferente, tiene los atardeceres más bonitos que puedas llegar a imaginar —dijo él, entornando los ojos como si estuviese recordando y los abrió para mirarla y afirmar con completa seguridad—. Cuando termine la misión a la que estoy destinado, te llevaré.

Estiró el brazo y la atrajo con fuerza para besarla en la frente. Ella se relajó y comenzó a soñar con viajar a lugares exóticos mientras los dedos de Ismail recorrían su nuca y hundían los dedos en sus rizos. Blau se dejaba hacer, recibiendo las primeras caricias de un hombre.

—¡Se me hace tarde! —exclamó, exaltada de repente, al ojear el reloj de pulsera que llevaba puesto.

Enseguida se sacudió las motas de matojos que se le habían adherido a la falda, él la ayudó quitándole unas ramitas que se le habían prendido en los rizos. La tomó por la cintura, aprovechando que la sentía más confiada, y unió sus labios a los de ella a la vez que deslizaba, despacio, la mano por su espalda hasta posarla en el comienzo de las nalgas. La ajustó a su cuerpo, realizando un movimiento de cadera y rozándola con su miembro erecto, oculto entre los calzones. Ella mantenía los labios apretados, él los besaba y lamía suavemente, hasta que la joven aflojó y el militar pudo introducir su lengua dentro de su boca para enseñarla a besar. Cuando se separaron, la boca de Blau quedó impregnada del sabor a tabaco.

Ismail la acompañó hasta el inicio del camino a La Valdriet. Al verla partir, pensó en su familia, de la que no le gustaba hablar. Se acordó de su padre, un coronel del Ejército de Tierra, destinado en Tetuán, que encandiló a su madre, una marroquí a la que dejó marcada por no reconocer a su hijo ya que era un hombre casado que tenía mujer e hijas en la península. Su padre vivía con ellos solo en breves temporadas y se encargaba de que recibiesen una asignación

mensual para que viviesen holgadamente. Fue él quien lo alentó a que ingresase en el ejército. El afán de Ismail por demostrar su valía ante el coronel le hizo enrolarse en la guerra del Riff, donde fue herido por las tropas de Abd El-Krim. Se debatió entre la vida y la muerte durante semanas. Le quedaron de recuerdo cicatrices y unos fuertes dolores de por vida en la columna. Las heridas le valieron el ascenso a sargento primero, cargo que desempeñó durante la Guerra Civil en el bando nacional donde gozó de fama entre sus hombres por estratega y valiente. Ahmed se ganó su confianza en el momento en que lo recogió herido del campo de batalla y lo trasladó al campamento para que lo curasen. Al ascender Ismail a sargento pidió a sus superiores tener a su lado a Ahmed y se convirtió en su inseparable y fiel guardián.

34
La Duda

Blau daba seis pasos hacia la derecha y tres a la izquierda, paraba en el centro y resoplaba. Irene permanecía inmóvil, siguiéndola con la mirada sin pestañear, sopesando si contarle que el sargento y sus hombres estuvieron merodeando por los alrededores de *Casa Noguera*. Andreu los había visto escondidos entre las encinas del bosque cercano, observando los movimientos de la masía. Los vio al salir a recoger los conejos y las liebres de los lazos trampa que había dispuesto por la zona. Ese era el contorno donde solía cazar y que los vecinos respetaban; a pesar de ser monte común, entre ellos existían acuerdos particulares sellados con un apretón de manos, según los cuáles si tenían necesidad de cazar en una zona que no les pertenecía pedían permiso al cazador habitual.

—Mírala, por ahí viene a paso de tortuga, la muy tranquilona, y nosotras aquí esperando —refunfuñó Blau, señalando a Ana, que se acercaba a paso normal, ya sofocada de haber corrido metros atrás.

—A mi madre le ha dado por ponerse enferma los sábados para amargarme las mañanas de los domingos. Al final, le he tenido que explicar que había quedado en venir a veros y le he prometido que tardaría poco —dijo, disculpándose por llegar tarde y respirando profundamente—. Cada vez se vuelve más absorbente y manipuladora. Es mi madre y la quiero mucho, pero me ahoga —se quejó.

—A mi madre tampoco le hace gracia que baje los domingos al mercado sin ella, menos mal que confía mucho en Irene, sino fuese así, no me dejaría venir.

—No os quejéis, que no sabéis la gran suerte que tenéis de tener unas madres que os protegen y se preocupan de vosotras. No os podéis ni imaginar lo sola que me siento, aunque mi padre es una bellísima persona y hace todo lo que puede por suplirla, echo a faltar una madre para hablar de mis sentimientos, que me de consejos, abrazos, y me regañe cuando haga falta —afirmó Irene, mirándolas con expresión seria y un halo de tristeza en los ojos.

—El tiempo que estuve viviendo en la masía la extrañé, pero ahora me gustaría descansar de ella unos días. Desde pequeña hemos tenido diferencias de carácter. Tenemos una relación de esas que sin ti no puedo estar, pero contigo tampoco —aclaró Ana soltando un soplido —. Y ahora tenemos un desacuerdo más.

Blau e Irene dieron unos pasos al frente para acercarse más a Ana y poder escuchar mejor, porque el ahogo de esta significaba que había problemas.

—A mi madre no le parece bien que me escriba con Pau. No le gusta su familia, según ella son pobres como ratas y no quiere emparentar con ellos de ninguna manera. Por mucho que le explique que él está estudiando la carrera de medicina y puede tener un buen futuro no entra en razón. No para de recordarme que vendieron al hijo y que no son buenos cristianos —contó Ana, volviendo a resoplar.

—Lo tienes muy complicado —dijo Irene.

—¡Qué mal debes sentirte! —exclamó Blau, preocupada.

—Imagínate si me siento mal que el otro día le escribí a Pau, diciéndole que si le sale trabajo en Francia lo coja, que por mí nos casamos y me voy allí a vivir con él.

—Si Lluri me lo pidiera, también me iría con él a Francia o donde me llevara —confesó Irene.

—Me tendré que buscar otras amigas porque, por lo que me explicáis, pensáis abandonarme las dos —constató Blau, levantando las cejas.

—Vosotras no tenéis ninguna prisa, pero yo tengo la cita de los domingos con mis clientas, así que os dejo —se excusó Irene, para añadir señalando a Blau—: Nos vemos en los porches de la plaza poco después de mediodía, sobre la una. No te retrases.

Y, dicho y hecho, la joven arrancó a andar a toda prisa, con tal salero que su falda de media capa oscilaba de un lado a otro por sus movimientos de cadera exagerados, causando la risa de sus amigas.

Blau esperó un poco a perder de vista a Irene, como si aún de lejos esta pudiese oírla, y cogió fuerte del brazo a Ana, susurrándole:

—Estaba deseando quedarme a solas contigo. Tengo cosas muy importantes que contarte. Verás, creo que me he metido en un buen lío y no sé cómo voy a salir de él.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó su amiga, llevándose la mano al pecho y respirando profundo.

—Júrame que lo que te voy a contar no se lo vas a contar a nadie —pidió Blau—. Pero a nadie —insistió.

—Ya sabes que soy una tumba, puedes confiar en mí —indicó Ana, cruzando los dedos índices de las manos y besando la cruz que formaban.

—El otro día quedé con el sargento de Oriol, ese que va mucho por el almacén de tu padre.

—¿El moreno alto y fuerte? —preguntó Ana, tapándose al instante la boca para disimular lo mucho que la había abierto.

—Si ese, se llama Ismail.

—¡Cuéntame! —pidió abriendo los ojos, intrigada.

—Me crucé varias veces con él, cuando iba acompañada por mi madre o Irene, y siempre me seguía con la mirada hasta perderme de vista. El día en el que tu madre se puso enferma y faltaste a nuestra cita, me acerqué con Irene hasta el almacén de tu padre y me quedé esperándola fuera, entonces él me vio y se acercó a hablarme. Tuvimos una cita el pasado lunes. A mi madre le dije que había quedado contigo, así que si la ves y te pregunta le dices que estuvimos juntas.

—Sí, no te preocupes por eso, le diré a tu madre que estuvimos juntas, pero dime qué tal fue el encuentro. Cuenta, cuenta, que me tienes intrigada.

—Yo quería pedirte opinión porque no tengo experiencia en salir con chicos y no sé si lo que pasó es correcto o no. A mí me pareció que él se lanzaba mucho.

—¿Qué fue lo que hizo para que pensaras eso?

—Verás… me estuvo echando el brazo por encima de los hombros y agarrándome por la cintura sin parar, pensaba que tenía más de dos manos porque las notaba sobre mí por todas partes.

—¿Solo eso? ¿No pasó de ahí?

—Hay más. La esencia de pétalos de rosa lo tiene loco, desde luego que funciona, me dijo unas cuantas veces que olía muy bien y, al despedirnos, me ajustó contra él, me besó en los labios y me los lamió, luego me metió la lengua dentro de la boca y buscó la mía para rozarla. Yo me quedé quieta sin saber cómo reaccionar ¿Te parece normal todo esto?

—¡Qué atrevido! —exclamó Ana, quedándose boquiabierta—. Desde luego no es normal tener ese comportamiento en una primera cita, es de sinvergüenzas y mal educados.

—Ya decía yo que me parecía demasiado lanzado…

—¿Te gustó?

—No sé muy bien lo que sentí. Hubo momentos en los que estaba tranquila y disfrutaba de su compañía, pero cuando se acercaba tanto me ponía tan nerviosa, por la idea de estar haciendo algo malo, que quería salir corriendo. Nadie me ha explicado el comportamiento de los hombres en las citas y lo poco que sé es lo que escuchaba, a escondidas, en las conversaciones que mantenía mi madre con sus amigas de Barcelona. Por eso quería hablar contigo, para que me dijeras que tengo que hacer y hasta dónde puedo llegar. Si al menos hubiese tenido antes novio, ahora sabría más sobre chicos.

—No te creas que por tener novio se aprende más, hay parejas que no se besan hasta que se casan.

—Ismail me ha besado y toqueteado en la primera cita.

—Es un descarado —dijo Ana, tragando saliva—. ¿Ocurrió alguna cosa más?

—Bueno sí… mientras me besaba me cogió por el trasero, me estrechó contra él y se restregó contra mí, me apretó tanto que noté un bulto duro a la altura de su bragueta —explicó Blau, confundida.

—¡Un sinvergüenza, lo que yo digo! No me gusta nada el comportamiento que ha tenido contigo. Los chicos de por aquí no van tan rápido, son más prudentes. Es habitual que las parejas se besen y se toqueteen, pero con el paso del tiempo, al tener confianza, no en el primer paseo. No me extraña que te asustaras. Este en la primera cita quiere hacer lo que otros tardan meses o años. He escuchado por Artesa que lo hacen los militares que van de un destino a otro y que ponen en peligro sus vidas. Aprovechan el momento y quieren relaciones rápidas. Él es un hombre bastante mayor que tú, tiene mucha experiencia y tú eres inocente en esto. Creo que no te conviene, no es para ti.

—Ahora me doy cuenta de que Irene tiene razón. A ella no le gusta.

—¿No se lo has contado?

—No, y me arrepiento muchísimo.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a volver a quedar con él?

—No sé qué voy a hacer. Una parte de mí quiere quedar con él porque me gusta su piel morena, el olor a tabaco que desprende y la fuerza con la que me coge. Por otra parte, me da miedo porque no lo conozco lo suficiente y si se entera mi madre, me mata.

—Tienes que pensar muy bien lo que quieres, porque los militares se quedan poco tiempo en el mismo sitio y, por lo rápido que va, si en la próxima cita te deshonra y te hace una barriga, te quedarás con ella y sola.

—¡No me hables así que me asustas y ya tengo bastantes dudas!

—Si quieres, te puedo explicar mis vivencias con mi anterior novio.

Blau asintió con la cabeza.

—¿Sabes lo que es el bulto ese duro que notaste en su entrepierna?

—No, que voy a saber.

—¿Has visto algún niño pequeño desnudo?

—Claro.

—Entonces has visto que tiene una colita entre las piernas. Pues esa cola es la que se hace grande y dura cuando los hombres se excitan.

—¿Tú se la has visto a algún hombre?

—Una vez fui con mi primer novio a bañarnos en una de las charcas del río, al salir mojados nos abrazamos desnudos y nos besamos. Al estar tan pegados empecé a notar el calor que él despedía de la entrepierna y, al separarnos, la cola se había hecho grande y dura. Lo sé porque se la toqué.

—¿Le tocaste? —preguntó Blau, subiendo las cejas, abriendo los ojos y la boca a la vez.

—Sí, tenía la piel fina y suave —confesó Ana su secreto a Blau y,

mientras hablaba, se le fueron nublando los ojos de tristeza al recordar aquel joven, al que tanto había amado.

—Estoy hecha un lío—resopló Blau—, hemos quedado para volver a salir el próximo lunes y no tengo claro si quiero ir —reconoció, llena de la incertidumbre que la cita con el sargento le estaba creando.

—Entonces, si dudas, no vayas, porque eso significa que no lo tienes claro y que lo que sientes no es lo suficiente fuerte —aconsejó Ana.

35
El Mandato

Sofía mandó a su hija al gallinero a recoger los huevos para hacer las tortillas del desayuno. A Blau no le gustaba nada ir al gallinero porque le daban reparo las gallinas y temía que le picasen. Una vez soñó que era devorada por unos pollos que se habían vuelto carnívoros y aquel sueño la traumatizó. Entró en el recinto con cuidado, pero unas cuantas gallinas al oír sus pisadas salieron en desbandada moviéndose hacia todas partes, otras se quedaron postradas encima del montículo de paja, protegiendo a sus huevos. Ella tomó un palo y las empujó para que despejaran el nido; emprendieron el vuelo bajo, una a una, para reunirse con las cacareadoras. La joven aprovechó para recoger, a toda prisa, los huevos y los acomodó con cuidado en la cesta de mimbre que colgaba de su brazo, rellena de paja.

De regreso a casa oyó por el camino ruido de caballos al galope. Se imaginó quien podía ser y un escalofrió le recorrió el cuerpo. El miedo a ser descubierta se apoderó de ella hasta que se tranquilizó pensando que el militar era un hombre de mundo y sería discreto delante de su madre. Confió en que él guardase las apariencias y el secreto. Al llegar a la puerta de la masía las pisadas de los caballos comenzaron a resonar más cerca. Se giró y allí estaba Ismail, el magrebí y todos los demás del grupo, Oriol incluido. Su madre los recibió con cara de pocos amigos. Blau pensó que esa inesperada visita estaba relacionada con ella. Él la quería ver por algún motivo o simplemente no podía esperar al lunes para volver a tenerla cerca.

—¿Se han perdido? —preguntó Sofía, apretando las mandíbulas y la boca.

—No señora —contestó Ismail, dedicándole una sonrisa—. Estamos reconociendo el terreno y buscando indicios de rojos ocultos. Nos han comunicado que podría haber una partida por esta zona. ¿Han recibido visitas extrañas en los últimos días?

—Nosotras no hemos visto a nadie —dijo, girándose hacia su hija— ¿Tú has visto a alguien sospechoso?

—No, no he visto a nadie —contestó Blau.

—Hoy volveremos a *Casa Ginestá*, que es la masía donde estamos alojados temporalmente. Hemos recibido orden de salir mañana temprano hacía La Seu d'Urgell. Han requerido nuestros servicios en esa zona.

A Blau le salió una sonrisa de oreja a oreja. Las palabras del sargento otorgaban razón a sus pensamientos, había venido a avisarla de que el lunes no podría acudir a la cita y le estaba contando el motivo. La mirada fulminante de su madre la obligó a rectificar la sonrisa y aparentar una postura seria, aunque se le escapaba la emoción por la comisura de los labios y el brillo que despedían sus ojos no ayudaba a disimular la satisfacción que sentía de volver a ver al sargento.

Ismail adoptó porte formal y desmontó del caballo para rebuscar en las alforjas, de donde sustrajo unos documentos que acercó a Sofía con paso firme. Al llegar a la altura de las mujeres dedicó una leve sonrisa a Blau y volvió al rictus formal para entregarle a Sofía un mandato de la Comandancia Militar.

—Es un mandato que hemos entregado a varias masías de este sector para alojarnos en ellas cuando la rutina de inspección por la zona nos requiera varios días, es una mera formalidad.

—¿Es un mandato para que les de alojamiento? —preguntó Sofía, intentando controlar la voz trémula provocada por la rabia que sentía ante la idea de tener que alojar en su casa al ejército.

—Sí señora, la Comandancia Militar le pagará por persona y día el alojamiento, cena y desayuno que deben estar incluidos.

—¿Me avisaran con tiempo suficiente para poder conseguir víveres?

—Este documento es el aviso. Nadie sabe la fecha en la que vamos a necesitar de sus servicios ni siquiera nosotros —dijo y dedicó una nueva sonrisa a Blau, acto que le enervó la sangre a su madre— ¿Le molesta si descansamos un momento en su era? —preguntó, ignorando la mirada arisca de la mujer.

—Están en su casa —contestó Sofía, enrollando con las dos manos el mandato de alojamiento.

—¿Dónde podemos dar de beber a los caballos?

—Oriol sabe dónde está la fuente, puede acompañarlos.

Oriol asintió, inclinando la cabeza hacia adelante. Él había desmontado del caballo igual que los demás hombres que, con las riendas en las manos, le acompañaron para abrevar a los caballos. Sofía aprovechó para señalar con la mirada la puerta de entrada a la masía mientras arrugaba la frente y con furia le ordenó a su hija:

—¡Tú entra en casa ahora mismo y no vuelvas a salir! ¡No quiero verte por aquí hasta que se hayan marchado! ¿Me has entendido?

No había nada que entender. Con la contundencia que le había hablado estaba todo claro y Blau entró en casa sin rechistar. El destino había querido que se anulase la cita del lunes. De este modo ganaba tiempo para pensar si quería continuar relacionándose con Ismail. Se fue a la despensa a guardar los huevos y mientras lo hacía, se sonreía

pensando en la astucia que había empleado el sargento para comunicarle que el lunes no estaría disponible. Al salir de la cocina sonriendo, casi choca con su madre que la miraba contrariada mientras retorcía con rabia, entre las manos, el papel que le acababan de entregar.

—Son unos sinvergüenzas. Nos obligan a darles alojamiento en nuestra casa y no nos podemos negar. No me gusta tener al ejército en mi casa y a ese sargento todavía menos. Se da aires de prepotente porque lleva un arma en el cinturón y va vestido con un traje militar.

—No me dirás qué no es guapo. —Acababa de cometer un descuido. Al momento intentó rectificar—. Bueno, quise decir que es diferente a los chicos de la zona, es mucho más moreno.

—Qué te crees, que no me he dado cuenta de cómo lo miras ¡menuda cara de boba se te ha puesto cuando lo has visto! Te piensas que tu madre es tonta. Pues no, aquí la única tonta que hay eres tú ¡fijarte en un militar franquista!, ¡es lo último que nos faltaba! Además, ese hombre podría ser tu padre.

—Mamá, no es para tanto. No lo conozco de nada. Solo he hecho un comentario sin importancia.

—A ese hombre le gustas y mucho. No te quitaba los ojos de encima y te sonríe a menudo. Estos son lobos viejos y se las saben todas. Se ponen la piel de cordero para embaucar a las jovencitas bobas como tú. De su calaña hay muchos. Cuando vengan a alojarse te marcharás a casa de Irene.

A los pocos minutos se oyeron los pasos apresurados de Andreu e Irene que entraban intrigados.

—¿Qué ha pasado? Hemos visto a la patrulla esa con la que se ha enrolado Oriol que salían de vuestra masía —preguntó Andreu.

—Nada, no pasa nada, simplemente han venido a informarnos de que cualquier día se presentarán en nuestra casa, para quedarse de huéspedes —explicó Sofía dando golpes con el mandato enrollado contra su mano.

—¡Vamos! —dijo Irene tirando de Blau—. Vamos a prepararle a tu madre una tisana, que está muy alterada.

—Creo que yo necesito otra —susurró, nerviosa.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Irene, mientras revolvía en la despensa y abría los saquitos de hierbas que ella misma había dejado allí.

—A mi madre no le gusta nada Ismail.

«Y a mí tampoco» pensó Irene.

—¿Por qué crees que no le gusta? —le preguntó Irene, con la intención de hacerle pensar a su amiga en las razones por las que ese hombre no le convenía.

—Porque me mira mucho, dice que es muy mayor para mí y que no

le gustan los militares. Se ha puesto igual que una fiera. Me ha dicho palabras muy feas.

—¿Que te ha dicho?

—Me ha dicho que soy tonta.

«No ha dicho ninguna mentira» pensó su amiga.

—Anda, lleva las tazas a la mesa que nos tomaremos las infusiones —dispuso Irene.

Una vez sentados los cuatro a la mesa Sofia dijo:

—Si aparecen esos para alojarse en nuestra casa, Blau se irá a vivir con vosotros. No me gusta como la mira ese sargento.

—Me trasladaré yo a vivir a la masía con la excusa de ayudar, será lo mejor —se ofreció Andreu.

—Te acepto la propuesta —dijo Sofía, colocando su mano sobre la de él.

Andreu mantuvo la mano quieta debajo de la de Sofía y aprovechó para sentir el suave tacto de su piel. Por nada en el mundo la dejaría desamparada en esas circunstancias y menos a merced de unos militares desconocidos alojados en su casa.

36
Cerezas

El mes de mayo era la época del año en la que La Valdriet resplandecía. Los sembrados de trigo y cebada lucían con un verde intenso. La suave brisa mecía las espigas, que parecían abrazarse a las amapolas para formar una curiosa pareja de baile. Era toda una fiesta observar las flores silvestres que llenaban los campos. El agua cristalina brotaba de las fuentes y descendía veloz por los barrancos hasta llegar al río Boix, durante el recorrido se podía oír su murmullo, entrechocando con las rocas y cayendo por las cascadas formando charcas, en las que llegado el verano se bañarían niños y jóvenes, y terminar el recorrido desembocando en el río Segre.

Blau estaba inmersa en sus cavilaciones amorosas las cuales le impedían disfrutar del bonito paisaje, al que no prestaba atención. El raciocinio y los sentimientos no se ponían de acuerdo. Se sentía atraída por aquel hombre de piel tostada, ojos negros, sonrisa pícara y porte varonil. Por otra parte, las duras palabras que su madre le había dedicado, y el rechazo de Irene hacia Ismail, le creaban un sentimiento de culpabilidad interno que hacía que la madeja interior de dudas abriese un conflicto entre su parte emocional y racional.

Como cada domingo, las dos amigas se encaminaron hacia el mercado. Ambas iban en silencio después de que Blau intentase varias veces sacar el tema de Ismail e Irene cambiase de conversación ágilmente, sin permitirle continuar.

Irene advertía la angustia de su amiga cada vez que la escuchaba resoplar. Ella quería abrirle los ojos sin hacerle daño, pero no sabía cómo. Recordaba las palabras de su abuela cuando alguna joven acudía a ella pidiéndole una pócima milagrosa para el amor, quejándose de que el joven objeto de sus deseos no le hacía caso: «El corazón no atiende a razones, no saben que el querer ni se compra ni se vende, que si no surge no se puede forzar». Temía entrar en terreno pantanoso si preguntaba y que su amistad se viese afectada, pero viendo lo mal que lo estaba pasando su amiga no se pudo contener y preguntó:

—¿Se puede saber por qué resoplas tanto?

—Por favor, no me cambies de conversación y déjame que te cuente —suplicó Blau—. Ya sé que no quieres que te hable de las dudas que tengo sobre Ismail, pero estoy pasando por un mal

momento. He pensado que si hablo de mis preocupaciones contigo igual encuentro una solución.

—Si quieres que te diga lo que creo que deseas oír no va a poder ser, pienso que, si te relacionas con ese hombre, hagas lo que hagas, sufrirás y pagarás un precio. Si te quedas con Ismail acabarás de desquiciar a tu madre. Por otra parte, si dejas a Ismail tu madre estará tranquila, pero no sé si tú tendrás tranquilidad —señaló su corazón—. No hay peor mal de espíritu que el mal de amores.

—Estoy dándole vueltas a la idea de tratar más a Ismail y darnos la oportunidad de conocernos —dijo Blau, apartando la mirada y buscando sus pies.

—Si te soy sincera, creo que ni tú misma estás convencida de esta relación; de hecho, si tienes dudas es porque has visto algo en él que te hace dudar. Ten en cuenta que cuando alguien quiere conseguir algo de otra persona muestra su cara más amable y oculta sus bajezas todo lo que puede. Al principio de ser novios todo es bonito, luego salen los defectos y lo peor de la persona. Mi abuela siempre me decía que cuando me gustase un chico me fijase en sus defectos, aquellos que más me molestasen y pensase sí sería capaz de convivir aceptándolos.

—Tu abuela te enseñó muchas cosas.

—También aprendo de lo que me cuentan mis clientas. Se de chicas que han sido engañadas por militares que desaparecieron, dejándolas solas y preñadas. Los que están destinados de un lado a otro son los peores. Tienen una novia en cada pueblo.

—Esas habladurías me están afectando.

—A mí también me afectarían. ¿Estás dispuesta abandonar a tu madre, olvidarte de tu sueño de ser enfermera, y de todos nosotros para irte con Ismail al lugar donde lo destinen? ¿Le quieres lo suficiente para renunciar a todo lo demás? Las respuestas a estas preguntas te dirán lo que tienes que hacer.

—Voy a pensar en ello —repitió Blau, agachando la cabeza.

Desde el camino se podía distinguir la figura elegante de Ana mirando hacia ellas. Mientras sonreía su cara tomaba el aspecto de niña angelical y cuando se ponía seria hacía retornar a la mujer. Blau se detuvo delante de ella, cabizbaja y con ojos llorosos. Apoyó la cabeza en su hombro y dejó caer los brazos. Ana le acarició la cabeza a la vez que miraba a Irene, que le hizo una mueca encogiendo los hombros. Ana se imaginó que Blau se había sincerado con ella y el resultado de la charla era el estado de desazón de su amiga.

Ese día caminaron las tres juntas hasta el pueblo. Al llegar, Irene se perdió entre los portales de Artesa de Segre. En más de una casa esperaban los remedios que les daba, unas veces para el dolor físico y otras para ayudar a curar el alma.

—No te voy a preguntar cómo estás, porque tus ojeras hablan por ti —dijo Ana, abrazando cariñosamente a Blau.

—Es que Irene con dos preguntas me ha revuelto toda.

—Da miedo esa mujer.

—Es muy lista. Pienso que me negaba a contarle que había quedado con Ismail porque temía su opinión.

—¿Entonces ya le has contado que quedaste con él?

—¡No!, ¡eso no! Y que no se entere, por favor.

—¿Has tomado alguna decisión?

—Estoy en ello —susurró, inclinando la cabeza.

El mercado había recuperado el bullicio y los corrillos de la gente de la zona. Se podía comprar y vender todo tipo de productos del campo y herramientas para trabajar. Los familiares que vivían distanciados aprovechaban para saludarse y contarse los respectivos chismes de sus pueblos, era la forma social de estar enterados de las novedades de la zona que abarcaba Artesa de Segre.

Las dos amigas, que paseaban tranquilamente entre los puestos de verdura de los campesinos de las masías, se detuvieron delante de una cesta de cerezas de aspecto jugoso, rojas y brillantes. Ana las miró con deseo. Del escote de su vestido azul se dejaba ver el pico de un pañuelo blanco que estaba bien resguardado entre la pechera, tiró de él disimuladamente hasta tenerlo en la mano, deshizo el nudo y contó las monedas de aluminio de cinco y diez céntimos que contenía.

—Póngame unas cerezas —pidió, entregándole a la mujer una moneda de cinco céntimos tan nueva y brillante como una joya. Al tocar la moneda la campesina abrió mucho los ojos y llenó un cucurucho de hojas de periódico. Cuando las jóvenes abandonaron el puesto, la mujer todavía miraba la moneda y le daba vueltas, girándola hacia la luz. Caminaban despistadas, compartiendo las cerezas que les despertaban gula debido a su dulzor.

Ismail, que en ese momento se dirigía al almacén de Quim, las vio alejarse y aceleró el paso hasta alcanzarlas. Cogió del brazo a Blau, que se dio la vuelta de golpe al sentir una mano que la tocaba. Al cruzar las miradas se perdió por unos segundos en la oscuridad de los ojos del militar y la blanca sonrisa que iluminaba su cara. Ella le devolvió la sonrisa. De inmediato, el corazón le arrancó a palpitar con fuerza, no tenía claro si por la alegría de tenerlo delante o por la angustia que le causaba pensar en renunciar a él. Ana siguió caminando para poner distancia entre ellos y darles intimidad. Los observaba gesticular y escuchaba algunas de las palabras pronunciadas por la voz grave del sargento, que tenía las dos manos de su amiga cogidas y no paraba de repetir:

—Dame una razón que sea convincente. Ese no es un motivo.

En el momento en que Ismail aflojó la presión Blau se escabulló de

sus manos. Ella caminó ligera hacia Ana con los ojos nublados y apenada. Ismail, en medio de la calle con los puños apretados, las miraba marchar. Cuando las perdió de vista, dio media vuelta y, a paso rápido, se fue en dirección al almacén de Quim.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana, curiosa.

—Ahora no, Ana. No puedo hablar… —contestó Blau, con la voz entrecortada y deshaciéndose en lágrimas por respuesta.

Irene se encontró en los porches de la plaza con Blau. Ya de lejos observó la postura inclinada del cuerpo de la joven, apoyada ligeramente con el hombro y la cabeza en una de las columnas que sostenía uno de los arcos del porche de la plaza. Parecía desmadejada y lánguida, como una flor mustia. Respiró profundamente mientras se acercaba a ella. La tomó por el brazo sin decir palabra y, una vez fuera del pueblo, de camino hacia La Valdriet, le preguntó.

—¿Le has visto verdad? Me lo he encontrado en el almacén de Quim.

—Sí, hemos hablado —dijo, Blau, guardando un silencio solo roto por el murmullo del agua al circular por el barranco avanzando hacia su desembocadura—. Le he dicho que necesito tiempo para pensar y ordenar mis sentimientos.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Mal, dice que él no dispone de ese tiempo.

—Se habrá molestado.

—Mucho. Él no dispone de tiempo y yo es lo que necesito.

37
La Carta

Sofía abrió la puerta tal cómo tenía por costumbre hacer cada mañana para dirigirse al gallinero a atender a los animales. Al empujarla oyó un ligero roce, igual al de una hoja cuando cae del árbol. Delante de sus pies destacaba, encima de la tierra oscura de la era, por su color blanco, un sobre. Lo recogió y pensó: «será un aviso de Marc dándome instrucciones para reunirnos en Francia». Por un instante lo apretó contra su pecho, antes de darle la vuelta para ver el remitente; únicamente figuraba escrito su nombre de pila en la parte frontal. Se sentó en el poyete y lo abrió con nerviosismo. Contenía una nota escueta, escrita por una mano diestra en redondilla. Resaltaba el negro de las letras en el color ocre del papel utilizado.

> *Marc fue apresado cerca de Andorra junto a un grupo de partisanos que intentaban cruzar a Francia. Se encuentra encarcelado en las Dependencias Militares de La Seu d'Urgell.*

Nadie firmaba la nota. Era lo habitual en la correspondencia comprometida que pudiese poner en peligro al mensajero.

Volvió a guardar la carta en el sobre y recostó la cabeza contra la pared, dejando caer las manos sobre la falda, con la misiva entre los dedos. Cerró los ojos y en esa posición perdió la noción del tiempo. No lloró, porque después del último disgusto se había quedado sin lágrimas. No se le encogió el corazón porque si se le encogía un poco más este le dejaría de latir. Respiró profundamente varias veces, se levantó, entró en casa y se dirigió a la cocina. Blau estaba preparando unas acelgas y patatas para echarlas en el agua que hervía dentro de la olla que estaba sobre el trípode en el fuego. Dentro de un plato de porcelana descascarillado había ajos pelados y unas tiras de tocino salado para freír y aderezar el plato de verdura. La joven alzó la vista y le pareció advertir que su madre, parada en el umbral de la puerta, había menguado. El sobre que sostenía entre las manos temblaba al ritmo de su agitado pulso. Las mujeres cruzaron sus miradas y no hizo falta hablar. Sofia estiró la mano con el sobre entre los dedos en dirección a su hija. Blau tomó el sobre, lo abrió, sacó la nota y leyó. La joven palideció y arrancó a llorar.

Madre e hija se abrazaron, consolándose mutuamente, y se

sentaron a la mesa, una al lado de la otra.

—¿Cómo podemos ayudarle? —preguntó Blau entre sollozos—. Tenemos que hablar con Andreu, igual a él se le ocurre algo.

—Olvídate de Andreu. Él no nos puede ayudar. No podemos permitir que lo relacionen con Marc. Cualquier gestión que Andreu realizara para averiguar la situación de Marc la podrían utilizar para acusarle de cómplice y rojo. En este problema estamos solas y tenemos que buscar la solución nosotras.

Cuando estuvo lista la comida, ambas cabizbajas dieron vueltas con el tenedor al plato de acelgas. Ninguna de las dos comió. Blau retiró los platos y vació su contenido en el cubo de desperdicios destinado a las gallinas. Preparó unas tisanas de la mezcla de plantas relajantes que Irene les había dejado en la despensa y las sirvió.

Sofía apoyó de golpe sobre la mesa la taza de la que estaba bebiendo, provocando en esta un ligero balanceo, y se levantó apresurada para dirigirse a su habitación. Abrió las puertas del armario, retiró la ropa hacia los laterales, palpó el suelo hasta encontrar la herramienta para abrir la puerta de la estancia oculta. Su hija la siguió, pensando que se había indispuesto. La observó en silencio entrar y salir, rápida, de la habitación secreta, sosteniendo en la mano la bolsa de terciopelo negro, que abrió y volcó encima de la cama. Las monedas tintinearon, cayendo encima de la colcha, unas sobre las otras. La sorpresa de las dos fue cuando, de entre las veinte monedas de cinco pesetas de plata con la cara de un adolescente Alfonso XIII, sobresalían seis monedas de oro, cuatro de veinte pesetas, dos de cien pesetas y todas con la misma esfinge del rey.

—¡Mira! ¡Son monedas de oro! —exclamó Blau, cogiéndolas con los ojos muy abiertos.

—Supongo que Marc no lo sabía, se las debió de entregar su padre y se creía que todas eran de plata.

—Ana nos las puede cambiar por monedas y billetes nuevos. El domingo vi como pagaba unas cerezas con monedas brillantes.

—Mañana nos levantamos temprano y bajamos a Artesa. Mientras tú cambias las monedas yo intentaré contactar con el taxista para que me lleve a La Seu. Espero que esté libre y que no coincida con uno de esos días en los que viaja a Barcelona.

Sofía sabía que el taxista únicamente hacía el trayecto si el coche estaba al completo de pasajeros. En varias ocasiones habían viajado en el taxi siete personas apiñadas. El motivo era aprovechar al máximo el combustible, que escaseaba, y sacarle la máxima rentabilidad al Citroën B14 de su padre. El coche había dormido durante toda la guerra civil en un pajar oculto, debajo de una cubierta improvisada por la unión de varios sacos de yute tapada con paja, y rodeado de gallinas, de esta forma se libró de ser requisado por miembros del

ejército de cualquiera de los dos bandos.

Sofía preparó una maleta con dos mudas, artículos de higiene personal y una pastilla de jabón de los que les regalaba Irene. Esa noche de nervios y poco sueño confeccionó un saquito de algodón con tiras gruesas para esconder el dinero y llevarlo colgado de un imperdible en su ropa interior. Distribuyó las monedas, se llevaría un par de cinco pesetas de plata y la moneda de veinte pesetas de oro en el saquito, por si surgía algún imprevisto, y cambiarían cinco de cinco pesetas de plata en moneda de curso legal.

El día amaneció sereno, una suave brisa mañanera ondulaba las espigas de los campos de trigo, que comenzaban a teñirse de rubio. Madre e hija salieron en dirección a Artesa de Segre. Sofía apretaba el asa de la maleta con toda su fuerza.

—¡Mamá! ¿Qué les cuento a Andreu y a Irene cuando pregunten por ti?

—Espero estar de vuelta antes de que se den cuenta de que falto.

—Tú sabes que se pueden presentar mañana en la masía y preguntar dónde estás, les tendré que dar alguna explicación —matizó Blau para que le concretara una respuesta por si eso ocurría.

Sofia avanzó un largo trayecto sin responder. No encontró una excusa adecuada y al final contestó:

—Les dices la verdad. Ellos son parte de nuestra familia y con la verdad se va a todas partes.

Llegaron a Artesa de Segre, tal y como habían calculado, antes de las nueve de la mañana. Las calles estaban casi desiertas, se respiraba tranquilidad, nada que ver con el bullicio de los domingos. Se separaron y quedaron en encontrarse en la puerta de Marcelino, el dueño del único taxi del pueblo. Blau se dirigió a casa de Ana y se apostó en la esquina. Las nueve era la hora en la que la sirvienta entraba a trabajar. No tuvo que esperar mucho, la mujer llegó enseguida, con andares de cansancio, sin duda se había levantado al alba para dejar los propios animales despachados y su casa recogida antes de empezar la jornada laboral. Ramona, una mujer de no más de treinta años, casada y madre de dos hijos que dejaba con las abuelas a jornadas iguales para acudir cada día a trabajar, vestía de gris, era morena, de ojos negros y pelo recio recogido en un moño, delgada y tiesa como un palo. Blau la abordó antes de que entrara en casa de Ana.

—¡Ramona!, ¡Ramona! —llamó, subiendo un tono la voz— ¿Puedes darle un recado a Ana? —La mujer la miró, extrañada de verla por Artesa de Segre un día que no era domingo y a tales horas.

—¿Qué quieres que le diga? Voy a tener que despertarla. La señorita es poco madrugadora —dijo con retintín, dejando aflorar una risita irónica.

—Dile que necesito hablar con ella urgentemente —La mujer asintió y se marchó ligera.

A los diez minutos salió Ana con los ojos llenos de legañas, cara de susto y el pelo encrespado de no haberse peinado.

—¿Qué pasa? —preguntó en tono temeroso.

—No pasa nada —dijo Blau, desenvolviendo el pañuelo y enseñándole las cinco monedas de plata—. Necesito que me las cambies por monedas que sirvan.

—¿De dónde las has sacado? ¡Son monedas de plata! —dijo, sorprendida, acariciando las monedas.

—Me las regaló Marc. ¿Me las puedes cambiar? —No quería darle explicaciones ni recurrir a la mentira. Ana tendría que conformarse con lo poco que podía contarle.

—¿Vas a fugarte con tu novio? —preguntó ella, dibujando una sonrisa cómplice y alzando ligeramente las cejas.

—¡Qué cosas tienes! No tengo novio. Te lo contaré a su debido tiempo, ahora no puedo porque he dado mi palabra —dijo observando la cara de fastidio de su amiga por no ver satisfecha su curiosidad y temiendo, por un momento, que le negara su ayuda.

—Está bien —dijo esta resignada—. Dame las monedas y nos encontramos en media hora en el lugar de siempre.

Quim dejó las monedas apiladas encima de la mesa de su despacho. Abrió la caja de metal que guardaba en el primer cajón con dinero y le pagó a su hija. No las tasó por debajo de su valor como solía hacer con los parroquianos que acudían a él, porque se imaginó que las monedas tenían algo que ver con asuntos de la familia del novio de la joven y no quería quedar como un usurero.

Blau esperaba impaciente a su amiga y respiró profundamente en el momento en el que la vio llegar.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —preguntó Ana, a la vez que le entregaba el dinero.

—No, gracias —contestó, esperando a que su amiga se despidiese para llevárselo a su madre.

—Estás muy rara —repitió Ana, arrugando el entrecejo.

—Ahora tengo que marcharme. Te prometo que cuando pueda te lo contaré —prometió dándole un beso en la mejilla, antes de salir disparada en dirección a casa del taxista.

—Llegas tarde —le reprochó Sofía, nerviosa.

—He venido lo más rápido que he podido.

—¿Te ha cambiado las monedas? —preguntó, impaciente.

—Sí —respondió, entregándole el dinero envuelto en el mismo pañuelo que había contenido las monedas de plata minutos antes— ¿Te llevará?

—Le he tenido que llorar un poco y me va a salir bastante caro.

Tendré que pagar el precio del viaje como si el taxi fuese completo y me lleva porque es a La Seu que si fuese a Barcelona tendría que esperar al día que toca —explicó Sofía resignada ante el elevado precio.

Madre e hija se abrazaron delante de la mirada indiferente del taxista, que esperaba a que se despidiesen. Sofía subió al coche y cerró la puerta con determinación. El taxi arrancó y su hija se quedó inmóvil ante la visión del coche, que se fue alejando hasta desaparecer.

38
Las Niñas

Blau permaneció inmóvil durante un buen espacio de tiempo y con la vista fija en la dirección por la que se había perdido el taxi, que llevaba a su madre dentro. Era la primera vez que saboreaba la amargura de la soledad. Lo que menos le apetecía era refugiarse entre las paredes solitarias de la masía. Comenzó a andar y sus pies la llevaron de vuelta a la puerta de casa de Ana. Necesitaba compañía. Alguien que le ayudase a mantener la mente ocupada. Estuvo allí parada durante un tiempo que no se preocupó en controlar. La puerta del almacén de Quim estaba abierta. Al ser un día de diario eran pocos los parroquianos que lo frecuentaban. Nada que ver con los domingos por la mañana, en los que recibía los clientes a pares.

Ana salió por la puerta del almacén como una flecha dirigiéndose a su encuentro.

—¿Qué haces en la puerta de mi casa? —susurró—. Como te vea mi madre, le va a dar uno de sus ataques de dolor de cabeza y me obligará a pasar el día encerrada con ella con la excusa de que tengo que cuidarla. Vete y me esperas debajo de los pórticos, que enseguida voy para allá.

Sin que le diera tiempo a contestarle Ana dio media vuelta y volvió a entrar en su casa por la puerta del almacén.

Blau se encaró, a paso lento, hacia la Plaza Mayor y se apoyó en una de las columnas de uno de los pórticos desde donde podía vigilar la calle por la que llegaría su amiga. Mientras esperaba, se entretuvo mirando a dos mujeres que salieron a la vez a barrer a la entrada de sus respectivas puertas. Entre barrido y barrido, se fueron acercando hasta quedar apoyadas en las escobas una enfrente de la otra y comenzaron a charlar, mientras le lanzaban miradas curiosas. En pocos minutos divisó desde lejos la silueta de Ana, que se detuvo al lado de las mujeres para saludarlas antes de seguir su camino hasta tenerla a su lado.

—Tienes un comportamiento muy extraño, ya me explicarás que es lo que te está pasando —le recriminó, temiendo que su comportamiento tuviese que ver con el sargento.

—He terminado de hacer los recados y no quiero irme a casa tan pronto y he pensado que podríamos dar un paseo, sí estás libre…

—Menos mal que te ha visto Ramona y me ha avisado de que

estabas, otra vez, enfrente de casa, porque ya sabes que si te ve mi madre me cuesta una discusión —expresó un tanto molesta.

—Perdona, intentaré ser más discreta —se disculpó.

—Tengo miedo de que mi madre me estropee los planes que tengo para hoy. He quedado en llevar a las hermanas pequeñas de Pau a comer al río, ¿te quieres apuntar? —la invitó.

—No he traído comida.

—No importa, hay de sobra para todas; la tengo encargada, vamos a por ella —dijo, tomándola del brazo y tirando de ella.

Cruzaron la carretera principal, para entrar en un callejón estrecho con una cuesta inclinada que debieron subir hasta llegar al horno de pan, donde les entregaron una cesta de mimbre alargada tapada con una servilleta de cuadros verdes. Después volvieron a cruzar la carretera principal, para perderse dentro de un sinfín de callejones que desembocaban en pequeñas plazas, hasta llegar delante de una fachada estrecha de ventanas pequeñas. Una vez allí, Ana empujó la puerta principal con fuerza, entraron y se detuvieron al inicio de una escalera desde donde voceó:

—¡Luisa, Angelita! ¡Bajad, que ya estoy aquí!

Se oyeron pisadas de pies pequeños que bajaban a la carrera por la escalera. Eran dos niñas, de entre seis y ocho años, que se abalanzaron sonrientes sobre Ana para abrazarla. Miraron a Blau de reojo, esperando a ser presentadas y salir corriendo en dirección al río.

Se detuvieron al llegar a unas charcas, donde las niñas se entretuvieron mareando a unos renacuajos, que atrapaban y volvían a soltar. Ana se moría de ganas de preguntarle a Blau por los pensamientos que pasaban por su mente ausente. Le daba vueltas a los posibles motivos que habían llevado esa mañana tan temprano a su amiga a presentarse sin previo aviso en la puerta de su casa con monedas de plata para que se las cambiase. Se preguntaba ¿para qué necesitaba el dinero? ¿dónde se iba a marchar? ¿qué pensaba comprar? Deseaba enterarse y no se quedaría tranquila hasta que lo hiciera, aunque sabía que cuando Blau estuviese preparada se lo contaría. Por mucho que le fastidiase tenía que respetar sus decisiones.

A la hora de comer cambiaron de lugar. Subieron por un camino estrecho que terminaba en un pequeño llano y donde había una fuente de la cual brotaba agua fresca. Ana apoyó la cesta en la hierba y retiró la servilleta para sacar la comida. Dentro había una coca de sanfaina, varias empanadas rellenas de espinacas, piñones, pasas y un bizcocho de, al menos, seis huevos. Eran muy pocas las familias del pueblo que se podían permitir ir al horno a comprar otra cosa que no fuese pan.

Las niñas sostenían en sus delgadas manitas un trozo de coca en una mano y en la otra una empanada. Alternaban los mordiscos de una mano a otra. Las pequeñas bocas de dientes diminutos parecían

trituradoras que engullían a gran velocidad. Ana las animó a que comieran despacio, y les explicó que les podía sentar mal hacerlo tan deprisa. Las niñas la miraron asintiendo y siguieron comiendo a su ritmo sin hacer el menor caso.

Blau únicamente comió la media mitad de la empanada que le dio Ana de la suya y un minúsculo trozo de coca. Las niñas no quisieron bizcocho y preguntaron si se lo podían llevar a su casa para merendar. Blau y Ana les dieron su parte. Esa tarde la familia de Pau celebrarían un festín con los trozos de bizcocho que compartirían entre todos. Una vez devueltas las niñas a su casa, por fin, se quedaron solas.

—La familia de Pau es humilde, pero son muy buena gente —dijo Ana para romper el silencio que se produjo al faltar el barullo que habían formado las niñas durante todo el tiempo que estuvieron con ellas.

—Tienes suerte con Pau y con su familia.

—Este verano volverá con la carrera terminada. Me gustaría que le saliese trabajo lejos de aquí y así poder marcharnos...

—¿Y él qué te dice al respecto?

—Que primero tiene que terminar la carrera y luego ya se verá. Estoy cansada de que mi madre haga todo lo posible para que le coja manía a su familia. Me satura con comentarios humillantes dirigidos a ellos y mi padre ha cambiado mucho —dijo chasqueando la lengua—. Mi padre me ha decepcionado. Dedica todo su tiempo a sus trapicheos. Ya no hablamos, nos hemos distanciado mucho.

—Siempre me tendrás a mí —le dijo Blau, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Somos las hermanas que no hemos tenido —le susurró al oído a la vez que le daba un abrazo de despedida para, seguidamente, tomar el camino en dirección a la masía.

Blau llegó, finalmente, a su casa. Le pareció triste verla cerrada y sin humo saliendo por la chimenea. Hasta las gallinas, a las que ese día no se les había dado de comer, estaban calladas. La vida de la casa la representaba el cuidado huerto sin una mala hierba, con los planteles bien alineados de las variadas verduras y los árboles frutales que lucían en esa estación con sus incipientes frutos colgando. Las plantas que decoraban la entrada daban el colorido que le faltaba a la insípida fachada, a la que alegraban, al rodearla, de rosas, dalias, pensamientos, lilas y un arbusto de hierbaluisa. El centenario nogal le daba un aspecto regio, en un hueco de su tronco escondían la llave cuando salían y cerraban la casa a cal y canto.

El día había sido intenso y estaba deseando irse a dormir. Se apresuró en llevarle el cubo de los restos de verduras y trozos de pan duro a las gallinas. Recogió los huevos y cerró la puerta ajustando la balda por dentro.

Tuvo que encender el fuego, que avivó y alimentó con ramas secas

y unos troncos. Cocinó una tortilla para cenar y, para el postre, fue a la despensa, cogió aquel bote de melocotones en almíbar que su madre no le dejaba tocar, diciéndole que lo guardaba para alguna ocasión especial, lo abrió y se comió con deleite cuatro mitades. Si quedaron en el bote algunas, fue porque no le cabían más.

Esa noche se acostó pronto. Los nervios producidos por la llegada de la carta y las vueltas que dio su madre a su lado en la cama la noche pasada, la habían tenido en duermevela. Al dejar caer su cuerpo encima del mullido colchón de lana estaba tan agotada que se sumió en un profundo sueño.

39
Las Medias

Blau se levantó a mediodía, al comenzar a rugirle las tripas. Entró en la cocina, desperezándose, echando a faltar el tintineo del menaje que solía manipular su madre y el ligero sonido de sus ágiles pasos yendo de un rincón a otro sin parar. El fuego se había apagado. Pensó que ya lo encendería más tarde, ya que en ese momento no tenía ganas.

Cogió el bote de cristal con el resto de los ricos melocotones en almíbar y se sentó a la mesa. Mientras terminaba de comerse los melocotones, se entretuvo en mirar un óleo que colgaba de la pared. El cuadro jugaba con la paleta de colores verdes de las hierbas y los árboles, los ocres y amarillos de las espigas, a punto para ser recolectadas, y los naranjas, rojizos y violetas de una puesta de sol con la masía de fondo. La obra la había pintado un primo lejano de la madre de Marc, regalándoselo en agradecimiento por las vacaciones de verano que pasaba allí con su familia, costeadas por el linaje Dolç.

Arrastró la maleta grande, la que su madre le había prohibido tocar, la levantó y la apoyó encima de la cama revuelta y sin hacer. La contempló igual que se contempla un tesoro, esa maleta contenía pertenencias de su madre que deseaba explorar. La abrió decidida, sin ningún remordimiento. Estaba bien ordenada y preparada para salir de viaje esperando el aviso. Al mover la ropa se desprendió olor a lavanda; era la huella de los saquitos repletos de las flores de la planta que su madre se entretenía en preparar y alojar por los cajones, baúles y maletas. Era emocionante poder hurgar tranquilamente entre las pertenencias íntimas de su madre. La ropa interior estaba perfectamente doblada en un lateral, los calzones nuevos unos encima de otros, los de algodón los retiró a un lado y se detuvo en uno color marfil y otro rosa palo de seda natural, ambos ribeteados con finas puntillas a juego y del mismo color y tela que los sujetadores. Se probó uno de los conjuntos, que se le amoldó al cuerpo, se miró y se sintió adulta y decidió que pronto se los podría pedir a su madre para usarlos. Las combinaciones de seda le parecieron maravillosas frente a esas enaguas desgastadas que llevaba de algodón. Tocó las medias de seda perfectamente dobladas junto a las ligas. Su madre le había regalado unas para reyes que le requisó con la excusa de reservarlas para una ocasión especial sin que hubiese llegado a utilizarlas. Deslizó las medias con sutileza por su mejilla y disfrutó del suave tacto. Había

contemplado a su madre en muchas ocasiones, sentada en la cama de la habitación del piso de Barcelona, mientras se las ponía. Se sentó en la cama imitando a su madre y enrolló una de las medias con cuidado para introducir el pie y deslizarla por la pierna. La aseguró con la liga para que no se le cayera y fue a enrollar la segunda media para ponérsela, pero, con la punta de la uña, un hilo se quedó enganchado y al estirar se fue deslizando, provocando una carrera. Se quitó la media, dobló la rota y las guardó, entendiendo entonces por qué Sofía no le dejaba tocar ciertas cosas y por qué le había guardado las medias de reyes. Mirando las medias rotas recordó la imagen de su madre, poniéndoselas con unos guantes blancos que estaban doblados entre la ropa. Dejó cada prenda en su lugar y cerró, apenada, la tapa superior de la maleta, guardándola debajo de la cama y dando por terminada su aventura.

Era media tarde cuando recordó que su madre le había insistido en que ventilara la casa, regara el huerto, las plantas de la era y diera de comer a las gallinas. Sofía le había explicado que si pasaba Andreu cerca de la casa las ventanas abiertas le darían sensación de normalidad y no sospecharía, así que se pasó el resto del día intentando seguir las instrucciones que le había dado y, atareada en esas labores, la noche se le cayó encima.

Se fue a la cama llevándose como lectura el libro *El manual de la enfermera moderna* y una lámpara de carburo. Estuvo entretenida leyendo hasta que los ojos empezaron a llorarle de cansancio y se quedó dormida. A las dos horas, la despertaron unos ruidos que parecían provenir de todos los rincones de la habitación. El corazón le latía con fuerza y se sentó a oscuras en la cama para intentar identificarlos. Pensó que alguien se había colado en el piso superior. Escuchaba pisadas claramente, unas veces sonaban más despacio y otras más rápidas. El carburo de la lámpara se había consumido mientras leía. Palpó la silla para buscar una vela y no la encontró. Estiró la sábana y se metió debajo. Escuchaba crujidos que provenían del armario. Se preguntaba si habría alguien escondido detrás de la puerta secreta.

La masía cobraba vida propia por las noches y los ecos nocturnos la tenían aterrada. De vez en cuando caía en el sopor del sueño, pero la alarma interior programada por el miedo la despertaba. Llegando a la madrugada cerró los ojos y se abrazó a la almohada pensando en que todo eran imaginaciones suyas y, al fin, pudo dormir.

Abandonó la cama cuando un rayo del sol de mediodía atravesó la fisura de la contraventana y se prolongó hasta su cara. La sala le pareció enorme y fría. La ausencia de compañía le provocaba desamparo y la invadió una sensación de desdicha. Abrió las ventanas para que la luz entrase y, al hacerlo, le refrescó la cara un soplo de

aire fresco con olor a flores. Encendió la lumbre y se preparó un cazo de café bien cargado, esta vez de café puro, sin achicoria añadida, lo necesitaba.

No quería volver a pasar otra noche de insomnio como aquella. No deseaba pasar los días, en los que su madre estuviese fuera, sola entre aquellas paredes que por la noche crujían sin parar. Se preparó para irse a casa de Irene y Andreu. Determinó que hablaría con ellos y les pediría que se trasladasen a la masía a vivir con ella hasta que su madre volviese. Les contaría toda la verdad, entenderían que era un asunto familiar y que Sofía no les quería comprometer.

Con dificultad quitó la travesera de la puerta y la abrió. La sorpresa la tuvo al salir a la era y encontrarse con Ismail sentado en el poyete, fumando tranquilamente.

—Estaba esperando a ver si alguien se dignaba a aparecer —dijo, poniéndose en pie y acercándose a ella.

—Si hubieses llamado te habría abierto —contestó, sonriente.

—Para que molestarme si la puerta siempre está abierta. Excepto cuando no estáis en casa —afirmó.

—Pues ya ves que no siempre es así ¿A qué has venido? —preguntó intrigada.

—Entre otras cosas he venido a visitar a la mujer más guapa de todo el valle —afirmó, dando una calada al cigarro y soltando luego el humo, que fue directo a la cara de la joven.

—¿Y qué son esas otras cosas? —preguntó ella, esparciendo el humo de delante de su cara con la mano.

—Esas las tendré que hablar con tu madre —dijo, lanzando el cigarro al suelo y pisoteándolo con las botas militares.

—Ella hoy no está.

—¿Tardará mucho en volver?

—Unos días.

—Entonces tendré que hablar con la hija —dijo, alargando la mano y acariciándole con el dedo índice la mejilla—. Han destinado a nuestra patrulla a esta zona y desde hoy nos alojaremos en vuestra masía. La otra vez que estuve aquí le entregué a tu madre la orden de la Comandancia Militar en la que se pide que se nos dé alojamiento. El desayuno tiene que estar preparado a las siete de la mañana y la cena a las nueve de la noche sin falta.

40
La Profanación

Blau se quedó sin palabras. Se le iba a llenar la casa de soldados y estaba sola para atenderlos. Pensó, preocupada, que no estaba preparada para ello.

—¿No me vas a invitar a entrar? —preguntó Ismail, dando un paso en dirección a la entrada. Sofía habría pensado que estaba profanando su casa.

—¿Qué hay detrás de esas puertas? —preguntó, parado en medio de la entrada.

—En la puerta pegada a la pared están las herramientas y los trastos de trabajar el campo, y las demás habitaciones son para cuando venían los temporeros en la época de la siega —respondió ella.

Él asintió con la cabeza y subió los escalones que daban entrada a la sala principal.

Blau abrió la primera puerta que estaba a la izquierda de la entrada y él asomó la cabeza. Era una habitación rectangular, compuesta por una sencilla cama individual de nogal, cubierta por una colcha blanca realizada a ganchillo, un armario de dos cuerpos, a la izquierda una mesita de noche, a la derecha una cajonera cubierta de mármol blanco y un palanganero de hierro con un espejo cuadrado. Las habitaciones de la planta baja se destinaban a los ascendientes de mayor edad para que no corriesen el peligro de caerse al subir y bajar la escalera. En aquella habitación había pasado sus últimos días la abuela de Marc. Ismail frunció el entrecejo, dejó la puerta entornada y pasó a la siguiente habitación, en la que actualmente dormía Blau con su madre. Al abrir la puerta aspiró el olor a limpio que se respiraba en esa estancia, del jabón de lavanda con el que lavaban las sábanas, de los saquitos de flores secas que colgaban de las perchas del armario y el del aceite de pétalos de rosa con el que la joven se perfumaba. Tomó el cojín, enfundado en la tela de algodón blanco, se lo acercó a la cara e inspiró fuertemente.

—Aquí duermes tú ¿Verdad? —preguntó a la vez que sonreía.

—Estos días he dormido aquí con mi madre, pero mi habitación está arriba.

Ismail salió en dirección al piso superior. Le cedió el paso a Blau imitando el gesto de un caballero. Ella subió la escalera y él la siguió. Hacia la mitad de los peldaños Ismail acercó la mano a las nalgas de la

joven y la empujó ligeramente hacia arriba. Ella se giró al notar la mano que empujaba su trasero.

—¿Qué haces? —preguntó, indignada, dando un salto y forzándose a subir los escalones que le faltaban de cuatro en cuatro.

—Lo único que pretendía era ayudarte a subir rápido —contestó, soltando una carcajada.

Ismail subió los peldaños de madera que morían en la buhardilla, levantó las cejas y descendió rápidamente. Los trastos viejos y el polvo no le interesaban. Inspeccionó las habitaciones una a una y bajó risueño al primer piso. Blau le seguía a cierta distancia.

—Me quedaré con esa habitación —concretó, señalando la habitación de Marc, donde dormían ella y su madre, la misma que ocultaba la entrada a la estancia secreta. Su decisión fastidió a Blau y no pudo evitar que aflorase en su rictus una mueca de desagrado que él ignoró.

—Está bien, sacaré mis cosas y cambiaré las sábanas.

—Cuando venga con mis hombres mandaré que hagan algunos cambios. Quiero la mesita de la habitación de al lado y el palanganero con el espejo en esta habitación —expresó, señalando con gesto autoritario el lugar donde él quería alojarse—. No hace falta que cambies las sábanas. Huelen a ti y me gusta.

Ismail dio un paso al frente, aproximándose a Blau y tomándola de las manos.

—Estás extraña. Da la impresión de que me rehúyes —le dijo mientras le desataba el lazo que le recogía los rizos y pasaba los dedos entre ellos para tocarlos—. Tienes el pelo suave y eres tan bonita… —susurró mientras se acercaba a su cuello y lo rozaba con los labios sin besarlo.

Ese hombre le provocaba incertidumbre y se sentía culpable al dejar que se le acercara. Su madre no aprobaría ese comportamiento. Le gustaban sus caricias, le gustaba tenerlo cerca y que le susurrara palabras bonitas al oído. El roce de los labios en su cuello le produjo cosquillas y el calor que desprendió el cuerpo de Ismail al acercarse, le aceleró el pulso. La desconfianza que mantuvo momentos antes se evaporó igual que la niebla espesa del invierno desaparece en primavera.

—No huyo de nadie —dijo con voz trémula, mientras él seguía avanzando por su cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja y atraparlo suavemente con los labios para lamérselo y besárselo.

—Es una lástima que tenga obligaciones y me tenga que reunir con mis hombres, porque me quedaría a pasar toda la tarde contigo —dijo, encadenándola a su cuerpo, pasando las manos alrededor de su cintura y aprovechando para besarla plácidamente. Ella cedió, cerró los ojos y se prestó al juego del cazador, el cual supo en ese momento

que la presa ya era suya.

Por la noche, Oriol fue el primero en entrar en la masía a saludar. Traía aspecto de cansado y preocupado. Ismail, a modo de favor y como excepción, le había dado permiso para irse a su casa, que estaba a poca distancia, en los descansos. No la miró en ningún momento a los ojos. Cuando se armó de valor para preguntarle por Sofía apareció Ismail, los bordeó y fue directamente a depositar un frugal beso en los labios de Blau. Oriol salió a pasos firmes sin despedirse, con los ojos enfurecidos y el corazón roto. A partir de ese día esperaría a sus compañeros por las mañanas en la puerta y no volvería a entrar en la masía.

Terminaron de cenar. Los hombres tomaron café de puchero aderezado con un buen chorro de coñac que sacaron de sus alforjas. Salieron todos a la era a fumar y a charlar acompañados de las estrellas. Ahmed sustrajo de la bandolera de tela de colores, que llevaba cruzada al pecho, su particular pipa para fumar kif, compuesta por una cazoleta de arcilla y un mango de madera largo y delgado. La llenó del preparado que guardaba en una bolsa de cuero, le prendió fuego y comenzó a darle fuertes caladas. Según él, fumar kif le relajaba y propiciaba que durmiera mejor.

Blau no estaba acostumbrada a tanto trajín ni a cocinar para tanta gente. El agotamiento estaba comenzando a afectarle y las fuerzas le fallaban. Sigilosa, y sin dar las buenas noches, pensando que nadie notaría su ausencia se dispuso a subir a su habitación a descansar. Ismail, que entraba sonriente a la sala en ese momento, se percató de las intenciones de la joven de desaparecer escalera arriba. La cogió por la muñeca y la abrazó con fuerza para perderse entre las líneas de su cuello.

—Hueles tan bien y tienes una piel tan suave…. —le susurró al oído.

La tomó de la mano y con suavidad la encaminó a la habitación donde él iba a dormir y cerró la puerta. La despojó del vestido, la contempló a la luz de la lámpara de carburo en combinación de algodón y puntillas de bolillos, parecía más niña de lo que era y le excitó. La palpó para no perderse ninguna de sus curvas. Ella inmóvil no sabía cómo comportarse y a él le gustaba su sumisión. Así le gustaban las mujeres, sin iniciativa y obedientes. La tumbó en la cama, le levantó la ropa, le bajó apresurado los calzones de algodón hasta que salieron por los pies, con prisa se desabrochó la correa y el pantalón, medio desnudo le separó las piernas y se abalanzó sobre ella, empujó con fuerza y la desfloró. Al terminar se apartó, se dio media vuelta y se tumbó a dormir. Ella boca arriba miraba al techo, no comprendió muy bien que era lo que acababa de ocurrir. Se acordó de las amigas de su madre de Barcelona y de las charlas sobre

hombres que tanto les divertían. No las debió de entender bien porque lo que acababa de experimentar había ocurrido tan rápido, que si no fuese por el dolor que sentía en el bajo vientre para ella era como si no hubiese pasado.

A la mañana siguiente al despertar Blau se asustó al encontrar unas gotas de sangre en la combinación. Ismail sonrió satisfecho y sacó pecho. Le dio un fugaz beso en los labios y fanfarroneó de hombre experto en mujeres.

—No te preocupes, es normal sangrar la primera vez —dijo, incorporándose para vestirse y darle la espalda, Blau observó la enorme cicatriz que nacía en el centro de la columna y se ensanchaba en el recorrido hasta morir en el costado, igual que un río desde que nace hasta su desembocadura. La piel presentaba diferentes malformaciones en relieve.

—¡Vaya cicatriz! —exclamó tapándose la boca con la mano— ¿Cómo te la hiciste?

—Me la hicieron —contó—. Ocurrió en la rebelión de Annual al norte de Marruecos en la región del Rif. Luchábamos contra las tropas rebeldes de Abd el-Krim. Me acertaron un disparo y me derribaron del caballo con tan mala suerte que caí de espaldas. El golpe abrió la herida y se me rompieron varias costillas y una vértebra. Ahmed me salvó la vida, me recogió y me puso a salvo. Los Rifeños pasaban a degollar a los heridos uno a uno para no dejar supervivientes; no querían prisioneros a no ser que fueses un alto mando para negociar con la vida. Yo solo era un soldado —guardo silencio y chasqueó la lengua— ¿Te repugna la cicatriz? —preguntó sosteniéndole la mirada.

—Quiero ser enfermera, y sería una mala enfermera si me repugnaran las cicatrices —dijo ella manteniéndole la mirada. Era la primera vez que lograba penetrar en la negrura de sus ojos sin apartar la vista o agachar la cabeza.

—No me tengas lástima, porque no se lo he consentido a nadie y a ti tampoco te lo pienso consentir —le advirtió en el tono de amenaza militar que le había oído emplear con sus hombres al darles órdenes.

41
El Apretón de Manos

Andreu e Irene estaban sentados a la mesa. Ellos solían tomar café a primera hora de la mañana y después de varias horas de trabajo desayunaban tranquilamente. Blau empujó la puerta que estaba entornada y entró igual que un remolino de aire. Necesitaba ayuda y eran los únicos que le podían conseguir víveres para dar de comer a la cuadrilla que le había ocupado la masía.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Irene levantándose a poner otra taza de café en la mesa y volviendo de nuevo a su silla.

—Necesito que me ayudéis —solicitó Blau, sentándose en medio del padre y la hija con la taza de café que le había puesto Irene entre las manos—. Los soldados se instalaron en casa ayer noche y necesito conseguir víveres para ellos. El mandato nos obliga a proporcionarles desayuno y cena.

—Los he visto. Estaba esperando a que tu madre viniera a decírnoslo —dijo Andreu, empleando un tono de voz que sonaba a estar molesto—. ¿Por qué no ha venido ella? —preguntó, enojado.

—Mi madre no está. Tuvo que marcharse —contestó sin mirarlos a la cara y perdiéndose dentro del líquido oscuro de la taza.

—¿Se ha ido sin ti y te ha dejado sola con la masía llena de soldados? —preguntó Andreu a la vez que tragaba saliva y acentuaba la tensión de sus quijadas— ¡No me lo puedo creer! Me dijo que te quedarías con nosotros durante el tiempo que la masía estuviese ocupada y después de mucho insistir aceptó mi ayuda.

—Voy a explicaros lo que ha pasado. Espero que no os enfadéis —dijo levantando la barbilla para mirarlos—. Recibimos una carta anónima diciendo que Marc estaba detenido en la Comandancia Militar de La Seu d'Urgell. —Observó las caras de sorpresa de Irene y de Andreu y continuó—: mi madre se ha ido a La Seu para averiguar si es verdad que Marc está preso. A los dos días de marcharse mi madre, se presentaron los soldados y no me dio tiempo de avisaros.

—Lo que no llego a entender es porque puñetas os callasteis y no vinisteis a contárnoslo. Podía haberla acompañado. Eso es falta de confianza. Nosotros estamos para ayudar en todo lo que podamos —se quejó Andreu, molesto.

—Mi madre no quiso que lo supierais porque ella sabía que no la dejarías ir sola y no quiere que tengáis problemas.

El gesto de Andreu y su dura mirada no podían reflejar más claro lo enfadado que estaba. No articuló palabra. Intentaba mantener la compostura ante las jóvenes, aunque ellas sabían bien, por las arrugas acentuadas de su entrecejo, que estaba disgustado. Necesitaba tomar aire, salió a la era y se dejó caer en el poyo con la cabeza gacha y la mirada fija en sus manos mientras se liaba uno de sus cigarrillos. Fumó dando fuertes caladas y espirando el humo con fuerza. Al terminar volvió a entrar en casa donde seguían las dos chicas en la misma postura que las había dejado: sentadas a la mesa en silencio y mirando los restos del poso de café del fondo de la taza.

—¿Cuánto tiempo va a estar tu madre fuera? —preguntó, intranquilo.

—No lo sé, pretendía estar fuera de casa como mucho una semana. Creo que debe estar a punto de volver, hace ya cuatro días que se marchó.

—¿Van a quedarse por mucho tiempo los soldados? —preguntó Andreu.

—No creo. Ayer noche escuché una conversación sobre la situación en la que se encuentran los huidos. Los que no han apresado están retrocediendo a través de las rutas de montaña en dirección a la frontera. Piensan que pueden reorganizarse en el Pirineo y se marcharán para darles captura.

—Cuanto antes se marchen mejor para nosotros —comentó Irene.

—Será mejor que nos traslademos nosotros a la masía y así te ayudaremos —propuso Andreu.

—No podéis venir ahora a vivir a la masía por las buenas, lo pueden tomar como una falta de confianza y contrariarles. No es buena idea.

—No me gusta que estés sola con esa pandilla de bárbaros —dijo Andreu.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Se marcharán pronto y mi madre volverá mañana o pasado. Lo que necesito con urgencia es que me ayudéis a conseguir comida para darles. Vosotros conocéis a todas las masías del entorno. He solucionado el pan y la leche con los de *Casa Moliné*, pero necesito carne, queso y miel. Mi madre dejó verduras en el huerto y tengo botes de mermelada y tomate en conserva en la despensa.

—Nosotros te podemos suministrar liebres —dijo Irene.

—¿Liebres? ¡No! que está prohibido cazar y si nos descubren nos mandan al cuartelillo a todos —precisó Blau con seguridad.

—Te las llevaré cocinadas y les dices que es conejo. Esos no se enteran —dijo Irene y esbozó una sonrisa al pensar que de algún modo los podía engañar.

Por la tarde, Andreu e Irene llegaron cargados con las provisiones.

Ismail los miró ladeando la cabeza. La patrulla había regresado antes de la hora y Blau no lo había previsto. Los soldados estaban en la fuente abrevando a los caballos. Andreu caminó hasta la puerta y dejó los cestos en la entrada de la casa. Ismail no le quitaba el ojo de encima. Los dos hombres se midieron las fuerzas con la mirada. Andreu presionó las quijadas y apretó los puños. Ismail apoyó una de sus manos en el cinturón que soportaba la cartuchera que alojaba el arma. Blau e Irene se miraron. En la mirada de ellas se podía leer intranquilidad.

—Ismail, estos son Irene y Andreu. Ellos cuidan de las tierras y viven en la casa de allí abajo —los presentó Blau, señalando en dirección al camino—, les he pedido que traigan provisiones —explicó para destensar el ambiente.

Ismail acercó la mano a Andreu y se dieron un apretón de manos. No fue un apretón de hombres que titubean y dan la mano floja, ni fue un apretón de esos que rompen los dedos para demostrar la fuerza, fue un apretón de dos hombres que demostraban personalidad y dejaban clara la firmeza de sus decisiones.

Blau entró en la habitación de Ismail. La cena estaba puesta en la mesa y fue a decirle que ya podía salir a cenar. La imagen la paralizó. Él estaba tumbado en la cama, boca arriba, con los brazos extendidos. De uno de los brazos colgaba una goma aflojada, que era igual a las que el libro mostraba y explicaba que las utilizaban las enfermeras para realizar extracciones. Sobre la mesita de noche había un estuche alargado de metal, que estaba abierto con una jeringuilla en su interior, al lado había un bote de cristal abierto lleno hasta la mitad de polvo blanco. Era morfina. Ismail al escuchar sus pasos murmuró:

—Es para el dolor. —Y volvió a cerrar los ojos.

—Me lo he imaginado —contestó ella y después de un breve silencio dijo—: la cena está lista. —Y salió ajustando la puerta sin hacer ruido.

Los hombres devoraron la suculenta cena que Irene había cocinado: una liebre con setas y de postre requesón de la zona con miel y nueces. Estaban contentos de tener la barriga llena y salieron a tomar la fresca. Uno de ellos le confesó a Blau que no se paraban a comer y por eso llegaban por la tarde famélicos.

Ismail cogió de la mano a Blau y la condujo a la habitación. El estuche de metal con todos sus componentes había desaparecido de encima de la mesita. El macuto de piel de camello que Ismail siempre llevaba consigo colgaba de la silla semiabierto. Él le dejó claro el primer día la importancia de tener agua limpia todos los días a su llegada y, a parte del aseo personal, ella entendía ahora la insistencia, era para limpiar la jeringuilla.

Ismail se sentó en la cama y le puso la mano delante parando la

intención de ella de sentarse a su lado y la empujó ligeramente para distanciarla.

—Quieta ahí —ordenó a la vez que le asomaba una sonrisa ladina —. Quítate la ropa. Toda.

Blau delante de la mirada libidinosa de Ismail se fue despojando de todas sus prendas, hasta quedarse con los calzones y el sujetador puestos.

—Te he pedido que te quites la ropa y he dicho toda —recalcó divertido—. Y suéltate el pelo —añadió, desatándole él mismo la cinta que le recogía los rizos, los cuales cayeron en cascada cubriendo sus pechos ya desnudos. La tuvo unos minutos delante para recrearse en la belleza de sus curvas. Mediante gestos con la mano le indicó que se acercase, ella obedeció y avanzó unos pasos. Él la posicionó entre sus piernas abiertas, la agarró por las caderas y la abrazó mientras emitía unos entrecortados susurros—. Eres preciosa —decía una y otra vez, mientras le besaba los pechos tersos y aterciopelados a la vez que deslizaba los dedos por su intimidad para acariciarla.

Blau temblaba con solo pensar en el dolor que le había causado cuando la penetró la otra noche y no deseaba que volviera a ocurrir. Desde aquel día no la había vuelto a tocar. Le daba besos esporádicos y alguna palmada en el trasero antes de marcharse a descansar, sin intención de que ella lo acompañase.

Él esperaba esa noche poder cumplir como hombre, que le ayudara la baja dosis de morfina que se había inyectado y la alta excitación que ella le producía. Pasado el tiempo de los preliminares eso no ocurrió. Ismail se enfureció de tal modo que la empujó tirándola al suelo y provocándole un golpe seco en la espalda contra el armario. La joven del impacto que recibió al caer comenzó a notar como latían las rojeces en su piel. Se sentó y se acurrucó contra el armario, encorvando la espalda para dejar caer la cabeza sobre los brazos y las piernas. Él se acercó, le levantó la barbilla y extendió la mano, autoritaria, que ella cogió sin oponer resistencia. La condujo hasta la cama, la contempló, frágil y aterrorizada, entonces le abrió las piernas con fuerza, la embistió durante unos breves minutos y descargó todas sus frustraciones en aquel acto.

42
La Pensión

Blau hacía días que buscaba un pretexto para hacer partícipe a Ismail de sus preocupaciones. Estaba convencida de que él podría ayudarla si se lo rogaba.

—Últimamente estás ausente y despistada —le recriminó esa mañana cuando en el desayuno se olvidó de poner un cuenco con aceite de oliva en la mesa, en el cual a sus hombres les gustaba mojar pan.

Sin rechistar se fue hacia la cocina a por el cuenco. Ismail cansado de esperar el cuenco con aceite, decidió ir a averiguar por qué tardaba tanto. Precisamente esa mañana tenían prisa en salir. Se encontró a Blau en la despensa con el cuenco en la mano y llorando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó cogiéndole la cara con las manos y limpiándole las lágrimas con los dos dedos pulgares.

—Estoy muy preocupada —balbuceó, sin dejar de sollozar.

—Vamos —dijo, rodeándola por los hombros con el brazo y llevándola a la habitación. Al pasar delante de la cuadrilla los hombres se quedaron en silencio y se lanzaron miradas de intriga entre ellos.

—¿Me vas a contar el motivo por el cual estás tan triste? —preguntó mientras le levantaba la barbilla y le besaba los ojos húmedos—. Me duele verte llorar.

—El motivo es mi madre. Pronto hará dos semanas que se marchó y no he tenido noticias suyas. Es muy extraño, porque ella nunca me ha dejado sola y me dijo que estaría de vuelta en pocos días.

—Explícame con tranquilidad y desde el principio lo que te preocupa del retraso de tu madre, así lo podré entender.

—Recibimos una carta en la que nos comunicaban que habían apresado a Marc y que estaba en las dependencias militares de La Seu d'Urgell.

—¿Quién es ese tal Marc? —interrumpió.

—Un familiar nuestro. —Blau esperó a que él asintiera para continuar—. Entonces ella se fue a La Seu para averiguar qué había ocurrido.

—Háblame de ese tal Marc.

—Es de Barcelona y es un familiar lejano.

—Necesito información para preguntar por él.

—¡Ah! ¡Claro! Se llama Marc Puigcalaf Dolç.

—Lo que necesito son otro tipo de datos: ¿Luchó con los republicanos? ¿Está afiliado a algún partido político? Porque si lo han detenido es por algún motivo y si voy a preguntar por él tengo que saber a qué me expongo.

—Claro, claro. —Por un instante titubeó y estuvo a un tris de contarle las inclinaciones políticas de Marc—. Yo nunca le oí hablar de política —mintió.

—Está bien, está bien —recalcó, mientras la abrazaba—. No te prometo nada —le dijo mientras le cogía las manos y la miraba con ternura—. En unos días nos iremos a La Seu d'Urgell y haré investigaciones. Tengo amigos influyentes que me deben favores. Tranquilízate, que averiguaremos que ha pasado con tu madre.

—Gracias, gracias —repetía abrazada a él.

—No quiero verte preocupada —dijo, abrazándola y besándola en los labios con un beso de aquellos fugaces en los que la piel únicamente se roza.

Blau esperó un tiempo prudencial a que se fuesen los hombres, y salió corriendo hacia casa de Andreu e Irene. Era la hora en la que padre e hija se sentaban a desayunar. Irene al ver que la puerta se abría y asomaba la figura de su amiga, se levantó automáticamente a poner otra taza en la mesa para que tomara café con ellos, como era costumbre.

—Ya sé porque vienes siempre a esta hora —le dijo con simpatía—. Por mi exquisito café.

—Además de venir a compartir mis preocupaciones y a pedir favores, también vengo por el café —confirmó la joven, que quiso sonreír, pero no pudo. Con ellos no había necesidad de fingir, la confianza lo permitía.

Irene se dio cuenta de que algo no iba bien al fijarse detenidamente en su amiga. Le habían salido ojeras, los grandes ojos color miel que brillaban se estaban volviendo opacos y su expresión era de tristeza.

—¿Cómo va todo? —preguntó Andreu.

—Mal. —Respiró hondo—. Mi madre hace una semana que tenía que haber vuelto y estoy muy preocupada. He hablado con Ismail y le he pedido ayuda.

—No me fío de él. Hay algo en ese hombre que no me inspira confianza —dijo Andreu, ladeando la cabeza.

—Me ha dicho que en dos días tienen que ir a La Seu y que averiguará si Marc ha tenido visitas o si alguien ha preguntado por él. Ellos apuntan todas las visitas que reciben los presos y tiene amigos que le dejarán tener acceso al libro de registro.

—Está claro que él tiene más posibilidades de hacer averiguaciones que nosotros. Esperemos que cumpla su palabra —dijo Andreu,

apretando las quijadas.

—Cociné ayer por la tarde perdices escabechadas. ¿Te las quieres llevar para darles de cenar a esos? —ofreció Irene.

—Desde luego que me las voy a llevar —dijo y seguidamente preguntó: —¿Podrías acompañarme a Artesa?

—¿Y qué quieres hacer hoy en Artesa si no hay mercado?

—Ir a ver al taxista que llevó a mi madre y hacerle unas preguntas.

—¿Queréis que os acompañe? Si queréis hablo yo con el taxista que lo conozco bastante —se ofreció Andreu.

Las dos jovenes se miraron.

—Sí, será mejor que hables tú con él, entre hombres os entenderéis mejor —dijo Blau, agradecida de la propuesta de Andreu. Estaba demasiado sensible y temía que al preguntar por su madre acabase echándose a llorar.

—Aprovecharé para llevarle los jabones al padre de Ana y así ya no bajaré el domingo al mercado —manifestó Irene.

Al llegar a Artesa de Segre, Andreu se fue a casa del taxista con los dedos cruzados para que no estuviese de ruta con el taxi lleno de clientes. Irene entró en el almacén de Quim mientras Blau la esperaba escondida en un portal. Ramona estaba barriendo la puerta principal de casa de Ana y cuando la vio fue apresurada hacia ella.

—Hola, Ramona. ¿Le podrías dar un recado a Ana? —La mujer asintió—, dile que la espero en ese portal— señaló un portón de madera viejo cerca de allí.

A los pocos minutos tuvo a Ana plantada enfrente y quejándose:

—Ya no vienes a verme los domingos, pensaba que estabas enfadada.

—No he podido bajar —se excusó.

Se oyeron cascos de caballos y Blau tiró de Ana hacia ella, utilizándola de escudo para refugiarse entre Ana y el portal. Al pasar los caballos asomó con cuidado la cabeza y no eran ellos. Respiró. Temía que Ismail se enfadase si la encontraba en Artesa de Segre.

—¿De qué te escondes? —preguntó su amiga, desconcertada ante la actitud de Blau.

—De él. Tengo muchas cosas que contarte. Entra en el almacén de tu padre y le dices a Irene que la espero en la primera curva en dirección a La Valdriet y te vienes.

Ana obedeció y volvió apresurada.

—Irene tendrá que esperar a que mi padre termine con unos que le venden harina blanca y andan discutiendo con él de precios. Se pasa el día regateando con unos y con otros. Está obsesionado con su negocio —guardó un breve silencio—. Pensaba que ya no querías ser mi amiga.

—Siento no haberte enviado ni un recado —se disculpó Blau—,

pero han pasado tantas cosas en poco tiempo que no sé por dónde empezar.

—Empieza por el último día en el que nos vimos —propuso Ana que estaba intrigada desde entonces.

—El dinero era para mi madre. Nos enviaron una nota que decía que Marc estaba preso en la Comandancia Militar de La Seu d'Urgell y ella se marchó a averiguar si era verdad, desde aquel día no he vuelto a saber nada de ella.

—¿No ha escrito? —preguntó, intrigada.

—No. Andreu ha ido a hablar con el taxista que fue quien la llevó, a ver si lo que nos cuenta nos puede ayudar. Estoy muy preocupada —confesó.

—Es para estarlo —dijo Ana, que estaba adoptando la misma expresión de pena de su amiga al ponerse en su lugar.

—Y además Ismail y sus hombres están en la masía.

—Ahora entiendo lo ocupada que has estado. Si está en tu casa tendréis oportunidad de conoceros mejor.

—Ojalá no le hubiese conocido nunca.

—Pero a ti te gustaba ¿no?

—Tú lo has dicho, me gustaba. Estoy deseando que se marche. Es una persona extraña. Al principio era muy amable, me decía a todas horas cosas bonitas y era cariñoso. Luego pasó a estar como enfadado, me dejó de hablar y la otra noche me empujó contra el armario.

—¿Ha abusado de ti? —preguntó, preocupada.

—Hace conmigo lo que quiere, dormimos juntos —la miró a los ojos y vio pena en los de Ana—. Siento que he pasado a pertenecer a ese grupo de mujeres a las que las vecinas de Barcelona llamaban frescas y fáciles. Ya me he hecho a la idea de que ningún buen hombre querrá cargar conmigo.

—No digas tonterías. Muchos hombres se enamorarán de ti por lo guapa, lista, y buena persona que eres y no le darán importancia —le dijo su amiga para animarla pensando que no era cierto y que ese desliz le pasaría factura.

—No entiendo cómo me ha podido ocurrir todo esto —se sinceró.

—Yo sí que lo entiendo, se ha aprovechado de la situación y de tu inocencia. Te cazó el lobo disfrazado con piel de oveja.

—Creo que siempre supe que era un lobo y no lo quise ver. Me arrepiento de no haber escuchado a mi madre, aunque ahora lo único que me importa es saber de su paradero. Lo demás se solucionará cuando Ismail se marche y espero que sea pronto. Además, se pincha todas las noches morfina para el dolor, fue herido en una guerra de por ahí lejos y si no lo hace no puede dormir. Creo que ese medicamento le afecta a su humor.

—Me contó Pau que tiene compañeros de universidad que la toman

y cuando no pueden conseguirla se vuelven locos.

—Por las tardes Ismail llega desesperado y lo primero que hace es irse a la habitación, a pincharse su dosis.

—Ya verás cómo lo destinan lejos y te dejará tranquila.

—Tengo miedo a que me quiera llevar con él. Espero que se canse de mí y encuentre a otra, porque yo quiero ser enfermera y él no me dejaría estudiar.

—Esperemos que lo manden a la otra punta del país y no lo volvamos a ver nunca más. Mira, por ahí vienen Andreu e Irene —dijo Ana, señalando en dirección a dos siluetas que subían por el inicio del camino. La silueta que pertenecía a Andreu andaba cabizbaja.

—¿Qué le ha contado el taxista? —preguntó Blau, con premura.

—Me ha contado que la dejó delante de la pensión que hay en el centro del pueblo. Me ha dicho que se mantuvo callada durante todo el viaje. —Andreu cruzó los brazos a la altura de la cintura e intentó disimular las punzadas nerviosas que le estaban dando en la barriga y que le obligaban a encorvarse ligeramente.

43
La Escapada

Blau se mantenía inmóvil, sobre la cama, con la mirada fija en el techo iluminado por la llama de la vela que se consumía en la mesita de noche. Ismail roncaba plácidamente boca arriba, su cuerpo daba de vez en cuando pequeños espasmos que las primeras noches de dormir con él la despertaban y asustaban. La conversación que escuchó durante la cena la dejó intranquila y le estaba afectando. El silencio era absoluto. No tenía ni idea de la hora que debía de ser. Las horas de las noches en vela, debido a la preocupación, pasaban muy lentas. La cabeza no paraba de darle vueltas. La retenía de llevar a cabo sus planes el saber que Ahmed estaba en el comedor acostado sobre la alfombra en la que rezaba y dormía, fiel a su amo y atento a cualquier movimiento o ruido no habitual en la masía. Los jóvenes habían hecho un gran sacrificio al estar escondidos durante meses, malviviendo en la cueva, y no era justo que al final los descubriesen. Si los capturaban los torturarían hasta que confesasen lo que nunca habían hecho ni pensado siquiera. Conocía los métodos de tortura que esa patrulla utilizaba sobre sus capturas ya que las relataban todas las noches durante la cena. Pese a las dudas, sintió que no podía aguantar más y decidió arriesgarse.

Se deslizó, sigilosa, por las sábanas, hasta tocar el suelo. A los pies de la cama se mantuvo inmóvil durante unos segundos para observar en la penumbra a Ismail. Dormía. «No se despertará» pensó, desviando la mirada a la caja de metal destapada. La dosis de morfina de esa noche había sido alta. El haber tenido que incrementar la dosis lo achacaba al mal clima de la zona, al que culpaba de aumentar sus fuertes dolores de espalda. Aunque su sueño era profundo Blau intentaba actuar con cautela y tomarse su tiempo para no hacer ruido. Se vistió despacio y se calzó las alpargatas; poco después abrió el armario y la puerta interior del fondo para entrar, silenciosa, en la habitación oculta; cerró las puertas tras de sí y abrió la trampilla que daba al gallinero para, finalmente, descolgarse por la escalera de cuerda. Alguna gallina soltó un leve cacareo sin moverse de su lecho de paja. Notaba el bombeo del corazón en la garganta y tenía la sensación de que se ahogaría en cualquier momento. Corrió por el sendero en dirección a casa de Irene. Era una de esas noches cerradas de luna negra, y le daba la sensación de que la perseguían al oír ruidos

por donde pasaba. Escuchó crujir una rama y pensó: «Ahmed me va a pillar e Ismail se enfadará». Temía sus reacciones, pero eso no la detuvo.

Al llegar a su destino, aporreó con todas sus fuerzas la puerta de casa de Irene. Al cabo de un momento abrió Andreu, con la escopeta en la mano y cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando la escopeta en el suelo al ver quién era.

Irene sacó la cabeza por detrás de su padre con una toquilla ladeada sobre los hombros y restregándose los ojos. Abrió la boca y bostezó.

—Vengo a avisaros —dijo Blau, jadeando—, mañana van a batir estos montes en busca de desertores y rojos. Avisad a los chicos. El rastreador que llevan es bueno y los encontrará.

Irene entró en casa y salió con una lámpara de carburo en la mano.

—Te acompaño a tu casa no vayan a echarte a faltar y por el camino hablamos.

—¡No, luz no! —advirtió Blau.

—Apaga la lámpara —ordenó Andreu—. Vamos, que os acompaño —se ofreció.

—Los chicos ya no están en la cueva. Hace unas semanas que, por fin, se presentaron a las autoridades. Les dijeron que tenían que cumplir una condena de seis meses de cárcel, pero al final los han mandado a hacer el servicio militar. Les redujeron la pena porque según ellos eran unos palurdos. Llegaron a la conclusión de que eran inofensivos y no entendían de política. Un familiar les aconsejó que actuasen como si no comprendiesen lo que les preguntaban los guardias y que se lo hiciesen repetir varias veces para parecer tontos.

La acompañaron hasta el inicio del camino que entraba a la masía. Andreu le apretó los hombros con las dos manos. Irene la abrazó. A Blau la noche no le dejaba ver la cara de sus acompañantes, era lo mejor para ella, porque si hubiese visto la expresión de pesadumbre de Irene se habría echado a llorar.

Minutos más tarde estaba subiendo por la escalera y tuvo que hacer un esfuerzo para dejarla bien enrollada y colgada. Cerró la trampilla y abrió las puertas del armario. Se paró a escuchar, no oyó ningún ruido, únicamente algún que otro ronquido, ajustó las puertas interiores y salió a toda prisa. Se sacudió el camisón, se peinó el pelo con los dedos y pasó las manos por la chaqueta, por si se le había enganchado algún resto de hojas o paja del gallinero. Durante un minuto permaneció inmóvil, de pie, sopesando qué hacer, si meterse en la cama o salir al comedor. Estaba segura de que se iba a encontrar a Ahmed despierto y que él habría oído el poco ruido que ella no pudo evitar hacer. Él siempre estaba alerta. Abrió la puerta y se lo encontró

sentado en la alfombra, con los ojos abiertos. Respiró hondo, el hombre no se había movido de allí. Ese día había tenido suerte.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le preguntó— voy a hacerme unas hierbas a ver si logro conciliar el sueño. ¿Quieres una taza?

Ahmed la miraba, escudriñándola con atención, finalmente preguntó:

—¿Qué hierbas son esas de las que hablas?

—Una mezcla de tila, hierbaluisa y manzanilla —contestó ella con toda naturalidad, mientras constataba que sabía hablar español. Le había escuchado hablar con Ismail siempre en árabe. Era la primera vez que le dirigía la palabra.

Él asintió con la cabeza y cruzó las piernas encima de la alfombra para acomodarse. Al poco rato, Blau le acercó una taza de hierbas endulzadas con miel de encina, densa y solidificada, recogida por Andreu en sus colmenas, y se sentó a la mesa. Ahmed saboreó la infusión, afirmando que le gustaba con un movimiento de cabeza a cada trago que daba.

Después de tomar la infusión Blau se relajó y se dejó caer en la cama rendida, para sumirse en un profundo sueño del que la sacarían, pocas horas después, unos golpes en el hombro.

—¡Levanta, perezosa! Se te han pegado las sábanas y mis hombres necesitan desayunar.

Ella abrió los ojos asustada, Ismail le daba golpes insistentes que, al repetirlos, se volvían más contundentes.

—¡Para! ¡Me estás haciendo daño! —se quejó tocándose el hombro.

A la carrera preparó las tortillas y buscó el café en grano que Ismail compraba en el almacén de Quim cada vez que iba a buscar su medicamento, y que ella molía utilizando una botella de cristal verde. Calentó en las brasas la leche recién ordeñada que cada mañana María, la hija mayor, de *Casa Moliné* les dejaba en la puerta junto con el pan recién horneado antes de comenzar las labores del campo. Esos hombres devoraban igual que lobos. En un abrir y cerrar de ojos desapareció todo rastro comestible de la mesa. Ismail estaba pensativo dándole más vueltas de lo habitual a la cucharilla del café, cuando Blau pasó cerca soltó la cucharilla y la cogió del brazo.

—¿Dónde has ido esta noche? —preguntó, apretándole con fuerza —. Me he despertado y no estabas.

—No podía dormir y me levanté a tomar una infusión para relajarme —respondió dirigiendo la mirada a Ahmed esperando que confirmara lo que decía. Ismail siguió su mirada hacia su sirviente y le vio asentir con un gesto, corroborando las palabras de la joven.

Ismail la soltó, no sin antes apretar lo suficiente como para dejar marcados los dedos de su mano robusta en el delicado brazo. Era un gesto para que no se le olvidase quien mandaba. El ambiente esa

mañana se notaba crispado. El sargento se dirigía a sus hombres con mayor agresividad de la habitual.

Blau se sentó a la mesa a tomar el café. Hacía cinco minutos que la patrulla había desfilado a batir el Montsec en busca de los maquis escondidos. Por fin se había quedado sola. En ese instante oyó los goznes de la puerta chirriar y unas pisadas rápidas que avanzaban en su dirección. Alguien había entrado en la masía. Se le tensó el cuerpo y se levantó para ver quién era.

—¡Menudo susto me has dado! —dijo poniéndose las manos en el pecho y soltando un bufido— ¿Se te ha olvidado algo?

Ismail avanzó apresurado, se detuvo delante de ella y, sin contestar, la agarró por el cuello levantándola unos milímetros del suelo. Ella forcejeó en un intento de zafarse de la garra que la asfixiaba, pero él apretó con más fuerza. Blau desistió del intento de escapar. Era imposible luchar contra la robustez y la fuerza de su agresor. Levantó las manos para indicar que no se movería. No reconoció los ojos enajenados que la miraban. No entendía que era lo que ocurría ni a qué era debido ese comportamiento. Él aflojó la mano del cuello sin soltarla.

—No vuelvas a pasearte medio desnuda delante de mis hombres. Para salir de la habitación te vistes. No les des a entender que eres una mujerzuela. Eres mi mujer y me debes un respeto.

La soltó y la empujó con tanta rabia que se cayó de espaldas contra el suelo, provocándole un fuerte dolor en el coxis. Ismail de pie con los puños apretados destilaba agresividad y la miraba con desprecio. Sin apiadarse de ella dio media vuelta y se marchó.

44
El Pañuelo

Blau se había quedado tirada en el suelo. Intentó incorporarse y sentía fuertes pinchazos al final de la columna. Le palpitaba el cuello como si aún no se hubiese desprendido de las garras de Ismail y la piel le ardía. Se acordó de su madre, de lo poco que le gustaba el sargento, de la expresión de desprecio y repugnancia que adoptaba su cara cada vez que lo tenía delante y de la regañina que le echó por sonreírle. Tumbada en el suelo y golpeada entendió lo que su madre había querido evitar. Entendió que la llamase —tonta— y se lo repitiese varias veces. Se levantó, le dolía todo el cuerpo, pero le dolía mucho más el amor propio. Comenzó a deambular por la casa como si hubiese despertado a medianoche sonámbula. Subió al piso superior en busca de un pañuelo para tapar las rojeces del cuello que comenzaban a madurar para volverse moradas. Abrió el primer cajón de la cómoda, le invadieron los efluvios de las bolsas de algodón repletas de flores secas de lavanda.

Sofía no soportaba el olor a las bolas de naftalina, decía que la mareaba. En el cajón, perfectamente ordenados, estaban un par de camisones de su madre, de algodón blanco, adornados con puntillas hechas a bolillos y las iniciales bordadas en rosa. Tomó el primero entre sus manos, se frotó la cara, hundió la nariz en la tela e inspiró profundamente el olor a limpio y a lavanda. La pena de su ausencia la abordó y se le nublaron los ojos. Se acordó del primer bombardeo en Barcelona, que ahora le parecía tan lejano como si hubiesen pasado cien años. Recordó las palabras que le recitaba su madre cada vez que salían del metro, mientras recorrían la Vía Layetana en dirección a su casa: «Cuando lleguemos a casa nos iremos a dormir. El sueño nos repondrá y luego lo olvidaremos» le decía, mientras ella preguntaba: «¿Por qué tenemos que olvidar?» «Para no volvernos locas» decía siempre y le repitió lo mismo durante los siguientes días en los que salieron ilesas de los bombardeos.

En aquel momento no entendió lo que su madre le intentaba trasmitir. Se sentía protegida por una mano que la llevaba cogida con fuerza por la calle. Una mano dispuesta a rescatarla. Ahora esa mano no estaba. Se metió en la cama en la que se había acurrucado tantas veces junto a su madre. Durmió hasta medio día.

Despertó sobresaltada, con dolor de cabeza y sabor a hiel. Se

cambió de ropa y se puso un vestido celeste, se ató el delantal puesto por encima para no ensuciarse y se peinó la melena revuelta que le daba aspecto de desquiciada. Rebuscó en los cajones de la cómoda y encontró un pañuelo de estampado cachemir, de seda y colores vivos: verde, turquesa, rojo y blanco. Se acordó de unas lejanas Navidades cuando Marc le regaló ese pañuelo a Sofía. Era su preferido. Las lágrimas del recuerdo regresaron desde el dolor de la ausencia que estaba anidando en su alma. Dobló con cuidado el pañuelo y lo depositó de nuevo en el cajón.

Se dirigió al desván. Abrió el viejo baúl y allí encontró bien doblados los pañuelos que un día fueron negros y ahora tiraban a gris por el desgaste del uso. Eran los que se ponían en la cabeza debajo del sombrero de paja y se utilizaban para salir al campo a trabajar. Cogió el primero y sin mirar los demás se lo enroscó en el magullado cuello.

Dedicó parte del tiempo a dejar la cena preparada para cuando llegasen los soldados por la tarde. Rustió un pollo suministrado por Irene, adobado con hierbas aromáticas y pimienta. Al poner los muslos en la cazuela, la parte preferida de Ismail, no se pudo reprimir y escupió sobre ellos con todas sus ganas. Dedicó el resto del tiempo a limpiar y ordenar para que cuando llegase su agresor encontrase el hogar a su gusto y no la emprendiese de nuevo con ella.

En las habitaciones de la entrada, donde dormían los soldados, tenía orden de no entrar, ellos se encargaban de su mantenimiento. Le quedaba por limpiar la habitación en la que dormían ellos dos. Varias veces estuvo en la puerta y no entró. Temía que la amalgama de emanaciones viciadas, de las noches de dolor con su agresor, le golpearan la cara, le provocasen náuseas y una repulsión que le impidiese hacer la cama. Volvió a repetirse «Olvidar, hay que olvidar». Abrió la puerta con fuerza y aguantando la respiración fue directa al ventanuco para abrirlo lo más rápido posible. Se llenó la habitación de aire fresco perfumado por las flores que crecían, libres y salvajes en el monte. Sacudió las sábanas impregnadas de la mezcla de sudor, cuero del macuto que él acarreaba todo el día, el tabaco que tanto le había gustado y que, de un día para otro, le resultaba insoportable y del ungüento de argán con el que se untaba la cicatriz. Se repetía «Hay que olvidar» mientras colgaba a airear las sábanas por la ventana y contenía las arcadas.

Al terminar de limpiar, y sin quitarse el delantal, tomó el camino hacia casa de Irene. Al llegar, se quedó parada en el umbral de la puerta abierta. Irene, que estaba barriendo el interior, oyó sus pisadas y se giró.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Anda, entra! —instó, dejando la escoba apoyada en la pared y limpiándose las manos en el delantal mientras se acercaba a ella—. Tienes muy mala cara. ¿Es que te descubrieron

ayer noche?

—No, no me descubrieron.

—¿Por qué llevas ese pañuelo atado al cuello? ¿Estás resfriada? Tienes muy mala cara, hasta se te han hinchado los ojos —repitió.

—No, no estoy resfriada.

Blau dio un paso al frente y se desenrolló el pañuelo dejando a la vista el magullado cuello.

—¿Tienes algo para esto? —se señaló el cuello.

—¡Dios mío! —dijo alzando las manos—. ¿Ha sido ese malnacido?, ¿verdad? —añadió enojada—. Es un animal. Una bestia inmunda. ¿Por qué motivo te ha pegado?

—No lo sé. No sé lo que le ha pasado. No le he dado ningún motivo aparente.

—A ver, déjame ver ese cuello —inspeccionó la piel de su amiga con cuidado pasando los dedos por los moratones—. Te voy a dar una pasta que lleva jugo de col y en dos días estarás como nueva. No debes dejar que te maltrate. No se lo consientas.

En ese preciso instante entró por la puerta Andreu, que lo había escuchado todo y se detuvo delante de ellas, fijando la mirada en el cuello de la joven. Sin decir nada entró en su habitación y salió, acelerado, con la escopeta de cazar en las manos.

—¿Dónde se cree que va, padre? —preguntó Irene, cortándole el paso.

—¡A matar a ese mal nacido! —contestó él, exaltado.

Blau de un salto se colocó al lado de Irene para ayudarla a impedir la salida a Andreu.

—Usted no va a ninguna parte. Él no está solo y le pueden matar o llevarle preso y eso sería nuestra ruina. Le necesitamos. Si le ocurriera alguna desgracia por mi culpa no me lo perdonaría nunca. Tenemos que actuar con prudencia, Ismail está moviendo contactos para averiguar dónde puede estar mi madre y es mejor no contrariarle ahora que lo necesitamos —dijo Blau, contundente, intentando aparentar la seguridad que no tenía.

Andreu contrajo la quijada, apoyó la escopeta en la mesa, tiró hacia él de Blau y se fundieron en un abrazo. Ella volvió a llorar apoyada en el pecho de Andreu mientras este le acariciaba la cabeza.

—Tengo que volver. Les serviré la cena y haré como si no hubiese ocurrido nada —dijo resignada.

—¿Estás segura de que ese nos ayudará a encontrar a tu madre? —preguntó Andreu.

—Él está bien relacionado y me ha dicho que ha empezado a preguntar. En estos días tienen que ir a La Seu y cuando vuelva seguramente traerá noticias.

—He pensado que me voy a ir un par de días a La Seu y me alojaré en la misma pensión en la que estuvo tu madre, quiero hacer averiguaciones por mi cuenta. No me fío de ese y cuando vuelva Sofía lo mataré —sentenció Andreu con la seriedad de quien ha tomado una decisión en firme.

—Estoy de acuerdo en que vaya —dijo Blau, sin mencionar el hecho de que quería matar a Ismail.

—Él averiguará con sus medios y yo utilizaré otros —aseguró Andreu, pensando que era el mejor rastreador de caza de la zona y también podría encontrar las pistas que Sofía hubiese dejado.

—Le agradezco la ayuda, Andreu —dijo Blau, y le dio un golpecito en el hombro.

Irene sufría por su padre, sabía que si no iba a buscar a Sofía no se lo perdonaría. Le preocupaba el hecho de que quisiera vengarse de Ismail. Lo conocía lo suficiente como para saber que era un hombre de pocas palabras, pero cumplía siempre las que pronunciaba.

45
El Vino

Desde que Ismail y sus hombres se instalaran en la masía era la primera vez que esperaba ansiosa su regreso. Ismail le había dicho que estarían dos días fuera. Deseaba que regresaran para ver si traían noticias de su madre o de Marc. Lo mejor para su mente era mantenerse ocupada, no pensar y cansar el cuerpo para caer rendida por la noche y poder dormir. Se estaba comportando igual que su madre, no paraba de trajinar por la casa, el huerto y el corral. En una cazuela de barro encima de la lumbre había puesto a guisar una pierna de cordero troceada y en una esquina del fuego a tierra, cubiertas de brasas, se asaban patatas. Era la comida preferida de Ismael, prefería la carne de cordero a la de cualquier otro animal, por la influencia de su ascendencia árabe.

Pasaban de las nueve de la noche y los soldados no habían dado señales de vida. La desilusión comenzaba a crecer a medida que pasaban las horas de espera. Pensó, decepcionada, que tendría que resignarse otro día más sin tener noticias. Le consolaba que Andreu se hubiese implicado en intentar buscar a su madre, estaba convencida de que, tarde o temprano, traería noticias de ella.

En ese momento oyó voces. Se sobresaltó y se alegró a la vez. Eran ellos. Corrió a organizar la mesa para que se pudieran sentar a ella y descansar. Encima del mantel les esperaba el porrón lleno de vino que le había conseguido Irene en una de las masías de Baldomar, un pueblo cercano. Le había asegurado que era un vino excepcional digno para una celebración.

El primero en entrar fue Ismail, que la cogió por la cintura y le dio una vuelta en el aire.

—¿Me has echado de menos estos dos días? —preguntó, sonriendo.

—Mucho —contestó ella, complaciente.

—Estoy hambriento —dijo, descansando las manos en las nalgas de ella y sacando una sonrisa lasciva.

—Entonces estás en el lugar adecuado, porque he preparado un rico guiso de cordero, especial para mis huéspedes —dijo ella y se dio media vuelta para escabullirse de las manos que le pesaban sobre su cuerpo e ir en dirección al hogar a buscar la cazuela de barro que había dejado al lado de las ascuas para que se mantuviese caliente y la dejó sobre la tabla de boj que estaba encima de la mesa.

—Empezaré con el cordero y seguiré más tarde contigo —le advirtió, mientras caminaba en dirección a la habitación.

A Blau le comenzó a arder el cuerpo, la rabia la estaba encendiendo. Ismail no había mencionado ni una sola palabra referente a Sofía. Seguro que se había olvidado y ni había preguntado por ella y pensó: «Como no es su madre…». Contuvo las palabras por el miedo a que le saliese la llama de la ira a través de ellas. Tuvo que respirar profundamente varias veces y forzar una sonrisa durante la cena. Los miraba comer y le parecían alimañas, Ismail la más grande de todas. El vino les provocaba una risa que a ella le parecía estúpida. Reían y no sabían ni de qué. Se les comenzó a trabar la lengua y no terminaban las frases. No se entendían siquiera entre ellos. Les llenó dos veces el porrón. El único que no se apuntó a la juerga del vino fue Ahmed que salió a la era a fumar kif en su pipa especial de cánula larga.

Ismail la rodeó con el brazo por encima de los hombros y la condujo hacia la habitación, apretándola contra su cuerpo y sonriendo. Se estaba volviendo descuidado, se dejaba la caja de metal abierta mostrando la jeringuilla y el recipiente que contenía el medicamento sin cerrar. Entre la morfina y el vino tropezó dos veces antes de precipitarse sobre la cama, se tumbó y se quedó dormido vestido con la boca ladeada y dejando caer por ella un hilo de baba. A ella le daban ganas de abalanzarse sobre él y estrangularlo. Lo miró y se le revolvió la poca comida que había ingerido del asco que sintió. No había ni mencionado a su madre durante la cena. No podía dormir y le daba coraje verlo roncar plácidamente, incluso le parecía que sonreía de vez en cuando. Respiró, se relajó, y tomó una decisión. Esperaría a que fuese él quien mencionase a Sofía y si no lo hacía era porque no había preguntado ni se había preocupado lo más mínimo por ella. Eso le demostraría que le había mentido para tenerla contenta.

A la mañana siguiente se despertaron temprano y ella se estaba vistiendo para salir a preparar el desayuno. Lo miraba de reojo de vez en cuando. Él estaba relajado y tranquilo. A Blau comenzó a subirle desde el estómago hacia el pecho una ráfaga de ira cada vez mayor, procedente del corazón que le pedía preguntar, contrariando a su parte racional, que le aconsejaba mantenerse callada.

—¿Preguntaste por mi madre o se te olvidó? —preguntó al fin, manteniendo la mirada desafiante. Él agachó la cabeza como si hubiese perdido las palabras y las pudiese encontrar en el suelo.

—Verás… —Titubeó—. No quería hablar del tema porque todavía no tengo suficiente información —dijo soltando un bufido—. Seguramente a estas alturas estará en Francia con su primo, ese tal Marc.

—Nunca se hubiese ido sin mí —dijo Blau, sin poder contener la agresividad del tono en su voz.

—Ya ves que sí —dijo él, dejando asomar una sonrisa burlona —, se marchó y te dejó completamente sola.

—No lo creo. A mi madre le ha debido de ocurrir algo grave para que no volviese a buscarme —guardó silencio—. Ella nunca, nunca, se hubiese marchado sin mí —recalcó y salió de la habitación dando un portazo.

Durante el desayuno procuró pasar el tiempo entre la cocina y las brasas, no le apetecía compartir con ellos el desayuno. No lo quería ni mirar.

No esperó ni el tiempo prudencial a perderlos de vista y salió a toda prisa hacia casa de Irene.

—¿Ha llegado tu padre? —preguntó a la vez que abría la puerta.

—No, no ha vuelto todavía —contestó Irene, sirviendo unas infusiones para las dos—. No te preocupes, si tarda es buena señal, eso quiere decir que habrá dado con alguna pista.

—Ismail llegó ayer noche y no dijo nada. Creo que ni se ha molestado en averiguar si mi madre había estado allí. Me ha dicho que cree que se ha ido a Francia con Marc, olvidándose de mí.

—Quien conozca a tu madre sabe que eso no es cierto, ella no se iría nunca sin ti.

—Me ha vuelto a engañar como a una tonta —dijo Blau con amargura.

—Esperemos que se marchen pronto.

—Es la única esperanza que me queda es que terminen por fin la misión y se marchen.

—¿Qué tal el vino? ¿les gustó? —preguntó Irene y dejó entrever una sonrisa maliciosa.

—Se bebieron varios porrones —contestó Blau, con desdén.

—Dormirían bien ¿verdad? —preguntó Irene volviendo a sonreír e intensificando la sonrisa maliciosa.

—¡No! ¡Mira que te conozco Irene…! ¿Qué tenía el vino ese, además de uvas?

—No te preocupes, no les hará ningún daño, únicamente dormirán un poco más relajados.

—Esta noche voy a estar más pendiente del porrón, para que el vino no toque fondo.

—He cocinado dos patos con ciruelas para que te los lleves, estoy segura de que les gustará.

—Gracias, Irene, sin vosotros estaría perdida.

—No te preocupes, rezo todas las noches una oración especial para que todo se solucione. —Era la única manera que Irene sentía a su alcance para hacer algo por su amiga: consolarla con palabras.

Por la noche los hombres estaban raros. No hablaban entre ellos. Normalmente creaban barullo cuando llegaban a cenar y no paraban hasta que se retiraban a dormir. La cara de Ismail reflejaba sombras, su rictus era el de una persona contrariada. Se dirigió a la cocina, con una carta en la mano que movió energéticamente ante la cara de ella.

—Nos han requerido en Madrid —dijo tomándola del brazo—, ven que tenemos que hablar.

La llevó hasta la habitación y cerró la puerta.

—Siéntate —ordenó señalándole la cama.

Blau se encogió entera. Tenía miedo de que se la quisiera llevar a Madrid o que pagara sobre su cuerpo el mal humor que la carta le había provocado.

—Serán pocos días, ¿verdad? —preguntó acertando con la pregunta, porque él interpretó que ella no quería que se fuese.

—No me han comunicado el tiempo que estaremos allí, creo que serán dos semanas como mínimo.

Le cogió la cara con las dos manos y acercó la suya a la de ella de tal manera que Blau podía oler su aliento ácimo.

—No te preocupes, volveré a por ti y te llevaré allí dónde me destinen.

Ella permaneció en silencio, asintiendo con la cabeza. Internamente se alegraba de que se marchase y tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír, inclinando la cabeza para fingir pena. Tenía la certeza de que no la llevaría con él a ninguna parte, porque no creía en sus palabras.

—¿Necesitas que te ayude a preparar el equipaje? —preguntó, poniendo cara de afligida.

—No necesito que me ayudes a nada —masculló, y la cogió por los hombros clavando sus dedos en ellos con fuerza—. Lo que quiero es que no te muevas de la masía mientras yo esté fuera. No quiero ni que te acerques por Artesa —ordenó, tajante.

—No te preocupes, aquí me encontrarás esperándote cuando regreses.

Cogió uno de sus rizos y lo acarició, luego le indicó que se podía marchar a preparar la mesa, ya que él tenía asuntos que resolver con la caja de metal.

Con la cena y el vino volvió el barullo. Los hombres disfrutaron del pato que Irene había cocinado y alabaron a Blau por buena cocinera. El porrón no toco fondo en toda la noche.

Esa noche ella tardo más de lo habitual en recoger la cocina. Al entrar en la habitación se encontró, tal y como esperaba, a Ismail dormido, de brazos en cruz, con la boca ladeada y las comisuras de los labios blanquecinas de saliva.

46
La Maleta

Las despedidas para Blau siempre habían sido motivo de tristeza, pero esa era una despedida deseada. Ismail la abrazó y le procesó una serie de besos cortos y seguidos. Se cruzó el macuto, lleno de intimidades clandestinas, y se colgó el petate del hombro. Él y sus hombres montaron en los caballos y desaparecieron por el recodo del camino. Ella los acompañó hasta la era para despedirlos y se quedó inmóvil mirando a la nada hasta que el ruido de los cascos dejó de oírse.

Necesitaba quitar el olor de Ismail y de sus hombres de la casa. Cambió las sábanas y las dejó en el barreño para ir más tarde al río a lavarlas. Barrió, fregó y desinfectó con Zotal toda la planta baja y las habitaciones donde habían dormido los soldados. Ellos durmieron sobre sus propias mantas. Se encaminó al río con el barreño debajo del brazo, repleto de toda la ropa que habían usado durante su estancia. Apoyados encima de la ropa una pastilla de jabón de lavanda y un estropajo de esparto se movían al ritmo de sus pasos. Empezó a restregar las sábanas y las toallas con rabia y fuerza, como si con el jabón no bastase para quitar el olor y sudor de Ismail impregnado en ellas. Los rayos de sol se reflejaban en la ropa blanca como la nieve, tendida encima de los matorrales y arbustos. Le caía el sudor por la frente y el canalillo del esfuerzo. Se despojó del vestido y, en combinación, se adentró en el río con la pastilla de jabón en una mano y el estropajo de esparto en la otra. Al principio, el cuerpo le dio una sacudida producida por el cambio de temperatura, pero luego se acostumbró a las aguas frías que bajaban de las montañas. Se enjabonó y se restregó con ahínco, como si quisiera borrar unas huellas que no estaban en la piel. Se sumergió en el agua y se aclaró. El aire secó su cuerpo mientras descansaba tumbada en una piedra y se dejaba acariciar por los rayos de sol que calentaban sin quemar.

Tocó las sábanas y les faltaba, un buen rato, para terminar de secarse. Se vistió y se recogió el pelo, todavía mojado, en una coleta para dirigirse a casa de Irene a averiguar si Andreu había regresado.

Empujó la puerta que, como siempre, permanecía abierta durante el día, y lo que vio encima de la mesa le hizo abrir los ojos como platos a la vez que el estómago le dio un vuelco.

—¡La ha encontrado! —dijo, mirando emocionada a Andreu, que permanecía de pie y con las manos apoyadas en el respaldo de la silla,

cabizbajo

—Es la maleta de mi madre ¿verdad? —preguntó, mirando a Irene que estaba de pie al lado de la lumbre preparando unas infusiones que consideró más apropiadas para esas circunstancias que una taza de café.

—Siéntate aquí —sugirió Andreu, separando la silla de la mesa para que ella tomase asiento—. Irene, ven y siéntate junto a Blau —pidió a su hija, indicándole con la mano que se acercara.

Tras sentarse ambas jóvenes, Andreu se sentó en medio de ellas dos y comenzó a relatar:

—Me hospedé en la misma pensión donde me dijo el taxista que había dejado a Sofía, y la dueña me explicó que comió allí. Dijo que después de comer salió y no volvió ni a recoger la maleta. Ella le había pagado dos días por adelantado y durante esos dos días mantuvo la maleta en la habitación, pero al tercer día la sacó y la guardó en el armario del vestíbulo porque necesitaba alquilarla de nuevo.

—Es muy extraño que no volviese a por la maleta si tenía pensado irse con Marc a Francia —dijo Blau acongojada.

—Eso mismo pensé yo, por eso decidí quedarme más días e intentar averiguar si alguna persona, a parte de la mujer de la pensión, la había visto. Recorrí las cuatro tabernas del pueblo hasta que encontré una a la que acudían los soldados y los funcionarios encargados de la burocracia de los presos. Entablé conversación con varios militares y los invité a varias rondas de coñac, siempre haciéndome el patriota —contó, haciendo una pausa y tomando aire para sosegarse—. Al día siguiente volví y coincidí con uno de los soldados de la noche anterior. Entre copa y copa le conté que le había hecho la promesa a una tía mía, en su lecho de muerte, según la cual me encargaría de buscar a su hijo y de comunicarle la mala noticia. Le dije que otro familiar nos había informado de que el hijo, mi primo, estaba en un campo de presos en La Seu. El soldado me prometió, después de pagarle varias rondas, que lo buscaría y le daría él mismo la noticia; entonces le apunté el nombre y los apellidos de Marc y pensé que si daba con Marc daría con Sofía. Al día siguiente el soldado acudió puntual a la taberna, y me dijo que me habían informado mal porque había revisado cuidadosamente todos los registros de los últimos dos meses y no aparecía en ninguna lista el nombre de Marc Puigcalaf Dolç.

Blau se derrumbó y dejó caer la cabeza entre sus brazos cruzados sobre la mesa y comenzó a sollozar. La esperanza puesta en que Andreu la encontrase se había desvanecido. Y con lo único que había regresado era con una maleta sin deshacer. Le comenzó a doler el estómago de tanto que se le había encogido durante el relato, y comenzaron a darle punzadas de dolor.

Irene insistió en que se tomase una mezcla de hierbas que había preparado y le hizo tomar otra taza a su padre, que parecía que estaba soportando cuatro sacos de cincuenta quilos de trigo a sus espaldas.

Blau recordó la imagen de su madre dando vueltas por la casa y trabajando de sol a sol para ahogar sus preocupaciones en el trabajo, pero sin hacer nada. Ella no quería quedarse en la masía esperando a que le trajesen noticias de Sofía, si no hacía algo enfermaría y se consumiría.

La joven levantó la cabeza, tenía los ojos hinchados y algunos rizos se le habían escapado de la cola dándole un aspecto despeinado. Respiró profundamente, se acercó la taza a la boca y tomó varios sorbos. Estiró la cabeza para enderezarla y miró a Irene y Andreu, que permanecían en el más absoluto silencio, Andreu delante de la taza sin ni siquiera tocarla e Irene con la cabeza gacha y las manos recogidas sobre la falda.

—Mañana me voy a Barcelona —anunció, paseando los ojos, rojos e hinchados de llorar, por padre e hija, que la miraron sin decir nada esperando más explicaciones—. Voy a ir a hablar con la familia de Marc. Si él está en Francia su madre lo sabrá.

—Iré contigo —se ofreció Andreu.

—No es buena idea. Conozco las calles, los barrios de Barcelona y se moverme por ellos. Se lo agradezco, Andreu, pero es mejor que vaya sola. —Respiró profundamente—. Es mi madre y si me quedo sin hacer nada me consumiré de pena.

—¿Estás segura de que quieres ir sola? —preguntó Irene—. Te podríamos acompañar.

—Iré sola —contestó con decisión, después de pensarlo un instante.

—¿Necesitas dinero? —preguntó Andreu.

—Dinero no, pero necesito que me guardéis la maleta de mi madre aquí y que Irene me acompañe a Artesa —dijo y se levantó con ímpetu, dirigiéndose a la puerta, poco antes de salir por ella se dio media vuelta para decirle a Irene—: En media hora pasaré a recogerte.

De camino a la masía, Blau terminó de anudar los hilos del plan que se estaba tejiendo en su mente. No quería guardar la maleta en la masía por si Ismail volvía. No quería que él se enterase de que ella había decidido investigar por su cuenta. Utilizaría una de las monedas de oro y cuatro de las de plata de la bolsa de Marc. Las de plata se las daría a Ana para que se las cambiase su padre y la de oro se la llevaría escondida en un bolsillo que se pensaba confeccionar esa misma tarde cuando volviese de Artesa, en los calzones que llevaría puestos durante el viaje.

Mas tarde Blau e Irene caminaban a paso rápido, como si llegasen tarde a una cita y quisiesen acortar el tiempo.

—Cuando lleguemos a Artesa tú vas a buscar a Ana y yo me iré a

hablar con el taxista —organizó Blau.

—El padre de Ana es muy suspicaz y pensará que es extraño que yo me presente allí en un día de diario preguntando por Ana, él sabe que solo bajo los domingos.

—Es cierto, no podemos levantar sospechas. Lo que vas a hacer es esperar a ver a Ramona, la sirvienta de la madre de Ana, que le gusta asomarse de vez en cuando por la ventana o el balcón, y le das el recado de que quieres hablar con Ana citándola donde siempre, es una buena mujer y se lo dará. Yo iré cuando termine de hablar con el taxista.

—¿Cómo sabrá Ana adónde tiene que acudir?

—Irene estás aún más nerviosa que yo, voy a tener que prepararte una tisana de esas tuyas… ¿Dónde va a ser? donde nos vemos todos los domingos por la mañana.

—Tienes razón, esta situación me está alterando porque se escapa a mi control y todas mis hierbas, esencias y pomadas no sirven para nada.

—Si que sirven, nos ayudan a estar tranquilas para que podamos pensar y actuar mejor. Ahora vete a buscar a Ana.

47
El Viaje

Irene recorría el puente, que cruzaba el río Segre de un lado a otro, y se paraba en el centro para perder la vista durante unos instantes en las aguas cristalinas y escuchar el ruido que emergía del fondo al seguir estas su curso. Blau y Ana se estaban demorando. Ella nunca había reparado en lo despacio que pasaba el tiempo mientras se esperaba, era de esas personas que detestaban esperar. En esos momentos estaba cavilando, si acercarse a casa del taxista a averiguar el motivo de la tardanza de Blau. Mientras decidía qué hacer divisó una figura que avanzaba ligera hacia ella. Como los nervios no la dejaban estar quieta salió al encuentro de Ana que, sofocada, se detuvo a su altura, respirando profundamente repetidas veces con la mano en el costado e inclinando el cuerpo hacia adelante. En su rostro asomó una mueca de dolor causado por el flato que le había provocado la carrera.

—¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó a Irene.

—En breve vendrá Blau y te explicará —dijo esta.

Blau llegó toda acalorada, su cara contraída reflejaba contrariedad.

—El taxista no está, ha salido de viaje a llevar a una familia a Lérida y he tenido que hablar con su mujer. No sé hasta qué punto podrá influir en él para hacer que me lleve mañana a Barcelona.

—La mujer del taxista es lista y buena, ella sabrá cómo convencerlo. La conozco desde hace mucho tiempo, es una de mis mejores clientas —confesó Irene levantando ligeramente las cejas dando a entender que le vendía varios tipos de aceites y ungüentos.

—¿Te marchas a Barcelona? —preguntó Ana abriendo los ojos con gran sorpresa.

—Si, quisiera salir, a ser posible, mañana y necesito que me vuelvas a ayudar —respondió Blau, extrayendo del sujetador una bolsa de algodón con cuatro monedas de plata dentro y tendiéndosela para que la cogiera.

Ana atrapó la bolsa con agilidad y cerró la mano fuerte para que no se le cayera. En esta ocasión se quedaría con las monedas; le pagaría lo mismo que le pagó su padre y de esta manera no levantaría sospechas extrañas en él, no fuese a mandar a que alguno de sus empleados la siguiera.

—¿Has encontrado a tu madre?, ¿sabes ya dónde está? —preguntó

Ana, anticipando que su madre era el motivo del viaje.

—Andreu encontró en una pensión su maleta, pero de ella no hay rastro —explicó Blau, sopesando durante unos segundos lo que iba a contar y se decantó por hacerla partícipe de sus sospechas—. Voy a ir a ver a la madre de Marc por si sabe del paradero de su hijo. Si lo localizo, es posible que encuentre a mi madre o bien me ayude a buscarla.

Ana asintió y salió escopeteada.

—¡Ana! ¡Ana! —voceó Blau.

—¿Qué quieres? —preguntó Ana parándose en seco y girando la cabeza.

—¿Me podrías dejar una maleta de viaje pequeña?

—Sí, claro —contestó y aceleró el paso en dirección a su casa.

Blau e Irene se sentaron sobre la hierba, debajo de una encina. Les tocaba esperar y agotar la poca paciencia que les quedaba.

—Me ha dicho la mujer del taxista que vuelva sobre las dos de la tarde que es la hora en que su marido llega de Lérida para comer en casa.

—Le podíamos haber dicho a Ana que nos trajese algún trozo de pan, las tripas ya empiezan a rugirme —comentó Irene.

—No te preocupes, seguro que nos traerá algo de comer. La conozco. Hay cosas que a Ana no hay que pedírselas porque ya las hace.

Ana volvió, al cabo de una hora, con el cambio de las monedas de plata, convertidas en pesetas de uso corriente en la misma bolsa que su amiga le había entregado. Blau la cogió y se la guardó de inmediato en la pechera sin contar el dinero. Su amiga dejó suavemente en el suelo, encima de la hierba, una maleta de viaje pequeña, de piel color marrón y en perfecto estado, y la abrió para sacar de ella un pan, un queso entero partido en cuatro trozos, dos fuets y un trozo de tocino veteado.

—Has traído comida para un regimiento —dijo Irene.

—He traído suficiente para que comáis y para que Blau se lleve lo que sobre de viaje. En las ciudades ya sabéis que se pasa hambre.

Ana abrazó a Blau y le susurró al oído:

—Estoy convencida de que la encontrarás. Esta semana se me hará eterna esperando noticias tuyas.

—Dios te oiga —dijo Blau, entristecida.

Apenas comieron, porque el hambre que decía tener Irene era más causa del aburrimiento provocado por la espera que de verdad. A Blau se le había llenado el estómago de angustia y apenas probó bocado.

Una vez tomada la decisión de viajar a Barcelona a seguir la pista de Marc, a través de sus familiares y amigos, la prisa se le había instalado en el cuerpo. La incertidumbre y la pérdida de tiempo la

desesperaban.

Por la tarde, al llegar a la casa del taxista vieron el coche, el único en toda la calle, aparcado delante de la puerta, indicando que el dueño estaba dentro. Dieron unos cuantos golpes al picaporte desgastado por el uso y esperaron. Abrió el propio taxista: hombre robusto, de cara redonda, unicejo, ojos oscuros, pequeños y vivos que las miraron con curiosidad.

—Usted debe ser la señorita de la que me ha hablado mi mujer y que, según me ha dicho, tiene urgencia por viajar mañana a Barcelona.

—Sí, señor, la misma —contestó Blau, dirigiéndole una cálida sonrisa.

—Ha tenido suerte, señorita, para mañana tengo a varios pasajeros además de a usted y podremos partir. A las seis de la mañana saldremos de mi cochera —dijo señalando el portón grande de madera robusta, cerca de donde estaba aparcado el coche—. No tengo costumbre de esperar a nadie. Si se retrasa, saldremos sin usted —amenazó.

—Seré puntual.

Después de despedirse del taxista las dos jóvenes comenzaron a subir a marchas forzadas hacia la masía. Era la inercia de la incertidumbre lo que les provocaba aquella ansia apresurada por llegar al destino.

—Lo he estado pensando y mañana te acompañaré a coger el taxi.

—¿Te quieres quedar conmigo esta noche?

—Claro, me quedaré a dormir contigo y te acompañaré mañana hasta el taxi, pero antes tengo que pasar por casa a recoger unas cuantas cosas que tienes que llevarte.

Irene preparó un paquete con una pastilla de jabón de lavanda, un saquito de hierbas para el resfriado; unos botes de conserva de tomate, melocotón, mermelada de moras y fresas silvestres; y un poco de membrillo. Añadió el tocino, el queso, los fuets y el pan que les había sobrado de la comida.

—Irene, no me puedo llevar tantas cosas, no me cabrán en la maleta —dijo Blau, apenada de tener que frustrar las buenas intenciones de su amiga.

—Tú déjame a mí, lo colocaré muy bien y cabrá todo. Si te fijas el paquete tiene la misma medida que el lateral de la maleta y encajará perfectamente —explicó Irene, feliz de su destreza.

—De acuerdo —asintió Blau, sonriendo, estaba segura de que Irene haría magia y la maleta quedaría perfecta albergando en su interior comida para unos días, además de contener la ropa y utensilios de aseo.

Andreu llegó taciturno y con cara de no haber dormido. En pocos

días daba la impresión de que había envejecido varios años y andaba encorvado. Abrazó a Blau igual que hubiese hecho con su hija y ella se sintió querida por ese masovero que desde que llegaron a la masía se deslomaba por hacerles la vida más fácil.

Esa noche las jóvenes durmieron abrazadas y a intervalos, las dos estaban igual de nerviosas.

Se levantaron de madrugada y tomaron un tazón de leche fría, no les valía la pena encender el fuego para calentar únicamente el desayuno de ese día. Blau cerró la puerta y escondió la llave en el hueco del tronco del nogal, cuyo escondrijo únicamente conocían los más allegados.

La maleta pesaba y acordaron turnarse un trozo de trayecto cada una para llevarla.

—Esta maleta pesa demasiado —se quejó Blau—. No tenías que haberla llenado tanto.

—No sabes con lo que te vas a encontrar. Nos llegan noticias de que en las ciudades están pasando hambre, donde te alojes si llevas comida te tratarán mejor.

—Gracias, no lo había pensado. Creo que tienes razón, no sé cómo me las voy a arreglar sin ti.

—Te las arreglarás muy bien. A mí, si me sacan de mi territorio me pierdo.

Llegaron puntuales a la cita y el taxista las estaba esperando. Le dieron la maleta para que la guardase en el maletero del coche y al ir a levantarla las miró con gesto interrogante, alzando las cejas y ladeando la boca por el peso.

—Menos mal que no han traído pollos y conejos. La semana pasada unos pasajeros intentaron cargar en el maletero varios —explicó el hombre y las jóvenes sonrieron.

—¿Le importa si subo con usted delante? —preguntó Blau—. Es que me mareo —añadió.

—Lo siento, pero usted no puede ir en el asiento delantero —le contestó mirando al suelo—, ese asiento está reservado para los hombres —agregó, ladeando la cabeza como si lo que acababa de preguntar fuese una falta de respeto. A Blau le dio rabia la contestación, ella se mareaba y lo pasaba mal, pero no insistió porque no quería comenzar el viaje con mal pie.

Llegaron los demás pasajeros y ellas se despidieron con un fuerte abrazo y unas cuantas lágrimas que rodaron por las mejillas de ambas.

El coche se puso en marcha. Blau decía adiós a su amiga, desde la ventanilla, con la mano derecha, mientras con la otra sostenía el bote de esencias que esta le había preparado para que las aspirase si se mareaba.

48
La casa de Carmeta

Blau compartió viaje con una familia de Vilanova de Meià. Un matrimonio y sus dos hijos pequeños. Los había mandado llamar el hermano de la mujer, afín al nuevo régimen, y con buena mano para recomendarlos. El hombre, de oficio albañil, se incorporaría a trabajar en una empresa dedicada a reformar las casas de las recién estrenadas autoridades gubernamentales de la Ciudad Condal y la mujer entraría al servicio doméstico de uno de los asesores del Gobernador Civil de Barcelona.

Pararon en la misma gasolinera en la que dos años atrás el mareo impidiera a Blau probar bocado. En ese tiempo había pasado de ser una niña con trenzas a que el taxista y sus acompañantes se dirigieran a ella de usted, tratándola de señorita. En esta ocasión tampoco comería, porque su estómago estaba repleto de pesadumbre.

A las puertas de Barcelona, en Molins de Rey, el control militar detuvo el taxi para revisar la documentación del vehículo, comprobar la identidad de los pasajeros e inspeccionar el maletero. El régimen había establecido controles a las entradas de las ciudades con el propósito de intervenir el estraperlo. El taxista le entregó al agente de turno los documentos, entre los que asomaba la esquina de un billete de cinco pesetas, el hombre revisó los papeles y, como por arte de magia, el billete desapareció y ellos continuaron su camino sin más problemas.

Marcelino, sin desviar la vista de la carretera, les preguntó:

—¿Tienen dónde hospedarse?

—A nosotros nos acogen unos primos que viven en Pueblo Seco —contestó el padre de familia desde el asiento del copiloto.

—He pensado hospedarme en un hotel —añadió Blau.

—Los hoteles son muy caros —dijo Marcelino, el taxista, mirando a Blau por el espejo retrovisor—, tengo una amiga que acoge huéspedes en su casa, es económica y de trato familiar. Si le interesa, le puedo acompañar y si va de mi parte, le hará buen precio. —Volvió a mirar por el espejo retrovisor y la expresión afirmativa de la joven le confirmó que sumaría una nueva comisión con la que Carmeta, su amiga viuda, le obsequiaba en especie las noches que pernoctaba en Barcelona y compartían sábanas.

El taxista llevó a la familia a Pueblo Seco, apeando a los pasajeros

en la dirección que el hombre llevaba apuntada en el remite de un sobre. Una casa de fachada estrecha de la cual salieron un grupo de familiares a recibirlos.

—No entiendo cómo se las apañan tanta gente metida en una vivienda tan pequeña —cuchicheó Marcelino mientras miraba como la familia era recibida entre abrazos y alegrías. Chasqueó la lengua y arrancó el automóvil en dirección al barrio de Gracia.

Detuvo el taxi en frente de una casa de dos plantas. Una vez en la puerta, en lugar de utilizar el picaporte repiqueteó con los nudillos, a manera de contraseña. Le abrió una joven vestida de negro, con delantal blanco y pelo oscuro recogido en un moño tan tirante que dolía con solo mirarlo.

—Hola, Pepita. Traigo un huésped, avisa a la jefa —dijo el hombre y salió en dirección al taxi a por la maleta de la pasajera, que dejó apoyada en el suelo de la entrada contra la pared.

Blau se quedó quieta delante del taxi, esperando instrucciones de Marcelino. Mientras miraba los azulejos de colores de la fachada se le acercó una mujer con un niño en brazos. Vestía ropas empolvadas y gastadas, le cubría el pelo, que asomaba graso y pegado, un pañuelo negro. La mujer le tendió la mano temblorosa con la palma girada hacia arriba. Reconoció la mirada, era la misma de aquella familia que acogieron en la masía, la mirada de quien no ha comido en días, una mirada hundida por la miseria.

—Espere —le dijo y fue hacia la maleta para abrirla en el suelo y desatar el paquete que con tanto esmero le había preparado Irene. Sustrajo uno de los trozos de queso y el pan y se lo entregó. La mujer levantó los párpados, agarró con fuerza la comida y le hizo una reverencia de gratitud. Blau la contempló mientras desaparecía doblando la esquina, sosteniendo al niño con un brazo y aferrando la comida con la otra mano.

—Hay muchas personas pidiendo por toda Barcelona si usted se compadece de todas ellas, se quedará sin dinero y sin comida en un periquete —le advirtió el taxista, esbozando una tierna sonrisa provocada por la acción de la joven, que se estaba peleando con la maleta para cerrarla.

Salió a recibirles una mujer que saludó, muy efusiva, al taxista, y que caminaba contoneándose. Vestía camisa azul celeste de tirantes gruesos y escote cuadrado y remetida en la falda azul marino de vuelo, ajustada a su minúscula cintura. Sostenía entre los dedos una boquilla larga, con el cigarrillo prendido a la que daba caladas. Al sonreír sin parar se le afinaban los labios perfectamente maquillados de color burdeos que destacaban en su blanca piel. El cabello negro y ondulado le rozaba los hombros. Calzaba zapatos de tacón combinados en dos colores azul marino y beis, cerrados por delante y

abiertos por el talón con una tira que los ajustaba al tobillo. Blau no le podía quitar el ojo, embobada. Los ojos verdes de la mujer resaltaban rodeados de pestañas espesas y negras. La joven pensó que no era extraño que el taxista se quedase embelesado mirándola con la boca abierta, le dieron ganas de empujarle la barbilla para cerrársela. A primera vista le había parecido que la mujer debía de tener la misma edad que su madre, pero cuando la tuvo delante se dio cuenta de que era bastante más mayor que Sofía.

—Esta señorita vive en mi pueblo y necesita alojamiento para unos días —informó Marcelino sin apartar la mirada lasciva de la mujer.

—Bienvenida a mi humilde casa, mi nombre es Carmeta —se presentó—, y aquí estoy para ayudarle en todo lo que usted necesite —dijo mientras le alargaba la mano.

—María del Blau, pero me llaman Blau —indicó, mientras se estrechaban las manos.

—Vamos, le enseñaré su habitación. Precisamente hoy ha quedado vacía la que está al lado del aseo —dijo ofreciéndole esa habitación como si fuese la mejor de la casa, cuando en realidad era en la que se oía el continuo tránsito de huéspedes camino al baño, los sonidos de la cisterna, el agua del grifo salpicar la pica de hierro en forma de concha y el golpear de la puerta al entrar y salir.

A Blau se le iluminó la cara al pensar «¡Por fin un lavabo!» y sintió alegría cuando la mujer abrió la puerta y se lo enseñó. Estaba dotado de una gran bañera en la que cabía entera.

—Si necesita un baño nos avisa y le calentaremos agua. Este es un servicio que se cobra aparte —informó la mujer, sonriendo y frotándose las manos al ver la cara de la joven que pedía un baño caliente a gritos.

La siguiente puerta era la habitación que le había asignado. La llave estaba puesta en la cerradura, le dio dos vueltas y entraron los tres. El taxista dejó la maleta a los pies de la cama junto a una banqueta forrada de terciopelo granate y desapareció sin mediar palabra. Era amplia y ventilada, el balcón daba a un patio interior adornado con plantas, un banco y cuatro sillas de forja alrededor de una mesa de patas de hierro que soportaban una pieza de mármol rosa y redonda.

—¿Le gusta? —preguntó Carmeta dando una calada a la boquilla sin tragarse el humo.

—Me parece bien —contestó Blau y le dedicó una sonrisa.

—¿Cuantas noches piensa quedarse?

—Tres noches.

—Muy bien, los desayunos se sirven de ocho a nueve de la mañana y las cenas a las siete en punto, en esta casa somos internacionales. Al medio día no hay servicio de comidas —informó, manteniendo la

sonrisa en todo momento y dando otra calada a la boquilla.

Blau, una vez sola en la habitación, se tumbó, extenuada, en la cama boca arriba. Una lámpara pequeña formada por cadenas de cristal pendía del techo, la observó durante el minuto que se permitió dejar su mente en blanco. Cerró los ojos y repasó mentalmente todos los pasos que daría a la mañana siguiente y los lugares a los que acudiría en busca de información. Después de unos minutos de reposo, deshizo la maleta. Olfateó la ropa que seguía oliendo a lavanda, la comida no había dejado rastro de olores en ella. Introdujo las dos mudas de ropa interior y los dos vestidos, en el armario. Cerró la maleta y la guardó debajo de la cama con la comida dentro.

Era el momento de presentarse en el comedor. El tener que cenar con desconocidos le provocaba vergüenza. Se miró varias veces delante del espejo, de forja de cuerpo entero, que adornaba una de las esquinas de la habitación. Llevaba puesto un vestido verde botella de su madre, escote redondo, mangas farol, ajustado a la cadera, terminación en campana y un palmo por debajo de la rodilla. Se ciñó a la cintura el ancho cinturón, de la misma tela que el vestido, y lo anudó en uno de los costados formando un lazo. Desentonaban los zapatos ingleses planos de niña, eran los únicos que tenía.

Carmeta encabezaba la larga mesa y se levantó a recibirla cuando la vio en la puerta del comedor.

—Siéntese a mi lado, querida —indicó, apartando la silla para que tomase asiento—. Las mujeres tenemos que estar juntas y conversar de nuestras cosas —le susurró al oído para que el señor mayor calvo que ocupaba el segundo asiento de enfrente no la escuchara.

Blau se sentó donde le había asignado Carmeta sin atreverse a ojear el comedor ni a mirar al señor que la estaba escrutando. Poco después fueron llegando los demás huéspedes: una sexagenaria oronda, de pelo rubio y corto con ojos azules y saltones, que tomó asiento enfrente de ella; un cuarentón con pelo oscuro repeinado hacia atrás y fino bigote y, para terminar, irrumpiendo a toda prisa, con aires de despistado, un joven que se sentó al otro extremo de la mesa. La presencia de los huéspedes la incomodaba y se aferró a la silla, cabizbaja, cargada de inseguridad.

Pepita, la doncella de Carmeta, distribuyó en unos diminutos platos colocados a la derecha una cuarta parte de una rebanada de pan por comensal y seguidamente sirvió una especie de aguachirri en la que flotaban unos escasos fideos. De segundo, unas sardinas fritas que suministraban de madrugada los pescadores furtivos de la Barceloneta, y de postre una pieza de fruta, a elegir entre ciruela o albaricoque, de los cuatro árboles frutales del patio del vecino.

Blau era la novedad de la noche y los huéspedes no le quitaban el ojo de encima. Comía en silencio, sin atreverse a mirarlos, intuyendo

en algunos de ellos la necesidad de entablar conversación para alcahuetear, sobre todo la señora Valls que, entre bocado y bocado, la miraba con el propósito de captar su atención para dar comienzo a una conversación. Carmeta, que estaba más pendiente de ellos que de la comida, los entretenía charlando sobre el tiempo y la próxima apertura de los cines.

49
El Pianista

Una vez terminada la cena, Carmeta abrió las puertas correderas que separaban el comedor de la sala de estar.

—Hoy tomaremos café en el salón y el Señor Ackerman nos amenizará la velada al piano —anunció, tomando a Blau del brazo y mirando fijamente al joven con aires de despistado.

Se sentaron alrededor de la mesita baja de mármol en tono marrón y ribeteada de madera labrada igual que las patas. La Señora Valls se acomodó en el sofá de tres plazas. Blau se sentó junto a ella, pero en el otro extremo, dejando suficiente espacio para que la mujer, con sus abultadas caderas, estuviese cómoda. Los caballeros ocuparon los sillones orejeros. Carmeta, de pie junto al piano, lo acariciaba con la mano igual que si fuese su adorada mascota y miraba sonriente a los huéspedes. Pepita servía el café, que olía a achicoria, en una cafetera humeante de fina porcelana. Los hombres, acomodados en sus asientos, encendieron los cigarrillos.

El joven se sentó delante del piano de madera adornado con incrustaciones de latón, tocó algunas notas para asegurarse de que estaba afinado y examinó delicadamente las partituras hasta que encontró la que buscaba y la apoyó en el atril. Las manos, anchas y ágiles, comenzaron a deslizarse con soltura por el piano, hundiendo sus largos y precisos dedos en las teclas. Las notas musicales, de la composición *El Nocturno, Open 9, nº 2*, de Chopin, fueron seduciendo a los presentes sumergiéndolos en la calma y el hormigueo del placer musical.

Blau observaba al joven sentado al piano. Con la cabeza inclinada, los mechones rebeldes y dorados le caían por la frente, reparó durante un instante en el cabello de la nuca, perfectamente recortado a navaja y recorrió con sus ojos la ancha espalda cubierta por la impoluta camisa blanca, arremangada a la altura del antebrazo que descubría su piel rosada, mientras sus dedos continuaban rozando con devoción las teclas. Los movimientos le daban un halo místico y sensual. Estaba extasiada y durante la actuación se olvidó por completo de sus preocupaciones, que abandonaron su mente mientras duró la música.

El pianista, al finalizar el nocturno, aspiró profundamente durante unos segundos, permaneciendo inclinado delante del piano, fijando la mirada en sus manos que descansaban igual que dos plumas sobre las teclas. Después de ese breve descanso, alzó un brazo para pasarse los dedos por los mechones rebeldes y los domó conduciéndolos hacia

atrás. Se puso en pie, se dio la vuelta y reverenció a su público, que aplaudía entusiasmado desde sus asientos.

Blau mientras aplaudía fascinada por el embrujo de la música que todavía resonaba en su mente, examinaba al pianista. Ojos intensos, de un azul limpio, nariz recta, labios marcados, tez bronceada por el sol mediterráneo de las idas y venidas por las calles de Barcelona. El joven sonreía satisfecho de su actuación, observando por el rabillo del ojo a la nueva inquilina, que parecía encantada. Empleó el mismo porte que había utilizado al tocar el piano para enfundarse la americana gris marengo del traje y ajustarse el nudo de la corbata, antes de tomar asiento en la silla, enfrente del sofá donde estaban sentadas la señora Valls y Blau. Al moverse, impregnó el ambiente de un perfume volátil, mezcla de almizcle, pachuli y cedro. Mientras tomaba pequeños sorbos del agua de achicoria templada, su mirada, encubierta por la taza, se deslizaba discreta hasta aterrizar en el rostro de la joven sonriente de piel morena y ojos color miel. Pensaba que era una buena oportunidad para entablar conversación con ella y poder mirar directamente, sin disimulo, los rasgos exóticos de su cara.

Blau abrió la boca para felicitarle y él abrió la suya para peguntarle. Los dos hablaron a la vez. Sonrieron. El joven empleó un cortés gesto de manos y le cedió el turno para que ella hablase primero.

—Únicamente quería felicitarle por su gran actuación, señor Ackerman —dijo Blau, con voz trémula.

—Gracias, señorita —agradeció el pianista, inclinando la cabeza—. Preferiría que me llamase Michel y su nombre es…

—María del Blau Pardo, pero me llaman Blau.

—Entonces, con su permiso, le llamaré Blau.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza y reanudó la conversación:

—¿Qué era lo que usted quería preguntarme, señor Michel? —preguntó y sonrió al darse cuenta de la cara de incertidumbre que el joven había puesto—. Me refiero a hace un momento, cuando le interrumpí para felicitarle.

—¡Ah, sí! —exclamó él, dándose un ligero toque en la cabeza a modo de recordatorio.

—Quería preguntarle si le había gustado mi interpretación, pero con su felicitación ya me ha contestado.

—¿Es usted pianista profesional? —preguntó interesada.

—Solo soy un aficionado —contestó el joven, dejando la taza y el plato en la mesa, sin apartar la mirada de ella.

—Me ha parecido que lo hace muy bien, aunque mi opinión no sirve de mucho porque no soy ninguna entendida, ni en música ni en piano —confesó.

—Estudié en el conservatorio de música de Amberes tres años, para complacer a mis padres, pero nunca destaqué especialmente y decidieron que no continuara con la carrera, ya que no era un alumno brillante. Aprendí lo esencial para tocar por placer.

—Amberes —susurró ella, intentando ubicar esa ciudad y recordando las clases de geografía impartidas por la señorita Natividad.

—Una ciudad de Bélgica —informó él.

Estaban los presentes callados, observando y escuchando la conversación de los jóvenes sin perder detalle. Ellos, aislados entre miradas cómplices y sonrisas sugerentes, se olvidaron del resto, hasta que una voz les pinchó la burbuja.

—Habla usted muy bien el español para ser de un país de habla francesa, señor Ackerman —afirmó la señora Carmeta, dándose aires de mujer de mundo.

—También hablo alemán, neerlandés y … —prefirió no referirse al siguiente idioma para no alertar sobre su origen a los allí presentes. Su padre siempre le decía que los hombres reservados juegan con ventaja y que solo hay que dar la información que aporte algún beneficio.

—¿Dónde aprendió usted a hablar español tan bien, señor Ackerman? —preguntó la señora Valls, inclinándose hacia adelante para escuchar mejor la respuesta que esperaba con avidez.

—Mi madre es española —respondió el joven con cortesía. La señora Valls hubiese querido seguir indagando sobre la vida de Michel, pero él ignoró su ademán de volver a preguntar, se puso en pie y dijo—: Señoras, señores. Mañana me espera un duro día y toca retirada, les deseo un buen descanso—. Y salió de la sala con aplomo y paso firme.

Blau lo observó por el rabillo del ojo, hasta que su silueta se perdió en la oscuridad al cruzar el umbral del comedor.

La señora Valls, después de un tiempo prudente, cuchicheó:

—Pobre chico, se está esforzando mucho por encontrar a su hermano —dijo, inclinando el tronco hacia Blau, pero sin mover las posaderas del asiento—. Dudo que lo encuentre, hay demasiados desaparecidos.

A Blau le molestaron las palabras de la señora Valls, provocándole un escalofrío que le recorrió toda la columna, dejándole mal el cuerpo y devolviéndola al motivo por el cual estaba allí sentada.

—Esperar sentados en casa no soluciona nada, mientras haya posibilidades y esperanza hay que actuar —afirmó Blau, muy seria.

La mujer apretó los labios, formando unas feas arrugas, y se recostó sobre el respaldo con actitud contrariada.

—En mi opinión ese chico está perdiendo el tiempo y el dinero. No creo que encuentre a su hermano —rebatió con la altivez de quien se

cree poseedor de la verdad.

—Esa será su opinión porque seguramente usted no tenga a ningún familiar desaparecido —terció Blau, poniéndose en pie, para dar las buenas noches y retirarse, dando por zanjada la conversación con la señora Valls.

Un poco más tarde, antes de acostarse, Blau bajó a la cocina a dejar parte de la comida. Estaba oscura, solitaria y silenciosa. Una voz a sus espaldas le preguntó:

—¿Tiene alguna necesidad?

—No, gracias, he traído algunas cosas de mi pueblo y las he dejado para compartirlas con todos.

—Le agradezco el detalle, como usted sabrá, escasean los alimentos —confesó la dueña de la pensión.

Carmeta, en agradecimiento, la invitó a tomarse una copita de moscatel en el patio trasero, sentadas a la luz de la luna llena. La mujer ajustó el cigarrillo a la boquilla y lo encendió dando una fuerte calada.

—No sé a qué ha venido usted a Barcelona ni me interesa. No me gusta ser confidente de mis huéspedes, de hecho, tengo un lema: cuanto menos sepa, menos puedo hablar. Aunque, de vez en cuando, me gusta dar alguna recomendación —y añadió exhalando el humo—: No se fíe ni de su propia sombra. Deje hablar antes de pronunciarse, así sabrá qué es lo que la otra persona quiere. No se precipite. Si tiene que hacer gestiones públicas o militares sea humilde y prudente. Sobre todo, manténgase alejada de los abogados y de quien le diga que le puede agilizar papeles a cambio de dinero, porque verá desaparecer sus ahorros sin resolver sus problemas.

—Le agradezco los consejos, lo cierto es que toda ayuda viene bien en estos tiempos —se sinceró.

50
El Portero

Blau fue la primera de los huéspedes en acudir a desayunar. La mesa estaba tan bien puesta que daba la sensación de que se iba a celebrar una fiesta. Resaltaban los colores de las diferentes mermeladas dentro de los cuencos de porcelana ribeteada de pequeñas flores como toda la vajilla. El comedor olía a panecillos recién horneados, que estaban dentro de una fuente encima de la mesa junto a la mantequilla en barra dispuesta en un plato metálico. Se sirvió una taza de achicoria acompañada de leche aguada y mientras se la tomaba sentada a la mesa, pensaba en el primer lugar donde acudiría a preguntar por Marc. De pronto oyó unas pisadas ligeras en dirección al comedor, levantó la vista y se encontró con Michel.

—Buenos días —saludó el joven, sentándose en el mismo lugar que la noche anterior—. Hoy tenemos desayuno de lujo, hay variedad de mermeladas y todo —comentó, sorprendido.

A Blau el azul de los ojos de Michel le recordó el cielo de La Valdriet en los días en que soplaba el viento del norte desde el Montsec y se llevaba las nubes para dejarlo claro y radiante. Le sonrió tímidamente, se tomó el último sorbo de achicoria y se marchó deseándole un buen día.

Se encaminó ligera en dirección al Paseo de Gracia. El edificio de la Pedrera era la referencia que recordaba para llegar hasta la vivienda de Marc, situada en un bloque enfrente. Cuando llegó a la altura de la Pedrera le vino a la memoria los paseos que había dado junto a su madre por aquellas aceras. No recordaba el número del piso y estuvo esperando a ver si salía o entraba algún vecino para mirar los nombres en los buzones. Abrió la puerta un señor de mediana edad, escuálido, con ojos pequeños pero vivos y nariz aguileña. Ella aprovechó la ocasión para intentar colarse en el portal.

—¡Alto! —le llamó la atención el hombre— ¿Dónde va usted, señorita? —preguntó, arrugando la frente y mirándola inquisitivamente.

—Busco al señor Marc Puigcalaf y no me acuerdo del rellano ni de la puerta en la que vive —susurró, desconcertada.

Una señora rechoncha apartó al hombre de un empujón y se plantó delante de ella con los brazos en jarras.

—¿Tú eres la niña de Sofía? —Y sin dejarle contestar—. Sí, sí que

eres tú. Me acuerdo de ti de cuando venías con tu madre a visitar al señor Puigcalaf. ¡Madre mía, qué mayor estás!, pero la cara es la misma que tenías de niña, la mismita —exclamó, girándose para mirar al hombre, que estaba pasmado con las cejas levantadas y al que propinó un leve empujón—. Fermín, no te enteras de nada, no entiendo como no la has reconocido —dijo, tomando a Blau del brazo y acompañándola hacia la portería—. Ven, entra en casa y nos cuentas.

Fermín las siguió, rascándose la cabeza y gesticulando burlas a su mujer, aprovechándose que no podía verlo.

—¿Qué ha sido de vosotras? Cuéntame, por cierto, muy buenas manos las de tu madre, me cosió el vestido de la boda de mi Luisito y parecía una marquesa —suspiró— ¡Ay, qué tiempos aquellos en los que nos pudimos permitir celebrar la boda de mi hijo! Sencilla, eso sí, solo los más allegados.

Ellas dos se sentaron en un viejo sofá y Fermín en una de las cuatro sillas que rodeaban la mesa. Blau dejó hablar a la portera todo lo que quiso y, al cabo de unos minutos que se le hicieron eternos, en un despiste de la señora aprovechó para preguntar:

—¿Está el señor Puigcalaf en su casa? necesitaría hablar con él.

—Ay niña, al señor Puigcalaf no recuerdo bien cuando fue la última vez que lo vimos, pero de eso hace bastantes meses —dijo con cara de pena—. Quien sí viene por aquí alguna vez es su abogado. —Abrió los ojos y se acercó a Blau para susurrarle—: Le he visto subir al piso con mujeres, siempre diferentes y muy bien arregladas, yo creo que les cobra los honorarios en favores.

—Mujer, no seas mal pensada —la reprendió su marido.

—¿Saben ustedes donde tiene el abogado su despacho? Puede que él sepa del señor Puigcalaf.

—Tiene el despacho en las Ramblas. Nos dio una tarjeta, por si alguna vez necesitábamos de sus servicios —dijo levantándose para comenzar a rebuscar en un cajón del bufete del comedor.

—Aquí está —exclamó la portera, con la tarjeta de visita en la mano y se la entregó.

—Muchas gracias —murmuró Blau, guardándose la tarjeta en el bolso como si fuese un tesoro.

—Cuéntanos ¿Tu madre qué tal está? —preguntó la mujer.

—Mi madre es el motivo por el que he venido a preguntar por el señor Puigcalaf. —Respiró profundamente y se entristeció—. Recibimos una carta en la que nos comunicaban que el señor Puigcalaf estaba encarcelado y mi madre fue a averiguar si era cierto —guardó silencio—. Desde entonces, no la he vuelto a ver. Tratamos de hacer averiguaciones, pero únicamente encontramos la maleta que dejó en la fonda donde se alojó, y tampoco encontramos rastro del señor

Puigcalaf.

—Ya barruntaba yo que andar metido en asuntos relacionados con la política no era buena cosa —manifestó Fermín.

—Este asunto huele muy mal —reconoció la portera.

—Está desapareciendo mucha gente, se les acusa de rojos, los detienen por la noche y se los llevan en pijama. Luego a los familiares les toca ir de una prisión a otra para intentar averiguar dónde se los han llevado y qué ha sido de ellos. Me han contado que a los hombres jóvenes los destinan a trabajos forzados en carreteras, vías de trenes y a limpiar bosques —contó el portero.

Las palabras del hombre le afectaron, comenzó a llorar y se derrumbó delante de unos extraños.

—No cuentes miserias, Fermín, y piensa en cómo podemos ayudar a la chica —le regañó su mujer.

—¿Ha ido a visitar a la señora Puigcalaf? —preguntó Fermín.

—No, no sé dónde vive —contestó ella, secándose las lágrimas con los dedos.

—Le acompañaré a su casa, el portero de su edificio es conocido mío y hablaremos con él —propuso Fermín.

Después de despedirse de la portera, Blau y Fermín tomaron dirección a la calle de Balmes que era donde residía la madre de Marc.

Al llegar al portal, Fermín llamó al timbre de la portería y salió un señor redondo de piernas cortas que parecía calvo porque no dejaba asomar ningún pelo por debajo de la gorra que llevaba puesta. Les recibió sonriente.

—Amigo, ¿qué te trae por estos barrios? —preguntó el hombre, levantando las manos.

—Acompañar a esta bonita señorita que pregunta por la señora Puigcalaf.

—La señora Puigcalaf acaba de llegar de Francia y nos ha dicho que no la molestemos.

—Perdone —dijo Blau inquieta— ¿Ha llegado el señor Puigcalaf con ella?

—No, señorita, el señor Puigcalaf murió hace años.

—Ella se refiere al señorito. A su hijo —aclaró Fermín.

—La señora ha llegado junto a su prima, el señorito hace meses que no viene por aquí.

A Blau se le transformó la cara y le volvieron a resbalar lágrimas rebeldes, que no obedecían al esfuerzo que estaba haciendo por contenerlas. El hombre se compadeció de ella y le dijo:

—Venga mañana temprano. La acompañaré a casa de la señora Montserrat a ver si tenemos suerte y está de humor para visitas. Intentaré interceder por usted para que la reciba.

—Le estoy muy agradecida —dijo Blau, dedicándole al hombre una

sincera sonrisa.

—¿Y ahora qué hará? —preguntó Fermín.

—Iré a visitar al abogado del señor Puigcalaf.

—El abogado puede serle de ayuda, ellos siempre tienen información de primera mano, ¿sabe por qué están tan bien informados? —sonrió—. Porque hablan con los porteros —añadió, guiñando un ojo y sacando una pícara sonrisa.

Caminaban juntos, Blau cabizbaja y Fermín balanceándose ligeramente con las dos manos metidas en los bolsillos.

—¿Quiere que le acompañe a la oficina del abogado? —Se ofreció el portero.

—Es usted muy amable Fermín, pero no quiero robarle más tiempo a su trabajo.

—No se preocupe, el trabajo del día hace horas que lo terminé y me gusta pasear —dijo Fermín, ofreciéndole la mejor de sus sonrisas, marcando las profundas arrugas que rodeaban sus ojos transformándolos en dos puntos negros.

Llegaron a la Rambla de Canaletas y bajaron por ella hasta la Rambla San José. Entraron en la portería del número setenta y cinco y subieron al entresuelo primera donde una placa grabada en bronce anunciaba el despacho del abogado Aurelio Vilá Costa. Les abrió la puerta una mujer rubia, de facciones finas. Los inspeccionó y arrugó la nariz al detectar en Fermín las vestimentas de portero. Blau intuyó, por el gesto de la secretaria, que no les prestaría atención sin más y decidió arriesgarse.

—Venimos de parte del señor Marc Puigcalaf —se apresuró a decir antes que se los quitara de encima con excusas y no les dejase hablar.

La mujer cambió de inmediato la expresión rígida por una sonrisa forzada que le dulcificó el rostro y los hizo pasar a una sala.

—El señor abogado está ausente y no volverá al despacho hasta mañana. —Respiró hondo mientras daba la impresión de que pensaba y volvió a sonreír—. Voy a revisar su agenda por si tuviese para mañana algún hueco libre y lo reservaré para ustedes —dijo entrando en el despacho y saliendo al poco con una agenda en la mano— ¿A las doce del mediodía les vendría bien?

—Sí, nos viene bien, gracias —confirmó Blau.

—¿A nombre de quién registro la visita?

—A nombre de María del Blau Pardo Vidal.

La mujer dio un respingo cuando escuchó el nombre y levantó la vista de la agenda para observar detenidamente a la joven, hasta tal punto que no se dio cuenta de que la incomodaba. En ese momento le estaba poniendo cara al nombre y apellidos que había tecleado en varias ocasiones en los documentos del señor Marc Puigcalaf. El joven viudo y atractivo, ante el que todas las sonrisas y caídas de ojos que,

años atrás, le profesó, esperando llamar su atención, se desvanecieron en el aire, sin causar ningún efecto. Ella, ante sus ojos, siempre fue invisible como mujer.

51
Las Galletas

Los árboles plataneros daban sombra a los bancos de las Ramblas, pero Blau eligió uno al descubierto. Recelaba de los pájaros que habitaban en sus ramas y temía que al levantar el vuelo le dejasen caer la buena suerte encima.

—Hola —saludó una voz, que preguntó seguidamente—: ¿Me da permiso para sentarme con usted?

Levantó la mirada. Los rayos de sol iluminaban el cabello dorado de Michel. El azul de su iris y su sonrisa imploraban contestación. Vaciló, no tenía claro si era correcto permitirle a un hombre que se sentase junto a ella. Lo sopesó durante unos segundos, pensando que se levantaría y lo dejaría plantado si le notaba intenciones de acercarse más de lo debido. Se movió hacia la esquina derecha, señalándole la izquierda para que se sentara y quedase entre ambos una correcta separación.

—Me he parado en ese quiosco a comprar La Vanguardia —dijo indicando el quiosco ubicado a su izquierda, a la vez que aireaba el periódico para que ella lo viera. —Iba a irme cuando la he visto ¿Ha encontrado lo que busca?

—¿Cómo sabe que estoy buscando algo?

—Porque todos los huéspedes que trae el señor, Marcelino, vienen buscando algo o a alguien.

—He dado unas cuantas vueltas y parece que mañana tendré dos entrevistas que espero me ayuden a ponerme sobre la pista que necesito. ¿Y a usted qué tal le fue?

—¿Cómo dice?

—Pregunto que cómo le ha ido en lo que sea que esté haciendo o buscando —contestó ella, sabiendo que buscaba a su hermano.

—Mal. Las administraciones y su papeleo me lo están poniendo muy difícil. Preguntar por una persona desaparecida es complicado —sopló y se tocó el hoyuelo de la barbilla—. Me han interrogado ya varias veces para comprobar que no soy un comunista y los primeros días, incluso, me estuvieron siguiendo.

Blau sintió un escalofrió, lo que estaba escuchando no le gustaba nada. Temió que a ella también la comenzasen a seguir y se enterase Ismail de su viaje.

—¿A quién busca? —preguntó, conociendo la respuesta.

—A mi hermano menor.

—¿Qué hacía su hermano en este país?

—Estaba aprendiendo con un maestro orfebre, una técnica de lacado, exclusiva de los joyeros de esta ciudad. Nuestra familia tiene un taller de joyería en Amberes —aclaró.

Blau asintió, acordándose del reloj de oro de Marc, estaba convencida de que se refería a las lacadas y elaboradas hojas de la enredadera que lo decoraban.

—He visto esos lacados en un reloj de mesa de la *Casa Masriera*.

—Exactamente, ellos son expertos en joyas lacadas igual que lo eran en el taller donde estaba aprendiendo mi hermano. Él se trasladó a Barcelona un año antes de que estallara la guerra y, por lo que he podido averiguar, intimó con un compañero de trabajo afiliado a un sindicato anarquista. Influenciado por ese amigo, comenzó a frecuentar ese círculo. Es todo lo que tengo. La embajada de mi país está intentando hacer averiguaciones, pero todo es muy complicado. Mis padres están desesperados; yo no les escribo porque no sé qué contarles.

—Mi madre se fue a averiguar dónde estaba detenido un familiar y ahora han desaparecido los dos —se sinceró Blau.

Se miraron en silencio, comprendiendo que estaban en el mismo bando. El joven se mantuvo en su esquina, sin hacer ningún ademán de acercamiento; el respeto que estaba demostrando la tranquilizó. La experiencia con Ismail la había marcado y desconfiaba de los hombres.

—¿Usted, también es orfebre? —preguntó curiosa.

—A todos los hijos de orfebres nos enseñan el oficio desde niños. Es nuestra obligación seguir con la tradición familiar, pero mi hermano pequeño tiene un talento especial para diseñar y facilidad para trabajar con las manos, hace unas joyas preciosas.

—¿Entonces, usted a que se dedica?

—Me encargo de la administración de la empresa junto a mi padre, me estoy preparando para sucederlo en un futuro.

—A mí me hubiese gustado ser enfermera, pero solo es un sueño de niña —dijo con la amargura de quien se ha convencido de que sus sueños nunca se realizarán.

—¿Tiene hambre?, ¿me haría el favor de acompañarme a comer? Cerca de aquí hay un bar en el que ponen al mediodía estofado de carne con verduras; las verduras se distinguen, pero la carne no se sabe de qué es, hay que arriesgarse.

Blau arrugó la nariz y pensó en lo que le habían contado sobre la desaparición de los gatos en las ciudades.

—Mejor nos vamos a casa de Carmeta y le invito a pan con queso hecho con la leche de las cabras de unos conocidos; he podido ver

como lo hacían —sugirió.

—Acepto su invitación, probaré ese queso —dijo Michel poniéndose en pie de un salto.

Tomaron rumbo al barrio de Gracia. Michel guardaba la suficiente distancia para no abrumarla y que ella se sintiera cómoda caminando a su lado. Por la educación recibida, él estaba acostumbrado a mantener las distancias con las chicas. Ella relajó la tensión inicial al percibir que pasaban los minutos y el comportamiento del joven seguía siendo igual de respetuoso que al principio.

—Carmeta prohíbe comer en su casa a no ser que sea comida de la que ella vende. Conozco un parque que está cerca y tiene una fuente donde podremos beber. Yo pondré el postre. Tengo una caja de galletas de mantequilla hechas por mi madre —dijo y se detuvo en la esquina, antes de llegar a la pensión. —Vaya usted primero y cuando salga entraré yo. No quiero que nos vean juntos y seamos la comidilla de la señora Valls.

Tras recoger las provisiones, se sentaron en el banco del parque, siguiendo el mismo patrón anterior. Cada uno en una esquina y, en el centro, Blau dispuso, encima de una servilleta a cuadros blancos y rojos, trozos de pan con queso. Comieron despacio y sonriéndose. Cuando terminaron, Michel sacó una caja de hojalata verde adornada por fotografías de flores. Al abrirla salió un aroma a caramelo con toques de mantequilla y frutas del bosque, que procedía de unas galletas amasadas con el cariño materno. Los dos alzaron sus manos para coger la misma, la de trocitos de fruta roja confitada. Ella, que la había cogido primero, la partió y le ofreció un trozo. Al dárselo, los dedos de ambos se rozaron. Después de la galleta roja de frambuesas compartieron una lila de moras, devoraron la de pepitas de chocolate y otra de mantequilla, los dedos se cruzaban y se rozaban con cada una de ellas, pegajosos de azúcar, fruta y chocolate.

—Gracias —susurró Michel.

—No hay de qué, los dos hemos compartido lo que teníamos —dijo ella.

—Hemos compartido algo más que la comida. En este rato nos hemos hecho compañía mutua. La soledad es muy triste —comentó él sonriendo.

—Y en compañía el tiempo pasa más rápido —añadió Blau.

—¿Quiere un café? —preguntó él.

—Me encantaría tomar uno.

—Espéreme aquí y no se mueva —dijo Michel y se fue en dirección a casa de Carmeta.

A los pocos minutos regresó con dos tazas de porcelana, humeantes y rebosantes de achicoria aguada, en las manos.

—Pensé que no llegarían enteras —dijo, apoyando las tazas sobre el

banco.

—Tiene buen pulso —destacó ella—, y buena influencia para que Carmeta le haya dejado sacar las tazas fuera de su casa.

—Tengo buena mano para negociar y conseguir algún capricho a cambio de pequeños sobornos. —Le guiñó el ojo, y sonrió mostrando los dientes bien alineados y blancos—. Carmeta le consentía algún capricho de poca importancia a cambio de las veladas de piano para entretener a sus huéspedes.

La tarde se les esfumó, sentados en el banco del parque, entre charlas, confidencias y risas, más rápido de lo que ellos hubiesen deseado. Blau entró sigilosa en casa de Carmeta y se encerró en su habitación. Michel dio unas cuantas vueltas por el barrio para matar unos minutos y acudir directamente a cenar.

A Blau las conversaciones banales que los huéspedes entablaron durante la cena no le interesaron y le resultaron pesadas, sobre todo el incesante graznido de la señora Valls, que le recordaba al de una hurraca en primavera. Asentía con la cabeza y sonreía por cortesía, haciendo ver que atendía a lo que explicaba y levantando la vista cada vez que tomaba una cucharada de sopa aguada, cruzando miradas con Michel, colmadas de complicidad. Ambos jóvenes sonreían con los ojos repletos de luz. Después de cenar pasaron a la salita igual que la noche anterior. Ella repitió asiento en el mismo sitio, ya que desde allí podía admirar las fornidas y anchas espaldas del pianista, observar su cuello bien torneado y contemplar como las teclas eran acariciadas por sus largos dedos.

Michel colgó en una silla la americana, se arremangó la camisa, aflojó el nudo de su corbata, se sentó frente al piano y se dirigió a los presentes, sin quitar las manos de encima del teclado, anunciando:

—*Vals de primavera*, de Chopin, para todos ustedes.

Comenzó a tocar y, a medida que se emocionaba, las venas del cuello se le tensaban, y, con cada impulso, se le alborotaba el cabello, agitando los mechones rebeldes sobre su frente, mientras volcaba sobre las teclas toda su pasión.

Blau se puso en pie antes de que acabase el vals y salió a toda prisa, sin despedirse. Una vez dentro de su habitación, trató de contener el temblor de sus piernas, cuya causa no sabía si era por la intensidad de la música o por el pianista.

52
La Charnega

Blau amaneció con un cerco oscuro alrededor de los ojos. La música había encontrado una fisura en su caparazón y se había colado por ella. Soñó que entrelazaba los dedos de su mano con los del pianista y se despertó sudando. Tuvo que abrir la ventana para que entrase la brisa de la madrugada y la refrescase. Sentía pinchazos de vez en cuando en las sienes y estaba mareada. Se vistió a toda prisa y pasó por el comedor a tomar una taza de achicoria. Un vaso y un plato usados sobre la mesa, delante del asiento vacío de Michel, le indicaban que él había sido más madrugador. No se sentó. Se tomó el contenido de la taza en dos tragos y partió hacia la calle. Apoyado en la columna que sostenía la verja de la entrada estaba Fermín, puntual, tal y como le había prometido.

—Tiene usted mala cara, señorita —destacó Fermín, haciendo una mueca con la boca.

—He dormido mal —contestó ella, suspirando—. Los nervios no me han dejado descansar.

Llegaron a la calle de Balmes. El amigo de Fermín les esperaba, impaciente, junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos.

—La Señora está desayunando, cuando termine nos avisarán; mientras, si así lo desean, pueden entrar y esperar.

Aguardaron durante más de una hora en la portería. Blau se levantaba y daba ligeros paseos por la pequeña estancia, preocupada por llegar tarde a la cita del abogado. Un repiqueteo en la puerta la tranquilizó. Era la asistenta de la señora Puigcalaf indicándoles que la acompañaran.

La asistenta abrió la puerta y entró delante, seguida del portero, el cual se había quitado la gorra y la retorcía entre las manos. Fermín y ella se quedaron en el recibidor. Oyeron la voz de la señora Montserrat Dolç desde el despacho que tantos años utilizó su difunto marido; lo utilizaba para atender al administrador de sus bienes y otros asuntos, como el que le traía aquel día el portero.

—¿Qué es lo que viene a pedir esa charnega a mi casa? —preguntó la señora Montserrat, rígida como un palo y sin pestañear.

—Quiere preguntarle por su hijo. Nos ha contado que su madre desapareció cuando se fue a averiguar el paradero del señorito Marc —explicó el portero.

Blau, que escuchó perfectamente la conversación, volvió la cara hacia Fermín con los ojos muy abiertos y se llevó la mano a la cabeza a causa de una repentina punzada que sintió.

—Tiene mal carácter, es una mujer desagradable —susurró el hombre—. Hay que tener paciencia con ella.

—Está bien, que pase. Le concederé unos minutos; tengo muchas cosas que hacer y no puedo perder el tiempo —expresó la madre de Marc.

Enseguida, asomó la cabeza calva del portero y, con un gesto, indicó a Blau que entrase en el despacho, cerrando la puerta al salir.

—Dígame, señorita. ¿Qué asunto la ha traído a mi casa? Sea breve, por favor, que me están esperando —puntualizó, cortante, la señora Montserrat Dolç.

La madre de Marc, erguida delante de la mesa, escudriñaba a la joven de arriba abajo, mirándola con arrogancia.

—Gracias por recibirme, señora. Encontramos esta nota en la puerta de casa —dijo Blau, sacando una carta del bolso y avanzando dos pasos para entregársela y volver a retroceder.

La mujer cogió la nota y la leyó ávidamente. Al devolvérsela, le temblaba el pulso.

—Mi madre al recibir este aviso, se fue a averiguar si lo que ponía en él era cierto y ya no volvió. Unos conocidos se desplazaron a La Seu d'Urgell y encontraron su maleta en la fonda donde alquiló una habitación que no llegó a utilizar, porque salió después de comer y no volvió. Se comprobaron los libros de registros de presos, por si el nombre de su hijo aparecía en ellos, y no encontraron rastro de él. Mi madre me contó que su hijo planeaba viajar a Francia y le había dicho que tenía intención de llevarnos con él. Solo quiero saber si ha logrado llegar a Francia.

La señora Montserrat palideció de golpe, se agarró a la mesa y la rodeó para dejarse caer en el sillón. Siguió manteniendo la compostura una vez sentada y negó con la cabeza.

—Estuve con una prima refugiada en Francia y no recibimos ninguna visita —exclamó, con voz trémula.

—Muchas gracias por atenderme —se despidió Blau, dando media vuelta para disponerse a salir de aquel despacho que la estaba asfixiando desde que había entrado en él.

—Perdone. —Oyó decir con un hilo de voz a la mujer, cuando ya se iba, haciendo que se girase hacia ella—. Si averigua el paradero de mi hijo, le agradecería que me lo notificara.

—No se preocupe, lo haré —precisó y se encaminó hacia la salida.

La señora Puigcalaf se hundió en el sillón nada más salir la joven por la puerta y lloró amargamente. No creía que fuese capaz de resistir una mala noticia sobre el paradero de su hijo.

Blau salió del despacho de la señora Puigcalaf, cabizbaja y empequeñecida, sobre todo de corazón. Pensó: «esa señora no puede ser familia nuestra ni de Marc».

Llegaron a las Ramblas y subieron al piso del abogado. La secretaria les abrió con una sonrisa. El recibimiento está vez prometía ser más cordial. Pasaron a la sala de espera y, al poco, salió el abogado del despacho con la mano tendida hacia Blau y luego apretó alegremente la de Fermín.

—Aurelio Vilá Costa, para servirle, señorita —se presentó—. Adelante, pasen ustedes, indicó, señalando el interior del despacho.

—La espero leyendo la prensa —anunció discretamente Fermín, para que resolvieran los asuntos en intimidad.

Blau permaneció cerca de una hora encerrada en el despacho con el abogado. Le contó las circunstancias que la habían llevado hasta allí desde el principio, incluida la invasión de la masía por la patrulla de Ismail. Descargó el peso que llevaba sobre ella, llorando durante parte del desahogo. El abogado la escuchó en silencio atentamente, dejándole su pañuelo para que se limpiara las lágrimas y se sonara. Cuando terminó su relato el señor Vilá le dio su parecer:

—Es difícil averiguar el destino de los presos o su defunción, en el caso de que haya ocurrido; y aún más imposible es averiguar donde están enterrados. Necesitaremos mucha ayuda para poder resolver esta situación. —Chasqueó la lengua—. ¿Sabe si la señora Puigcalaf está dispuesta a colaborar?

—No ha dicho nada al respecto, eso se lo tendría que preguntar usted.

—Hablaré con ella —aseguró el abogado.

Fermín aguardaba inquieto por la tardanza, la visita se estaba alargando más de lo previsto. Sentado en el sillón de enfrente se impacientaba, también, un señor trajeado, esperando su turno.

—¿Qué tal ha ido la entrevista? —preguntó Fermín antes de haber salido a la calle. La curiosidad de portero le apremiaba.

—No ha sabido nada de Marc desde hace meses. Me ha prometido que hablará con la madre para que colabore en la búsqueda de su hijo. No me ha dado esperanzas, pero me ha asegurado que moverá todos los contactos que tiene a su alcance para indagar sobre el paradero de Marc y de mi madre.

Fermín se encogió de hombros, pensando: «estamos igual que al principio», aunque a ella le dijo:

—Tenga confianza señorita, ya verá como todo se arregla. —Intentando consolarla con palabras que ni él se creía.

Blau estaba a punto de entrar en casa de Carmeta cuando unos dedos le tocaron el hombro, haciendo que se girase de inmediato, sobresaltada.

—Me ha asustado —le recriminó.

—No era mi intención —se disculpó Michel—. La estaba esperando para invitarla a comer.

—Gracias, pero no estoy de humor. He tenido un mal día.

—Pues yo, en cambio, tengo buenas noticias y me gustaría compartirlas con usted —guardó un instante de silencio—. Por favor —imploró.

—¿Son referentes a su hermano?

Michel asintió con la cabeza y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Blau pensó que si las noticias eran buenas, haría bien en escucharlas porque le darían razones y esperanza para seguir buscando a su madre.

—Conozco un lugar de pescadores en la Barceloneta donde cocinan un arroz caldoso con los sobrantes de la pesca que está buenísimo. Te ponen un plato grande de arroz y un vaso de vino por unas pocas pesetas.

Ella sonrió y aceptó con un movimiento de cabeza. Caminaban en silencio y, tras callejear un poco, Blau rompió el hielo:

—Cuénteme lo que ha averiguado sobre su hermano, me tiene intrigada.

—He encontrado su paradero. En unos días viajaré a Madrid. Le han llevado a un campo de concentración en Guadalajara, los tienen trabajando en la construcción de carreteras.

—Es una gran noticia que siga con vida y sepa, al fin, dónde está, me alegro mucho.

—Sí, lo importante es que está vivo —destacó Michel.

—¿Cómo lo ha hecho para averiguar su paradero? La gente no quiere hablar de los desaparecidos.

—Mi padre me dijo que todo el mundo tiene un precio y en este régimen también hay funcionarios que lo tienen —titubeo, guardo silencio y continuó—: Lo que le voy a contar será nuestro secreto. —La observó para ver si asentía—. Hay que averiguar entre los que tienen potestad en el asunto si hay alguno con debilidades. El dinero, las joyas y piedras preciosas pervierten al más honesto —le confió.

—Entonces, ¿quién no tiene dinero se pudre en la cárcel? —preguntó arrugando el cejo.

—Eso no lo sé, lo que he comprobado es que haciendo regalos al funcionario adecuado todo va más rápido, aunque hay que ir con mucho cuidado porque si te equivocas de persona puedes dar con tus huesos en la cárcel por corrupto —matizó, entrecerrando los párpados.

—¿Cuándo tiene previsto marcharse?

—Mañana cogeré el primer tren que salga hacia Madrid. Me han dado el contacto de un funcionario que está dispuesto a ayudarme —carraspeó—. Tendré que averiguar cuáles son sus pretensiones. Espero

que no me deje pelado.

—Yo también me marcharé mañana —guardó silencio, mientras pensaba en lo sola que estaba sin su madre y notar que se le anegaban los ojos de lágrimas, que secó con disimulo mientras avanzaba apenada.

Se detuvieron delante de una casa de una sola planta, de ventanas pequeñas y estrechas. La fachada estaba desconchada y necesitaba una mano de pintura. En su día debió de ser blanca, pero en ese momento era grisácea y marrón, del rastro que dejaban los chorretones del agua que bajaba desde el tejado cuando llovía. Michel apoyó la mano en la puerta y la aporreó cuatro veces seguidas.

Al poco, un niño la entreabrió lo justo para asomar su diminuta cabeza; al reconocerlo, dejó asomar una mellada sonrisa, propia de su edad, y les invitó a pasar. Blau se sorprendió de lo lleno que estaba. Habían improvisado dos mesas largas de punta a punta en lo que debía de ser el comedor, flanqueadas por largos bancos en los laterales. La gente se sentaba unos enfrente de los otros. Un hombre cobraba antes de pasar al comedor y les indicaba el hueco para sentarse. Les dio asiento en medio de dos fornidos hombres. Una mujer dejó encima de la mesa dos vasos de barro, que no tardó en llenar de vino aguado de una jarra que se volvió a llevar, y dejó, frente a ellos, una cuchara envuelta en una servilleta de tela a cuadros. Luego, sirvió en unos cuencos marrones, caldo con trozos de pescado y arroz, que despedía olor a mar. Comieron tan prietos que, por no rozar a los desconocidos, se apretujaron entre ellos y cuando terminaron de comer, a pesar de estar libres los huecos de los costados, prefirieron seguir en la misma posición, codo con codo.

53
Violetas

Al terminar de comer se fueron a pasear por el rompeolas. Caminaban tan pegados que, a veces, en la torpeza de sus pasos, sus cuerpos se chocaban; entonces se miraban y se les escapaba una sonrisa en silencio por la comisura de los labios. El viento se despertó juguetón y la falda acampanada junto con los rizos de Blau echaron a volar dejando, en esa búsqueda de libertad, al descubierto sus piernas. Ella chillaba mientras le faltaban manos para enderezar las ropas que el aire estaba empeñado en levantar. Michel reía al verla moverse con rapidez, tratando de fijar la falda a su cuerpo con las manos. La tomó del brazo y echaron a correr hasta llegar al inicio de las Ramblas, a salvo de la diversión del viento.

—Hemos comido y paseado juntos, si lo cree apropiado nos podemos tutear —sugirió Michel.

—De acuerdo, pero cuando haya gente delante le pienso llamar de usted, que luego piensan mal —dijo Blau, pensando en la lengua viperina de la señora Valls.

—Espérame un momento —pidió Michel, deteniéndose para dirigirse a paso ligero hacia una mujer sentada delante de varios cubos llenos de flores.

Regresó apresurado y sonriendo. Blau que lo había seguido con la vista, se fijó en que volvía escondiendo una de sus manos a la espalda. Él ensanchó la sonrisa y el azul de su mirada se asemejó, por la caída de la luz de la tarde, a dos zafiros brillantes. En un rápido gesto le entregó un ramillete de violetas.

—Son para ti.

—Gracias —susurró Blau, emocionada. Cogió el ramillete y se lo acercó a la nariz para inspirar la fragancia que despedían las flores, sonriendo sorprendida por la inesperada muestra de cariño.

—Estás muy guapa cuando sonríes, lástima que nos hayamos conocido en un mal momento —se lamentó él.

—¿Cómo haces para sonreír con tanta facilidad, a pesar de los problemas que tienes? —preguntó ella.

—No sirve de nada estar triste —guardó silencio y perdió la mirada entre las violetas—. Me esfuerzo todos los días por encontrar a mi hermano, a base de constancia y trabajo —argumentó él.

—Por lo menos ahora ya sabes dónde está tu hermano y que está

vivo. Yo regreso a mi casa con las manos vacías —dijo, compungida, volviendo a oler las violetas para así agachar la cabeza y disimular las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Michel le tomó la mano y se la estrechó para que sintiera su apoyo. Volvieron a casa de Carmeta en silencio, cogidos de la mano como si se conociesen de toda la vida y fuesen de esas parejas que no necesitan hablar para sentirse bien. Al llegar, el taxista estaba aparcado descargando paquetes en la puerta. Ellos, desde unas calles atrás, se habían soltado ya las manos.

—Me parece raro que haya venido hoy —comentó, extrañada.

—Lo hace siempre así. Trae provisiones que consigue de los campesinos de su pueblo, creo que de estraperlo. Luego se queda a dormir. Sospecho que duerme con Carmeta porque no hay más habitaciones. —Movió las cejas e hizo una mueca con la boca.

Antes de llegar a la altura donde Marcelino se afanaba en descargar varios fardos, Michel la detuvo, asiéndola por el codo.

—Esta noche el concierto de piano estará dedicado exclusivamente a ti. Te agradecería que no te fueses antes de terminar, porque me gustaría saber si te ha gustado. —La miró con el semblante serio para hacerle notar que para él era importante.

Blau le había pedido a Pepita, la sirvienta, que le preparase un baño tibio. Encerrada entre las cuatro paredes de la habitación, libre de miradas, comenzó a dar vueltas sobre sí misma con el ramillete de violetas en las manos pegado a la nariz. Unos golpes en la puerta la avisaron de que el baño estaba listo. Al terminar, con el pelo mojado y escurrido, se sentó delante del espejo para intentar peinarlo en un recogido, pero después de varios fracasos, se vistió y salió en busca de Carmeta. La encontró en la cocina, organizando los víveres que el taxista le había traído. La mujer le sacaba a Marcelino una década, sin embargo, si los mirabas de lejos, parecía más joven que él por la figura tan esbelta que mantenía. A ella le gustaba alternar con hombres jóvenes, convencida de que se lo merecía, al haber pasado su juventud de cupletista rodeada de hombres mayores.

—¿Necesita algo? —le preguntó cuando la vio llegar.

—Necesitaría, si fuese posible, que me ayudase a peinarme. Acabo de lavarme el pelo y es por no ir con la cola de siempre —pidió con timidez.

—Estaré encantada de peinarla —le contestó la mujer sonriendo y tomándola del brazo—. Vamos, señorita. La voy a dejar guapísima.

Carmeta la ayudó a recoger y sacar partido de su pelo rizado. La despojó de la pelusilla de sus tupidas cejas arqueándolas y dando fuerza a su mirada. La mujer, que era una maestra de la discreción, no le comentó nada sobre Michel por miedo a cohibirla. Le había parecido una chica tímida, pero no le habían pasado inadvertidas las

miradas que se intercambiaron los jóvenes la noche anterior durante la cena, ni tampoco la repentina prisa de la joven en marcharse antes de que el pianista terminase de tocar. Sospechaba que lo hizo para que no se le notase lo mucho que la había impresionado la melodía, al igual que el pianista.

A la hora de la cena, Blau entró en el comedor y la señora Valls abrió los ojos como una lechuza de par en par al verla aparecer. Llevaba puesto el vestido de blonda azul marino de su madre y sus cabellos transformados en un semi recogido, que dejaba libres algunos de sus rizos. Resplandecía, pero no por el peinado, ni por el vestido, sino por sí misma. Hubiese seguido resplandeciendo, aunque hubiese bajado a cenar despeinada y cubierta por ropas viejas.

Durante la cena la joven casi no probó bocado, se sentía bien, pero no tenía hambre. Las miradas cómplices con Michel se sucedían, esta vez eran menos fugaces y perduraban más de lo correcto, los presentes se daban cuenta y los observaban en silencio.

Al terminar de cenar, Michel se preparó con el mismo ritual de las anteriores noches, despojándose de la americana, que colgó en la silla, arremangándose la camisa y dirigiéndose al piano. Los demás huéspedes esperaban acomodados en el sofá y los sillones. El pianista se quedó pensativo, de pie frente al piano. De pronto se giró y se dirigió a los congregados que lo miraban expectantes:

—Señoras, caballeros, esta noche les voy a ofrecer una pieza que tiene un gran significado personal para mí, deseo que la disfruten.

Se volvió y tomó asiento. Sus largos dedos comenzaron a deslizarse por encima de las teclas, tocándolas con destreza para confabularse con ellas y producir bellas notas. La melodía *Para Elisa*, de Beethoven recorrió todo el salón y alcanzó el corazón de Blau, que era la destinataria. Consciente de que aquella composición escondía una implícita declaración de amor, sintió ganas de llorar y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, su llanto interno fue de alegría. Por un momento creyó que los fuegos artificiales que luchaban en su interior por salir terminarían ahogándola, pues empezaba a faltarle el aire, pero consiguió seguir sentada y manteniendo la compostura.

Al finalizar la interpretación Michel se tomó todavía unos segundos, observando las teclas cabizbajo, antes de ponerse en pie y darse la vuelta. Temía que ella se hubiese vuelto a marchar. Se giró despacio y la vio inmóvil en el asiento, con los ojos cerrados y la mano en el pecho.

La velada finalizó y todos se dirigieron a sus habitaciones. Blau se dejó caer encima de la cama vestida, envuelta en una nube que no la dejaba tocar con los pies en el suelo. A los pocos minutos oyó que tocaban a su puerta, reconoció la clave y sonrió. Se levantó ligera y, sin calzarse, fue a abrir, emocionada, sabiendo a quien se encontraría.

—¿Puedo pasar?

En respuesta, abrió la puerta de par en par. Michel cruzó el umbral despeinado, con la camisa todavía arremangada y ella cerró rápido. Se miraban y sonreían. Él se introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y al sacarla abrió la palma para mostrarle una cadena de la que colgaba un cuarzo rosa.

—Es la gema del amor incondicional —explicó mientras se la ponía alrededor del cuello—. Para que no me olvides.

Blau pensaba que era imposible olvidarse de un hombre que no perdía la sonrisa ante las adversidades y que le había confesado su amor al piano regalándole la composición más bonita que jamás había escuchado. No pudo reprimirse y le rodeó el cuello con sus brazos para abrazarlo y él la estrechó por la cintura. Ella ansiaba que se detuviera el tiempo y no tener que despedirse. Él giró la cabeza y sus labios rozaron los de ella para reconocerlos, tímidos, tiernos y suaves, se deslizaron lentamente sobre los suyos, saboreándolos, hasta que ambos comenzaron a besarse con avidez, intentando apagar el fuego que los abrasaba.

—Me gustaría hacerte una propuesta. Podríamos intentar tener una cita dentro de tres meses. Hoy es treinta de Julio y nos podemos encontrar aquí el próximo treinta de octubre. Si alguno de los dos no pudiese acudir en esa fecha la pasamos al treinta de enero y así durante un año, hasta que nos volvamos a ver. ¿Qué te parece? —preguntó esperando, impaciente, su respuesta.

—Aquí estaré dentro de tres meses —contestó Blau, acariciando el cuarzo rosa que colgaba de su cuello.

Michel se volvió de nuevo a abrazarla antes de salir por la puerta y esta vez se fundieron en un abrazo de despedida y esperanza.

54
El Olvido

Blau estaba sentada en la parte trasera del taxi, con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventana. El taxista y el copiloto mantenían una conversación a la que ella no prestaba atención. De vez en cuando, ambos soltaban irritantes carcajadas que interrumpían sus pensamientos. Acariciaba con los dedos el cuarzo rosa que colgaba de su cuello, y le traía el olor de Michel. Sentía que haberlo conocido, era lo más bueno que le había ocurrido en mucho tiempo. Regresaba a la masía derrotada, sin haber sacado conclusiones claras del viaje y ello le producía desasosiego, pero mantenía la esperanza. Si Michel había encontrado a su hermano, ella también encontraría a su madre, antes o después, y estaba decidida a luchar por ello. Rogaba para que Ismail no regresase y se olvidase de ella para siempre. De repente, al recordar al militar, le subió por la garganta una arcada con regusto a hiel; una arcada acentuada por las curvas, pero propiciada en gran parte por la repulsión que sentía hacia ese hombre.

Llegaron a primera hora de la tarde a Artesa de Segre, dando por finalizado su primer viaje en solitario. Le quedaba el trayecto a pie hasta llegar a La Valdriet. Se afanó en coger la maleta, esta vez ligera de peso, y marchó rumbo a la masía. Quería pasar por casa de Irene, pero la falta de buenas noticias la avergonzaba. Siguió hasta su casa aplazando la visita y las explicaciones a sus vecinos para el día siguiente, una vez que ya estuviese descansada y con las ideas organizadas para resumirles lo ocurrido durante los días que estuvo en Barcelona.

Blau distinguió detrás de la arboleda la construcción centenaria de la masía y pensó: «este no es lugar para mí, cuando mi madre vuelva me marcharé». Caminaba despreocupada porque se había autoconvencido de que Ismail no volvería. Confiaba en que sus superiores de Madrid le hubiesen destinado a algún lugar lejos. Eran tan grandes las ganas de perderlo de vista que pensar en ello la reconfortaba. Al llegar a la era y girar para entrar en la masía, la visión que asaltó sus ojos derribó de un solo golpe el mundo que estaba imaginando.

Ismail estaba sentado en el banco de piedra de la puerta, con la cabeza inclinada hacia atrás apoyada en la pared y con un cigarrillo en la mano, al que daba fuertes caladas para entretenerse, intentando

dibujar círculos en el aire con el humo. Se sobresaltó y cogió la pistola al ver aparecer de sopetón la figura de Blau, con la maleta en la mano. Guardó de nuevo el arma en la cartuchera y, en la mirada que le dedicó se notaba que le hervía la sangre. Estaba enfadado. La examinó de arriba abajo. Nunca la había visto tan resplandeciente, ni siquiera en sus primeras citas. La notó diferente. Se incorporó y se puso en pie frente a ella.

A Blau le entró frío, al final de un día en el que el sol había calentado con saña. El aire que soplaba era cálido y secaba las gotas de sudor que comenzaron a resbalar por su espalda. El hombre que le estaba cortando el paso, que había empleado su condición de superioridad para engañarla y abusar de ella, la miraba con ojos de perturbado y cara de perro rabioso. Ella le mantuvo la mirada desafiante. Su presencia le provocaba repulsión. No lo soportaba. Como si pudiese leer sus pensamientos, Ismail dio unos pasos al frente y acortó la distancia entre ellos.

—¿Dónde has estado? —bramó en tono autoritario, arrastrando las palabras para darles poder, y arrojándole el aliento acre y viciado a la cara—. Te dije que no te movieras de aquí.

Ella, sin contestar y maleta en mano, hizo el gesto de marcharse. La agarró por la cadena que llevaba al cuello con tanta furia que el cierre cedió y el cuarzo rosa se deslizó en el aire precedido de la cadena, aterrizando en el suelo, quedando cubierto de tierra y polvo.

—¿Por qué no me contestas cuando te pregunto? —chilló, dándole un manotazo en el hombro que la hizo retroceder.

—He ido a hablar con la madre de…

Antes de que pudiese terminar la frase le aterrizó una sonora y dolorosa bofetada que le hizo girar la cara. Blau se llevó la mano a la mejilla golpeada e Ismail, sin darle tiempo a respirar, le soltó otra en la mejilla contraria, que le hizo soltar la maleta, la cual se estrelló contra el suelo. Antes de que se le emborronase la mirada alcanzó a distinguir la mueca en la boca de su verdugo, desencajada por un exceso de morfina, con la saliva anidando en la comisura de sus labios. Sus ojos enfurecidos despedían crueldad. Blau sentía arder sus mejillas cuando le alcanzó, sin darle tiempo a verlo, un golpe con el puño en el centro de su estómago que la obligó a doblarse de dolor hacia adelante. Él aprovechó para agarrarla del pelo y empujarla hacia atrás a la vez que la golpeaba en las costillas. La agredió con tal violencia que Blau cayó al suelo, golpeándose la cabeza contra una de las piedras que sobresalían de la tierra y perdió el conocimiento.

Delante de su cuerpo inmóvil, Ismail, con los puños apretados, no paraba de repetir:

—¡Te dije que no te movieras de aquí! ¡Te lo advertí! Si me hubieses obedecido, nada de esto hubiese pasado. Tú te lo has

buscado. —Escupió, propinándole una última patada en el costado con la puntera de sus gruesas botas militares. El cuerpo inconsciente de Blau se balanceó.

Ahmed, que volvía de la fuente de supervisar los caballos que había dejado abrevando, se quedó petrificado ante el horrendo espectáculo.

Cuando, unas horas más tarde, Blau logró abrir los ojos, intentó ponerse de lado, pero al hacerlo le dolió la boca del estómago y le dio una fuerte punzada en el costado que provocó que soltara un quejido. Se tocó la frente, poniendo la mano encima del paño que la cubría, el dolor de cabeza la martirizaba. De pronto notó cómo le apresaban los dedos para que no se tocara la cabeza. Entonces reconoció la voz de Irene que decía:

—Gracias a Dios que despertaste.

Blau se encontraba desubicada, con la mirada perdida. Reconoció a Irene y a la habitación, pero no recordó por qué estaba allí y ni por qué sentía tanto dolor en todo el cuerpo.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó, con un hilo de voz.

—Tómate esto, te sentará bien. Ahora tienes que descansar —le dijo Irene, mientras acercaba a los labios de Blau una taza con uno de sus remedios caseros.

Blau, bajo el efecto de las raíces, durmió hasta la mañana siguiente. Cuando despertó abrió los ojos y se encontró con la cara de Irene junto a ella, que descansaba a su lado.

—Buenos días —susurró Irene mirándola con ternura.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó—. Me duele todo el cuerpo desde la cabeza a los pies —se quejó.

—Vino a casa Ahmed alterado, de tan afectado que estaba tenía la cara amarilla. Le tuve que pedir que se tranquilizara porque no le entendía. Me pidió que cogiera lo que necesitara para curar a una persona que había sufrido un grave accidente. Me subió a su caballo para ir más rápido. Te encontré en la cama con una sábana debajo de la cabeza empapada de tu sangre. Le dije a Ahmed que teníamos que llamar a un médico, pero no me dejó. Te he curado y cosido la herida. Estás magullada y creo que tienes una costilla rota. —Respiró hondo para tomar fuerzas—. Ha sido él, ¿verdad? ¿Ismail te ha hecho esto?

—No lo sé, no me acuerdo de nada —dijo Blau, y se pasó la mano por encima del vendaje que le envolvía la cabeza.

—Estoy segura de que ha sido él, si no le paramos los pies la próxima vez te matará.

Irene se levantó, se acercó a la silla y se puso el delantal, al hacerlo introdujo la mano en uno de los bolsillos y sacó el colgante de cuarzo rosa.

—Tiene roto el cierre. He supuesto que es tuyo, estaba tirado en el suelo de la era cerca del charco de tu sangre. —Se lo entregó.

Blau cogió el colgante y lo balanceó para mirarlo.

—No sé de quién es —le dijo, y se lo devolvió.

—Lo guardaré hasta que recuperes la memoria y cuando te acuerdes te lo devolveré —dijo Irene, mientras se lo volvía a guardar en el bolsillo del delantal.

—Recuerdas a qué fuiste a Barcelona.

—Sí. Fui a buscar noticias sobre mi madre y Marc.

—¿Averiguaste algo?

Negó con el dedo y cerró los ojos para meterse debajo de las sábanas a llorar.

55
La Fiesta

Blau no se había vuelto a alejar de la masía por miedo a que Ismail regresase. Por las noches se le repetía la misma pesadilla y se despertaba sobresaltada: se encontraba junto a su madre al borde de un precipicio. Sofía daba un traspié, se resbalaba y chillaba horrorizada pidiendo ayuda. Ella intentaba sujetarla, pero se le escapaba de entre las manos y, desde el borde del precipicio, la veía caer al vacío, sintiéndose impotente. Irene tuvo que prepararle un compuesto de plantas somníferas para que pudiese descansar por las noches.

A Blau solo le quedaba la esperanza de que el abogado hubiese convencido a la señora Montserrat Dolç para que se implicase en la búsqueda de su hijo. Esperaba ansiosa la carta que no llegaba del abogado, notificándole algún progreso. Andreu había viajado en dos ocasiones a La Seu d'Urgell y no había averiguado nada nuevo sobre Sofía.

Era el último domingo de agosto y había concluido la siega. Debido a una primavera de escasa lluvia, unida a la falta de simiente, ese año la cosecha fue mala. Andreu había alquilado la carreta al padre de Oriol para llevar al almacén de abastos los sacos de trigo.

Blau se levantó temprano y fue a primera hora a casa de Irene para que le hiciera un recado. Encontró al padre y la hija ultimando los preparativos para bajar a Artesa de Segre.

—¿Podéis hacerme el favor de enviar esta carta? —Se la entregó a Irene—. Es para el abogado de Marc —desveló.

—Podrías venir con nosotros —insinuó su amiga.

—No sé —titubeó.

—Hace un mes desde la última vez que Ismail estuvo por aquí, no creo que vuelva —dijo Irene.

—Me ha dicho el padre de Oriol que están esperando al chico. Se ve que les van a dar un largo permiso —reveló Andreu.

—Será mejor que me quede —manifestó Blau tocándose la cicatriz de la cabeza y saliendo por la puerta cabizbaja, en dirección a su casa. Por el camino rezó, por primera vez en su vida, para que Ismail no volviera.

Cerca de las doce del mediodía se oyeron caballos y voces en la era. Salió a la puerta. Se había estado mentalizando durante toda la

mañana para ser capaz de reencontrase con la persona que tenía ante sus ojos. Ismail daba vueltas alrededor de la era montado en su corcel blanco y silbando alegre. Ahmed había desmontado y permanecía inmóvil, contemplando a su superior. La miró y la saludó, inclinando la cabeza.

Ismail desmontó del caballo, se acercó a ella, la tomó por la cintura y la besó.

—Estás temblando, niña —le dijo, y la hundió con fuerza contra su pecho.

El pensar en la paliza que le había propinado la última vez que se vieron le provocaba escalofríos por todo el cuerpo. En ocasiones, si hacía esfuerzos al trabajar, todavía sentía dolor en el costado.

Ismail la tomó de la mano y la condujo hacia el interior de la casa.

—Tráeme agua limpia y prepárame un café —ordenó, mientras entraba en la que fue su habitación y sacaba minuciosamente del macuto la caja metálica para inyectarse.

—El agua —susurró ella, dejando la palangana sobre la mesilla con mucho cuidado para no derramar el líquido con el tembleque de sus manos.

—He pensado que te vendrá bien salir y conocer a gente nueva. Te voy a llevar a una fiesta a la que he tenido el honor de ser invitado. Será este próximo sábado por la noche. Quiero que cuando entres en casa de mi comandante todos se giren a mirarte —enfatizó mientras se colocaba la goma en el brazo para introducirse por las venas la droga que calmaba el dolor físico y le hacía olvidar la escoria en la que se había convertido.

—Está bien, si es lo que tú deseas iré —acató, sumisa.

Por la tarde Ismail y su hombre se marcharon. Ella pasó toda la semana metida en la cama, sin querer comer ni levantarse a pesar de la insistencia de Irene. Entre las dos jóvenes acordaron no desvelarle a Andreu la visita del sargento. Temían que se enfureciera, hiciese una locura y sufriesen las represalias del ejército.

El sábado por la mañana Ismail recogió temprano a Blau. Montaron en el corcel blanco y, seguidos por Ahmed, partieron hacia Artesa de Segre. Un automóvil de uso militar les esperaba conducido por un soldado y los llevó a Lérida. Se apearon del coche en la calle Mayor, delante de un lóbrego portal. Subieron al primer piso donde los atendió una mujer de unos cuarenta años, rubia platino y demasiado perfumada. Marcaba prominentes caderas enfundadas en una falda negra combinada con una blusa, de escote barco y color rosa palo. La mujer se deshacía en amabilidad mientras les invitaba a pasar. El sargento la llevaba cogida de la cintura, sacando pecho y presumiendo de ella. Le dio la impresión de que no era la primera vez que visitaba ese piso por la familiaridad con que se trataba con la mujer. Pasaron a

un amplio salón donde él se acomodó en un sofá de piel negro. Una joven bonita, vestida de sirvienta, le trajo una copa de coñac. Ella, de pie, observaba la estancia sorprendida y preguntándose qué hacían allí y quién era esa mujer. Más tarde averiguaría que aquella era una mujer espabilada, con mano para hacer negocio con las amigas y mantenidas de los altos cargos militares, vistiéndolas a base de modelitos, unos nuevos y otros usados, conseguidos de estraperlo y cobrados a precio de oro.

—Tengo asuntos que resolver. Cuídamela bien y haz todo lo posible para que esta noche deslumbre. A las ocho pasaré a recogerla —dijo Ismail, y se bebió el coñac de un trago para levantarse y marcharse.

La mujer exploró a Blau y pensó que no tendría problemas en sacar partido a esa joven. Cualquier vestido con un poco de estilo y gracia le quedaría bien. A su gusto, estaba un poco escuálida, pero como tenía las caderas bien marcadas, la cintura estrecha y una cara bonita el conjunto que llevase puesto haría de ella una mujer deseable para cualquier hombre. La mujer se fue hacia la mesa de despacho que estaba en un rincón y se colocó las gafas que estaban sobre la mesa. Abrió una libreta y consultó los modelos de vestidos que había vendido a otras acompañantes invitadas a la fiesta del comandante Clotet. Controlaba exhaustivamente cada prenda que salía de su casa para que no hubiese dos mujeres vestidas iguales. Al tipo de mujeres que los oficiales llevaban a esas fiestas privadas les gustaba llevar ropas llamativas y caras, que hiciesen pensar que pertenecían a la alta sociedad, aunque únicamente fuese por unas horas. Ellas eran felices con los preliminares de la fiesta, se atareaban en elegir un bonito peinado y la vestimenta. La mayoría soñaba con que alguno de los hombres a los que acompañaban se encariñara con ellas y las convirtieran en novias oficiales, cosa que únicamente había ocurrido en una ocasión.

A Blau no le gustaban los vestidos que la mujer le enseñaba, le parecían demasiado atrevidos. Detestaba los colores llamativos y los escotes pronunciados. A su lado en una silla se amontonaba toda la ropa que no había querido probarse. La anfitriona, resoplando, se metió en una habitación en la que estuvo unos diez minutos y de dónde salió con un vestido entre las manos y cara de satisfacción.

—Creo que he encontrado algo para ti que te va a gustar —anunció.

El vestido que le estaba probando lo tenía descatalogado para ese tipo de eventos, ya que no tenía el prominente escote delantero que preferían los militares. Le abrochó la tira de pedrería que rodeaba el cuello y dejaba los hombros al descubierto. El escote, en forma de elipse, estaba en la espalda y llegaba desde el cierre del cuello hasta la cintura. La tela era de seda natural color champagne, ceñido al cuerpo

hasta llegar a las rodillas donde se ensanchaba dando libertad de movimiento hasta llegar a los tobillos. El brillo y las aguas de la tela hacían que resaltase la piel morena y los ojos color miel de Blau.

—¡Es perfecto para ti! —exclamó, abriendo los ojos satisfecha—. Brillarás igual que una estrella —decía, mientras la miraba con la mano apoyada en la barbilla.

La mujer volvió a desaparecer y regresó con unas sandalias doradas de tacón a conjunto. La peinaron retirándole el cabello hacia un lado para que este no cubriese el escote de la espalda. La complementó con una chaqueta bolero por si a altas horas de la noche refrescaba. Blau no consintió en que la maquillasen y no se quiso poner el perfume que le ofrecieron, por si la mareaba más de lo que estaba.

—¡Alegra esa cara chica, que parece que en vez de ir de fiesta vayas a un velatorio! —la sermoneó la mujer—. Te vas a divertir mucho y la próxima vez que nos veamos me lo contarás —la animó, pensando que la volvería a vestir en más ocasiones.

Ismail la recogió puntual a las ocho de la noche, vestido de gala. Cuando la vio se quedó impresionado y dulcificó sus maneras, transformándose en un cariñoso galán. En cambio, cuando ella lo tuvo enfrente no lo miró y ni siquiera se dio cuenta que había sustituido el polvoriento uniforme por un elegante traje de gala militar y las gruesas botas de piel, de las que todavía le quedaba el recuerdo en el costado, por unos relucientes zapatos negros

56
La Apuesta

Blau e Ismail sentados en el asiento trasero del coche, cruzaron las verjas de una lujosa mansión a las afueras de la ciudad. El chófer se detuvo, sin parar el motor, para que bajasen y poder dejar la vía libre a los demás vehículos que aguardaban en la cola pacientemente para apear a otros invitados. Ella, rodeada de desconocidos que saludaban al sargento, se aferró a él cogiéndole el brazo con fuerza. Los hombres la miraban con lascivia y las mujeres con recelo. Era la novedad de la noche y despertaba el interés de miradas masculinas pudientes. Al entrar en el amplio salón, un camarero le ofreció una copa de bienvenida repleta de champagne que ella tomó y bebió de un trago. El sargento le soltó el brazo y le dio la espalda para saludar y ponerse a charlar con otros militares, que por las divisas que lucían debían de ser de rango superior. Otro camarero le puso delante una bandeja llena de delicias que ella jamás había visto ni probado. Al comer uno de aquellos bocados sintió remordimiento por estar saboreando manjares en aquella casa llena de abundancia. Recordó a todas las personas que habían pasado por la masía y se emocionaban cuando les daban un saco de patatas hervidas. A pesar de que pensó en aquellos que pasaban penurias no pudo evitar probar un canapé diferente cada vez que le ponían la bandeja delante.

—¿Es la primera vez que vienes? —le preguntó una de las jóvenes que se le había acercado a curiosear.

—Sí —dijo, vacilando con temor a cometer alguna incorrección.

—La primera vez que vine, también los probé todos —susurró la joven para tranquilizarla.

Un criado sonriente se detuvo delante de ellas con la bandeja llena de hojaldres rellenos. La joven agarró todos los que le cupieron en las dos manos. Se dio la vuelta y los metió dentro del bolso de mano, donde los tapaba con una servilleta de tela.

—Me los llevo a casa, así también los prueban mis hermanos y aquí nadie se entera —se justificó, y se alejó en dirección a un militar que la saludaba para agarrarlo del brazo, melosa.

Blau, completamente aburrida, cogió la segunda copa de champagne cuando el sirviente se la ofreció y se mantuvo en las cuatro baldosas de mármol del rincón donde Ismail la había dejado, entre una columna y la pared desde donde podía observar, con

discreción, el comportamiento de los asistentes. Todos bebían y comían arrastrados por la gula, sobre todo las mujeres. Desde allí pudo comprobar que la gran mayoría de los hombres llevaba traje militar. Pensó que ese era sin duda un buen lugar para conseguir contactos e información sobre las personas apresadas y, de repente, esos pensamientos le dieron un motivo para querer estar en esa fiesta en la que se sentía tan fuera de lugar; pero, por más vueltas que le daba, no encontraba el modo de entablar conversación con esos hombres, por lo que, en cuestión de pocos minutos, descartó esa idea. Pensó que ese comportamiento no le gustaría a Ismail y le traería problemas. Decidió no dar pie a que se enfureciera y permaneció inmóvil en el rincón donde su acompañante la había dejado.

La orquesta comenzó a sonar para amenizar la noche. Ella observó como el salón se iba llenando de parejas que se divertían al compás de la música. Algunas, acarameladas, subían al piso superior para bajar un buen rato después, despeinadas y desarregladas. Vio a mujeres fumando con largas boquillas y aquello generó en ella una cadena de pensamientos que la llevaron a Carmeta, a su casa de huéspedes, al piano y al pianista. No podía permitirse recordar aquello que le causaba tanto sufrimiento. Era un lujo demasiado caro.

Buscó a Ismail con la mirada y vio como desaparecía, junto a otros hombres, en dirección al final del largo pasillo, detrás de unas grandes puertas correderas. Se dio cuenta de que la habitación donde habían entrado la mitad de los invitados masculinos estaba muy solicitada, unos salían y otros entraban como si el aforo estuviese limitado y fuese exclusivo para los hombres.

Dos oficiales salieron de esa habitación hablando animadamente. Al pasar cerca de ella la miraron y guardaron silencio. Cuando creyeron que no los escuchaba se detuvieron en medio del pasillo para seguir cuchicheando entre risas y miradas furtivas hacia el lugar donde estaba la joven, que se había girado y les daba la espalda.

Blau observó como algunas de las jóvenes comenzaron a desfilar hacia la salida, cogidas del brazo de algún militar necesitado de compañía esa noche. Al ver decaer la fiesta y comprobar que tan solo quedaban unos pocos invitados sentados en sus asientos, tan ebrios como para no mantenerse en pie, se decidió a salir de su cuadrante y explorar en busca de un baño. Se aventuró a ascender por la escalera de mármol rosa, flanqueada por una fina y pulida barandilla de madera de cerezo que ella recorrió con sus dedos hasta alcanzar la planta superior. La puerta del baño estaba abierta. Una sirvienta afanosa limpiaba el recinto. Al verla, se retiró y esperó fuera a que saliese.

Una vez en el pasillo, le llamó la atención una puerta entreabierta; se atrevió a entrar, la iluminación que recibía desde el exterior era

tenue y encendió una lámpara de pie para iluminarse. Se asombró al ver una pared llena de anaqueles repletos de ejemplares de libros. En la parte central estaban los títulos sobre tratados y estrategias militares y en el lateral los de Julio Verne. Le llamó la atención, en especial, una vitrina de cristal que albergaba una colección de relojes de sobremesa. Se detuvo y los miró detenidamente. Pensó que el que tenía en su casa era mucho más bonito que todos aquellos. En el centro de la sala había un sofá de tela verde y en la pared de enfrente una robusta mesa de despacho de líneas rectas y sillas del mismo estilo. Oyó una voz a su espalda.

—¿Le gusta leer, señorita? —preguntó un hombre uniformado, de cabeza redonda de pelo negro y entradas incipientes, cuerpo recio y abultado abdomen. La miraba fijamente con sus ojos negros y pequeños, examinándola. A ella le resultó molesto comprobar que al pronunciar las últimas palabras de la frase levantaba el tono de voz.

—Perdone, he visto la puerta abierta y he entrado —se disculpó.

—No nos han presentado. Soy el comandante Antonio Clotet Bertrán, el dueño de esta morada. —Sonrió—. Y usted es…

—María del Blau —dijo ella, con voz trémula y mirando hacia la puerta esperando que Ismail apareciese a rescatarla.

—Sería tan amable de acompañarme —le dijo, cogiéndola de la mano y tirando de ella para obligarla a seguirlo hasta la puerta de al lado que abrió con una llave que llevaba en el bolsillo.

Observó la estancia donde la había conducido el comandante y, para su sorpresa, era un dormitorio de matrimonio.

—Si me disculpa me marcho, dudo que a la persona con la que he venido le haga gracia encontrarme en esta habitación y acompañada por usted —precisó ella, ofendida dándose media vuelta para salir a toda prisa.

El comandante la agarró por el brazo, deteniéndola y obligándola a girarse para verse las caras.

—El diablo que la ha traído hasta mi casa esta noche ha salido con el rabo entre las piernas —soltó una carcajada—. El pobre ha tenido una mala racha. Le hemos vaciado la cartera en la sala de juego, lo ha perdido todo y, en ese todo, está usted incluida. Me ha asegurado que es una chica excepcional y la acepté en pago de la última partida que perdió. No era su noche —dijo, divertido por la situación.

Blau no reaccionó, se quedó pensando en que Ismail le había comprado un vestido y ordenado que la acicalaran, no únicamente con la intención de presumir de novia como se había imaginado. Era para utilizarla como moneda de cambio.

Creyó por un instante que estaba teniendo una de sus pesadillas y se despertaría en su habitación de la masía. Cerró los ojos, pensando que cuando los abriera todo habría pasado.

Dejo pasar unos segundos antes de volver a abrirlos y lo que vio la dejó petrificada. El hombre se había quitado la chaqueta y la camisa dejando al descubierto el poblado vello del pecho que le subía hasta el cuello. El comandante se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos y le mostró la espalda cubierta de pelo recio como el lomo de un jabalí.

—Quítate el vestido. —Escuchó.

La voz autoritaria le confirmó que lo que estaba ocurriendo era real. Ismail la había vendido como a una esclava. Se descalzó, y se quitó el vestido quedándose en calzones, sentada en el cabecero de la cama, tapando sus pechos con las piernas dobladas rodeadas por sus brazos y con la cabeza metida en el centro y comenzó a llorar, horrorizada.

57
La Boda

A primera hora de la mañana, la doncella que la noche anterior estaba limpiando el baño, acompañó a Blau a la puerta de salida. Un coche negro y de uso militar la estaba esperando. Le dolía el cuerpo entero y se notaba la boca seca y pastosa. Se subió en la parte trasera del vehículo. No medió palabra con el chófer, ni siquiera para despedirse cuando la dejó en Artesa de Segre.

Le daban fuertes punzadas en las sienes y la cabeza estaba a punto de estallarle. No podía pensar con claridad. Los pies la llevaron hasta el portal de casa de Ana. La criada, que estaba limpiando los cristales de la ventana, cuando la vio se asomó estirando el cuerpo para asegurarse de que era ella. Se percató enseguida de que algo le pasaba a la joven, que se apoyaba en la pared, despeinada y vestida de fiesta.

Ana estaba desayunando con su madre cuando Ramona la llamó con disimulo y se la llevó ante la ventana para que viera el aspecto penoso que ofrecía su amiga. Ana dio media vuelta y se marchó acelerada hasta llegar a la altura de Blau. Le retiró con ternura los rizos despeinados y alborotados que le cubrían la cara.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, asombrada de encontrársela vestida de fiesta, desaliñada y con la mirada perdida.

Blau no contestó. Tan solo se abrazó tan fuerte a ella que casi le hace daño.

—Me tienes que ayudar, necesito llegar a casa y no tengo fuerzas para subir andando —balbuceó al oído de su amiga.

—No te preocupes, ahora vuelvo —le dijo y corrió hacia el almacén de su padre.

Ana regresó montada en el carro de su padre tirado por dos mulas y conducido por el joven empleado de Quim. Bajó del carro y la ayudó a subir.

Blau guardó silencio durante todo el trayecto con la cabeza apoyada en el hombro de su amiga. Cuando llegaron a la masía, Ana la acompañó a su habitación y la ayudó a acostarse. Unos minutos después salió a la era para darle instrucciones al mozo que la había acompañado.

—Pásate por casa de Andreu. Busca a Irene y dile que venga urgentemente. A mi padre le dices que me quedaré unos días con mi amiga en la masía de *Casa Noguera*.

El mozo asintió, arreó a los animales y se marchó. En menos de media hora Irene entraba por la puerta.

—¡Blau, Blau! ¿Dónde estás? —llamó en voz alta, asustada.

—Chist, chist —susurró Ana haciéndole gestos con la mano para que bajara el tono de la voz.

—¿Está herida? —preguntó Irene, alterada.

—No tiene señales de golpes ni heridas.

—Vete a saber que le habrá hecho esa mala bestia.

—No sé lo que le ha podido pasar. Se ha presentado en la puerta de mi casa, vestida de fiesta y desorientada. Pienso que le ha afectado mucho porque no paraba de repetir: «Hay que dormir para olvidar y olvidar para sobrevivir». Lo ha repetido varias veces.

—¿Dónde está? —preguntó Irene.

—Se ha metido en la cama, me ha dicho que la deje sola y se ha tapado la cabeza con las sábanas. Supongo que se habrá dormido.

—Seguro que la mano de ese animal está en todo esto. El mes pasado le pegó tal paliza que casi la mata —confesó Irene.

—No entiendo por qué la trata tan mal.

—Porque es mala persona y disfruta haciendo daño.

—Nos quedaremos con ella un tiempo, hasta que se recupere —dispuso Ana.

—Desde que se marchó su madre, la pobre no levanta cabeza —dijo Irene, suspirando y pensando también en la amargura que estaba causando la ausencia de Sofía en su padre.

—La desaparición de Sofía es todo un misterio. Conociéndola, sé que nunca dejaría sola a su hija. Le ha tenido que ocurrir algo muy grave para que no haya vuelto a por ella —reconoció Ana.

—A veces pienso que todo ha ocurrido por ir a preguntar por Marc. Seguro que la han acusado de republicana. —Respiró profundamente —. El miedo que tengo es que la hayan fusilado —confesó Irene.

—No digas esas cosas, mujer, que duelen. Habrá huido a Francia con Marc y mandará a buscar a Blau cuando le sea posible —comentó Ana, en un intento de persuadir a Irene de que a Sofía no le había ocurrido nada malo.

Irene asintió, se encogió de hombros, y se fue a encender el fuego para preparar una infusión de la misma mezcla de hierbas que había tomado tiempo atrás Ana.

Blau no se movió en todo el día de la cama y durmió hasta la mañana siguiente. Se levantó con ojeras y mucha sed. Irene había preparado el desayuno: mantequilla, pan recién horneado, leche y mermelada. Irene y Ana no la querían atosigar a preguntas, aunque en sus caras de preocupación quedaban implícitas. Desayunaron en silencio, únicamente interrumpido por los actos de servirse la comida. Después de pensarlo detenidamente Blau se decidió a contarles a sus

amigas lo ocurrido para que no se preocupasen, omitiendo las partes de las que no deseaba hablar y comenzó a relatar:

—Ismail me llevó a una fiesta de unos militares y me dejó sola. La fiesta estaba llena de señoritas de alterne y me confundieron con una de ellas. Fue muy humillante.

—Debiste de pasar un mal trago —afirmó Ana.

—Fue muy desagradable —admitió Blau.

Irene no le quiso hacer más preguntas. Pensaba que quien la conociese se daría cuenta de que había cabos sueltos en la historia que les había contado. Sabía que Ismail era el causante de aquello que les ocultaba.

Era sábado por la mañana. Los días habían pasado muy rápido. Ana no quería marcharse sin antes compartir con sus amigas una gran noticia que la tenía ilusionada. Se aseguró de que Blau se encontraba mejor de ánimo y aprovechó para hablar con ellas mientras tomaban una infusión.

—Tengo algo que contaros —anunció, dejando aflorar una tímida sonrisa.

—Cuenta, cuenta —animó Irene, intrigada.

—La semana pasada falleció el tío de Pau.

—Lo siento —dijeron Blau e Irene al unísono.

—Era muy mayor, Pau me contó que tenía veinte años más que su mujer. Al fallecer su marido la tía de Pau se quiere trasladar a vivir cerca de su familia y se vendrá a Artesa.

—¿Pau se viene a vivir a Artesa? —preguntó emocionada Irene.

—No, se vendrá únicamente su tía —dijo, poniendo cara de pena y las miró fijamente a la vez que se le escapaba una sonrisa—. Preparaos ahora para una gran noticia.

—¡Venga! Suéltalo ya, no te hagas la interesante —protestó Irene.

—¡La próxima primavera nos casamos! ¡Tenemos boda! Y vosotras sois mis invitadas favoritas.

—Me alegro mucho —la felicitó Blau y la abrazó muy fuerte.

—Gracias, pero eso no es todo —dijo Ana poniendo cara de intriga —. Nos vamos a vivir a Madrid. A Pau le han ofrecido una plaza de médico en una clínica privada. Para mí representa la liberación marcharme de Artesa y así poder cumplir con el sueño de estudiar fotografía.

—Dijiste que querías ser periodista —le recordó Blau.

—Eso era antes, ahora solo quiero ser fotógrafa. Me he dado cuenta de que no sirvo para ser periodista. Únicamente era una ilusión de niña, en cambio la fotografía me apasiona.

—Y tu madre, ¿qué tal lleva lo de preparar tu boda? —preguntó Irene.

—Muy mal porque no le gusta el novio ni su familia —suspiró—.

Nos irá bien la distancia, ya que discutimos por cualquier tontería. Estoy deseando alejarme de ella una buena temporada. Nos queremos, pero no nos entendemos —contó, apenada.

Las jóvenes pasaron el día recordando anécdotas pasadas. Ana las hizo reír contándoles el primer beso que se dio con Pau, lo torpe que había sido el chico y lo maravilloso que le pareció.

Al día siguiente, domingo por la mañana, Irene y Ana se despidieron de Blau y se marcharon en dirección a Artesa de Segre. A Ella le hubiese gustado acompañarlas, pero los recuerdos de los golpes hicieron que no se atreviese.

Se armó de valor para coger el vestido que había llevado puesto durante la fiesta del comandante, lo había dejado tirado en el suelo, en un rincón de la habitación. Le picaba entre las manos y le revolvió el estómago por el olor que desprendía a tabaco y a licor. Le recordaba la humillante situación en la que se había visto envuelta. Se encaminaba, retorciendo la prenda, hacia el fuego donde dos grandes troncos ardían, con la intención de quemarla cuando oyó un golpe seco proveniente de la puerta principal que la paralizó. Esperaba oír fuertes pisadas a continuación, pero no las escuchó. La puerta volvió a ser golpeada. Dejó caer el vestido en el suelo y bajó a la entrada. No encontró a nadie. Al salir, Irene y Ana habían dejado la puerta mal ajustada y el fuerte viento que se había levantado la movía, golpeándola contra el marco. Al volver, se sentó y miró el vestido tirado en el suelo, tenía intención de quemarlo, pero no lo hizo. Lo recogió para lavarlo y colgarlo en el armario por si Ismail lo reclamaba.

58
La Revelación

Michel debía revisar y firmar la documentación que le habían entregado. Lo quería dejar todo organizado antes de emprender el viaje hacia Barcelona. Estaba satisfecho con los logros conseguidos por el abogado contratado en Madrid. La puesta en libertad de su hermano sería inmediata una vez se cerrase el trato con un alto mando militar, un conocido del letrado, al que le gustaban en exceso el juego, las mujeres y los lujos. Los diamantes que llevaba escondidos en su maleta eran el precio que pagaría por la libertad de su hermano. La idea de su padre de ahuecar los mangos de la maquinilla y de la brocha de afeitar para rellenarlos con los diamantes, había resultado más práctica que llevar dinero en efectivo u otras joyas. En ese escondite era difícil que fuesen descubiertos por posibles ladrones o por el personal que atendía las habitaciones de las casas donde se alojaba, que solían ser módicas. Los contactos del abogado averiguaron el paradero de su hermano. Lo encontraron en un campo de concentración ubicado en Guadalajara. Los presos allí encarcelados salían todas las mañanas a trabajar para una empresa de obras públicas, propiedad de un empresario relacionado con el gobierno, a cambio de una mísera ración de comida diaria.

Mientras preparaba la maleta pensaba en el reencuentro con Blau y recordaba sus ojos color miel, de mirada triste. Necesitaba volver a verla para confirmar que todo lo que sentía era real y no era fruto de su imaginación. Estaba contento al ver que los problemas se estaban solucionando. Al fin había localizado a su hermano y conseguiría su libertad. Lo tenía todo pensado. Partirían hacia Portugal y desde allí embarcarían rumbo a Nueva York.

Michel llegó el veintinueve de octubre a casa de Carmeta con la esperanza de que Blau estuviese allí esperándole. La mujer le informó de que no estaba hospedada ni tenía habitación reservada. El joven no perdió la esperanza de que llegase de un momento a otro y demoró un tiempo su partida por si ella se había confundido y se presentaba unos días más tarde. El día tres de noviembre se volvió a Madrid pensando que los problemas de Blau le habían impedido acudir a esa cita, pero no perdió la esperanza de aferrarse a la posibilidad de reencontrarse en las próximas fechas concertadas. Disculpaba su ausencia pensando que se habían conocido en un mal momento y que tenían en común la

búsqueda de un familiar que les conducía por diferentes caminos. El hecho de pensar en la joven le había ayudado a que sus días de soledad fuesen más livianos y volvió a añorarla en su trayecto de regreso a la capital.

Llegó por la noche a Madrid. En la pensión donde se hospedaba ya había pasado el turno de las cenas y se metió en la cama con el estómago vacío, aunque no le importó. La desilusión le había quitado el hambre.

A la mañana siguiente se levantó temprano y acudió a la cita que tenía en el despacho de su abogado. El oficial llegó puntual a la reunión, acompañado por un perito especializado en diamantes. Michel les enseñó la mercancía para que la examinasen, sin perderla de vista. El perito le hizo un gesto al oficial para que lo acompañase fuera del despacho, mientras Michel se guardaba de nuevo las piedras en la bolsa de terciopelo negro, donde las había traído. El militar regresó con cara de satisfacción.

—¿Dónde están los documentos que hay que firmar? —preguntó, frotándose las manos.

El perista le había confirmado la pureza de los diamantes y el elevado valor que podría conseguir por ellos al venderlos. La operación estaba resultando más rentable de lo que había pensado. Pagaría las deudas por las que estaba siendo acosado y aún le sobraría capital para vivir a cuerpo de rey durante una buena temporada.

Para Blau el día treinta de octubre pasó inadvertido, igual que pasaban todos los demás desde que el calendario que siempre había colgado de la pared de la cocina había pasado a formar parte de las cenizas de la chimenea. Temía que el hecho de arrancar la hoja que indicaba el día y el mes le recordara que había aceptado una cita a la que le era imposible acudir y que había intentado olvidar con todo su empeño.

Ese primer domingo de noviembre, a media mañana, mientras Michel viajaba en el tren de vuelta a Madrid pensando en ella, Blau se afanaba en su casa con las tareas domésticas. Se disponía a salir hacia el gallinero, cargada con el cubo de hierro lleno de los restos de verduras mezcladas con pan seco para darles de comer a las gallinas. Al abrir la puerta se sobresaltó, y casi se le cae el cubo de las manos al encontrar a una persona sentada en el poyete.

—Me has dado un susto de muerte —recriminó a Oriol, que estaba con el cuerpo ladeado, la cabeza inclinada y las orejas más enrojecidas que las ascuas que acababa de avivar.

—No me digas —balbuceó, intentando enderezar la cabeza.

—Estás bebido —le reprochó, enfocando la vista sobre una botella de cristal verdoso medio vacía que el joven aguantaba con la mano derecha.

Con dificultad, Oriol se puso en pie, y Blau se dio cuenta de lo mucho que había cambiado en los meses en los que no habían coincidido. El joven se acercó a ella dando un traspiés, la rodeó por la cintura y la atrajo con fuerza contra su cuerpo. Del susto, a Blau se le cayó el cubo, del que salieron todos los desperdicios rodando por la era.

—¡Suéltame, que me haces daño! —gritó, a la vez que lo empujaba con todas sus fuerzas para intentar zafarse de sus brazos.

El joven se tambaleó, pero no la soltó y la abrazó con más fuerza. Ella giró la cara evitando el hedor agrio de su aliento que le lanzaba al intentar alcanzarle la boca para besarla. Blau, harta de repetirle que la soltara, levantó la rodilla con todas sus fuerzas y Oriol cayó al suelo agarrándose la entrepierna dolorida y soltando un gruñido de dolor. Ella aprovechó para huir puertas adentro mientras él gritaba:

—¡Me alisté al ejército por ti!, para que te sintieras orgullosa de mí, pero no te servía un pobre chico de masía y lo preferiste a él. Te crees superior y solo eres una niña mimada de ciudad. Ya me han contado lo bien que te trata y lo que hizo contigo. Todos saben que te vendió como a una mujerzuela —vociferaba.

Ella, que lo escuchaba detrás de la puerta cerrada, le gritó:

—¡Oriol, vete de aquí! Si viene Ismail, y te encuentra ante mi puerta en estas condiciones, te matará.

—De eso estoy seguro, y si no me mata, me hará desaparecer. Es lo que hace con todos los que le molestan. Igual que hizo con tu madre —masculló.

Blau abrió la puerta lentamente y salió despacio. Oriol la observó de reojo mientras ella se acercaba, le tendía el brazo y lo ayudaba a sentarse en el banco de piedra.

—Me puedes repetir lo que acabas de decir, por favor —suplicó con la cara desencajada.

—Lo que has oído. Es la verdad. Él tiene la culpa de todo —admitió.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó temblorosa.

Pensó que tenía que ser cauta y astuta. Era un momento delicado y Oriol estaba muy embriagado. Se daban las condiciones adecuadas para tirar del hilo de la conversación. Entonces se arrimó a él y le acarició el hombro en actitud cordial.

—Desde ayer noche —murmuró.

—¿Sabes dónde está? —preguntó, intentando sonar dulce y delicada.

—Encarcelada —suspiró—, en la prisión de mujeres de las Corts, en Barcelona —confesó.

—Gracias, gracias —agradeció ella, abrazándolo.

—Ya no estoy a las órdenes de Ismail. Nos han licenciado —

explicó, apoyando los codos sobre las rodillas y sosteniendo la cabeza entre sus manos.

Blau ayudó a Oriol a levantarse. Este le pasó el brazo por encima de los hombros y entraron en casa. Subieron con dificultad los pocos peldaños que separaban la entrada de la sala principal, en los cuales Oriol tropezó y ambos estuvieron a punto de caer. Se acomodaron en uno de los bancos que había junto al hogar. A toda prisa ella preparó un puchero de café bien cargado. El joven se bebió la primera taza con avidez y Blau le sirvió otra que fue tomando a pequeños sorbos.

—Necesito que me cuentes lo que sabes —le imploró ella.

Oriol, con la taza de loza entre sus manos, asintió, dispuesto a contarle lo que sabía.

—Ayer salimos con los compañeros a celebrar que por fin hemos terminado nuestra misión y nos han dado un mes de permiso. Estábamos todos muy bebidos y de fiesta. —Dio un pequeño sorbo de café—. Uno de los chicos comenzó a hablar de ti y contó que Ismail en una fiesta perdió todo lo que tenía y que en la última partida acabó apostándote a ti y también perdió. Entonces, uno de ellos comenzó a fanfarronear de lo mucho que se había divertido con tu madre cuando la apresaron, antes de entregarla para que la encerrasen en la cárcel.

Blau se tapó la boca con la mano y sintió tal horror al escuchar las palabras de Oriol que se le revolvió el cuerpo y tuvo que salir corriendo a la era para vomitar. Pensó que ese monstruo maligno era la peor persona que se le podía haber cruzado en el camino. Volvió a los pocos minutos a sentarse cerca de Oriol y se sirvió una nueva taza de café.

—Entonces, ¿tú no estabas? —preguntó ella con voz entrecortada, derrumbándose y arrancando a llorar.

—No. Me dio permiso y me encargó que dejase la nota que recibisteis en la puerta de vuestra casa. Me convenció de que os estaba dando información secreta y me utilizó para tenderle a tu madre una trampa. Así se deshizo de ella. Tu madre le impedía acercarse a ti.

—¿Sabes dónde está Marc? —preguntó ella, temblorosa.

—Lo capturaron junto a un grupo de hombres, cerca de Puigcerdà en dirección a Francia. Los identificaron y los fusilaron a todos, enterrándolos dentro de una zanja que luego cubrieron.

—¿También lo hizo Ismail? —preguntó llena de una rabia que comenzaba a devorarla por dentro.

—No. Fue una patrulla de alta montaña.

Blau se abrazó a Oriol, retorciéndose de dolor. Se le contrajo el estómago y sintió unas fuertes punzadas en el pecho que le impedían respirar con normalidad. La única forma de paliar ese sufrimiento fue arrancar a llorar desconsoladamente. Oriol, sosteniéndola entre sus brazos, lloró con ella.

59
El Café

Blau pidió a Oriol que se marchase a su casa a dormir. Llevaba demasiadas horas sin descansar y su aspecto era penoso. El soldado, resacoso, caminaba lento. Los rayos de sol, cercanos al mediodía, le molestaban en los ojos e iba mirando al suelo mientras reflexionaba sobre lo ocurrido esa mañana. No sentía ningún remordimiento por haber delatado a sus compañeros. Se había deshecho de una carga difícil de soportar. Le había hecho la promesa a Blau de que mantendría en secreto todo lo que había averiguado sobre su madre y pensaba cumplirla. Mientras avanzaba por el sendero más corto, con ganas de llegar a su masía para dejarse caer sobre la cama, asumía que la mujer de la que estaba enamorado nunca lo querría por marido y él no podía ser su amigo. Hizo balance de los meses vividos dentro del ejército, llegando a la conclusión de que nada había sido como imaginó. Había aprendido que la guerra no mataba únicamente a los soldados en el frente, también mataba los sentimientos, las ilusiones y la esperanza de las personas. Avistó su casa y aceleró el paso, necesitaba dormir y un rato en paz.

Mientras tanto, Blau, sentada al lado de la lumbre, comenzó a pensar en las personas a las que podía acudir para que le ayudasen a sacar a su madre de la cárcel. Ismail, que la quería encerrada en la masía, aislada y dependiente, le impediría moverse. Tenía que encontrar el modo de deshacerse del sargento. Era tal el odio que sentía por él que, cegada por la ira, durante unos minutos, fantaseó con el castigo que se merecía. Y se visualizó cortándole la piel del cuerpo a tiras muy despacio, mientras él suplicaba clemencia y ella lo veía sufrir sin compadecerse, igual que él les había hecho sufrir a ellas. Andaba recreándose en ideas vengativas, cuando tuvo una visión clara de cómo debía actuar con aquel mal hombre.

Salió con premura. A esas horas Andreu e Irene todavía deberían estar en Artesa de Segre. Sabía dónde escondían la llave para entrar en su casa. Había estado presente muchas veces mientras Irene la cogía. Se sorprendió al llegar a la puerta y encontrársela abierta y entró con sigilo. Irene estaba removiendo la carne que se guisaba dentro de una cazuela de barro apoyada en el trípode, sobre las ascuas. Irene se giró y se extrañó de verla allí a aquellas horas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, intrigada de que se hubiese

acercado a su casa sabiendo que no estaban.

—He venido a ver si ya habías vuelto —contestó, a la vez que rebuscaba en los botes de madera de boj, bien alineados y clasificados en las estanterías.

—No toques los botes que me los desordenas y sabes que no me gusta que lo hagas, además me estás poniendo nerviosa —la reprendió, viéndola por el rabillo del ojo.

—Qué pronto has regresado… te ha dado tiempo a cocinar y todo.

—He venido antes porque me he encontrado con la bestia esa en el pueblo y me ha dicho que vendrá a comer a la masía y pensé en prepararos la comida.

—¿Qué lleva ese atadillo que le has echado a la carne? —preguntó intrigada.

—Hierbas para darle buen gusto y para tranquilizar a la bestia —contestó—. Es lo único que puedo hacer para ayudarte.

—¿Me puede hacer daño a mí eso que le pones?

—No te preocupes, únicamente afecta a los hombres. Los relaja. Así no te buscará y te dejará tranquila. —Irene le dedicó su sonrisa pícara.

—Me voy, que si llega y no me encuentra en casa se enfada.

—Sí, será mejor que te marches. Luego te acerco la carne.

La joven, de vuelta a la masía, agarraba fuerte el bolsillo del delantal para asegurarse de que el bote de madera de boj que le había quitado a Irene seguía allí.

A los pocos minutos de haber entrado en su casa se oyó el galope de caballos en la era y salió a recibirlos. Ismail sonreía con cara de felicidad, como si no hubiese hecho jamás daño a nadie. A ella se le revolvieron las tripas. Pensó en lo farsante y mentiroso que era y le dieron ganas de entrar a por el cuchillo que utilizaban para la matanza y degollarlo.

—Cada día estás más bonita —le dijo, y se acercó depositándole en los labios un beso fugaz. Le apremiaba calmar el dolor de espalda y la adicción, que cada vez era mayor. La empujó levemente y entró como una flecha a inyectarse esa dosis que tanto necesitaba para no entrar en crisis. La escasez de morfina debido a la guerra la sufrían los adictos y los hospitales. Quim, el padre de Ana, le conseguía suministro por medio de los contrabandistas que cruzaban a diario el pirineo.

Ahmed ató a los caballos y se sentó en el poyete a fumar en su pipa.

Irene les dejó la comida y se marchó, pasando desapercibida.

A Blau comenzaron a darle taquicardias. Le entró miedo al pensar que si se acercaba a Ismail este pudiese oír sus fuertes latidos e intentó, con todas sus fuerzas, mantener la calma durante la comida. Fijó su atención en el plato y mantuvo la cabeza gacha para no cruzar

la mirada con la de sus dos comensales. Pensaba que si Ahmed se fijaba en sus ojos podría leer en ellos sus intenciones. Era un rastreador hábil y no se le escapaban los cambios de comportamiento en las personas. Durante la comida, los dos hombres no pararon de hablar de los cambios que se les avecinaban. Hablaban en árabe, pero Ismail le traducía lo que a él le interesaba que supiese y así se enteró de que el caudillo no quería que siguiesen por los montes las patrullas de militares persiguiendo a los maquis. A los ciudadanos les creaba inseguridad y muchos de ellos pensaban que la guerra aún no había finalizado. Se estaba redactando una orden en la que se reemplazaría a los militares por hombres de la Guardia Civil de paisano. A tal fin, estaban formando agentes que se pudiesen infiltrar entre la población autóctona para obtener información haciéndose pasar por republicanos, y poder acabar con las milicias replegadas en los bosques.

Blau les sirvió el postre que más les gustaba: requesón de cabra con miel y mermelada de higos. Les habían concedido el ansiado permiso de un mes, y en el macuto llevaban la orden de su nueva misión. Estaban contentos. Por fin habían sido destinados a Melilla y estarían cerca de sus familias.

Ella se levantó de la mesa y, sin hacer ruido, se marchó a la estancia donde estaba el fuego a tierra para preparar el café. En el suelo, cerca de la lumbre, había dispuesto tres tazas de loza, muy bien ordenadas. La primera que tenía apoyado encima el colador de tela, negro como el carbón del uso, estaba ligeramente desconchada, aunque apenas se notaba; la segunda estaba intacta, prácticamente nueva, y a la tercera se le había roto un trozo de asa. Le temblaban las manos cuando se agachó delante de las brasas, y comenzó a sudar. Respiró hondo, introdujo la mano derecha en el bolsillo del delantal y sacó el pequeño bote de madera de boj tapado por el tapón de corcho. Ayudada por la tela del extremo del delantal, lo abrió con mucho cuidado y vació su contenido en la taza nueva. Comenzó a colar el café. Ahmed entró sigiloso como siempre, Blau no lo percibió hasta que lo tuvo pegado a su espalda. Al intuir su presencia se giró y se sobresaltó tanto, que casi se le cae de las manos el cazo. Acababa de llenar la última taza.

—Toma, este café es para ti —le dijo, entregándoselo y guardando la compostura. Entre las brasas ardía el bote de boj y su tapón de corcho. Ella regresó a la mesa con las otras dos tazas, apoyó la suya encima de la mesa delante de su silla y le entregó la nueva a Ismail.

—Después del café nos iremos a recordar viejos tiempos —le dijo él a Blau, señalando con un gesto de cabeza la puerta de la habitación.

Entonces ella tomó el bote de barro que contenía miel y endulzó el café del militar, mirándolo a los ojos le regaló un coqueto movimiento

de pestañas y una sonrisa, como si le hiciese feliz la proposición. Ismail bebió el café y, acto seguido, la tomó de la mano para llevarla con él a la habitación.

A los pocos minutos de entrar en el cuarto, el sargento comenzó a lamentarse de ardor de estómago. De seguido se le sumaron fuertes pinchazos y dolores de cabeza. Le caía el sudor por la frente, vomitó parte de la comida y respiraba con dificultad. Ella llamó al magrebí y, entre los dos, lo tendieron en el suelo, poniéndole paños fríos en la cabeza y dándole un poco de aire, pero nada de lo que hicieron ayudó a Ismail quien, después de mucho sufrir, dejó de respirar.

Ahmed, sin mediar palabra, sustrajo una pistola del macuto de Ismail que se guardó en la cintura del pantalón, cargó en sus brazos el cuerpo inerte del sargento y lo depositó con suavidad en el centro de la era. Blau le siguió en silencio y observó, desconcertada, como el hombre cogía la pistola, apuntaba a la altura del corazón de su superior y le disparaba dos tiros mientras hacía una mueca de dolor. Seguidamente, recogió el cuerpo y entró con él de nuevo en la habitación, donde lo lavó y amortajó con el traje de gala, que Ismail llevaba siempre en su petate guardado. Después aferró a Blau por los hombros, la cual estaba estupefacta sin entender el comportamiento del rastreador, la penetró con su oscura mirada y le dijo:

—Cuando pregunten los militares por lo que ha pasado hoy aquí, les vas a decir que vino una partida de rebeldes y nos pillaron a traición y desarmados. Él estaba en la era y nosotros dentro de casa. Cuando oímos los disparos salimos a la era, pero los atacantes ya habían huido.

Blau lo miró, incrédula, buscando la razón por la cual ese hombre estaba encubriéndola, pero en las siguientes palabras que él pronunció descubrió hasta donde llegaba la fidelidad de Ahmed:

—Él sabía que el abuso de ese medicamento acabaría matándolo. Esto tiene que quedar entre nosotros. Si le cuentas a alguien lo que ha ocurrido hoy aquí, te mataré con mis propias manos —advirtió, apartando las mismas lentamente de sus hombros.

—No te preocupes, contaré lo que tú mandes —balbuceó ella.

—Más te vale —la amenazó de nuevo.

Ella se dio cuenta de que el hombre estaba tratando de limpiar y dejar intacto el buen nombre de su superior. Era mucho más honorífico morir asesinado por un grupo de rebeldes que por una sobredosis. Le rendirían honores de héroe de guerra en su sepelio y lo condecorarían con la cruz al mérito militar. Lo tenían todo estudiado y hablado entre ellos. Ahmed cumplía de este modo sus últimas órdenes.

60
Los Silencios

Los militares llegaron esa misma tarde a la masía. Aparcaron en la era un camión con ramas y hojas enganchadas en los laterales, que se habían desprendido de los árboles al transitar por aquellos caminos estrechos. Un hombre joven, que llevaba lentes redondas, desplegó una carpeta llena de formularios encima de la mesa y, junto a un alférez de mediana edad, invitó a Blau a sentarse en la mesa junto a ellos.

El interrogatorio fue largo. El militar joven lo apuntaba todo, mientras el mayor preguntaba formulando las mismas preguntas de diferentes formas. Ella se ciñó al guion que había creado Ahmed. Les contó el orden de sucesos desde que oyeron los disparos: habían salido corriendo de casa y encontraron el cuerpo del sargento agonizando en el suelo. Quien o quienes quiera que fuesen los atacantes habían salido huyendo sin que ellos dos pudiesen verlos. Comenzaba a notar el cansancio ante la tensión de tener que contestar a las mismas preguntas una y otra vez. Abatida, rompió a llorar. Los militares le dieron un descanso para que se repusiera.

Poco después retomaron el interrogatorio y ella volvió a contar lo mismo. Los militares insistieron en la parte en que Ahmed comprobó que Ismail estaba sin vida. Ella contó que él tomó las armas del sargento y salió, a rastrear los alrededores para buscar a los asaltantes. A su regreso, amortajó al difunto y se marchó a dar aviso. El militar de más rango se enfureció y se dirigió al escribiente.

—Tenía que haber esperado a que hubiésemos llegado nosotros antes de tocar el cadáver.

—Dicen que estaban muy unidos. Ismail le había salvado la vida en una ocasión. El soldado siguió las instrucciones que le dejó por escrito su superior en cuanto a lo que debía hacer si fallecía, creo que el hombre se limitó a cumplir órdenes —lo exculpó el escribiente.

Dieron por cerrado el interrogatorio de ese día y le concedieron permiso a Blau para que fuese a descansar.

Entrada la noche se llevaron el cuerpo y todas las pertenencias de Ismail, excepto las que Ahmed había guardado, incluida la caja de metal que enterró en algún lugar. Los siguientes dos meses la zona sufrió un intenso despliegue militar cuya intención era dar con los causantes de la muerte del sargento. No dejaron ni un centímetro de

tierra por recorrer. Los habitantes de la zona se quedaron encerrados en sus casas por miedo a que volvieran a reclutar a los jóvenes licenciados. Interrogaron casa por casa en varias ocasiones sin encontrar pistas de los atacantes. Al cabo de dos meses, los soldados desaparecieron de los bosques de La Valdriet. En el informe apuntaban la posibilidad de que el ataque había sido fortuito y, casi con toda certeza, los autores debían de haber huido por el pirineo, escondiéndose en algún lugar cerca de la frontera con Francia, esperando la oportunidad de cruzar.

Ahmed, el mismo día del incidente, se había pasado por casa de Andreu e Irene para explicarles lo sucedido. Les pidió que no fuesen por la masía durante el tiempo en el que los soldados permaneciesen en la zona. Los militares se presentaron varias veces en su casa a preguntarles si habían oído o visto algo fuera de lugar en el día de autos. En todas las ocasiones la respuesta fue la misma: no habían visto a nadie extraño ni oído nada fuera de lo común.

Blau tenía constantes pesadillas en las que los militares venían a por ella y entre los soldados estaba Ahmed, acusándola de envenenar a su superior. Se despertaba chillando, justo antes de que el pelotón de fusilamiento accionara el gatillo para fusilarla en la era de la masía.

Estaban a principios de diciembre. Hacía casi un mes desde que la joven recibiera la última visita de los militares. Esa mañana se abrigó, encendió la luz de carburo y salió decidida rumbo a casa de Irene. Ese año el frío llegó envuelto en una niebla que no se levantaba ni al mediodía, parecía que las nubes quisiesen castigarlos dejándolos aislados. Tenía que caminar con cuidado para no resbalar con las hojas húmedas esparcidas por los caminos. A medio trayecto, se le apagó la lámpara. Se dio cuenta de que no le hacía falta luz, de que era capaz de ir a casa de Irene con los ojos cerrados atravesando la niebla. Antes de ver la casa de su amiga le llegaron los olores de los troncos de encina ardiendo, mezclándose con el olor de la escudella que se cocinaba a fuego lento. Pensó en que había llegado el momento de compartir con ellos parte de lo que Oriol le había contado sobre el paradero de Sofía. Empujó la puerta para entrar, con ganas de arrimarse al fuego para calentarse las manos. Irene, al verla, se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos.

—Tenía tantas ganas de que marchase toda esa gente… —le susurró al oído.

—No te imaginas lo duro que ha sido todo esto para mí —confesó a su amiga.

— Pasaron preguntando por todas las masías varias veces.

—Me lo dijeron. ¿Dónde está tu padre?

—No tardará en llegar, ha ido a ver si ha caído alguna liebre en las trampas que volvió a poner hace dos días. Con tanto militar rondando

por los bosques las tuvo que quitar, no fuese a ser que las pisase algún soldado despistado.

Irene tenía delante a su amiga, a la que quería como a una hermana y la causante de sus noches en vela debido a los últimos sucesos, ocurridos en la masía. Después de cavilar sobre el asunto había decidido dar por buena la versión que Ahmed le había contado sobre la muerte de Ismail. No le preguntaría jamás a Blau que había hecho con el bote de raíz molida de matalobos. El que echó a faltar en la estantería justo el mismo día en el que falleció el sargento. Recordaba perfectamente haberla reñido aquella mañana por tocar esos botes, sabía que ella conocía muy bien los efectos letales de esa raíz, se lo había explicado en varias ocasiones.

—¿Quieres quedarte a comer?

—Claro que sí, me ha entrado hambre con solo oler tu escudella.

Las dos amigas se miraron sonrientes. Blau estaba inquieta, esperando a que de un momento a otro Irene saltase y la acribillase a preguntas. La conocía lo suficiente para saber que era astuta y no se le escapaba nada. Estaba segura de que había echado a faltar el bote de matalobos, ya que los tenía contados. Entendió que Irene, al guardar silencio, se había convertido en su cómplice. Ahora era el secreto de ambas, sin necesidad de nombrarlo.

Entró Andreu que traía dos liebres en las manos, sostenidas por las patas. A Blau le entró lástima por los animales, algo que no había sentido por Ismail. Respiró profundamente y sintió que el aire que inhalaba estaba impregnado de libertad y espiraba los residuos del miedo que había empezado a desaparecer en el momento en que los soldados se llevaron su cuerpo. Ya no podría volver a dañar a nadie nunca más.

Andreu se acercó a Blau, poniéndole la mano en el hombro y presionando ligeramente, era el gesto amable que practicaba cuando quería apoyar o consolar a alguien. Lo que él callaría para siempre y no compartiría ni con su sombra era lo que vio el día en que Ismail falleció. Estaba desbrozando una parcela cercana a la masía para plantar patatas en ella, cuando oyó un fuerte estruendo, que asoció a un disparo de arma, seguido de otro más a los pocos segundos. La dirección de donde provenían era la de la masía. Tomó su escopeta de las alforjas de la mula y arrancó a correr por medio de un bancal. Enseguida divisó la era y se escondió detrás de unos matorrales para observar lo que ocurría y lo que vio le dejó perplejo: Ahmed estaba delante del cuerpo sin vida de Ismail con la pistola humeante en la mano. Blau, apoyada en el marco de la puerta, ejercía de espectadora y encubridora. Andreu pensó que el hombre lo había matado para defender a la joven de algún ataque brutal de su desalmado superior. Por un instante, estuvo tentado a salir de su escondite para ayudar al

soldado a trasportar el cuerpo del sargento al interior de la casa, pero la prudencia le repitió una y otra vez que era mejor observar y no intervenir.

La escudella estaba servida en la mesa. Se sentaron los tres delante de los platos, cada uno guardaba su secreto a su manera.

Blau pensó en hablar con ellos una vez hubiesen terminado de comer, pero no pudo contenerse.

—Ya sé dónde está mi madre —anunció, dejando que la cuchara reposara en la orilla del plato y deslizando la mirada de padre a hija para observar sus expresiones.

Los ojos opacos y hundidos de Andreu se iluminaron ante aquel rayo de esperanza. Irene levantó las cejas y abrió los suyos todo lo que daban de sí.

—¿Dónde está? —preguntó Andreu, con la expresión de alguien a quien le acaban de dar una buena noticia.

—Está detenida en una prisión de mujeres en Barcelona, acusada de colaborar con la resistencia republicana —reveló.

—¿Sabes si se encuentra bien? —preguntó Irene.

—No lo sé, la persona que me dio la información no sabe el estado en el que se encuentra. Lo que os puedo asegurar, es que ha sufrido mucho —guardó silencio y recordó lo que Oriol le había contado sobre los comentarios del soldado. Se habían divertido con ella. No quería ni pensar en las condiciones físicas y emocionales en las que debía estar su madre, pero tenía claro que las vejaciones que había sufrido no se las contaría a nadie—. La sacaremos de allí, cueste lo que cueste —anunció, convencida.

—¿Quién te ha dado esa información? —preguntó Andreu.

—Es un secreto.

—Dale las gracias —dijo el hombre, conteniendo lágrimas de emoción.

61
El Aval

Blau pidió a Irene y a Andreu que se trasladasen a vivir a la masía con ella un tiempo. Tenía miedo de que el espíritu de Ismail se le apareciera y la siguiese atormentando desde el infierno, que era donde ella pensaba que estaba. Necesitaba sentirse rodeada de personas en las que poder confiar. Andreu e Irene eran lo más parecido a una familia que le quedaba. El saber que Marc no regresaría hacía que se apegase todavía más a ellos. No les quiso contar lo que había descubierto sobre el paradero de Marc para no empañar la alegría que sintieron al saber que había encontrado el lugar donde estaba Sofía.

Andreu se instaló en la habitación que había ocupado la abuela de Marc, en la planta baja, y las jóvenes en el piso superior. Blau propuso a Irene montar en una de las habitaciones de la entrada el alambique y acondicionarla para que ella pudiese trabajar en la elaboración de sus esencias y mezclas de modo íntimo y cómodo. Faltaban pocas semanas para Navidad. En esas fechas los caminos y carreteras se volvían intransitables con la lluvia y la niebla que, junto a las nevadas, complicaban la situación.

Andreu se levantó temprano, avivó el fuego y puso a hervir en el cazo la achicoria para tomar una taza antes de marcharse a Artesa de Segre. Cada uno tenía claro su papel: Él hablaría con el taxista para que los llevara a Barcelona, mientras Blau e Irene irían a visitar a Ana.

Quim asomó la cabeza por la contrapuerta de su almacén al oír que alguien llamaba a la puerta principal de su casa. Vio a Irene, arrebujada en su grueso abrigo de paño y con el sombrero de fieltro bien ajustado para que el frío no la calase, esperando a que le abrieran. El hombre dio un paso atrás para esconderse en el umbral y así poder escuchar lo que tramaba su hija y esa chica, pero lo único que logró escuchar fue la puerta de su casa cerrándose de un portazo y los pasos ligeros de las jóvenes calle abajo. Lo que él no podía imaginar es que ellas no siempre necesitaban palabras para entenderse. Encogiendo los hombros, el hombre volvió al trabajo, pensando que seguramente el motivo de la visita sería entregar los jabones o aceites especiales para el día de la boda de la niña, cosas de mujeres, sin duda.

Blau las esperaba debajo de los pórticos de la plaza mayor, apoyada en una de las columnas de piedra que sostenía el peso de la casa que

se levantaba encima. Tenía la vista anclada en un carro de madera que estaba apoyado en la pared del frente, desprovisto del animal de tiro que le daba movimiento. No había querido acercarse hasta casa de Ana por no encontrarse con Quim y así evitar que le diera un falso pésame o hiciese alguna hiriente referencia al incidente con el comandante. Estaba convencida de que lo ocurrido en aquella fiesta lo debía saber ya toda la población masculina y se habría extendido a los chismes que difundían las mujeres en los lavaderos, aprovechando para regodearse con ellos. A lo lejos, sus dos amigas sorteaban los charcos que se habían formado por las últimas lluvias. Ana no se había librado de embarrarse los pies, mientras que Irene, como siempre, llevaba las botas limpias; debía de ser su forma de caminar, tan ligera que parecía flotar, lo que hacía que no se ensuciase los zapatos ni al andar por el bosque.

—Estaba muy preocupada —exclamó Ana, afligida, abrazando a Blau—. Ha tenido que ser horrible que hayan asesinado a Ismail en tu casa.

—He vivido unos días difíciles —confesó, separándose del abrazo de su amiga.

—¿Le has contado la noticia? —preguntó Blau mirando a Irene.

—No, prefiero que lo hagas tú.

Ana alzó las cejas, sorprendida, y Blau no se hizo de rogar.

—Se dónde está mi madre —anunció—. Está encarcelada en Barcelona, en la prisión de mujeres de las Corts acusada de colaborar con la República.

—Pero si tu madre nunca hablaba de política y no le interesaba nada de eso… —Ana agitaba las manos sin control, indignada. —Quien la haya denunciado lo ha hecho con malas intenciones y para haceros daño.

—Mejor dicho, para quitársela de en medio porque molestaba a alguien para conseguir sus propósitos —añadió Irene, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo para que no se le quedasen entumecidas del frio.

—Necesito que me ayudes otra vez, cambiándome monedas —pidió —. Voy a ir a visitarla y a enterarme de cómo está. Quiero sacarla de la cárcel lo antes posible.

—No te preocupes. Te cambiaré las monedas que hagan falta — guardó un segundo de silencio—. Sé de alguien que me debe un favor y nos puede ayudar —anunció convencida de tener la solución para el problema de su amiga.

Ana las condujo hasta la iglesia. El portón de entrada chirrió al empujarlo. La escasa iluminación provenía de las velas que ardían a los pies de un crucifijo que había sobrevivido a los continuos ataques de los republicanos. La humedad chorreaba por las maltrechas

paredes. El ambiente desprendía un olor a rancio, mezclado con la cera quemada y la devastación sufrida por el fuego durante la guerra. Mojaron las yemas de sus dedos índice y corazón en el agua bendita e hicieron la señal de la cruz. En los bancos delanteros dos mujeres rezaban arrodilladas, ellas pasaron de largo en dirección a la puerta lateral, cercana al altar, que daba a la sacristía.

—Vosotras esperad aquí —indicó Ana, al llegar a la altura de la puerta, a la vez que las detenía con la palma de la mano. Irene y Blau se detuvieron cerca de unos andamios que sujetaban parte del techo. Ana abrió la puerta de madera colonizada por la carcoma y se perdió al cruzarla.

El padre Simón, detrás de una vieja mesa de despacho, la miró molesto por encima de las gafas. Estaba leyendo unos documentos que giró del revés en el afán de ocultar su contenido. Al vuelo, Ana leyó la palabra «recomendación» y «aval». Desvió la vista al tintero, todavía abierto, y a la pluma que descansaba a su lado. El padre le dedicó una sonrisa de compromiso a la vez que se levantaba para saludarla, pensando que la visita tenía relación con la aclaración de alguna duda sobre los preparativos de su próxima boda. Le extendió la mano y ella la reverenció con una leve inclinación.

—Me siento honrado con tu visita, hija. Tú dirás, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó el padre, tratando de poner expresión amistosa, aunque se percibía que le había molestado la interrupción.

—Vera, padre —carraspeó Ana—. Usted me dijo hace tiempo que si alguna vez podía devolverme el favor que le hicimos, no dudase en pedirle lo que me hiciese falta. —Ladeó la cabeza para fijar la mirada en los papeles depositados boca abajo encima de la mesa.

—Tú dirás, hija mía, ¿qué necesitas? —preguntó, girando levemente la cabeza para seguir la dirección de la mirada de Ana.

—Tengo una amiga en apuros y necesitamos que nos proporcionase un aval de buena conducta —pidió, respirando profundamente.

—¿Para quién es? —preguntó el padre, que había cambiado su expresión afable a una de cierta alerta.

—Para Sofía de *Casa Noguera*. Está detenida en la cárcel de mujeres de las Corts en Barcelona.

El padre guardó silencio para meditar la respuesta apropiada a esa solicitud.

—No puedo ni debo recomendar a aquellos que son simpatizantes de los rojos y que, además, no son buenos cristianos. Sofía jamás entró en la iglesia. Ella vivía en pecado amancebada con un republicano —sentenció, adoptando una postura rígida y destilando resentimiento en sus movimientos negativos de cabeza.

—Usted me dijo que le pidiera lo que necesitara —expuso ella en tono desafiante.

—Si, es verdad que te lo dije, pero únicamente en asuntos que te involucrasen a ti directamente, no a tus amigos republicanos —afirmó tajante y, haciendo un gesto con la mano la invitó a marcharse, dando por cerrada la conversación. Ana se dio media vuelta, pero, justo antes de salir por la puerta, se detuvo y, de espaldas a él, le reprochó:

—Algunos de los chicos que le ayudaron a usted, salvando su vida eran mis amigos y también eran republicanos. Usted, más que nadie, tendría que considerar que no se trata de ideologías, si no de buenas personas. Ojalá que Dios le perdone —expresó marchándose sin darle oportunidad de réplica. Ella, desde luego, no pensaba hacerlo.

Al salir de la sacristía, se encontró a Blau con los ojos empañados y la rabia contenida. Lo había escuchado todo.

—El mundo está lleno de desagradecidos —dijo entrelazando su brazo con el de su amiga—. Cuenta con mi ayuda para lo que necesites —le susurró al oído para que se sintiera apoyada.

Irene las seguía en silencio, decepción era la palabra que se repetía en su mente. Los pastores de La Valdriet debían cuidar por igual de todas las ovejas de su rebaño, pero este era un pastor que discriminaba a las suyas por el color de su ideología.

62
La Monja

Ana no tenía suficiente dinero para cambiar las cinco monedas de plata que Blau le había confiado y tuvo que acudir a su padre. Quim estaba en su despacho, sentado delante del escritorio revisando unos albaranes de mercancía legal. Levantó la vista por encima de las gafas, redondas de metal, que utilizaba únicamente para leer y contempló las monedas que contenía la palma de la mano abierta de su hija. Era la segunda vez que se presentaba con las mismas monedas para que se las cambiase por dinero de curso legal. Tenía una ligera sospecha de a quien pertenecían esas monedas, pero quería estar seguro.

—Si quieres que te las cambie me tendrás que explicar de dónde han salido —puntualizó sin sonreír, manteniendo la seriedad en el semblante para que ella entendiese que no cedería como solía hacer normalmente ante las simples excusas que acostumbraba a darle.

—Son de Blau. Se las regaló Marc y necesita dinero para viajar a Barcelona —explicó con total sinceridad.

—Se puede saber ¿qué se le ha perdido a esa chica en Barcelona? —preguntó Quim abriendo el cajón de la mesa y sacando la caja de caudales, que abrió con una llave que llevaba colgada al cuello en un largo cordón.

—Está buscando a su madre y quiere visitar también a la madre de Marc por si ella tiene noticias —informó, contando una media verdad, para dar a su padre la impresión de que no mentía.

Quim guardó las monedas de plata en la caja, y sacó un fajo de billetes de cinco y diez pesetas con el escudo nacional proyectado en el anverso, separó unos cuantos, los contó y se los entregó, enrollando el resto.

—Deseo que encuentre pronto a su madre —dijo, sonriendo abiertamente con gesto de padre orgulloso y mientras miraba alejarse a su hija pensó: «es buena chica». En esos momentos de flaqueza le surgió un resquicio de culpabilidad al pensar que había obrado mal con la familia de *Casa Noguera*, pero inmediatamente se exculpó a sí mismo con la excusa, de que todo lo que hacía era por el bienestar de su mujer y su hija.

Ana llegó a los porches apresurada, su aliento se condensaba formando pequeñas nubes delante de su boca. Andreu les estaba explicando a su hija y a Blau que el taxista se había negado a viajar a

Barcelona en esas fechas porque estaba a punto de nevar. No quería correr el riesgo de quedarse tirado en medio de la carretera a causa de la nieve. A Blau el aire le golpeaba en la cara, recordándole el intenso frio del año anterior el día antes de caer una fuerte nevada. Levantó la cabeza para mirar al cielo cubierto de nubes, que le recordaban a las madejas de lana de angora blanca. Percibió el silencio que presidía la atmósfera, justo antes de que comenzasen a descender los copos de nieve para cubrir el paisaje de una capa albina, helada e intransitable.

Hasta el clima se había puesto en su contra, pero si algo había aprendido en los últimos meses era a tener paciencia y ese no era el momento para perderla. Las caras de sus acompañantes no eran mejores que la suya. Las palabras del cura le habían causado un fuerte impacto. Escuchar comentarios despectivos sobre su madre por boca de una persona a la que ella creía buena por el trabajo que realizaba, le había herido profundamente. Observó la postura de Andreu, sus hombros bajos y su mirada ensombrecida reflejaban desaliento. Irene, de tan callada, parecía haber enmudecido, pero Blau, la conocía lo suficiente como para saber que no hablaba para no desalentarles aún más. Ana, que acababa de llegar, devolvió a Blau la bolsa de terciopelo, que ya no pesaba y ella, al cogerla para metérsela en la pechera, notó como los billetes crujían en su interior.

—Mañana sale la camioneta de mi padre hacia Barcelona —afirmó Ana, cuya voz les pareció salvadora en ese momento. Todos dirigieron la mirada hacia ella.

—¿Tu padre consentirá que viaje con ellos? —preguntó Blau.

—No se lo diremos —propuso Ana—. Me he enterado de que, por una pequeña suma de dinero, los transportistas en ocasiones recogen a vecinos y los bajan a Barcelona.

—Iré contigo —se ofreció Andreu.

—Mejor no. Será más fácil que me lleven a mí sola con la camioneta cargada que a dos.

—Será duro porque van y vienen en el mismo día —le previno Ana.

—Da igual, ya tendré tiempo de descansar —dijo Blau, que comenzaba a sonreír recuperando la esperanza.

—Hablaré con Ramona, a ver si te puedes quedar a dormir en su casa esta noche. No creo que haya problema, lo agradecerá si le pagas unas pesetas. Luego iré a ver a Carlos el chófer de mi padre y le pediré que te lleve.

Ana lo dejó todo arreglado. Blau durmió en casa de Ramona, que se encargó de despertarla. Le ofreció un cuenco de leche caliente para que no se fuese con el estómago vacío. A las cuatro de la mañana ya esperaba impaciente a la salida del pueblo a que la recogiera la camioneta cargada de cajones de madera, de procedencia indefinida, llenos de productos destinados al mercado negro. Soplaban ráfagas de

viento helado que cortaban la piel, pero ella apenas sentía el frío; los nervios le calentaban el cuerpo y ni siquiera notaba que los pies empezaban a agarrotársele a causa de las bajas temperaturas.

Viajó en la parte delantera, en medio de los dos hombres. A la media hora del trayecto se quedó dormida con el traqueteo del vehículo. La noche anterior, en casa de Ramona, tumbada sobre el colchón de lana que le dispusieron al lado de la lumbre para que no pasase frio, no había podido pegar ojo. La incertidumbre de no saber realmente con lo que se iba a encontrar si lograba ver a su madre, le impidió descansar.

La dejaron en la explanada que había cerca de la prisión. Le dijeron que en tres horas estuviese lista porque si no estaba allí, se tendrían que marchar sin ella.

Había una larga cola y la guardó pacientemente detrás de una anciana encorvada de piel blanca, curtida de sufrimiento y mirada perdida, que sostenía un paquete forrado de tela. Cuando le tocó su turno, la atendió una monja, de pie, al lado de una mesa; era alta, enjuta, de nariz aguileña y olía a col fermentada. Blau le dio la partida de nacimiento que acreditaba que era hija de Sofía Vidal Pardo. La mujer la observó mirándola por encima del documento, después cogió la lista que tenía sobre la mesa, la examinó y, arrugando la nariz abrió el cajón, sacó un libro de registros y comenzó a pasar las páginas escudriñando, con los negros y pequeños ojos, cada hoja con rapidez.

—Perdone, ¿puede decirme si mi madre está aquí? —preguntó, desesperada, interpretando que a la mujer no le sonaba el nombre.

La monja dejó la lista sobre la mesa y devolvió su documento a Blau.

—Su madre no tiene ninguna visita programada para hoy —informó con altivez—. Circule, señorita —pidió, empujándola con la mano para que dejase pasar al siguiente, pero ella no se quitó de en medio.

—Por favor…—suplicó— ¿Qué debo hacer para poder visitar a mi madre?

—Salga gire a la izquierda y entre en la primera puerta; allí le inscribirán —le indicó la monja moviendo las manos para que se marchase.

La cola para pedir día de visita era larga y estaba formada en su mayoría por abuelas. Algunas llevaban cogidos de la mano a sus nietos, privados de los abrazos de sus madres que vivían detrás de aquellos muros, despojadas de libertad; niños de ojos grandes, figura famélica y expresión triste. Después de más de media hora de espera la atendió otra monja de aspecto afable y oronda. Cuando le dio hora y día de visita Blau se quedó petrificada, no podría ver a su madre hasta el diez de enero.

—Podría usted escribirle durante ese tiempo —le aconsejó la monja.

—Gracias, hermana —contestó ella, con el entrecejo fruncido por la desazón.

—Su madre es muy trabajadora —murmuró la monja.

—Siempre lo ha sido —afirmó Blau.

—Si pudiese conseguir avales de buena conducta, para presentar, ayudaría mucho a su madre a conseguir su libertad —dijo la monja, mirando de reojo a ambos lados para asegurarse que otras hermanas, con las que compartía estancia, no la escuchaban. Blau asintió con la cabeza.

—Sería usted tan amable de darle el recado de que su familia sabe que está aquí y que vendremos a verla —imploró.

—No se preocupe, le diré a su madre que he hablado con usted —le susurró.

Por la sonrisa de la religiosa interpretó que, en efecto, pensaba darle el mensaje, y se despidió con una ligera inclinación de cabeza para no llamar la atención.

Mientras caminaba hacia el escampado donde la tenían que recoger, no volvió la cabeza ni una sola vez a mirar aquellos muros fríos y grises que rezumaban pena y calamidad.

Mientras esperaba a la camioneta comenzó a pensar en todas las personas a las que conocía y en quienes podrían ayudarlas con el aval. La única persona que podría redactarle un aval era el cura y ya se había negado. Pensó en el padre de Ana, pero lo descartó al momento, sabía que no movería ni un solo dedo por ellas. El cansancio y la preocupación le provocaron un fuerte dolor de cabeza, que le impedía pensar con claridad.

63
El Favor

Llegaron a Agramunt media hora tarde. Los copos de nieve comenzaban a cubrir los campos de blanco. En pocas horas, las bajas temperaturas favorecerían que la nieve cuajase y tendrían dificultades para llegar a la masía. Andreu, junto a Marcelino, la estaban esperando a la salida del pueblo. La recibieron apoyados en el coche, el masovero fumaba entre tiriteras y el taxista acababa de pisar los restos de una colilla. Ni las pellizas que los cubrían ni las gorras de lana que llevaban les protegían del aire frio que soplaba. Blau entró a toda prisa en la parte trasera del coche y salieron rumbo a Artesa de Segre.

Durante los crudos inviernos los habitantes de La Valdriet evitaban alejarse de los alrededores de sus masías. El transitar por aquellos parajes era toda una proeza. El padre de Oriol les esperaba impaciente en Artesa de Segre, estacionado en el recodo del camino que conducía a casa. El hombre estaba nervioso, preocupado por la amenaza que suponía que la tormenta arreciase y subiese el nivel de nieve por los caminos, con el consiguiente peligro de quedar atrapados en medio del temporal. Estaba retirando la nieve, con un bastón, que empezaba a cuajar en el toldo y cuando los vio llegar se alegró de poder partir.

Cuando entraron en la masía Irene les tenía preparada una buena olla de caldo para calentar el cuerpo; la mesa estaba puesta y debajo de ella un brasero lleno de ascuas. Blau les informó con detalle de todo lo vivido durante ese día. Les pidió que intentaran pensar en alguien que pudiese ayudar con el aval, descartando al cura y al padre de Ana, que habían dejado claro que no iban a colaborar.

Blau se metió en la cama, exhausta. El cansancio le provocó calambres en las piernas y tuvo que darse friegas con alcohol de romero hasta aliviarlas. Cerró los ojos para intentar dormir, pero no paraba de darle vueltas al asunto del aval. En esas circunstancias de necesidad se daba cuenta de lo reducido que era su grupo de amistades. No encontraba ni a una sola persona que cumpliese con los requisitos necesarios para que pudiese firmar una carta, recomendando a su madre como buena patriota.

Observó a Irene que dormía tranquila. Pensó que ella también necesitaba dormir y descansar para poder pensar con lucidez. Como no podía parar de dar vueltas decidió salir de la cama para no

despertar a su amiga. Se calzó las alpargatas y se abrigó poniéndose por encima del camisón una toquilla de lana gruesa e iluminándose con una vela, descendió a la planta baja. No le extrañó encontrar a Andreu sentado en el banco, junto a la chimenea, ejerciendo de guardián del fuego, pensativo, observando cómo los troncos crujían y soltaban chispas al arder.

—Ya veo que tú tampoco puedes dormir —dijo Andreu, al verla entrar en la estancia y sentarse a su lado.

—Me he dado cuenta de que no tengo a quien acudir. No conozco a nadie que pueda ayudar a mi madre.

—Podrías hablar con la señora Montserrat o con su abogado —propuso Andreu.

—El abogado no nos sirve, cuando estuve en su despacho me dijo que lo estaban siguiendo. Hay que tener mucho cuidado de que no nos relacionen con gente que esté vigilada.

—Si lo siguen no es buena señal, estarán buscando de que acusarle.

—Por eso no quiero que me vean en su despacho.

La conversación con Andreu y el recuerdo del abogado la llevó a pensar en Michel, y los métodos que utilizó para averiguar el paradero de su hermano. Cogió una de las lámparas de carburo y dijo:

—Esta noche me voy a quedar en ese cuarto, para dejar dormir a Irene —señaló la habitación de Marc, en la que había dormido muchas veces con su madre y la que compartió con Ismail, donde el sargento descansó para siempre por última vez.

Andreu asintió y siguió mirando las llamas.

Blau apoyó sobre la mesita la lámpara de carburo y se sentó en la silla de al lado de la cama, pensando que sería incapaz de acostarse allí. Había cambiado el colchón, quemado las sábanas y todo lo que había tocado Ismail. Respiró y notó que el olor a desinfección que dejaba el Zotal había desaparecido. Percibió un residuo, adherido a las paredes y a los muebles, del olor al humo de su tabaco; de la piel de camello con la que estaba hecho su macuto; y del aceite de argán con el que se ungía la cicatriz. Se estremeció, sin saber distinguir si era por el cansancio, el frío o la sensación de que Ismail todavía habitaba en ese lugar.

Se levantó de la silla, se dirigió al armario y abrió la puerta oculta para entrar en la estancia secreta. Todos los objetos que se encontraban en esa habitación le recordaban a Marc y se le cayeron las lágrimas, arrodillada delante del cofre, pensando en que no lo volvería a ver nunca más. Abrió la bolsa de terciopelo y dejó rodar las monedas por el suelo, todavía le quedaban cinco de oro y ocho de plata. Con ese dinero tendría para comprar un aval para su madre, pero necesitaba saber qué persona afín al régimen estaba dispuesta a venderse. Se guardó las monedas y, en el momento en que reordenaba

los objetos en el interior del cofre, tuvo una visión repentina, igual que si fuese un sueño, y supo lo que debía hacer.

Salió alborotada y se encontró a Andreu, que se disponía a marcharse a la cama.

—Hay demasiados malos recuerdos en esa habitación y no puedo dormir ahí dentro —se excusó, alterada, envolviéndose bien con la toquilla que le cubría los hombros—. Voy a acostarme con Irene, a ver si consigo dormir.

La actitud de la chica hizo pensar a Andreu que la joven estaba perdiendo los nervios y se estaba enajenando. Este pensó en que los últimos acontecimientos habían sido muy duros para ella y asintió, dándole la razón.

Blau se metió en la cama sin hacer ruido y se abrazó a Irene alcanzando el deseado sueño. Por la mañana fue la última en levantarse. Se había quedado dormida. La visión que tuvo la noche anterior la tranquilizó y sabía lo que tenía que hacer.

Al bajar al comedor padre e hija la estaban esperando para desayunar todos juntos.

—Necesito ir a Artesa —anunció, mientras tomaban el desayuno—. Es necesario que vaya hoy con urgencia —repitió.

—No podemos bajar a Artesa con esta tormenta, tendremos que esperar a que el tiempo amaine —intervino Andreu.

Estaba preocupado por la salud mental de la joven. Pensaba que desde que había regresado de Barcelona no era la misma. Tenía cambios bruscos de humor y tomaba decisiones precipitadas. Justo antes de que ella bajase a desayunar, había estado hablando con su hija sobre el tema, e Irene había preparado a Blau una infusión de hierbas en la que predominaba el hipérico; mezcla que ella recomendaba a las personas que tenían un comportamiento depresivo como el que estaba teniendo su amiga.

—Hablo en serio, necesito ir con urgencia a Artesa. Tengo que hablar cuanto antes con la persona que nos puede ayudar a sacar a mi madre de prisión —argumentó, desesperada, al ver que Andreu e Irene la miraban como si estuviese delirando.

—Si crees que has encontrado a quien pedir ayuda, tendremos que esperar a que la tormenta afloje, porque si nosotros tenemos un accidente, entonces nadie la ayudará y tu madre se pudrirá en la cárcel —precisó Andreu—. Te puedo asegurar que estoy igual o más desesperado que tú por sacarla de allí.

Blau les explicó parte de sus planes, haciéndoles partícipes de a quién quería visitar. Hablaba con tal seguridad que Andreu retomó la confianza en ella. Más tarde el hombre le diría a su hija lo mal que se sentía por haber puesto en duda las facultades mentales de la joven.

A los dos días, la tormenta les dio un respiro y, aunque continuaba

siendo peligroso ponerse en marcha con tanta nieve cubriendo el paisaje, Andreu acompañó a Blau a Artesa de Segre. Fueron los dos en la mula y él, como previsión, cargó una pala en las alforjas por si tenía que quitar nieve por el camino. Avanzaron tan despacio que les costó el doble de tiempo llegar hasta la población vecina.

Cruzaron las calles nevadas de Artesa de Segre hasta llegar a casa de Ana. Blau llevaba un fardo entre los brazos, protegido de la misma manera que se protege a un hijo recién nacido. Andreu hizo lo que la joven le sugirió y se metió en el almacén de Quim a comprar víveres y a entretenerlo dándole conversación sobre el tiempo. Mientras, ella llamaba a la puerta de casa de su amiga.

—¿Está Ana? —preguntó cuando Ramona abrió.

—Suba, está en la habitación de la costura.

—¿Está su madre con ella?

—La señora hoy no se levantará de la cama, dice que le duelen los huesos —explicó con sorna.

Andreu, después de haber aburrido a Quim con minucias, se marchó y esperó durante diez minutos en los porches de la plaza. La figura de Blau caminaba con brío hacia él, moviendo la cabeza dando señales afirmativas. La ayudó a subir en la mula y la cubrió con una de las mantas para protegerla de los copos de nieve que volvían a caer. La cuidaba como a su propia hija, a la vez que comenzaba a admirarla por la entereza que estaba demostrando.

Mientras ellos abandonaban Artesa de Segre en dirección a la pedanía de La Valdriet, Ana descendía por la escalera interior de su casa hasta el almacén en busca de su padre.

—No te pido favores sin motivo —comenzó diciendo, e inspiró profundamente al ver la reacción del hombre sentado ante su mesa de despacho, que la observaba extrañado por encima de los lentes. —Lo que voy a pedirte es muy importante para mí.

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntó Quim, intrigado.

—Necesito que Carlos me acerque mañana a Lérida en la camioneta —dijo, aguantando la mirada de su padre.

—No, no tienes nada que hacer mañana en Lérida y menos con este tiempo. Podéis quedar atrapados en la carretera —negó su padre.

—Tengo una razón muy importante para querer ir mañana a Lérida. Tiene que ver con Sofía. Le debo la vida ¿es que ya no te acuerdas? En una ocasión me la salvó. Nos olvidamos muy pronto de los favores que nos han hecho los demás —reprochó, a la vez que daba media vuelta y se disponía a marcharse.

—¡Espera! Está bien, hija, de acuerdo. Mañana podréis ir con la camioneta a Lérida, pero con este favor se puede dar por pagada y no me vuelvas a pedir nada más que tenga que ver con esa familia —concretó, y siguió apuntando cifras en su libro de contabilidad.

64
La Verja

Blau, Ana y Carlos, el conductor, salieron temprano de Artesa de Segre. Los tres se sentaron en la parte delantera, las amigas bien juntas y apretadas para darse calor. El temporal en Lérida capital había sido liviano y únicamente cuajó la nieve en los recovecos sombríos de las cunetas en las carreteras. La niebla, esa mañana, había descendido espesa invadiendo la ciudad. La mala visibilidad obligaba al chófer a conducir despacio. Blau recordaba, de la casa, pequeños y borrosos detalles de la verja y que el camino de la entrada estaba flanqueado por árboles. Carlos se detuvo delante de unas casas y las alumbró con los faros. Ella se bajó del vehículo para explorar de cerca. De entre la niebla salió un coche que tuvo que hacer una maniobra para esquivarlos.

—¡Síguelo, síguelo! —gritó Blau, mientras se subía a la camioneta. Había reconocido el auto. Era el mismo que la llevó de vuelta a Artesa de Segre el día siguiente de la fiesta.

Observaron el coche desde una distancia prudencial para que no los descubrieran y vieron como entraba en una propiedad. Ella se apeó de la camioneta y le dio indicaciones a Carlos para que aparcara en la calle de atrás y así no llamar la atención. Se dirigió a la puerta de hierro forjado pintada de negro en la que reconoció la esfera que adornaba el extremo superior y que marcaba los puntos cardinales. Se asomó por entre los barrotes. En el interior estaba estacionado el coche negro. Empujó la puerta con fuerza, pero esta no se abrió, estaba encajada. Introdujo por uno de los barrotes la mano y abrió la aldabilla, presionó las hojas de la puerta y se abrieron. Entró con pasos decididos, portando en la mano el sobre que Ana le había entregado. Atravesó el camino, cubierto por las nubes bajas, guiada por los árboles hasta llegar frente a la gran casa. Subió la ancha escalera de mármol, respiró profundamente, tomó el picaporte y lo soltó con fuerza, repitiendo dos veces el mismo movimiento.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó la doncella al abrir, vestida de uniforme azul marino, que por la forma en que arrugaba la nariz, la había reconocido. Se habían cruzado durante la fiesta cuando ella subió al baño, y a la mañana siguiente fue quien la acompañó al coche.

—Deseo ver al comandante —contestó Blau, sonriendo

amablemente y poniendo empeño en parecer una mujer segura, aunque tenía que hacer esfuerzos para controlar el tembleque de su cuerpo.

—Aguarde un momento, señorita —dijo la doncella ajustando la puerta, sin invitarla a pasar.

—El señor está muy ocupado y no puede recibirla en este momento —comunicó cuando volvió, entreabriendo la puerta lo justo para observar.

—Hágame el favor de entregarle este sobre y si el contenido no le interesa, me marcharé —dijo la joven, dándole el sobre que llevaba entre las manos.

Se quedó inmóvil delante de la puerta. Hacía un frio intenso que se apreciaba en el vaho que se formaba cuando exhalaba al respirar, pero el cuerpo le ardía a la vez que notaba los pies como se le entumecían. Pensó en lo atrevida que había sido y el peligro que suponía presentarse en casa del comandante sin haber sido invitada. Por eso no consintió que Ana la acompañase, nunca la pondría en riesgo.

Escuchó el crujir de la puerta que se abría.

—Puede pasar, señorita —anunció la criada, guiándola a una habitación que se encontraba cerca de la puerta de entrada.

Entró en un pequeño despacho. Enfrente había un mueble cargado de ficheros y estanterías ocupadas por fotografías en las que aparecía el comandante sonriendo y mostrando diversos trofeos de caza o pesca acompañado por otros militares. Había una fotografía, colgada de la pared, perfectamente enmarcada y protegida por un cristal, que destacaba sobre las demás. Contenía el retrato del Jefe de Estado, el Caudillo Francisco Franco. Mientras contemplaba la foto, una voz de detrás de ella la sobresaltó.

—Buenos días, señorita —dijo el comandante, con su peculiar arrastre de palabras para subir el tono al final de la frase. Blau se giró intimidada. Llevaba puesto el uniforme militar impoluto que le mejoraba la apariencia, pero a ella se le había quedado grabado el aspecto de ese hombre sin ropa. Por muy pulido y bien abrochado que llevara el traje ella seguía viendo al jabalí que habitaba en su interior.

—¿Le han parecido interesantes las fotografías? —preguntó Blau.

—Veo que no se anda con rodeos, señorita. Está usted muy entera para el poco tiempo que hace que ha enterrado a su novio —le recriminó, irónico.

—Usted sabe mejor que nadie la clase de novio que era —puntualizó ella sin apartar la mirada de aquellos ojos negros, pequeños y vivaces como los de una perdiz que la escrutaban.

—Entonces vayamos a lo que ha venido. Tome asiento —indicó, señalando una silla, moviendo ligeramente la mano, y sentándose él en el sillón que había detrás de la mesa—. Preciso hacerle unas

preguntas.

—Las que necesite.

—Es una magnífica pieza —comentó cogiendo las fotografías que había dejado encima de la mesa, pasándolas una a una, contemplando, desde todos los ángulos, el reloj que había fotografiado Ana mientras Andreu entretenía a Quim en el almacén.

—Y muy valiosa —destacó ella, orgullosa de lo bien que su amiga había fotografiado el reloj.

—¿Cuál es el motivo de enseñarme estas fotos?

—Pensé que usted quizá pudiera estar interesado en que esta pieza luciera en su vitrina junto a las demás —argumentó Blau, sin pestañear.

—¿Qué quiere a cambio? —preguntó el comandante, apartando los ojos de la fotografía para fijarse en la expresión de la mujer que tenía sentada enfrente.

—Quiero a mi madre —reveló sin dejarse intimidar por las penetrantes miradas del comandante.

—¿A su madre? Explíquese, por favor.

—Mi madre está presa en la cárcel de mujeres de las Corts, en Barcelona. Acusada, en falso, de republicana. Ella es una buena mujer a la que no le interesa la política.

—¿Entonces por qué está en la cárcel?

—Porque le molestaba a Ismail para seducirme. Se la quitó de en medio levantando falsos testimonios sobre ella, encarcelándola sin motivos.

—Entonces, usted quiere cambiar esta magnífica pieza de orfebrería por su madre —recalcó el comandante, acariciándose la barbilla.

—Exacto, y además de pedir la libertad de mi madre necesito pedirle algo más —dijo, aprovechando que en los ojos del hombre comenzaba a crecer la expresión de codicia por poseer el reloj.

—Está usted abusando de su suerte, señorita —advirtió este.

—Necesito el certificado de defunción del señor Marc Puigcalaf Dolç, fue fusilado unos días antes de que encarcelaran a mi madre. Él era el dueño de este reloj —pidió, ignorando la advertencia del militar.

—Son gestiones complicadas ya que hay que responder a muchas preguntas, pero ha venido al lugar adecuado para pedir ayuda. —Por la forma en que pasaba los dedos por encima de las fotografías Blau supo que haría lo necesario para conseguirlo.

—Desde luego —dijo ella, intentando ignorar el amasijo de nervios que le recorrían la columna al percibir el deseo del comandante por poseer el reloj.

—Deme los datos de su madre —pidió él, abriendo una libreta y

tomando la estilográfica Montblanc Meisterstück, obsequio de una íntima amiga alemana, para tomar nota de los nombres y apellidos de los destinatarios de las gestiones que le ocuparían las próximas semanas.

Blau le dio los nombres, así como las fechas y todos los datos que poseía sobre lo ocurrido con su madre y el fusilamiento de Marc. Al finalizar, el comandante Antonio Clotet Bertrán torció levemente la cabeza, mirando fijamente a la joven a los ojos.

—¿Qué relación tiene usted con el fulano ese del que me pide el certificado de defunción? —preguntó el militar.

—Es un amigo de la familia y le prometí a la madre y al abogado del señor Marc Puigcalaf que, si encontraba información sobre él, se la llevaría y el certificado es la única prueba para demostrar que ha fallecido. Se lo debo, por lo mucho que él nos ha protegido y querido —explicó, dejándose llevar por la emoción, sin poder evitar que algunas lágrimas resbalasen por su rostro, que secó al momento con la manga del abrigo que llevaba puesto.

—¿Por qué tiene usted el reloj?

—Porque él me lo regaló. Además, tengo el certificado de autenticidad de la casa Masriera, donde lo compró —contestó ella, tajante y cansada ya del interrogatorio.

—Tenga en cuenta que estamos a dos semanas de Navidad y las fiestas nos pueden retrasar las gestiones. Deberá tener paciencia. Haré todo lo que esté en mi mano para que se pueda reunir con su madre lo antes posible —aclaró pensativo.

Esa misma tarde comenzaría con las gestiones. Había encontrado el regalo perfecto para su padre, se lo entregaría para reyes delante de toda la familia y así haría ostentación de las ventajas de tener un cargo militar en el bando ganador.

Cuando Blau se disponía a salir por la puerta.

—Una última recomendación, señorita, guárdeme bien esta preciosidad —dijo señalando la fotografía donde se podían apreciar los detalles de la corona de brillantes que adornaba la cabeza de las sirenas.

—Está a buen recaudo. Soy la única que sabe de su existencia y de su paradero —advirtió, por si al comandante se le pasaba por la cabeza, engañarla de algún modo y salió apresurada de allí, sin esperar a ser acompañada a la puerta.

65
El Sobre

Dos días antes de Navidad Blau se acercó a la Comandancia Militar de Artesa de Segre acompañada por Andreu. Antes de entrar en el recinto, se ajustó el sombrero verde oliva del mismo color que el abrigo de paño que la cubría, respiró profundamente y esbozó una sonrisa para dar imagen de tranquilidad. De vez en cuando le rugían las tripas, esa mañana únicamente había tomado una taza de achicoria. Se le había cerrado el estómago el día anterior cuando el padre de Oriol le entregó una carta en la que la citaban en la Comandancia Militar.

Empujó la puerta y caminó con firmeza, con los pies enfundados dentro de los zapatos de tacón de Sofía. Se movió con elegancia al quitarse los guantes y guardarlos dentro del bolso de mano. Estaba llena de dudas y se preguntaba si el comandante cumpliría con la parte acordada. Un militar de manos finas, la observó desde la puerta abierta de su despacho, rodeado de documentos, y salió, con premura, a atenderla.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó, mirándola con interés.

—Vengo a recoger un sobre que ha dejado el comandante Antonio Clotet Bertrán a mi nombre —dijo ella entregándole su partida de nacimiento para que lo corroborara.

—Es usted la señorita María del Blau Pardo Vidal —dijo, leyendo en voz alta el nombre que figuraba en el documento y levantando los ojos por encima del papel para observarla.

—La misma —contestó, dedicándole una sonrisa, en un gesto de coquetería.

—Espere un momento, por favor —pidió él devolviéndole su partida de nacimiento y dirigiéndose a pasos largos a su despacho para volver, casi al instante, con un sobre entre las manos que le entregó.

—Gracias —respondió ella, dando la vuelta para marcharse.

—Revise el contenido. Si faltase algún documento, se lo podríamos tramitar desde aquí —dijo el soldado, intrigado. Él no podía desobedecer a su superior y abrir el sobre para fisgonear, pero si lo hacía el destinatario delante de él, se enteraría de los asuntos que se traía el comandante con esa mujer.

—Tengo prisa, me están esperando —se escusó mientras observaba

la sonrisa ladina del joven, que le despertó desconfianza—. Son intimidades que al comandante no le gustaría airear —zanjó, entrecerrando los párpados, queriendo dar aspecto de frívola como si se tratase de un secreto de dormitorio, y salió a toda prisa con las instrucciones a seguir para liberar a su madre, escritas dentro del sobre.

El jueves de esa misma semana, a las seis de la mañana Blau y Andreu, puntuales y tiritando de frío, esperaban en la puerta de Marcelino. El taxista se había dejado convencer para que los llevase a Barcelona a cambio de una buena suma de dinero. Ante semejante oferta el mal tiempo pasó a tener una importancia menor para el hombre.

El comandante le había ofrecido poner a su disposición un automóvil con uno de sus chóferes para llevarla, ofrecimiento que ella rechazó por desconfianza. Le parecía una imprudencia subir a un coche con extraños llevando consigo la pieza de intercambio. Más tarde caería en la cuenta de que la proposición únicamente servía para llevarla y no incluía la vuelta; el comandante solo pretendía asegurarse de que el reloj llegara a sus manos puntual y sin contratiempos.

El jueves, cuatro de enero de 1940, Sofía no acompañaría a las demás presas a los campos de cultivo ubicados en la parte trasera de la penitenciaría, como el lugar de trabajo que le habían asignado desde el primer día de su llegada. Le pidieron que recogiese sus pertenencias y esperase a que la llamaran. Se vistió con el mismo vestido con el que la trajeron, en un camión hacinada junto a otras mujeres, igual que si fuesen ganado. El mismo vestido, remendado de los rotos ocasionados por la brutal agresión que sufrió por parte de los hombres de Ismail, que le recordaba sus peores días y que estaba deseando quemar. Sus compañeras se despidieron de ella esa mañana con la incertidumbre de no saber si la trasladaban de cárcel, la mandaban a juicio o se la llevaban para fusilarla. Lo que ninguna de ellas pensó fue que la fuesen a liberar pues allí jamás les daban explicaciones.

Hacía unas semanas que la madre Margarita se había acercado a Sofía, mientras trabajaba, y entre susurros le contó que una señorita muy guapa que decía ser su hija estuvo preguntando por ella y le mandaba el recado de que la vendría a visitar. Mientras esperaba, pensaba en la vida de esas monjas que pertenecían a la orden de Las Hijas de la Caridad y estaban empeñadas en convertir en buenas cristianas, a base de rezos y trabajo duro, a todas las ateas republicanas, según su criterio, que estaban bajo su tutela. Impartían una caridad que practicaban empleando la imposición y haciendo valer la autoridad de la que gozaban. La excepción de esa orden era la

hermana Margarita, en la que había encontrado a una buena persona que ingresó en la orden por devoción, al contrario de otras religiosas que lo hicieron por imposición familiar.

Sofía oyó unos pasos ligeros que se acercaban, levantó la cabeza y se alegró de ver la figura rechoncha de la hermana Margarita.

—Vengo a despedirme porque se marcha usted a su casa —le comunicó—, le deseo que sea muy feliz junto a su familia —dijo mientras la abrazaba y salió rápido del dormitorio de las presas para no ser descubierta. Había abandonado sus quehaceres para despedirse de su amiga.

Cuando la hermana María entró a buscar a Sofía, para acompañarla de camino a su libertad, se la encontró sollozando como a una niña pequeña que sabe que regresará a casa. Siguió a aquella monja enjuta, severa y desabrida que había sido la protagonista de sus pesadillas durante todos los meses en los que había estado privada de libertad. La acompañaba por aquel lúgubre pasillo que había recorrido varias veces al día y que se le estaba haciendo interminable pensando en que sería la última vez que lo iba a pisar. Observó, en la expresión de la religiosa, una mujer que se escudaba en su compromiso con Dios para descargar su ira sobre los demás y propinarles crueles castigos con la excusa de impartir disciplina. Entonces se reconfortó pensando: «que si Dios existía, se encargaría de ella».

La monja abrió la puerta y le hizo una señal para que la cruzara. Sofía caminó hacia adelante, desorientada, a pasos cortos, inseguros y lentos. Andreu se dirigió a ella a toda prisa para darle apoyo sosteniéndola por el brazo y ayudándola con delicadeza a subir al taxi. El hombre se sentó junto a ella, la arropó con una manta y la abrazó. Blau, mientras tanto, se dirigía al descampado que rodeaba la cárcel, donde aguardaba el comandante, apoyado en su coche y sosteniendo en sus manos, enfundadas en caros guantes de piel un sobre. Se había levantado el cuello del abrigo para protegerse el cuello del aire frío. Miraba avanzar a la joven hacia él con una sonrisa de satisfacción, llevando bien sujeta la cesta de mimbre tapada con un paño de algodón blanco. Intercambiaron el sobre por la cesta. El militar levantó el paño para ver su contenido, ella abrió el sobre y revisó la documentación.

—Gracias, muchas gracias —le dijo.

El comandante abrió la puerta trasera de su coche introdujo la cesta y se giró para despedirse de Blau, que continuaba allí, inmóvil y pensativa, mirándose los pies.

—¿Qué ocurrió aquella noche? —logró preguntar.

—¿No lo recuerda?

Ella negó con la cabeza. Entonces, el comandante comenzó a hablar con la mirada perdida en la lejanía:

—Cuando entré en la biblioteca y me la encontré mirando los libros, me extrañó que una de las acompañantes de Ismail tuviese interés por la lectura. —Sonrió recordando—. Ismail me aseguró que era una excelente profesional de acompañamiento masculino —soltó una carcajada—. Cuando comenzó a temblar y a llorar de miedo, me di cuenta de que era una buena chica y no tenía nada que ver con la que su novio me había vendido. Para que se tranquilizase le ofrecí una copa, pero usted terminó bebiéndose la botella entera de mi Cardenal Mendoza y se durmió como un tronco.

—Gracias —dijo ella, dedicándole una sincera sonrisa.

El comandante, satisfecho con su adquisición, entró en el coche y Blau corrió a encontrarse con su madre.

Andreu, al verla venir, se cambió de asiento pasándose al delantero para dejar que madre e hija se reencontraran. El taxi arrancó finalmente al entrar Blau, y la joven pensó que era afortunada por tener apoyada en su hombro la cabeza de la persona más importante en su vida. Le pasó el brazo por encima y la estrechó suavemente. En ese momento habían intercambiado los papeles, su madre se había convertido en la hija necesitada de protección y ella se sentía fuerte para dársela. Envolvió bien a su madre con la manta y sonrió de felicidad.

El taxi paró en la calle de Balmes. Sofía abrió los ojos para ver el lugar donde se habían detenido para que su hija bajase. Reconoció el portal al cual se dirigía Blau y al conserje que la acompañaba hacia la puerta del ascensor.

La recibió la prima de la señora Montserrat Dolç y la hizo pasar al despacho donde la señora la esperaba de pie delante de la mesa. Su porte era el mismo que recordaba, tiesa igual que un palo y barbilla altiva ligeramente levantada. Blau abrió el sobre marrón y le entregó parte de los documentos que contenía. Sin acercarse a la mujer, se despidió educadamente y se marchó, pero antes de cerrar la puerta, escuchó un grito desgarrador, seguido de sollozos provenientes del despacho. Tal y como le había prometido, le hizo saber el resultado de su investigación, acababa de entregarle el acta de defunción de Marc Puigcalaf Dolç. Entró de nuevo en el taxi, que se puso en marcha cuando ella cerró la puerta, y su madre se volvió a recostar, en silencio, sobre su hombro.

66
La Confesión

Desde que llegaran a la masía, Sofía no había vuelto a nombrar a Marc. Tampoco hablaba de su paso por la cárcel y los que la rodeaban respetaban sus silencios. Daba la sensación de que estaba enferma de olvido. Ella seguía a raja tabla su lema, todo lo que le hacía daño lo relegaba al olvido. Después de varias semanas deambulando por la casa como un alma en pena, un buen día se puso a coser y transformó un vestido estampado de flores granates, confeccionado en tela de algodón, en un bonito delantal. Usaba el delantal nuevo a diario, dándole un aspecto alegre. Poco a poco comenzó a caminar erguida, a cocinar y a cuidar de sus rosales.

Sofía se instaló junto a Blau en el piso superior. Irene ocupó la habitación maldita, para la madre era el templo de los últimos recuerdos vividos junto a su gran amor; para su hija era el recuerdo de la cámara de los horrores y la aliada de las pesadillas en las que Ismail la amenazaba con volver para vengarse. Ambas sentían, cada una a su modo, que la presencia de Irene, entre aquellas cuatro paredes, alejaba los fantasmas del pasado y purificaba el ambiente con sus esencias, atadillos de plantas colgadas por los rincones y el plato de agua con sal y vinagre que, en secreto, había puesto debajo de la cama. Cada semana recogía el plato con la sal convertida en cuadrados pequeños, secos y negros como el carbón. Irene, a escondidas, los enterraba lejos de la masía y les rezaba una oración para que la tierra se tragase los malos espíritus que habían quedado atrapados en aquellos cuadrados.

Una mañana, Irene se acercó a *Casa Moliné* a cocer el pan y Andreu se había ido a trabajar en la construcción de un nuevo corral en el que querían acoger un rebaño de ovejas.

A Blau le extrañó que su madre estuviese sentada al lado de la lumbre sin hacer nada. Estaba embelesada, mirando las llamas provocadas por una carta que comenzaba a arder.

—Mamá, ¿qué has hecho? ¡Has quemado la carta que te dejó Marc! —exclamó, conmovida por la actuación de su madre.

—Sí, la he quemado —respondió Sofía, segura de estar haciendo lo correcto.

—¿La has leído?

—No, pero sé lo que escribió en ella. Era una disculpa. Estoy segura

de que en esa carta me pedía perdón por no haber arreglado nuestra situación cuando su mujer falleció. Le pesaba no haberse casado conmigo y no haberte reconocido como… su hija —guardó silencio y giró la cabeza para mirar a la joven, que se había dejado caer en el banco de enfrente—. Para él esa situación era cómoda, así no tenía que enfrentarse a su madre. Dudo de si realmente, me quiso alguna vez.

—¡No digas eso! —exclamó Blau, conmovida ante una revelación que ya no era tal. —Claro que te quiso, siempre nos intentó proteger y nos dejó la masía.

—Porque no tenía a nadie más a quien dejársela, salvo que la hubiesen heredado familiares lejanos. Tal vez nos quisiese, pero tan a su manera que me provocaba dudas sobre sus sentimientos hacía mí. También tuve parte de culpa, se lo consentí todo a cambio de tenerlo cerca.

—Lo único malo que has hecho es quererlo y ponerlo por delante de todos.

—Es cierto, le quise por encima de todos, hasta por encima de ti, que eres mi hija, dejándote abandonada. Estaba tan ciega que no me di cuenta de que mi lugar estaba a tu lado.

—No te culpes, el malnacido de Ismail te hubiese apartado de mí igualmente. No te puedes ni imaginar de lo que era capaz con tal de conseguir lo que quería. Gracias que te dejó con vida.

Sofía se introdujo la mano en el bolsillo del delantal estampado y sacó la carta que Marc había dejado escrita para su hija.

—Esta es para ti.

La carta le confirmó lo que los silencios de su madre decían. Conocía el suceso de la muerte de Marc. Blau se imaginó lo mucho que debió de disfrutar Ismail contándoselo con detalles para hacerle daño.

—¿Me vas a contar la verdad, mamá?

—Ven, siéntate a mi lado —pidió Sofía, dando unas palmadas encima del banco.

Cogió de la mano a su hija, hizo un esfuerzo para romper la coraza que envolvía los recuerdos de su pasado, y comenzó a narrar los hechos desde el día en que llegó a la masía, acompañada por sus padres y sus hermanos mayores.

Ella acababa de cumplir ocho años. El abuelo de Marc los había contratado de masoveros, alojándolos en una casita cercana a la grande, la que habitaban Andreu e Irene. Recordó el largo viaje desde Murcia hasta Lérida y la alegría de sus padres por haber encontrado una buena hacienda donde trabajar. Con la llegada del verano la masía se llenaba de los parientes que vivían en la ciudad. Fue así como conoció a un niño dos años mayor que ella, el señorito Marc

Puigcalaf Dolç. Era un joven escuálido, con el que su madre batallaba a la hora de las comidas, pues era muy mal comedor y de salud delicada. La madre, muy preocupada por el buen desarrollo de su hijo, se desplazaba con él a pasar el verano a La Valdriet con el fin de que hiciese un cambio de aguas y de aires. La mujer aseguraba que el niño al pasar unos meses en el campo, no se resfriaba, comía mejor y recuperaba fuerzas para afrontar después el invierno en la ciudad.

Sofía, a pesar de sus obligaciones en los trabajos domésticos, intentaba sacar tiempo para escapar a jugar con el niño. Iban juntos al río, espiaban nidos de pájaros y jugaban a esconderse en los corrales. A medida que cumplían años los juegos se fueron transformando en travesuras, como una ocasión en la que a Marc le dio por pinchar los huevos que encontraron en el gallinero, con una aguja saquera por ambos extremos, para bebérselos y volverlos a dejar en el nido vacíos. Cuando la madre de Sofía los recogió, se dio cuenta de que no pesaban y castigó a su hija sin jugar con Marc unos días. Durante esos días, el chico se aburría y echaba a faltar tanto a su compañera de juegos, que se ofreció para ayudar en las tareas domésticas con el fin de estar cerca de ella. En otra ocasión, se bebieron el porrón de vino que siempre estaba lleno encima de la mesa y se pasaron toda la tarde durmiendo abrazados en el pajar. Cada año, al llegar septiembre, Sofía languidecía por la marcha del señorito a la ciudad.

Pasados unos veranos, ajenos a los cambios de sus cuerpos adolescentes, se fueron a bañar al río, desnudos, tal como habían hecho otras veces en su ritual infantil. A Marc se le nubló entonces la razón al toparse con una Sofía de pechos redondos y tersos, caderas marcadas y vello en su zona íntima. Hasta su olor era diferente y perturbador. Cada vez que se acercaba a ella, aunque solo fuese para tocar su melena castaña, espesa y ondulada, su cuerpo de hombre recién estrenado se revolucionaba. Se entregaron a nuevos juegos, descubriendo sus cuerpos, estudiándolos y explorándolos con caricias y besos. Se dejaron arrastrar por la pasión descontrolada, en el pajar, en el río y sobre la hierba. Marc, antes de regresar a Barcelona, no cesó de pronunciar palabras de amor, de hacerle promesas de un futuro juntos y repetirle lo importante que era para él. Sofía se sentía inmensamente feliz. Quería al joven desde siempre.

Un día, ya entrado el mes de febrero, la madre de Sofía notó extraña a su hija. El delantal parecía redondear sus formas y reparó, entonces, en que hacía meses que no menstruaba. Montserrat Dolç Farré solucionó el desliz de la pareja. Entregó a los padres de la joven una buena suma de dinero que les permitió comprar sus propias tierras y partieron hacia el pueblo de Santomera, en la provincia de Murcia, que fue donde nació Blau. Desde su nacimiento, recibían una asignación mensual en concepto de manutención de la niña, a cambio

de mantener a la madre y la hija ocultas en el pueblo.

Pero Sofía se ahogaba, necesitaba dejar de ser la estigmatizada madre soltera y anhelaba un lugar donde poder vivir con su hija en búsqueda de un futuro mejor. Una mañana les dijo a sus padres que se iba a visitar a una prima a Murcia y no regresó. Cogió el primer tren que pasó en dirección a Barcelona. Los padres tuvieron un gran disgusto al sentirse traicionados por su hija. Poco después, al enterarse Montserrat Dolç de la emancipación de la joven, recibieron la noticia de que habrían de quedarse, también, sin la asignación económica que les enviaba puntualmente todos los meses. En vano le escribieron varias cartas rogándole que regresara. Cartas que no leía para no caer en la tentación de volver junto a ellos.

Por mediación de un pariente lejano, Sofía alquiló una habitación en el barrio de Sants a una familia de su tierra y comenzó a trabajar en la fábrica textil Vapor Nevo, que disponía de guardería para los hijos de sus trabajadoras. Los fines de semana, junto a otras compañeras, hacía horas extras de camarera en la Fonda España, ubicada en las Ramblas de Barcelona, con la ilusión de reunir dinero y poder acceder a una vivienda para ellas dos solas.

Un domingo, al igual que en otras ocasiones, Sofía acudió al trabajo con el pelo recogido en un moño y enfundada en un vestido negro de cuello camisero, con el delantal blanco bien ajustado a la cintura y la cofia bien recta.

—¿Quién se casa hoy? —preguntó a una compañera que trabajaba en la fonda toda la semana y estaba enterada de todo.

—Dos familias de grandes industriales van a emparentar —le susurró al oído mientras terminaba de repasar las copas con un paño de algodón. Las ordenó en hileras dentro de una bandeja plateada y las llenó de cava traído desde Sant Sadurní d`Anoia. Junto a Sofía, se colocaron cada una en un lateral de la puerta para servírselas a los invitados según iban entrando.

La novia entró sonriente de la mano de su marido, escuálida, blanca como la nieve, con los ojos oscuros y el cabello dorado recogido en un moño adornado con una tiara de perlas y brillantes de la que pendía un largo velo. Su presencia acaparó enseguida todas las miradas, haciendo que el novio pasase a un segundo plano. Sofía no reparó en el flamante recién casado hasta que lo tuvo delante y fue a depositar una copa de cava en su mano. Hubo un intenso cruce de miradas que hizo que se le cayese la bandeja, ocasionando tal estropicio que no la volvieron a emplear. Huyó lo más veloz que pudo cruzando los pasillos en dirección a la salida del servició. Marc la siguió y la alcanzó. Terminaron sentados al lado de las basuras, llorando los dos. Nada podían hacer; el destino de Marc lo había decidido la señora Montserrat Dolç Farré. Entonces, ni se podían

imaginar que se volverían a reencontrar después del entierro de la mujer de Marc.

Blau abrió su carta delante de la mirada serena de su madre. La leyó en voz alta. Estaba llena de palabras de arrepentimiento por haberse comportado con ella más como un familiar lejano que como su propio padre y por no haber tenido el suficiente valor de reconocerla como hija. Era una carta que buscaba el perdón para limpiar su conciencia.

La joven repitió el gesto de Sofía, tirando la carta al fuego, y madre e hija la miraron arder.

67
El Testamento

Barcelona, 28 de abril de 1940

Blau, sentada en el asiento trasero del taxi, observaba a través de los cristales, las calles de la Vila de Gracia y acariciaba el cuarzo rosa que pendía de su cuello. Antes de partir, Irene se lo había entregado envuelto en papel de seda blanco, diciéndole:

—Lo llevé al joyero de Artesa para que lo reparase. Pensé que te gustaría conservarlo.

—¡Muchas gracias! —exclamó, recordando el momento en el que Michel se lo había puesto al cuello—. Este colgante representa mucho para mí. No pienso quitármelo nunca más —expresó, rozándolo con los dedos.

La primera semana de abril había recibido una carta del abogado Aurelio Vilá Costa que, en calidad de albacea testamentario de Marc, requería su presencia. La citaba el lunes veintinueve, a las diez de la mañana, en su despacho.

El taxi giró en la esquina para circular por la calle que le llevaba a casa de Carmeta. Era tarde y estaba cansada del viaje. La casera les esperaba apoyada en el umbral de la puerta, sosteniendo entre los dedos la boquilla, a la que daba caladas sin tragarse el humo del cigarrillo. La recibió con los brazos abiertos, pasándole el brazo encima del hombro para acompañarla a la habitación que ocuparía los próximos días. Marcelino las seguía en silencio por el pasillo con la maleta en la mano. La mujer le asignó la misma habitación que había usado en su anterior estadía. Nada más poner un pie en ella, aquellas paredes le trajeron el recuerdo del beso de Michel, el regalo del cuarzo rosa para que no lo olvidase y la promesa que se hicieron de volverse a encontrar.

—Tenemos que hablar —le susurró Carmeta, devolviéndola al presente.

—¿De qué?

—De Michel.

—¿Está aquí? —preguntó excitada.

—No, pero estuvo y me dejó un recado para usted.

Carmeta esperó a que el taxista dejase la maleta en el interior de la habitación y se retirase. Se sentó en la cama y palmeó encima de la colcha para invitar a Blau a que se acomodase a su lado.

—Estuvo tres días esperándola. Me dijo que sí venía me dejase su

dirección, así le podría escribir y podrían seguir en contacto. Estaba ultimando los trámites para liberar a su hermano y embarcarse rumbo a Nueva York. Comentó que no sabía cuándo, pero que regresaría.

Las noticias que recibió le encendieron la esperanza, aunque no quería hacerse falsas ilusiones. Estaba preparada para perder porque sabía que no siempre ocurre lo que uno desea. Prefería acariciar el colgante, testigo mudo de los sentimientos que surgieron entre ellos, y que le confirmaba que lo ocurrido no era fruto de su imaginación. Había puesto tanto empeño en olvidar, que hasta la imagen del rostro de Michel se le presentaba confusa, pero tenía presente, igual que si hubiese ocurrido ayer, el suave tacto de sus labios cuando la besó.

Le dijo a Carmeta que la despertaran temprano, no quería quedarse dormida. Desde la desaparición de su madre primero y, más tarde, con el temor a que el fantasma de Ismail se le apareciera para seguir atormentándola, se pasaba las noches en vela sin conseguir conciliar el sueño hasta entrada la madrugada, con lo que solía despertarse a media mañana. Esa noche no sería una excepción, pues se sentía incapaz de dormirse pronto con la posibilidad abierta en su mente de un reencuentro con Michel.

Por la mañana temprano ya estaba terminando de arreglarse cuando oyó unos golpes en la puerta para informarla de que era la hora de levantarse y el desayuno estaba servido.

—Gracias por avisarme —dijo, acercándose a la puerta para que Carmeta supiese que ya estaba en pie. El bullicio de su cabeza no le había permitido conciliar el sueño ni siquiera de madrugada.

Se miró al espejo y arrugó la nariz ante su aspecto pálido, cogió la polvera de Maderas de oriente de *Myrurgia* que le había regalado Ana y se empolvó la cara, repasando con esmero las ojeras para disimular su profundidad. Utilizó el pintalabios color cereza que había pertenecido a su madre y que esta le había regalado con la excusa de que se estropearía de no usarlo porque en el campo las mujeres no se maquillaban. Sonrió al recordar las veces en las que había soñado con poder pintarse al observar a su madre cada vez que lo hacía. Salió de la habitación dejando por el pasillo un rastro a esencia de rosas, hasta llegar al comedor a desayunar.

Partió de la casa de huéspedes con la tranquilidad de quien sabe que va con el suficiente tiempo para llegar a la cita a la hora convenida. Paseaba por el barrio de la Vila de Gracia aspirando el aroma de la primavera florida, presente en los jardines y balcones de los edificios. Se dirigió a la zona de las Ramblas, al despacho del abogado de Marc. Seguía pensando en él como en el primo lejano que le hicieron creer que fue. Cuando su madre le confirmó que era su padre y no la había reconocido como su propia hija se resintió contra él. Lo bajó del pedestal en el que lo había tenido ensalzado, para dejar

el lugar a su madre, que era la verdadera valiente, por haberlo entregado todo sin pedir nada a cambio. Incluso exponiendo la vida de las dos por ir en su busca. Dudaba que él hubiese entregado tanto a cambio de unas furtivas caricias y unas cuantas palabras bonitas.

Tuvo que sortear la cola que daba la vuelta a la manzana de un edificio que albergaba en sus bajos una panadería. Esas debían de ser las colas de racionamiento de las que tanto había oído hablar. Las personas aguardaban pacientes, unos detrás de otros, cabizbajos y apesadumbrados. Más tarde el taxista le contaría que, los últimos de las filas, aquellos que tenían el aspecto más famélico y vestían harapos, eran personas que habían dormitado toda la noche delante de la puerta de la panadería para poder vender su turno a quien les pudiese pagar unos reales, arriesgándose a quedarse sin pan por tener que volver a hacer la cola, con la posibilidad de que se agotasen las raciones de ese día.

Se detuvo delante del portal del abogado, que estaba abierto, y se dirigió a la escalera donde una mujer fregaba con ahínco, arrodillada sobre los peldaños. Titubeó, pensando que era una falta de respeto pisar ensuciando la parte que estaba limpia y se decidió por tomar el ascensor. Llamó al timbre de la puerta y le abrió la secretaria, que le sonrió de inmediato al reconocerla.

—Adelante, señorita Pardo —dijo con amabilidad, acompañándola al despacho del abogado y cerrando la puerta al salir.

Al entrar, se quedó petrificada, al encontrarse con la señora Montserrat Dolç Farré, de pie, apoyada en el respaldo de una de las dos sillas ubicadas delante de la mesa. El abogado salió de detrás de la mesa para saludarla e invitarla a tomar asiento en la silla que estaba junto a la de la madre de Marc. Las mujeres cruzaron sus miradas: la nieta saludó con una inclinación de cabeza, la abuela extendió la mano esperando a que la joven se le acercara, pero Blau se hizo la despistada y se sentó en la silla con las rodillas juntas, apoyando el bolso sobre su regazo y aferrándolo con las dos manos como si tuviese miedo de que se lo fuesen a quitar. Permaneció en esa postura pensando que el letrado debería haberla avisado de que la madre de Marc iba a estar presente ya que su presencia la incomodaba. Pensaba en lo mucho que la detestaba por el daño que le había hecho a su madre y a su propio hijo condenándolos a la infelicidad.

El abogado comenzó a leer las últimas voluntades de Marc. La abuela la observaba de reojo, sentada tan cerca que podía oler el aroma a pétalos de rosa que desprendía su nieta, que se mantenía rígida, mirada al frente y en silencio.

Marc dejaba a su hija la empresa que había creado con la intención de invertir en bienes inmuebles; era la propietaria de tres pisos: el que había vivido con su madre, el del Paseo de Gracia que era donde Marc

residía, y un tercero que estaba alquilado en la calle de Balmes, cerca de la vivienda de su madre. A su madre, la señora Montserrat Dolç, le dejaba la empresa de su padre, a la que pertenecía la fábrica con sus terrenos.

—¿Y la masía? —preguntó la Señora Montserrat Dolç.

—La masía la escrituró, antes de la guerra, a nombre de su hija —contestó el abogado.

El letrado abrió la caja fuerte y sustrajo un sobre que entregó a Blau.

—Dentro está el dinero del alquiler del último semestre del piso de Balmes. Me he tomado la libertad de descontar mis honorarios. Los detalles están explicados en una factura que he adjuntado. Si quiere, puedo encargarme de alquilar los otros dos pisos, así obtendrá rentas.

—Lo pensaré, muchas gracias —contestó ella, que no podía pensar claro y necesitaba tiempo para tomar tantas decisiones. La presencia de la señora Montserrat la alteraba. Lo único que deseaba era salir del despacho corriendo y olvidarse de esa señora.

Al ponerse de pie las dos a la vez, dispuestas a marcharse, pudo ver que la mujer ya no mantenía la postura altiva de gran señora como la recordaba. El pelo recogido se veía más gris, le pareció que era más bajita y el timbre soberbio de su voz era otro cuando le dijo.

—Le agradecería que viniese a visitarme alguna vez. Me alegraría poder disfrutar de su compañía y conocernos. Tenemos mucho de qué hablar y le debo una disculpa.

—Lo tendré en cuenta —murmuró Blau, sin tener más palabras para ella.

—Espero sus noticias —dijo su abuela con los ojos brillantes, aguantándose las ganas de abrazar a su nieta, que ahora era la única pariente directa que le quedaba. Sangre de su sangre. Rezaba todos los días para que el rencor no hubiese anidado en el corazón de la joven y le diese una oportunidad. Se estaba arrepintiendo todas las horas de su solitaria vida, de haberse dejado arrastrar por la codicia. Actuar pensando en subir escalones en los círculos de la alta sociedad Barcelonesa. Esas argucias le habían desencadenado infelicidad y se habían vuelto en su contra, resultando ella misma la mayor perjudicada.

68
Los Zapatos

Blau salió del despacho del abogado con tantas ganas de abandonar el lugar que no reparó ni en despedirse de la secretaria. Le faltaba el aire y necesitaba respirar a cielo abierto. Comenzó a pasear sin rumbo fijo por las ramblas y se detuvo en el escaparate de una zapatería. Acarició el bolso abultado por el sobre que contenía el dinero del alquiler y, sin pensárselo dos veces, se adentró en la tienda. La habían tentado unos zapatos de tacón forrados de tela gris satinada que estaban en el centro del escaparate, y podía permitirse comprárselos. Al salir de la tienda, dudó de si sabría caminar con aquellos flamantes tacones y comenzó a arrepentirse, de habérselos quedado. Pensó que eran demasiado refinados para pasear por las empedradas calles de Artesa de Segre y, aunque encontró un motivo para usarlos —se los pondría para asistir a la boda de Ana—, estaba convencida de que su madre no aprobaría la compra y le parecería un despilfarro.

Siguió paseando y mirando escaparates, cruzándose con transeúntes apresurados, recibiendo, incluso, algún empujón por andar despacio. El paseo le aclaró las ideas y decidió volver sobre sus pasos hasta el despacho del abogado. Tocó el timbre y la secretaria al abrir la miró con cara de sorpresa.

—¿Podría hacerme el favor de comunicarle al señor Aurelio Vilá que necesito hablar con él? —pidió a la mujer.

—Está ocupado en este momento.

—Seré muy breve.

—Espere, voy a consultarle —respondió, entrando en el despacho del abogado.

Al momento tuvo al letrado delante preguntándole:

—¿Le ha quedado alguna duda de lo que tratamos anteriormente?

—Está todo claro, solo que no me dio las llaves del piso del Paseo de Gracia y las necesito.

—Cierto, me las quedé por si decidía alquilarlo.

—Lo he pensado bien y no lo quiero alquilar.

—Aguarde un momento —solicitó él, retirándose.

A los pocos minutos regresó y le entregó un manojo de llaves.

—He decidido alquilar el piso de la Calle Colomines —dijo Blau, mientras se guardaba el manojo de llaves en el bolso.

—No tengo las llaves de esa vivienda.

—No se preocupe, se las haré llegar. Siento haberle molestado —se disculpó.

—Aquí me tiene para lo que necesite —dijo el letrado, estrechándole la mano como despedida.

Blau siguió paseando, pero esta vez tenía claro el destino. Se dirigió al piso del Paseo de Gracia. Acertó con la llave y abrió el portal a la primera. Se alegró de no haber llamado la atención de los porteros. Necesitaba estar sola para pensar y tenía la intención de visitarlos en otro momento. Sigilosa, subió la escalera hasta la segunda planta. Únicamente había dos pisos por rellano. No pudo evitar hacer ruido al cambiar de llave en el manojo para averiguar la que abría esa puerta. Salió de su casa la vecina, una mujer de porte elegante, que no le devolvió el saludo y le giró la cara. Pensó en qué clase de personas debían ser esos vecinos para que ni siquiera le devolviesen el saludo. A los cinco minutos, sin haberle dado tiempo a pasar del recibidor, llamaron al timbre.

—Vaya susto le ha dado a la vecina, tendría que haberme avisado —decía Fermín, gesticulando con las manos y contento de que fuese ella la que estuviese en el piso en vez de alguna amiga del abogado con las que quedaba en ese lugar en ocasiones.

—No era mi intención molestar —se disculpó—. Mañana pasaré a visitarles y le dejaré las llaves para que mande cambiar la cerradura.

—¿Encontró a su madre?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—Detenida, por culpa de un malentendido.

—Me alegro de que su madre esté bien y que el malentendido se haya aclarado.

—Lo arreglamos sin problema —dijo pensando en el reloj.

—Ya me contaron la mala suerte que tuvo el señorito Marc.

—Estamos muy afectadas por ese suceso. Si no le molesta, mañana les cuento lo ocurrido con detalles.

—Lo dicho. Cualquier cosa que necesite de nosotros solo tiene que llamarnos —recalcó ofreciéndose.

—Gracias Fermín, cuento con ustedes —agradeció, antes de cerrar la puerta.

Descorrió las cortinas y abrió las contraventanas del comedor para que entrase la luz. Recorrió las cuatro habitaciones, imaginando para quien estarían destinadas: una para los invitados; otra, con decoración infantil inacabada, para los niños que no tuvieron; el despacho austero para trabajar. La más grande, con cama de matrimonio y lavabo interior, debió de ser la que compartieron Marc y Clara.

Se sentó en el mullido sofá de cojines rellenos de plumas de oca, tapizado en terciopelo marrón y armazón de roble. Estaba tan cómoda

que acabó por descalzarse y tumbarse boca arriba. Perdió la mirada en las molduras que rodeaban la lámpara colgada del techo y pensó en su sueño truncado de ser enfermera. La guerra se lo había arrebatado y hasta ese momento no se había podido permitir volver a recordarlo. Se le había pasado la hora de comer y tenía hambre. Se afanó en recolocarse la ropa y el pelo para salir a la calle. Faltaba poco para la hora de la cena y no quería llegar tarde.

El trayecto desde el piso de Marc a la pensión se le hizo corto. Estaba acostumbrándose a recorrer las mismas calles y estas comenzaban a resultarle familiares.

Llegó a casa de Carmeta con el suficiente tiempo para acicalarse y probar a caminar con los zapatos nuevos. Eran más cómodos de lo que había imaginado. Se sentía elegante y segura con ellos puestos. No se los quitó para ir a cenar. Se dirigía al salón cuando la interceptó el taxista.

—Señorita, recuerde que mañana nos iremos temprano —le dijo Marcelino mientras la miraba de arriba abajo, deteniendo los ojos en sus pies—. Ya decía yo que me parecía que había crecido —soltó riéndose.

—No puedo marcharme mañana. Tengo asuntos por resolver y necesitaré más días —informó al hombre.

—Entonces la recogeré en el próximo viaje.

—¿Sería tan amable de darle un recado a quien vaya a buscarme? Dígale que he tenido que quedarme unos días para acabar de arreglar papeles y, sobre todo, que me encuentro bien.

—Descuide, lo haré —respondió, apartándose para que pudiese entrar en el salón.

El pensar en los papeles que quería arreglar le provocó una sonrisa. Esos papeles la acercaban a sus sueños: solicitar el ingreso en la Escuela de Enfermería Santa Matrona de Barcelona.

Al entrar en el salón le extrañó que estuviese vacío y pensó que la mujer no debía de tener huéspedes en esa época del año, pero se fijó en que la mesa estaba puesta para seis comensales. Oyó ruidos que provenían de la salita donde solían tomar café, que estaba cerrada. De pronto, se sintió observada y le entró un escalofrío. Se dio media vuelta en busca de Carmeta para que le explicara si había cambiado los horarios de la cena. Estaba cruzando la puerta de salida cuando le llegaron las notas de una melodía al piano que la hicieron frenar en seco y girarse lentamente, para caminar, temblorosa, hacia la salita al encuentro de la música, mientras respiraba profundamente para tranquilizarse. Abrió las puertas que la separaban del pianista y allí estaba Michel, con la camisa blanca arremangada, los mechones del cabello caídos sobre la frente y sus manos ágiles que no paraban de recorrer las teclas. Avanzó lentamente hasta posicionarse enfrente del

pianista y poder ver su cara. Cruzaron las miradas y ella se perdió en la profundidad del azul de sus ojos. Él, sin parar de tocar, le dedicó una sonrisa. Ella se apoyó en el piano y no pudo evitar que se le cayeran unas lágrimas de la emoción.

Terminó la pieza y el salón enmudeció. Michel se levantó sigiloso, se acercó a Blau y la sujetó de las manos, atrayéndola contra su pecho y abrazándola. Estuvieron unos minutos abrazados, mientras Carmeta, sin ser vista, contemplaba la estampa y se escabullía, cerrando las puertas con sigilo para no molestar.

Acudieron a cenar cogidos de la mano y ocuparon sillas contiguas. Juntaron sus piernas escondidas debajo de la mesa sintiendo el calor de sus cuerpos pidiendo fundirse. Ignoraron a los allí presentes y sus conversaciones banales. El estómago vacío de Blau no volvió a protestar; se había llenado de ilusión y se le quitó el hambre. Revolvió la comida que casi no probó bocado, se dedicó a sonreír a su compañero de mesa y a embriagarse de su fragancia a rosa, almizcle, pachuli y cedro. Dejaron apoyados los cubiertos para acariciarse las manos.

La pareja no esperó a que sirviesen los postres. Se levantaron y se despidieron educadamente. Al cerrar la puerta oyeron a sus espaldas a Carmeta comentar:

—Señores, me temo que nos hemos quedado sin concierto para la velada de hoy —dijo, suspirando profundamente.

69
La Esperanza

Blau y Michel, cogidos de las manos, corretearon por el pasillo hasta llegar a la habitación de ella. Con la puerta cerrada se volvieron abrazar con fuerza. Si alguien hubiese estado mirando por el agujero de la cerradura, hubiese visto a dos cuerpos sincronizados besándose con avidez las mejillas y el cuello hasta terminar juntando las bocas. Michel, a pasos cortos, la encaminó hacia la cama mientras se seguían besando. Ella, haciendo un esfuerzo, se escabulló colándose por debajo de sus brazos.

—¡Espera! Me cambio los zapatos y nos vamos —dijo, mientras se sentaba en la cama y desabrochaba las hebillas de las tiras que sujetaban los tobillos.

—¿Dónde quieres ir a estas horas? —preguntó él, desconcertado.

—Iremos a mi casa —dijo, rotunda.

—¿A tu casa? —preguntó Michel arrugando el ceño.

—Ya te explicaré luego.

—Entonces nos tenemos que dar prisa, pronto será la hora del toque de queda y no podemos estar por las calles.

Salieron ligeros, solo tenían media hora para llegar al Paseo de Gracia. Cogidos de las manos, les envolvió una ráfaga de aire primaveral que les arremolinó el cabello. Las calles estaban desiertas. En su trayecto solo encontraron a dos personas que también andaban con prisas.

Al llegar al portal, Blau abrió con sigilo.

—Es la segunda planta, primera puerta, entras y la dejas entornada. Subiré en seguida qué tengo que hacer algo. No te equivoques de puerta que la vecina es muy antipática —le dijo, dándole el manojo de llaves e indicándole la que abría la puerta.

Blau esperó un tiempo prudencial y tocó el timbre de los porteros.

—Buenas noches. Solo quería avisarles de que voy a pasar la noche en el piso. Teniendo casa he pensado que no voy a pagar una fonda —dijo a Fermín, que le había abierto la puerta restregándose los ojos.

El portero asintió, le deseo buenas noches con una amplia sonrisa y, una vez desaparecida la joven escalera arriba, cerró la puerta, complacido de haber sido puesto al corriente por si algún vecino curioso le preguntaba.

Blau empujó la puerta entornada y encontró a Michel fisgoneando

las fotos enmarcadas en plata, que estaban encima del mueble del comedor.

—¿Son tus padres? —Se giró con la fotografía de Marc y Clara en el día de su boda entre las manos.

—Si lo prefieres nos podemos sentar en el sofá y te cuento quiénes son y mi vida —contestó, acortando las distancias y buscando sus labios.

Michel dejó inmediatamente el marco en el mismo lugar donde lo había cogido y la abrazó. Ella lo empujó, divertida, y salió a toda prisa por el pasillo, girando la cabeza para cerciorarse de que la seguía hasta la habitación principal y, una vez dentro, dejarse dar caza.

—No corras, que no puedes escaparte —dijo él, mientras la cogía por la cintura.

—No hagas ruido, que nos oirán los vecinos —le susurró Blau al oído, para luego besarle el cuello.

Michel se quitó la americana y la dejó caer. Blau de mientras le desabrochaba la camisa, y se apartó un instante para contemplarle su pecho lampiño. El pianista pensando que se le escapaba, la acercó de nuevo para bajarle la cremallera del vestido azul marino, de blonda. Ella le sonrió y alzó los brazos para facilitarle que se lo quitara por la cabeza. La ropa, de ambos, terminó amontonada en el suelo.

Tumbados en la cama, Blau se estremecía cada vez que las manos del pianista recorrían su cuerpo. Le permitió besarle los lugares que nadie había rozado con los labios. Le fascinaba la ternura que empleaba para acariciarla. Hundió sus dedos en su cabello rubio, despeinándolo. Había soñado muchas veces con hacerlo. El desenfreno y la excitación llevaron a Michel a entrar en su cuerpo y lo hizo con suavidad, mirándola a los ojos y sin dejar de besarla. Ocurrió de manera natural, creando una atmósfera de armonía y complicidad. Acompasaron sus movimientos y alcanzaron la cumbre tantas noches soñada. Terminaron exhaustos, abrazados, compartiendo fluidos y besos.

Gran parte de la noche se dedicaron a explorar sus cuerpos sin prisa, disfrutando de ellos, del instante que la vida les estaba regalando. Descubrieron todas sus pecas, lunares y las cosquillas de ambos, entre risas, mimos y arrumacos. Volvieron a unirse con la calma de quien ya ha descorchado la botella de cava y ha dejado eclosionar las primeras burbujas exaltadas para seguir disfrutando de las restantes igual de efervescentes, pero bebiéndolas con calma. De madrugada les venció el sueño y se entregaron a él, entrelazados y desnudos.

Michel abrió los ojos, la cabeza de Blau reposaba en su pecho. Ella se movió y se estiró, dedicándole una sonrisa, después se inclinó y besó su torso desnudo. Mientras lo besaba, se acordó de las charlas

que mantenían su madre y sus amigas. Las que escuchaba con atención detrás de la puerta. Allí, tumbada junto a ese hombre, entendió a qué se referían cuando conversaban sobre la pasión, la afinidad de la piel, desear levantarse todos los días al lado de un hombre y respirar su mismo aire. Estaba segura de que había encontrado al hombre al que quería ver cada mañana al despertar.

Blau se levantó de la cama. Únicamente llevaba puesto el colgante de cuarzo rosa, se paseaba desnuda delante de Michel sin pudor, como si fuese lo cotidiano y tuviesen la confianza que solo dan los años de toda una vida juntos. Fue hasta el comedor, donde recordaba haber visto dentro del mueble una caja de galletas *Birba*. La debía de haber dejado allí el abogado para ofrecérselas a las conquistas con las que iba a ese piso. Tal vez las comprase Marc y estaban en ese armario desde antes de la guerra. La caja estaba por empezar y se la llevó a la cama. La devoraron con el apetito de dos amantes que necesitan reponer fuerzas para seguir saciando la avidez de darse placer juntando sus cuerpos y almas.

—Me explicó Carmeta que encontraste a tu hermano —habló Blau, cogiendo una galleta.

—Si, lo encontré y logré liberarlo ¿y tú?, ¿encontraste a tu madre?

—Sí, y también está libre.

—Mi hermano nos está esperando en Portugal para embarcar hacia Nueva York.

—¿Te vas a marchar con él? —preguntó, temiendo la respuesta.

—No lo sé —guardó silencio—. Mi situación es complicada.

—Ya has logrado liberar a tu hermano, ¿cuáles son las complicaciones?

—Verás… antes de conocerte tenía una vida.

—Estás intentando contarme algo. Tienes novia.

—No es solo eso.

—Lo suponía.

—Mi situación es más complicada de lo que parece.

—No me debes ninguna explicación, estamos aquí y ahora juntos porque los dos hemos querido. Mañana seguiremos con nuestras vidas y lo que ha ocurrido esta noche será un bonito recuerdo.

—Dame unos minutos, quiero explicarte mi situación.

—De acuerdo.

—Hemos retrasado el embarque y he regresado a Barcelona porque estoy esperando a mis padres. Mi padre es judío y su hermano ha desaparecido junto a toda su familia en Berlín. Bélgica se mantiene neutral, pero mi padre no se fía y prefiere marcharse antes de que sea demasiado tarde y sea invadida por el ejército de Hitler. Nos vamos toda la familia a América, mis padres traen con ellos a mi prometida.

Las palabras de Michel la habían despertado del dulce sueño. Había

sido demasiado perfecto el encuentro. Pensaba que el espíritu de Ismail la rondaba por haber acabado con él y se lo estaba haciendo pagar con un dolor más fuerte y profundo que el de los golpes recibidos: el dolor del alma.

—¿La quieres? —logró preguntar.

—Si, pero diferente.

—¿A qué te refieres cuando dices diferente?

—La quiero igual que a mi hermano o a un amigo; no como a ti, sino de forma diferente. Cuando la veo siento cariño. Cuando te veo a ti me altero, me pongo nervioso y haces que mi corazón palpite rápido. —Le cogió la mano y la puso en su pecho—. ¿Lo sientes? Está acelerado igual que un caballo desbocado.

La abrazó y la besó con pasión, ella consintió lánguida, entristecida, sintiendo el crujir de las grietas que asolaban su corazón a punto de romperse.

—Sé que no tengo derecho, pero quiero hacerte una proposición —le dijo, mientras la abrazaba con fuerza—. Espérame durante un año. Necesito tiempo. Acompañaré a mi familia y hablaré con mis padres. Sé que me comprenderán. Ellos tuvieron que vencer prejuicios culturales y religiosos para poder estar juntos. No puedo cometer el error de casarme con una mujer amando a otra.

En ese preciso instante Blau se abrazó a su cuello y lloró todas las lágrimas que se estaba aguantando. A medida que salían, nacía en ella un hilo de esperanza. Hundida en su pecho pensó que le esperaría durante toda una vida si fuese necesario.

70
La Flor de Azar

Blau llegó a Artesa de Segre una tarde, cargada de paquetes. Los días de ocio le dejaron tiempo suficiente para ir de compras, pensar en todos y traerles regalos. Habían acudido a recibirla los habitantes actuales de la masía en pleno. Estaban alborotados y contentos de tenerla de vuelta en casa. Notó en Irene un nerviosismo inusual, al aferrarse a su brazo, mientras caminaban en dirección a la carreta del padre de Oriol que los esperaba en el recodo del puente.

—Han ocurrido muchas cosas mientras has estado fuera —le susurró al oído.

—¿Buenas? —preguntó Blau, aunque se imaginaba que lo eran por la actitud y la extensa sonrisa de su amiga.

—Buenísimas —suspiró Irene—. Ha vuelto Lluri y le ha pedido permiso a mi padre para visitarme y salir juntos a pasear los domingos.

Blau se detuvo, observó los ojos negros de Irene y le recordaron al cielo por la noche, lleno de estrellas, de lo mucho que resplandecían.

—¿Ves cómo yo tenía razón al decirte que no encontraría a una mujer más lista y guapa que tú? —soltó, besándola en la mejilla.

Giró la cabeza para dedicar una sonrisa a su madre y a Andreu que las seguían a pocos pasos, cargados con los paquetes y su maleta. Con la mano libre se tocó el cuarzo rosa, y su pensamiento se ausentó durante unos instantes al recordar la ternura con la que la había amado Michel.

—¿Lo has visto? —preguntó Irene, que la observó distraerse acariciando el colgante.

—¿A quién? —preguntó, volviendo al presente de sopetón.

—A quien fuese que te regaló ese colgante.

—Sí, le he visto.

—Tienes que contarme ¿cómo os conocisteis?, ¿quién es?, ¿cómo se llama?, ¿a qué se dedica? Quiero saberlo todo.

—No me atosigues. Te lo contaré, pero con tranquilidad.

—De acuerdo. —Se resignó Irene, porque entendió que ese no era el momento.

Blau observó como Andreu cuidaba de su madre, ayudándola a subir con delicadeza y suavidad a la carreta, hasta asegurarse de que estaba bien acomodada. Miró la reacción de Irene y no encontró en

sus gestos ninguna muestra de extrañeza ante el trato atento que su padre le procesaba, para ellos ese comportamiento era natural. Pensó: «que en ocasiones había que ausentarse del entorno para percibir los pequeños detalles que se nos escapan en el día a día».

En el interior de su bolso, bien guardado dentro de un sobre, estaba el tema que le tocaba resolver en breve. Pensaría en él más tarde, le quedaban unos meses por delante para encontrar el mejor momento de contarle a su madre los planes que había trazado durante la semana que estuvo en Barcelona.

Tomaron el camino en dirección a la masía y en ningún momento, ni siquiera cuando entraron en casa, sintió que regresaba a su hogar. Pensaba que ella no pertenecía a ese lugar y que allí no estaban sus sueños, por eso debía marcharse.

Al terminar la cena, Blau les entregó los regalos. A Irene, una colección de cuadernos en blanco y lápices de colores para que dibujase las plantas y siguiese escribiendo sobre ellas; a Andreu, una navaja nueva, ya que la que tenía no conservaba apenas hoja de tantos afilados; y a su madre, unos pendientes de oro y perlas que compró en una casa de empeños, cerca del despacho del abogado.

Antes de acostarse deshizo la maleta bajo la atenta mirada de su madre, quién, al ver los zapatos nuevos de tacón, no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Qué bonitos! —exclamó Sofía, mientras los contemplaba detalladamente y se le encogía el corazón. Esos zapatos únicamente servían para caminar por la ciudad y lo interpretó como el presagio de una despedida.

—Son para ir a la boda de Ana —dijo veloz, Blau, poniendo la excusa ensayada durante parte del trayecto de vuelta.

—¿Has visto a tu abuela?

—¿A quién? —preguntó, como si no la hubiese entendido.

—A la madre de Marc, la señora Montserrat.

—Coincidimos en el despacho del abogado. Nos citó a las dos juntas para leer el testamento; si lo hubiese sabido no habría ido. Me sentí molesta cuando me la encontré, pienso que el abogado tendría que haberme avisado que ella también estaría presente.

—Es su madre. Y si estaba, es porque le afectaba el testamento igual que a ti.

—Hubiese preferido no verla.

—¿Cómo está?

—La encontré demacrada —guardó un breve silencio—. Me invitó a ir a su casa, pero no acepté —dijo, bajando la voz.

—Eres el único pariente que le queda, y debe querer acercarse a ti.

—Pues que hubiese pensado mejor lo que hacía antes de renegar de nosotras. Además, tiene a su prima que vive con ella.

—No es lo mismo. Entiende que lo más duro de este mundo para una madre es perder a un hijo y tú eres parte de ese hijo. Lo único que le queda de él.

—Mamá, no estoy preparada para relacionarme con ella. Me produce rechazo y la culpo de que no hayamos vivido como una familia.

—Todos somos culpables —dijo Sofía, agachando la cabeza.

Aquella noche las dos se despertaron en varias ocasiones sobresaltadas. A Sofía le dolía que su hija le guardase rencor a su abuela. Había llegado el momento en el que ella debía actuar. Pensó que, si ella daba el primer paso y perdonaba a la madre de Marc, ayudaría a que su hija se deshiciera del rencor que demostraba hacia Montserrat y la perdonaría también.

Decidió que la próxima vez que su hija viajase a Barcelona la acompañaría, y los zapatos nuevos eran la señal de que sería pronto.

Blau acariciaba por costumbre el colgante de cuarzo rosa y pensaba en lo feliz que había sido entre los brazos de Michel, en lo poco que duró esa dicha y en la brizna de esperanza que él le dio. Le esperaría lo que hiciese falta y, si no volvía, no dejaría entrar a nadie en su corazón. Lo tenía decidido. Le preocupaba afrontar el momento en que tuviese que explicarle a su madre sus planes.

Al mes siguiente llegó la boda de Ana. Aunque las invitó al banquete, Blau e Irene decidieron que únicamente la acompañarían a la ceremonia de la iglesia. Se sentaron en la última fila de bancos. Al salir, se hicieron varias fotografías con los novios, a pesar de los gestos de desaprobación de los padres de Ana, y una foto las tres amigas solas. Ana estaba radiante con el vestido blanco y el velo largo, demostración de la riqueza atesorada por su padre con el estraperlo.

—La próxima serás tú —le dijo Ana a Irene, entregándole el ramo de lirios blancos.

Pocas veces habían visto a Irene emocionarse tanto como cuando Ana le entregó el ramo.

Lo único que alteraba la monótona vida de los habitantes de la masía eran las visitas de Lluri. Ese año la cosecha de trigo volvió a ser escasa. Andreu sembró los bancales pequeños de patatas y les estaba sacando un buen rendimiento, pues vendía una parte de ellas al estado y otra iba para el estraperlo. Además, estaban criando dos cerdos con intención de vender uno.

Lluri trajo un periódico, que dejó encima de la mesa, para leer después de comer. Le gustaba sentarse a la sombra del nogal y entretenerse con la lectura mientras su novia terminaba de ayudar a recoger la cocina.

A Blau, al pasar a su lado, se le fue la vista hacia un titular. Leyó que Bélgica había sido ocupada por las fuerzas alemanas, el 28 de

mayo de 1940, al rendirse su ejército.

Pensó en la familia de Michel y se alegró de que se hubiesen marchado a Nueva York. Al hacerlo, volvió a acariciar el colgante. Era lo único físico que tenía de él.

A mediados de agosto Blau comenzó a ponerse nerviosa, se le estaba echando el tiempo encima y no había sido capaz de hablar con su madre. Una mañana, Sofía le pidió que la ayudara a hacer la colada y fueron juntas al río. Habían terminado y, mientras la ropa se secaba tendida en las ramas de los matorrales cercanos, ella imaginaba distintas formas de iniciar la conversación para revelarle sus intenciones de marcharse en breve. Se sentaron a descansar en una piedra y estuvieron mirando en silencio como el agua descendía por el río. De improviso, Sofía pasó el brazo por encima de los hombros de su hija, atrayéndola hacia ella.

—¿Ves el agua como sigue su camino sin mirar atrás? Tú también deberías seguir el tuyo —dijo Sofía, señalando al río.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —preguntó, sorprendida.

—Soy tu madre. Te conozco y sé que debes seguir tu camino.

—Quiero ser enfermera y desearía empezar las clases el próximo curso, en septiembre, —dijo Blau, respirando hondo— si tú estás de acuerdo.

—Claro que estoy de acuerdo. —Y atrajo a su hija hacia ella.

—Vente a vivir conmigo a Barcelona. Podrías volver a retomar tus amistades. Trabajar o quedarte en casa y dedicarte a lo que quisieras.

—No te creas que no lo he pensado. Lo he meditado mucho, pero no quiero volver, soy feliz aquí con el huerto, las gallinas y mis flores. Andreu me ha pedido que nos casemos después de la cosecha.

—¿Y qué le has contestado?

—Que tenía que consultarlo contigo.

—No necesitas mi permiso. Estaré feliz de tenerlo por padre y así Irene será mi hermana. Si tú eres feliz, yo lo soy más.

La última semana de agosto, en la iglesia de Sant Bartomeu de La Valdriet, se celebró la boda de Andreu y Sofía oficiada por el padre Simón, el mismo que se había negado a ayudarla. Blau e Irene fueron las madrinas y acompañaron a sus respectivos padres al altar. Todos los habitantes de las masías asistieron al acontecimiento.

Al salir de la boda se sirvió en la era, delante de la iglesia, pastas y moscatel para todos los asistentes. Sofía se desposó con un vestido tobillero negro de seda. En esta ocasión cambió las habituales horquillas negras por unas nuevas adornadas con perlas y circonitas. Entre Blau y Andreu mandaron traer un ramo de flores de azar confeccionado en tela blanca y pedrería. La flor de azar le recordaba al limonero de su tierra natal y era su preferida.

La primera semana de septiembre toda la familia emprendió viaje a

Barcelona. Sofía ejerció de guía turística y, mientras Blau acudía a la Escuela de Enfermería Santa Matrona, les mostró las maravillas de la Ciudad Condal a Irene y Andreu. La joven lo veía todo entusiasmada, con el prisma de la primera vez; para Andreu también era todo nuevo, aunque había acudido a recoger a Sofía, lo cierto es que no había tenido tiempo de visitar la ciudad.

El día antes de regresar a la masía, Sofía le pidió a su hija que la acompañase a casa de la señora Montserrat Dolç.

Les abrió la puerta la prima de la anciana, que las hizo pasar al despacho.

—Desde la pérdida de su hijo, no ha vuelto a ser la misma —murmuró esta, antes de salir a buscarla.

La mujer llegó apoyada en un bastón, arrastrando los pies y con aspecto demacrado. Sofía se adelantó y la abrazó. La mujer se agarró a ella con fuerza.

—Perdóname, perdóname —mascullaba entre sollozos.

—Hace tiempo que yo la perdoné —le susurró Sofía al oído mientras la sostenía con fuerza.

La madre y la abuela de Blau lloraron la pérdida de Marc abrazadas. A la joven se le encogió el alma al presenciar la imagen de duelo y se unió al abrazo. Las heridas que aún supuraban rencor comenzaron a cicatrizar, aliviadas con el ungüento del perdón.

—Ahora me podré reunir con mi hijo y mi marido en paz —balbuceó la abuela, entre lágrimas.

A los tres meses, Sofía regresaría a Barcelona para asistir al sepelio de Montserrat Dolç Farré.

Epílogo

La Valdriet, 15 de agosto de 1945

En el banco de piedra, cerca de la puerta de la masía, charlaban tres mujeres sentadas, atentas a los juegos de unos niños pequeños que revoloteaban por toda la era y arrancaban flores sin piedad, del cuidado jardín de Sofía, para deshojarlas. Uno de ellos, un niño de pelo dorado como el trigo, entre carreras, dio un traspié y cayó de rodillas, rompiendo a llorar desconsolado hasta que su padre, que estaba conversando cerca en un grupo de hombres, lo recogió del suelo y lo tranquilizó entre sus brazos. Blau observaba la escena y sonrió al cruzar la mirada con el azul de los ojos de su marido, que le guiñó el derecho mientras apoyaba al niño en el suelo besando su coronilla. El pequeño corrió ligero en busca de los demás niños para seguir jugando. La mirada de su marido le seguía provocando la misma pasión de la primera vez y su sonrisa le recordaba la ternura con que la obsequiaba a diario. Visualizó el recuerdo del día en el que ella volvía de la escuela de enfermería y Michel la esperaba en la esquina de su casa con la maleta a los pies y su bonita sonrisa. Había cumplido su palabra de regresar para quedarse con ella. La voz de Irene la sacó de su ensimismamiento.

—Tengo una sorpresa para vosotras —anunció.

—No es ninguna sorpresa, se te nota mucho, tienes una barriga enorme —indicó Ana.

—No seas tonta. —Se tocó la prominente barriga—. Es otra cosa.

—Desde luego que aprovecháis bien el tiempo —dijo Ana.

—Con este paramos, que con tres ya está bien —contó Irene, volviéndose a tocar la barriga, mirándosela con cariño.

—¿Y la otra sorpresa? —preguntó Blau, intrigada.

Irene cogió una cesta de mimbre que había dejado a sus pies, sustrajo dos paquetes envueltos en papel marrón y le entregó uno a cada amiga.

Al abrir sus respectivos regalos ambas quedaron con la boca abierta. Se trataba del libro *Plantas que curan*, de Irene Capdevila.

—¡Te han publicado tu diario! —dijo Blau, abriendo el libro—. ¿Los dibujos también son tuyos? —preguntó, admirada.

—¿Te acuerdas cuando me regalaste los lápices de colores?, pues comencé a dibujar las plantas en vez de pegarlas en el diario.

—Siempre supe que llegarías lejos. Me imaginé que dibujarías bien

y solo necesitabas lápices y tiempo.

—¿Por qué pensaste eso?

—Porque una vez vi a tu padre dibujar un mapa y pensé que tú también dibujarías igual de bien que él.

—Me alegro mucho de que te lo hayan publicado —dijo Ana, entristeciéndose.

—Pues no parece que te alegres —insinuó Blau.

—¡Claro que me alegro! Y muchísimo. Solo que pensaba en que vosotras dos habéis logrado vuestros sueños. Tú eres la enfermera que decidiste ser e Irene creo que es más boticaria sin título que su marido con él; solo yo soy la ama de casa que nunca quise ser y sigo soñando.

—Todavía estas a tiempo de conseguir esos sueños —la animó Blau.

—Deberías retomar la fotografía —aconsejó Irene.

—Con la casa y los niños me queda poco tiempo para mí, pero lo intentaré — prometió Ana.

De pronto salieron a la puerta Sofía y Andreu, para avisarlos de que entrasen a comer. Estaban felices de volver a tener a toda la familia reunida en la masía, como todos los veranos.

Agradecimientos

Mis sinceros agradecimientos a todos aquellos que me han acompañado en esta fascinante aventura de escribir esta novela de ficción histórica.

A José Antonio Caramés, mi compañero de camino, por no dejarme tocar el suelo en los días malos.

A Laura, mi hija, por facilitarme la portada y a Alexia Jorques por diseñarla con tanta profesionalidad.

A mi familia por su apoyo incondicional.

A Moisés González Muñoz, gran escritor y amigo, por ser mi primer lector y por todas sus acertadas sugerencias, además del magnífico prólogo que ha escrito y que encabeza esta novela.

A mis amigos que siempre están cerca.

A Ramón Vila Rica por preocuparse en conseguirme y prestarme por tiempo indefinido los libros que tanto me han ayudado: *Historia de Artesa de Segre y su comarca, del historiador Josep Lladonosa i Pujol. El municipio de Vilanova de Meià, de Ramon Bernaus i Santacreu y Ferran Sánchez i Agustí. El municipio de Vilanova de Meià imágenes de un siglo*, de Ramon Bernaus i Santacreu y Ferran Sánchez i Agustí.

A Lurdes Boliart Xuriguer por atenderme con tanto cariño y dar voz a tantos silencios.

A quienes siguen en nuestro recuerdo, dejaron su huella impresa en nuestra memoria y han contribuido con su granito de arena en esta novela:

Lola, mi madre, María, Sofía y Leonor, mis tías, de *Casa Moliné* quienes ayudaron y dieron cobijo a aquellos que creyeron que esa guerra no les pertenecía y comida a todos los que llamaron a su puerta con hambre, aunque en alguna ocasión les tocase a ellas quedarse sin comer.

A Miguel, mi padre, y a mis tíos: Antonio al que nunca conocí

porque murió luchando; Josep quien también luchó, sobrevivió y nunca nos quiso hablar sobre ello por no recordar; Ventura que me contó casos de mujeres ultrajadas por los regulares; Teresa quien mientras vivió le llevó flores a su tía que falleció en manos de un curandero que se dedicaba a practicar abortos en malos tiempos; Montserrat a quien impusieron su destino. Todos ellos de la *Masía Blasi (Ager)* de la que me he inspirado para describir la masía de *Casa Noguera*.

Quiero nombrar a todas las masías, actualmente deshabitadas, que en aquella época componían la pedanía de La Valdriet, La Valldriet y ahora La Vall d'Ariet:

Paneres, Revellit, Reguera, Baraner, Mateu, Boliart, Marquet, Simón, Collada, Romà y Blanco.

Ros, Jaumetó, Pubill, Pauet, Maio, L'Aran, Plaxat, Maleno, Moliné, Franciscano, Segalé y Castellà.

Sobre todo, gracias a los lectores motivo por el cual existe esta novela.

ÍNDICE

Prólogo
1 La Huida
2 La Llegada
3 La Masía
4 El Susto
5 El Alambique
6 La Pastora
7 El Sacerdote
8 Las Rosas
9 Las ausencias
10 La Siega
11 Casa Noguera
12 La Esencia
13 El Ingrediente Secreto
14 Las Setas
15 El Pan
16 Los Forasteros
17 La Muñeca
18 La Sorpresa
19 Sopas de Ajo
20 El Médico
21 Hojas de Col
22 El Jabalí
23 La Partida

24 El Día de Reyes
25 La Peritonitis
26 El Sargento
27 El Disgusto
28 La Cordura
29 La Llave
30 El Obús
31 Ismail
32 La Invitación
33 Hijo de Militar
34 La Duda
35 El Mandato
36 Cerezas
37 La Carta
38 Las Niñas
39 Las Medias
40 La Profanación
41 El Apretón de Manos
42 La Pensión
43 La Escapada
44 El Pañuelo
45 El Vino
46 La Maleta
47 El Viaje
48 La casa de Carmeta
49 El Pianista
50 El Portero
51 Las Galletas

52 La Charnega
53 Violetas
54 El Olvido
55 La Fiesta
56 La Apuesta
57 La Boda
58 La Revelación
59 El Café
60 Los Silencios
61 El Aval
62 La Monja
63 El Favor
64 La Verja
65 El Sobre
66 La Confesión
67 El Testamento
68 Los Zapatos
69 La Esperanza
70 La Flor de Azar
Epílogo
Agradecimientos

[1] Sanfaina: Mezcla de verduras: pimientos, berenjenas, cebollas y tomates, que se preparan asadas.
[2] El trinxat es una comida de montaña catalana a base de col con patata, todo ello frito con tocino salado y butifarra negra.